

TITO MUNDT

MEMORIAS

DE UN

REPORTER

ORBE

EDITORIAL



ORBE

ESTE LIBRO

Tito Mundt Fierro, premio nacional de periodismo y de radio, que conoce 42 naciones y que habla 4 idiomas, ha dado 12 veces la vuelta al mundo y cuenta en estas páginas, rápidas y vivas, lo que ha visto en mas de 20 años de profesión. Al pie de la máquina, de la noticia y del cañón.

Aqui desfilan desde Rusia a Francia, pasando por la China de Mao, el Méjico de la revolución, la Argentina peronista, el Paraguay en llamas, la Colombia de "bogotazo" y la Cuba de las barbas y Fidel.

Con un estilo flamígero que no deja casi respirar al lector, Mundt, que trabaja actualmente en varios diarios y revistas y que es corresponsal de diarios europeos en Chile, nos traza una imagen dinámica del globo tal como él lo ha conocido y vivido en su fascinante profesión de periodista.

Viaje con él amigo lector... Haga sus maletas y monte en avión o barco.

Nada menos que el mundo —su mundo— lo está esperando en el andén de la primera página...

ndt

11 (635-34)

209

MEMORIAS DE UN REPORTER

DEDICATORIA

*a dos grandes maestros: Ernst Hemingway y
Ricardo Latcham*

el autor.

Memorias
de un
Reporter
por
Tito Mundt

Premio Nacional de Periodismo

Santiago de Chile
1965

EDITORIAL



ORBE

Es propiedad:
Inscripción N° 30773

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Talleres Gráficos Hispano - Suiza Ltda.
Santa Isabel, 0174 - Santiago de Chile

Derechos reservados para todos los países de habla española ©
Printed in Santiago - Chile — Impreso en Santiago - Chile

En “De Chile a China” conté lo que había visto en las ciudades, aldeas, ríos, mares y selvas que me tocó recorrer a través de más de 20 viajes.

En “De Gaulle, el gran solitario” tracé la silueta humana de uno de los escasos conductores geniales que hay actualmente en el mundo.

En “Las banderas olvidadas” recordé lo que me había tocado vivir política y periodísticamente en Chile desde el lejano 1931, caída del general Ibáñez, hasta 1965, era de Eduardo Frei.

En “Yo lo conocí” dibujé a pluma y a máquina el perfil de 200 personajes a los que estreché la mano en alguna ocasión de mi vida y que habían desempeñado un papel básico en la agitada historia contemporánea. Reuní Presidentes de la República con artistas de cine, y princesas con *gangsters* y caudillos populares.

En estas páginas me he puesto a recordar únicamente lo que me ocurrió fuera de Chile, como vulgar reporter y con una máquina de escribir portátil al alcance de la mano.

La vida de un periodista *tiene* que ser amena. No se trata de que el autor sea un genio, ni que le haya enmendado la plana a Walter Lippman o a Quintín Reynolds. No. El hecho mismo de buscar noticias en los escenarios más lejanos en los momentos mismos que pasan cosas, en que la tierra tiembla, arde el fuego y se quema una ciudad, cuando estalla una revolución o comienza una guerra, le dá a lo que tenga que contar más tarde un sabor de aventura y de cuadro fantástico.

No interesa tanto la calidad del que las cuenta, como la importancia de los hechos en sí, al margen del relator.

Pues bien, a mí como a todos mis colegas, me han pasado cosas curiosas a través de 25 errabundos años de periodismo ac-

tivo. Me han ocurrido dentro y fuera de Chile. He vivido siete años lejos de mi patria en forma fraccionada y he convivido con la gente más interesante y curiosa de mi época.

Esto no es una gracia mía. A todos los que nos hemos dedicado a esta apasionante profesión, les ha ocurrido lo mismo. Y como sé que la gente aún se entretiene con relatos que vienen de lejanos puntos del globo, donde se hablan otras lenguas y vive otra gente, me he atrevido a volver las páginas del calendario, revisar viejos apuntes, recoger antiguas libretas y apollillados cuadernos, y recordar algo de lo que pasó el mismo día que monté en barco, avión, auto, bus o camello, y partí a darle una rápida y periodística vuelta a ésto que está más allá de la frontera y que se llama oficialmente el mundo.

Aquí está. Tómela Ud. como lo que es. Como la amable relación de algunos hechos pintorescos en una sobremesa cualquiera, con un pitillo en los labios y una cordial copa en la mano.

EL AUTOR

HACIA LA TIERRA DEL AGUILA Y LA SERPIENTE...

En 1943 estábamos en plena guerra. En Chile los nazis le hacían señales a los submarinos desde la playa, y se había ubicado una serie de firmas alemanas en la Lista Negra. Los aliados, por su parte, controlaban la casi totalidad de la prensa y la radio y teníamos nuestra pequeña contienda mundial al pie del Santa Lucía. Yo no había salido jamás de Chile y ardía de deseos de saltar más allá de la cordillera. Fue en esa época justamente, cuando una nueva Cía. naviera decidió inaugurar una línea hasta Méjico. Contaba con una sola nave, el "California" que estaba, hasta con olor a pintura, balanceándose en la rada de Valparaíso.

Jenaro Medina, que trabajaba conmigo en "Vea", se consiguió una invitación. Y yo lo acompañé al Congreso y a otros puntos en busca de la montaña de papeles y documentos que necesitan los pobres chilenos para abandonar el país. Entre tanta diligencia, me entusiasmé con el viaje mismo, y me conseguí ser agregado a la lista de doce afortunados periodistas que harían la gira. Recuerdo que el director de la revista en que trabajaba me dijo:

—No sea tonto... Espere unos meses y lo mandaré a la Argentina con toda clase de facilidades... Este viaje será sacrificado e incómodo...

No le hice caso. Era mi primer viaje y no pensaba esperar varios años para darle la mano al Obelisco... Y una semana más tarde con el mejor pañuelo de nostalgia que encontré a mano, estaba en la borda del California rumbo a Méjico.

Como dije, éramos doce periodistas. Doce, como los Doce apóstoles. Presidía la aventurera delegación, Alamiro Castillo de "Ercilla" y nos acompañaba el secretario particular del embajador de Méjico en Chile, que resultó ser un joven español

refugiado, lento y solemne, que se llamaba Carlos Lozano y que fue un guía magnífico.

Fuera de nosotros no iba ningún pasajero más en el barco.

Guerra. El capitán nos advirtió:

Estamos en tiempo de guerra. Navegaremos con *black out* . . . No se puede fumar en la cubierta . . . La luz de un fósforo se vé a diez mil metros de distancia y no tendría nada de raro que nos encontráramos con algún submarino alemán aficionado a hacer ejercicios de puntería . . . No se olviden que Chile rompió relaciones con el Eje . . .

Con este motivo la vida en el barco fue la siguiente: de día levantarse, leer, ponerse al día sobre Méjico y su revolución, y dormir a cada momento. De noche jugar a las cartas en el hall de la nave con las ventanillas cuidadosamente cerradas . . . No tuvimos encuentro con submarino alguno. Los alemanes no nos tomaron en cuenta y el "California" marchó alegremente hacia el Norte, pasó la frontera y puso rumbo hacia Ecuador, que era el primer punto de la gira.

En la frontera. Pero antes ocurrió una cosa notable . . . Nos bajamos en Arica para darle un buen apretón de manos a la patria que dejábamos por unos meses y quisimos conocer Tacna. Tacna ya era el extranjero. Para la mayoría era el primer punto del mapa que quedaba fuera de Chile. En dos autos nos lanzamos hacia el desierto. Hacia la pampa seca y desolada que solo conocíamos en fotos y a través de los relatos novelescos. La imponente piel gris y rojiza de la tierra que se extendía hasta el infinito. La otra cara el mar. Un mar triste y angustioso que no tenía olas ni crestas de espuma y que se desbordaba hasta el horizonte. Allí estaban los *hitos* (o mojones) que indican el término oficial de Chile y el comienzo del Perú. Con Alamiro Castillo le jugamos una broma a la geografía. Amarramos un hito de cemento al parachoques de uno de los autos y lo arrastramos a través de la soledad del desierto. En una palabra, le cambiamos la topografía al país hermano y de paso le robamos más de veinte kilómetros . . .

Castillo cometió la ingenuidad de contar la hazaña en "Erquilla" y naturalmente se indignó Manuel Seoane que, además de director de la revista, era peruano y adoraba su patria. En la

misma revista publicó una violenta protesta contra la falta de respeto de su subordinado . . .

Ecuador. En Guayaquil nos invitaron la misma noche que llegamos a un cabaret que ya no existe: el *Fortiges*. Alguien anunció ante el micrófono que estaba presente en un palco una delegación de periodistas de la vecina y hermana República de Chile. El *Fortiges* estaba lleno . . . Pues bien, el público se puso automáticamente de pie y canté el himno nacional nuestro sin saltarse una coma . . .

Yo escribí a Chile una crónica que se llamaba "Chile comienza en Ecuador" . . .

En Buenaventura. En Colombia nos esperaba esa especie pintoresca de tarjeta postal que se llama Buenaventura y que los colombianos niegan rotundamente que pueda dar la más remota imagen de su país . . . Así será, pero sobre las tropicales casas, chalets y bungalows de Buenaventura flamea la bandera de la nación amiga, y bajamos a ella con la sana intención de conocer a los simpáticos hermanos que teníamos al norte.

Ya sabemos que Colombia es tierra de poetas. De poetas de todas clases. Académicos y modernos . . . Viejos y jóvenes. Clásicos y revolucionarios. Los hay en cada calle, en cada esquina y en cada casa. Una familia que no cuenta con un poeta por lo menos, no es una familia honorablemente colombiana. En el parlamento se habla en verso y se recita a los clásicos con la fidelidad y la buena memoria de los niños de escuela.

Pues bien, a los diez minutos de atracar el *California* a los débiles maderos que hacían el papel de muelle de Buenaventura, subió al barco un muchacho que una vez que nos abrazó y nos dijo "Bienvenidos", nos recitó el primer poema. Le ofrecimos vino chileno. Se tomó una copa, dos, tres y hasta cuatro. Finalmente se bebió entera la botella. Vino la segunda parte de la recitación y cayó la noche. En alguna esquina de ese cielo verde y oro pintado de Gauguín, que tiene el puerto colombiano, se encendió una estrella. El poeta tomaba y recitaba. Recitaba y tomaba . . . ¿Cuántos poemas . . . ? Cincuenta por lo menos. Al día siguiente nos dimos cuenta que no era un caso aislado. Los negros que bebían fresco de lulo en la "Pilota", las niñas con ojos color madrugada de las vacilantes casas de

diversión en Puerto Nuevo, los marineros que vagaban como fantasmas por las empinadas calles, los guardas, los cargadores y hasta el alcalde (con colero y levita negra bajo los cuarenta grados de calor . . .), también vivían de poema en poema. Y de siesta en siesta.

Porque el rincón de América a que habíamos llegado, era justamente la América del Sur tal como se la imagina el mas ingenuo de los turistas americanos. Cocodrilos, palmeras, monos, negros, mujeres sentadas en las rodillas de los clientes, gin y whisky bajo los ventiladores que tratan de espantar el calor y el aburrimiento. Todo el mundo se aburre. Madrugan para aburrirse más tiempo. El cielo es negro de día y llueve por el menor pretexto. Una lluvia desatada y lenta, tibia y sensual que hace lentos y sensuales a sus habitantes . . . Como yo no conocía del Nuevo Mundo más que las fotos que había visto en las embajadas en Santiago de Chile, me dí por notificado que ésta era la América que tanto buscaba en los libros y en el cine.

Partimos a Cali. En Cali nos esperaba la inevitable entrevista, la recepción y el coctel. Pero también nos esperaban unas casas españolas, de plena colonia que daba la impresión de que Bolívar iba a llegar en cualquier momento a galope tendido rodeado de un pequeño grupo de sus generales . . . Cada uno de ellos con un perfecto perfil de estatua y de estampilla . . .

Cali. Cali es la siesta colonial. Las calles llenas de sol y de silencio. Y el místico canto de las campanas lejanas.

Hay tantas iglesias como muchachas casaderas, y una de ellas me hizo la siguiente confesión que anoté rápidamente para mis recuerdos cuando fuera un viejito vacilante y débil.

—Para nosotros no ha pasado la época de “María” de Jorge Isaac. Besamos a nuestros novios sólo después de habernos casado . . . Antes nos limitamos a pelar la pava a través de la ventana y a hacer dulcecitos para los niños pobres.

Naturalmente esa no era *toda* Colombia. Ni un pedazo del país. Ni un rincón de la nación. Pero daba la pauta de una manera encantadora y romántica de vivir, lejos de los aviones y de la guerra que ardía en el horizonte.

Cuando comenté esto en una crónica se enojó naturalmente un diplomático colombiano y me escribió diciéndome que había

visto sólo un trozo minúsculo del país. Así será, pero la tarjeta postal de Buenaventura y la foto de Cali que guardo como recuerdo, me resultan ahora, a través de los años, como el más emocionante de los recuerdos. Esa falta de progreso material y de ausencia de olor a bencina en la calle, me gustan más que los rascacielos que tratan de imitar a Nueva York y que las flotas de autos y de aviones que no dejan ver el paisaje . . .

Méjico. Pero nos faltaba la más importante: Méjico. Méjico nos esperaba puntualmente detrás de las páginas de "La Serpiente emplumada" de Lawrence, "La revolución mejicana" de Luis Araquistain y el excelente "Méjico en Marcha" de Manuel Eduardo Hübner que leíamos todas las noches a la luz de una lamparita.

Manzanillo. Y bruscamente surgió una mañana inolvidable el rostro del país del norte. Llegamos a Manzanillo. Nos había salido a esperar la embajada en masa, presidida por la melena de Oscar Schnake y los capotudos ojos de Pablo Neruda, amén de Luis Enrique Délano, Manuel Bianchi Jr. y el negro Henríquez. Habían hecho el viaje de Méjico DF en tren y llegarían justamente . . . al día siguiente de nuestro arribo oficial. Teníamos que esperar en consecuencia veinticuatro horas en un puerto tropical sin más horizonte que el infaltable tequila y los primeros pistolones . . . Me puse de acuerdo con Castillo y fuimos a ver al gobernador.

Rostro atezado, largos bigotes, sombrero alón y el infaltable revólver a la bandolera . . . El defecto y la cualidad de Méjico, es que es igual a Méjico. Al de los films y de la novelas. Todo lo que se cuenta sobre él, es cierto. Y los chistes macabros, también.

La preguntamos.

—¿Nos podemos ir en avión a la capital . . . ?

—Tengo sólo dos aparatos chicos, pero no son seguros.

—¿Se caen . . . ?

—Bastante a menudo . . .

—¿Cuándo se cayó el último?

—Hace una semana . . .

—¡Estupendo! . . De acuerdo con la ley de las probabilidades

no le toca caerse a ninguno hasta dentro de quince días por lo menos.

—De acuerdo, *mano* . . . Ahí tienen las máquinas . . .

Después de un breve consejo de guerra decidimos correr el riesgo y en unas cajas de zapatos con alas que desempeñaban oficialmente el papel de Línea Aérea, volamos hacia la capital . . .

Con Méjico en persona. Y entonces conocimos la revolución y la realidad mejicana en su esencia. Durante veinte días recorrimos cuatro estados, veinte ciudades, le dimos la mano al Presidente de la República, a los ministros, senadores, novelistas y pintores y vimos a una de las naciones más apasionantes y fantásticas que tiene América.

Telegráficamente contaremos como nos fue en Méjico. Una muchacha, hermana del Ministro de Agricultura, nos cantó la primera canción apenas bajamos del avión. Durante quince días escucharíamos por lo menos mil. Méjico es la nación que canta más en América. A cada rato, a cada momento, con cualquier pretexto, alguien toma una guitarra detrás de una ventana y abre románticamente los labios . . . Los *mariachis* caminan por la calle con sus inmensos sombreros y sus fieles guitarras. Mariachi viene de "Mariage". Y su origen se remonta a la época de Maximiliano y Carlota cuando llegaron los franceses al país dirigidos por los tristes bigotes del General Bazaine . . . En las bodas (mariages) se cantaban a los novios. Y de allí quedó el nombre mejicanizado por la población.

Poetas. En un festival recita Manuel Altolaguirre, el poeta español y refugiado, amigo de Neruda y de García Lorca. Lo hace estupendamente y naturalmente canta a la revolución. ¿A cuál . . . ? A todas. La palabra más corriente en este país es Revolución. La oiremos millones de veces por todos los motivos y se refieren a ella como a una amiga muy querida o a una amante fiel y distante . . . Después de Manolín recita otro poeta. Este es mejicano. Usa melena y es comunista. También canta a la revolución. Finalmente un coro con traje típico canta un corrido que se llama lógicamente de la misma manera. Hay revolución para todos y para todos los gustos. Una revolución desmelenada y con dinamita para los 300.000 españoles refugiados que

viven en el país que no ha reconocido ni reconocerá a Franco, y otra más tranquila, burguesa y constitucionalista para los habitantes del país . . . Una muchacha me dice:

—Te voy a mostrar el monumento a la revolución. Es una birria . . .

Y nos agrega:

—Lo llamamos “La Gasolinera”.

Y efectivamente tiene aspecto de puesto de bencina y lo único que le falta es el muchacho de overol con el trapo en una mano y la manguera de nafta en la otra . . .

Le digo que quiero comprar cordones para los zapatos. No me entiende. Al final encuentro la palabra precisa: Cintas.

Y ella insiste (otra dulce costumbre del país) en amarrarme los cordones con sus propias manos y de rodillas ante mí.

Pintores. Nos presentan a los dos valores máximos de la nación. Un gordo que pesa fácilmente ciento treinta kilos y que tenemos que escalar como si se tratara del vecino Ictazigualt para llegar a él: Diego Rivera. Y un hombrecito delgado color azufre que resulta ser nada menos que David Alfaro Siqueiros cuyos fantasmas de color le conocía ya en la escuela de Chillán que nos regaló Méjico hace años, para el terremoto . . .

Diego nos invita a su estudio. Inmensas cabezas de cartón y de madera. Brujos de la época de los mayas. Trozos de greda que vienen caminando desde tiempo de los aztecas. Mujeres de rostros colosales y de ojos fijos. Manos gigantes que agitan al viento unos dedos de cinco metros por lo menos. Coros y frisos de indios solemnes y trágicos que no parecen haber abandonado aún la época de la Conquista. Curas, millonarios, estancieros, mujeres de la *Belle Epoque*, prostitutas con la falda a la rodilla y medias negras, camareros marchando con una botella de champagne helado sobre los pobres campesinos que gimen bajo la bota del patrón y la bendición del cura.

La pintura revolucionaria en una palabra.

Más tarde en el palacio de Gobierno, en el Ministerio de Educación, en la Municipalidad, en los Museos, en las escuelas, en los Mercados y en la calle, nos persiguió la misma imagen. Los inmensos frescos es la mejor propaganda que hace actualmente la revolución. Está allí de día y de noche gritando desde

las murallas su mensaje eterno. Admirablemente hechos lucen la belleza y la potencia de los genios del Renacimiento italiano. Porque estos indios sombríos y estos frailes despectivos y caricaturizados, tienen más eficacia política que la más encendida proclama y la barricada mejor montada. Rivera y Siqueiros, Orozco y el resto de sus miles de morenos discípulos, han logrado hacer la mejor pintura americana y la más autóctona del continente. No copiaron a los franceses ni repitieron lo que habían hecho los españoles y flamencos. Fueron ellos, con su tierra y su historia al fondo, los que, pincel en mano, han dejado estas manchas admirables y eternas. En Guadalajara, en la cúpula de la Municipalidad nos muestran el rostro de un indio inmenso que está rodeado por mil cabezas de indios exactamente iguales motivos central que produce una sensación de magia y de extraña belleza al mismo tiempo. En los colegios y las escuelas arde la pintura y canta el color . . . Todo tiene una frescura, una potencia torrencial y una fuerza ciclópea que está a cien kilómetros sobre lo que se ha hecho en el resto de América. Esto no es lujo para *snoobs*, ni mermelada dulce y pegajosa para paladar de intelectual en ciernes. Esto aúlla, bala, gime y llora por todo un pasado grandioso en que habla la sangre y canta la tragedia.

Una farra a la mejicana. Una noche nos invitan a una casita de los alrededores de la capital a echar una cana al aire con los diputados del Partido de Gobierno. Asisten veinticuatro muchachas, una por cada invitado, y nos ofrecen de aperitivo dos películas pornográficas. Están convencidos que en Chile nos gusta esta clase de manjares picantes y tenemos que aceptarlos sonrientes porque estamos en casa ajena. Invitado de honor es el embajador Schnake que ha perdido, a través de los años, la cara de agitador socialista que tenía en los lejanos tiempos del Frente Popular. Ya no levanta ni cierra el puño y usa un rostro perfectamente internacional en que se vé fácilmente la mano de la diplomacia . . .

Cada uno de los diputados se saca la chaqueta por el calor y cuelga tranquilamente la canana repleta de balas y el pistolón en la percha. Parece que esta ceremonia forma parte de las costumbres habituales del país.

A los postres entran los inevitables mariachis y no falta la lágrima disimulada rápidamente y la nostalgia que arde en el fondo de los vasos. Pero ahora viene la segunda parte.

Uno de los parlamentarios dice maliciosamente:

—Ahora cada cual con su cada cual...

Otro agrega:

—Cada mochuelo a su olivo...

Y partimos a demostrarle a los cordiales amigos del norte que tal se portan en estos casos la gente del Sur.

Una vez terminada la introducción en materia, subimos al segundo piso en que hay un misterioso y discreto saloncito que merece capítulo aparte. En el techo brilla un espejo ovalado y cuelga un columpio de terciopelo. Y en el columpio —perdón casto amigo lector— está sentado uno de los más brillantes parlamentarios mejicanos, gloria de la tribuna de su país, en tenida de Adán y entregado al más noble de los deportes que me recordó las mejores y más ardientes páginas del *Decamerón*... Naturalmente que no estaba solo, sino agradablemente acompañado por una sensacional morena que no había abierto sus húmedos labios durante la comida. Y como si fuera poco, un ayudante mecía cadenciosamente el columpio...

A las dos de la mañana el gordo Henríquez, Jefe, según creo, de la brigada parlamentaria del PRI, exclama:

—Faltan mujeres... Estas están demasiado vistas...

Y parte en busca de material fresco. Lo acompaño en uno de los coches oficiales, y con placa del Congreso, y llegamos hasta uno de los suburbios de la ciudad. En una casa colonial que pide a gritos unos versos de los Alvarez Quinteros, nos sale a recibir una anciana de rostro de greda que nos dice con una voz suave y bajita:

—¿Qué desean?

La respuesta es perentoria:

—Mujeres... Veinte por lo menos... Y rápido.

Y salimos en el coche fiscal con nuestro impresionante cargamento femenino. Y la fiesta sigue hasta las seis de la madrugada...

El inovidable Pablo Neruda. Dos días después nos tocó el cumpleaños de Pablo Neruda, que era la figura intelectual más

popular de Méjico y un *cicerone* de primer orden. Decidimos hacerle un regalo, pero un regalo especial y fuera de serie . . .

Yo tuve una idea. En el mitológico Mercado de La Laguni-lla (donde se vende desde un diente recién extraído en plena calle hasta un gobelino del siglo XVI . . .) había visto el más extraño de los objetos. Una vieja diligencia contemporánea de Bufalo Bill y de la conquista del Oeste que nadie sabía como había aterrizado en la capital mejicana. La diligencia le venía al justo a Pablo. Era un trozo del pasado que podía calopar aún nostálgicamente en el presente. Como nadie se interesaba por ella, nos salió baratísima. Sólo nos faltaban los caballos para llegar a galope tendido hasta la casa del poeta . . . Los amigos oficiales nos solucionaron el problema. Y nos conseguimos tres nobles e impresionantes parejas de los mejores corceles que movían la cola en el país. Y la noche que Pablo encendía melancólicamente una nueva vela en la torta familiar, acompañado de la simpática "Hormiguita", desembocó la gloriosa diligencia con el mismo ímpetu que lo habría hecho en el más apasionante films de cowboys.

Pablo dejó caer una de esas lentas y poéticas lágrimas que reservaba para estas ocasiones . . .

Un detalle final de la emocionante celebración. Pablo es de una castidad y de un sentido de la fidelidad conyugal que se dá únicamente entre los monjes cartujos y los comunistas más acérrimos. Le carga el amor a media luz y las conquistas donjuanescas con sus jóvenes invitadas.

Y tenía maravillas. Una morena que estaba lista para trabajar en una tela de Romero de Torre y una rubia que habría estado perfecta en una calle de Estocolmo que es la ciudad más libre del mundo. Naturalmente los doce jóvenes periodistas que habíamos hecho un largo viaje por mar, estábamos listos para probarle a las mejicanitas que el frío país del Sur no era tan polar como se suponía. Pablo y la Hormiguita nos atajaron sonrientes . . .

—Cuidado chicos . . . Recuerden que estamos en Méjico y aquí no se estilan las cosas como en Chile . . . Los mejicanos son gente celosa y exaltada . . . Y no se les olvide que usan la pistola con la misma facilidad que la escobilla de dientes . . .

Le dijimos a todo que sí al ilustre poeta y a su no menos ilustre y quisquillosa esposa, y seguimos adelante como si tal cosa.

* * *

Políticos. En el palacio de Gobierno nos esperaba el Presidente de la República, Avila Camacho y sus ministros. Discursos, apretones de manos y frases de rigor. En el Ministerio de Guerra nos presentaron a Lázaro Cárdenas que había sido el eje y el símbolo de la verdadera revolución (sin palacios de cuentos, yates en Acapulco y queridas de Las Mil y una Noches) y finalmente en Guadalajara conocimos bajo un sombrero alón, a Miguel Alemán, que era Ministro del Interior y que ya se estaba probando la banda presidencial para el próximo período.

No me imaginé nunca cuando le dí la mano, que estaba frente a uno de los futuros millonarios más grandes del mundo y que abandonaría el poder con un cargamento de dólares que se los hubiera querido Rockefeller para un día domingo.

Diplomáticos. Emocionadamente nos dijo el Jefe del Protocolo cuando nos llevó al Palacio de Chapultepec que queda en un cerrito en medio de la capital azteca, mientras nos mostraba las joyas y vajillas del estado mejicano que parpadeaban detrás de los cristales de las vitrinas.

—Miren Uds. . . Oro y plata maciza . . . Diamantes y perlas . . . Topacios y zafiros . . . Una fortuna en una palabra. Pues bien, este palacio fue asaltado por pelados de Villa, de Obregón, de Madero, de Huerta, de docenas de generales. Los *pelados* no tenían más que su fusil y sus alpargatas. Era gente incurablemente pobre. Se alimentaban de tortillas de maíz y comían una vez a las perdidas . . . Y vean la grandeza del pueblo . . . Jamás se perdió nada . . . Ni un collar, ni una taza . . .

Más tarde el mismo jefe de Protocolo (que fue con los años embajador de su país en Chile), nos mostró un aspecto más íntimo de la curiosa psicología mejicana.

Me dijo:

—Te pareces a mi hijo que se murió hace años . . . Te invitaré a mi casa para que te vea mi mujer.

Efectivamente estuve en su casa y le besé la mano a la noble dama que había perdido al primogénito y que derramó algunas

lágrimas al verme... Pero eso no fue nada. En medio de la charla el amable cicerone me dijo de improviso:

—Quería tanto a mi hijo que no resistí al deseo de tenerlo siempre cerca... Y no dejé que lo enterraran en el cementerio.

—¿Y dónde está? pregunto tímidamente...

—Debajo de tí... Hice abrir un nicho en el suelo y allí está enterrado cerca de sus padres para siempre...

* * *

La piel de Méjico. Y entre visitas a los extraños mercados de los pueblecitos del sur donde se venden pulgas vestidas de charros y de chinas poblanas maravillosamente hechas y con el atuendo colocado delicadamente con pinzas y que miran a los turistas dentro de unos cubitos de cristal de aumento, de un centímetros de altura, corridas de toros con Miuras auténticos que morían en la plaza y frente a los tendidos de sol y sombra con la misma seriedad profesional con que lo hacían en España, excursiones en góndola en Xochimilco que es la Venecia mejicana y donde el que no se enamora de alguna Lupe o Pilar no merece haber llegado a este pícaro mundo, riñas de gallo, visitas a unas tumbas mayas y aztecas que eran ancianas ya cuando Hernán Cortés le atrató un encendedor automático a sus naves, y una gira relámpago a través de más de veinte ciudades con los mismos mariachis, los mismos poetas que le cantaban a la revolución y unos jefes de policía serios y sombríos, con el rostro color cuero que manejaban la pistola y la carabina con la agilidad que en Chile reservamos modestamente para los puños, y luego de ver nuevos frescos con nuevos indios y dioses que volaban hacia el cielo después de haber asesinado concienzudamente una docena de obispos y de generales anteriores a la época de la Revolución del año 1910, tuvimos que regresar a Manzanillo y emprender la marcha.

El colo. Periodística y turísticamente habíamos visto uno de los países con más color en el mundo... ¿Qué color...? Rojo y negro. Sangre y luto. Alegría frenética y tragedia contenida. Porque la muerte, amigo lector, está en Méjico como en su casa. Hay más sentido de la otra vida, de la cruz al fondo y de lápida de mármol sobre el nicho, que en España y en Rusia.

Méjico era igual a la cinta de Eisenstein "Trueno sobre Méjico". Era igual a las mejores páginas de Azuela. Exacta a lo que nos había contado al oído Lawrence en "la Serpiente Emplumada". Matemáticamente hermana de los viejos relatos y las antiguas pinturas. Entre tanta nación militarmente gris que existía en el mapa de América, se destacaba con relieves especiales esta tierra húmeda y caliente donde las carabinas sostienen el cielo y los viejos dioses tarascos caminan aún sobre los senderos de tierra y al pie de las casitas de barro, entre las catedrales que guardan una belleza de cuatro siglos por lo menos y que agitan tristemente sus campanas en unos torreones de plata antigua, de un gris inolvidable . . . Y con unas ruinas gastadas por la labor infatigable de las kodaks de los turistas . . .

Balance. Nos gustó. Más que eso. Poniendo la mayor cara de niña snob chilena que duerme en el Golf, pero que sueña en Montmartre, diría que es un país "fascinante".

Y montar nuevamente en la cáscara de nuez del California, decirle adiós a los *manos*, agitar el pañuelo y la bandera del águila y la serpiente ante unos pelados de inmensos sombreros y unas chinas plobanas cuyas trenzas jugaban en manos del viento, nos produjo un agudo dolor.

Y mientras el barco ponía rumbo al sur, me expliqué perfectamente por qué Hernán Cortés había quemado sus ventrudos galeones y se había quedado aquí para siempre . . .

ARGENTINA

Fue en 1946. Doce periodistas chilenos fueron invitados por el Gobierno argentino que presidía el General Farrell y cuyo vicepresidente era el joven coronel Juan Domingo Perón. En realidad el que invitaba era el segundo, ya que el primero se dedicaba únicamente a tocar guitarra, repetir tangos compadrones de memoria y asistir a los matchs de box. Los doce periodistas que presidía Gabriel Sanhueza, director de "Topaze", fueron recibidos en Las Cuevas por una delegación argentina y en auto llegamos a Mendoza. Después de media docena de comidas de gala arribamos en pullman presidencial a Buenos Aires. Alojamiento a todo lujo en el Hotel Continental y diez días de estada a cuerpo de rey.

Pero desde el segundo día comenzaron las cosas raras. Nos recibió el Presidente de la República, el Ministro de Relaciones Exteriores y finalmente el discutido Coronel Perón.

Perón. Don Juan Domingo sabe entenderse con la gente de prensa y tiene la habilidad demagógica del León. Sonrisas, fotos, palmoteos en la espalda y finalmente llegó el momento de hacer declaraciones. Los periodistas chilenos estamos acostumbrados al sistema de los interrogatorios sin cuestionario previo y hechos sobre la marcha.

Perón habló largamente y nosotros nos mantuvimos silenciosos hasta el primer claro. Allí tomamos la palabra . . . y no la soltamos más. Se decía que Perón iba a ser candidato a la Presidencia de la República. Ante la pregunta nuestra, reaccionó vivamente y nos contestó:

—No hay tal . . . Les doy mi palabra de honor que no tengo el menor interés en presentarme como candidato . . .

Tres meses después aceptaba la candidatura y hacía sonar a Tamborini.

Yo mismo le pregunté:

—Coronel . . . Se dice que Ud. es fascista y nos gustaría aclarar el punto en la prensa de Chile.

La pregunta tenía doble y hasta triple filo. Si decía que era antifascista, se echaba encima a los nacionalistas que habían levantado su nombre como una especie de segunda edición de Rosas. Si declaraba que era fascista, perdía los posibles votos de los elementos obreros y sindicales que comenzaban a pensar seriamente en él.

Nos contestó:

—Una respuesta como ésta tiene que ser meditada largamente y me gustaría que se llevaran una declaración de mi puño y letra que les será entregada esta misma tarde en su Hotel . . .

Efectivamente en la tarde recibimos una larga y vaga respuesta en la cual el futuro candidato declaraba ser anti fascista . . . pero poco, y que al mismo tiempo creía en la libertad mezclada con el orden y la jerarquía. Es decir, *miti-miti*. Había quedado bien con Dios y con el Diablo. Con los nacionalistas y los obreros.

Nos habló de San Martín, de Ríos, de Alessandri y de miles de cosas más. Nos impresionó personalmente como un hombre joven y hábil, que se sabía de memoria la técnica para triunfar en su país y que estaba a mil metros sobre su rival más próximo.

Preguntas indiscretas. Más tarde fue el Ministro del Interior el que recibió el fuego graneado de la prensa chilena.

Nos declaró enfáticamente, mientras lo sitiábamos por todos lados:

—En mi país no hay perseguidos políticos. Lo que dice la prensa adversaria, es mentira y mala fe. Uds. mismos lo pueden constatar.

Fue entonces cuando uno de los muchachos de la delegación sacó tranquilamente una larga lista de nombres que nos había facilitado secretamente el grupo radical y le preguntó:

—¿Y qué nos dice de esto Sr. Ministro?

Se puso blanco. Alegó que se trataba de presos “sociales” y no políticos y nos interrogó suavemente sobre como habíamos conseguido la famosa lista. Pedimos visitar Villa Devoto y otras cárceles. Amablemente nos dijo que bueno . . . pero no sacamos

nada en limpio. Entre tanto cóctel y tanto almuerzo, no hubo tiempo para visitar a los famosos presos *sociales*.

Tentaciones. En una carrera hípica en la Plata se nos invitó a jugar a determinado caballo, ya que “de todos modos tendría que ganar el pingo al cual hubieran apostado los periodistas chilenos...” La maniobra estaba a la vista y la respuesta fue perentoria:

—Queremos jugar como todo el mundo y si perdemos, perdemos.

Se quedaron helados. Hacía una semana habían estado periodistas de otra nación americana, cuyo nombre no damos por razones de cordialidad internacional, y todos habían jugado y ganado montañas de brillantes y sonantes nacionales.

Uno de los funcionarios a cargo nuestro nos dijo sonriéndose: Ya recibirán un regalo cuando se vayan.

Efectivamente lo recibimos. Era un elegante sobre que contenían cinco mil nacionales de recuerdo para cada cual. La respuesta fue la misma.

—“Muchas gracias... pero lo sentimos mucho. Trajimos nuestros propios nacionales para trabajar con toda libertad”. Pero hubo algo más, nuestras crónicas comenzaron a aparecer en Chile y naturalmente fueron reenviadas a Buenos Aires. La respuesta fue un editorial del diario “Cabildo” (nacionalista) que nos trataba de “niñitos preguntones”.

Contramaneifestaciones. El Hotel en que vivíamos fue apedreado por algunos jóvenes nacionalistas más exaltados que el resto. Afortunadamente la noche que actuaron estábamos a media cuadra de distancia tomándonos un trago con los colegas libres de la otra banda. Nuestro teléfono funcionaba día y noche. Llegaron delegaciones de obreros y radicales a vernos. Nos dejaron montañas de propaganda contra Perón. Una muchacha me pidió personalmente que intercediera ante el Gobierno para solicitarle la libertad de su marido que era chileno y que estaba preso. La muchacha resultó ser espía de la policía y usada como cebo para que picaran los periodistas haciendo confesiones y confidencias ante ella. En cuanto al marido, no existía más que en su imaginación.

Espionaje. Pero hubo algo más. Notamos que los amables y sonrientes funcionarios que nos acompañaban para ver la ciudad no nos dejaban a sol ni a sombra. ¿Amabilidad...? Sí, pero excesiva. Un día nos dimos cuenta que cada vez que hablábamos por teléfono se sentía un golpe interno, como de otro fono que se levantaba en el mismo momento. Más tarde supimos que había funcionarios especiales de la policía que tenían cabina propia en el Hotel para conocer al detalle nuestras conversaciones.

Yo traté de engañar una noche al funcionario que me acompañaba. Me despedí de él a las doce de la noche y me fuí a acostar. Me tendí en la cama vestido y fingí que dormía. A las dos de la mañana salté de la cama, salí en puntillas, bajé la escala para no tomar el ascensor y finalmente salí a la calle por una puerta de servicio. Tomé un taxi y lo cambié en la esquina para despistar, y finalmente aterricé en una confitería de la calle Corriente que quedaba a veinte cuadras de distancia. Cuando me sentaba para tomarme un café, feliz y libre, vi aparecer rápidamente en el quicio de la puerta la sonriente estampa del amigo argentino que me habían colocado para acompañarme y que me había dicho hacía dos horas que se iba a dormir después de lanzarme un sonoro "Buenas Noches".

No me había perdido pisada...

La oposición. Los radicales nos hacían las invitaciones más curiosas. So pretexto de un coctel ultra privado, salimos del Hotel a pié, montamos en un auto que estaba con el motor en marcha a tres cuadras, cambiamos mil metros más allá de coche y finalmente entramos por una pequeña puerta, a un departamento que tenía una ventana en la pared disimulada con un biombo, de allí pasamos a un fantástico palacio que daba sobre una elegante plaza del Barrio Norte y donde nos esperaba el estado mayor de la oposición. Recuerdo entre otros a Tamborini, Mosca, Elpidio González, Frondizzi, etc. Nos interrogaron largamente sobre las cosas de Chile y finalmente nos dieron datos privados sobre la verdadera política argentina en lo que se refería a nuestro país. Nos dijeron:

—Proclamarán a Perón y si triunfa, será el final de la tradicional amistad entre Uds. y nosotros.

El tono era alarmista. Parecían en víspera de una revolución, pero sobraba el caviar y corría el champagne como agua . . . Estaban más cerca de un banquete que de un golpe de estado, y más próximos al *whisky* importado que a las pistolas.

Despedida. Finalmente nos fuimos. El presidente de la delegación se sentía ahogado por la falta de libertad que sufría en Buenos Aires, y partió a Chile en avión especial. Nosotros pasamos tres días más en Mar del Plata (siempre vigilados amablemente) y nos recibió por última vez Perón en la Casa Rosada para darnos la despedida. Nos preguntó:

—¿Qué se les ofrece?

La respuesta fue irónica y periodística.

—Que no nos abran las maletas . . .

El vice debe haber creído que se trataba de camisas Arrow. En realidad eran montañas de folletos, libros y proclamas antiperonistas que nos habían dado, entre gallos y medianoche. Esto, naturalmente en el supuesto que sus ágiles policías no nos hubieran abierto tranquilamente las valijas durante los días que nos invitaron a Mar del Plata.

Cara y sello. Resumen final. Un periodista del régimen nos interrogó:

—Bueno muchachos, ¿Y qué impresión se llevan de la Argentina?

Tiroteó cada uno por su cuenta:

Perón será candidato a la Presidencia y ganará . . . Los radicales están hecho pedazos. La política anti yanqui y obrerista de don Juan Domingo conquistará fatalmente a las masas obreras. Esto no será naciismo ni fascismo, sino nacionalismo argentino con ribetes de rosado socialismo. Algo así como lo que hizo en Chile Alessandri, con breves gotas de Ibáñez. Buenos Aires vive la atmósfera de Santiago del año 20 al 27. ¿Libertad . . . ? No compañeros, aquí van quedando muy pocos restos de lo que allá llamamos libertad de prensa, de reunión o de lo que sea. Gracias por todas las atenciones, por la negativa a visitar Villa Devoto, por las intervenciones en el teléfono y por la encantadora espía que nos enviaron al Hotel, pero Uds. argentinos, cuando están al margen de la política son simpatiquísimos y nos

vamos felices de haber pasado esta temporada a cuerpo de rey en la capital del tango.

Les dimos la mano y nos fuimos. Lo último que vimos desde la estación, fue el Obelisco. Lo primero que divisamos al llegar a la frontera chilena fue una copia de la estatua de la Libertad.

Habíamos conocido lo que iba a ser más tarde la Argentina de don Juan Domingo.

¿Y él...? Lo mejor y más vivo, macuco y audaz que tenían en la otra banda. Lo demás son cuentos chinos, consignas baratas de propaganda y "chamuyos" como dicen en el barrio de la Boca.

Mi legendario tío. Pero, antes de partir, dos detalles estrictamente personales que pintan mejor que nada como era el país en la época anterior a la llegada de los descamisados y de los "grasas" del Matadero y de los frigoríficos...

Yo tenía un tío argentino que vivía en Buenos Aires... Un tío mitológico al que conocía apenas y que había estado veinte años antes en la casa de mi abuela en Santiago de Chile.

Era hijo del Presidente y dictador del Uruguay Lorenzo Latorre y se llamaba Luis. Un gaucho de piernas arqueadas por el caballo, que había sido general del Ejército argentino y profesor de táctica de un desconocido teniente que se llamaba Perón... Se había retirado de las filas y vivía con su familia cerca de la capital, en el pueblo de Las Mercedes... Me ubicó rápidamente en la lista de los periodistas invitados por Farrel, y me llamó al hotel. Como buen argentino, y después de darme un rápido abrazo en que cabía toda la cordialidad de la familia y del parentesco, me llevó al Banco de la Nación, y me dijo:

—Mirá ché... Esto sí que es Banco...

Después, más en la intimidad, me habló pestes de Farrel y de su exalumno que ocupaba la Vicepresidencia.

—Son unos tipejos que están llevando a la Argentina al abismo. Si no se levanta rápidamente el Ejército, tendremos una dictadura peor que la de Rozas.

Me invitó a pasar la noche de Navidad a su casa y me dio un nuevo abrazo...

Navidad. La noche del veinticuatro de Diciembre no había taxis en Buenos Aires. Todo el mundo estaba en su casa y yo

quedé como un pobre náufrago en la puerta del Hotel. Junto a mí estaba naturalmente mi espía personal.

—¿Qué te pasa...?

—Que tengo que llegar a Las Mercedes y no sé como...

—Muy fácil viejo... Ya veras como funciona el equipo de recepción y el gobierno argentino.

Por Diagonal Norte avanzaba un taxi ocupado por dos viejitos. Lo hizo parar secamente, le mostró una placa... y los viejos se quedaron en la calle y nosotros partimos cómodamente sentados hacia la casa del tío... Pero no terminó allí la historia. Al llegar a Las Mercedes salió el General Latorre a la puerta y me preguntó quien era mi amable acompañante.

—Un policía, le dije.

—Alto ahí. Esta es la casa de un verdadero general argentino y aquí no entran los espías de Farrel y de su pandilla. Y dirigiéndose a él, continuó: ¿Su grado joven...? ¿Teniente...? Pues bien, teniente lo siento... Ud. se queda en la calle y mi sobrino puede pasar...

Y el espía se vio obligado a fumarse dos cajetillas de cigarros mientras me esperaba.

Evita. Un colega de la otra banda me dijo al oído antes de partir:

—Ché, averiguá que pasa con una muchacha que se llama Eva Duarte. Anotá el nombre. Vale la pena. Ha trabajado en cine y en cabarets de mala muerte. Es la *amiga* de Perón y dicen que se casará en breve con ella...

La noticia era bomba y me puse inmediatamente a la acción. Después de miles de diligencias lo más discretas que pude, logré saber que:

—Efectivamente Evita existía...

—Era la *amiga* de Don Juan Domingo...

—Se casaría en breve con ella...

—Y finalmente la misteriosa dama era la que estaba convenciendo a su amorcito de que aceptara una eventual candidatura a la presidencia...

Otro amigo me logró llevar hasta la casa misma de Evita. Naturalmente no se trataba de decirle que yo era periodista y mucho menos que trataba de entrevistarla. Usé el más ingenuo

de los pretextos. La había visto trabajar en cine en “La muchacha del circo” que se había exhibido en Santiago con gran éxito, y la admiraba. Naturalmente era mentira. El film era pobre y Evita una actriz de segunda categoría. Pero Evita era mujer y le encantó el piropo. ¡Todo sea por la sagrada causa del periodismo! . . .

Me pareció una muchacha inteligente y rápida. A primera vista se trataba de una artista del montón. Ni bonita ni fea. Le faltaban aún las pieles y las joyas que llegaron más tarde, y el escenario lleno de luces y de aplausos. No estaban aún en escena los “grasas” y los muchachos de los barrios tiznados de sudor y de hollín. Ahora estaba en el primer escalón de la carrera de los éxitos y se portaba como la discreta amiga de un coronel que era sólo Vicepresidente de la República. El trato, la manera de enfocar los problemas, la simpatía y, antes que nada, la facilidad para moverse con agilidad entre los mil arrecifes de la política diaria, me dieron la impresión de que Evita tendría que llegar lejos . . . Estaba al día hasta en los menores detalles y se notaba, a través de la nerviosa charla, las infinitas maniobras que pondría en juego algún día y los sutiles, pero firmes hilitos, con los que ataría a Perón . . .

Dí la noticia a la vuelta. Lo hice con discreción pero aseguré perentoriamente en “VEA” que:

—Perón sería candidato a la Presidencia.

—Y que se casaría con la desconocida actriz.

Ambos vaticinios resultaron rigurosamente exactos . . .

Perón y Alessandri. Y no era que Perón fuera un genio. Un Mussolini o un Hitler. No. Era únicamente que los rivales que tenía al frente . . . o a su lado en las filas del Ejército, eran de tan baja calidad que Perón tenía que llegar a imponerse rápidamente. La Argentina no había pasado por el año 20 de Chile. No había tenido un León de Tarapacá. Sarmiento y Mitre estaban muertos. El “Peludo” Irigoyen había partido ya y la escena estaba vacía. Ni Tamborini ni Mosca, y menos el lejano Frondizzi, le podrían cerrar el camino al joven coronel al que el destino le había colocado una Dubarry que sabía más de política que todos los pomposos diputados y senadores que figuraban en ese momento.

Perón tenía que decidirse únicamente para que el sillón de terciopelo rojo de la Casa Rosada fuera suyo.

Un día se decidió y llegó al poder. Después lo echaron, pero esa es otra historia y otro viaje a la borrosa capital del Plata que contaré oportunamente . . .

EN ARGENTINA, CON LOS DESCAMISADOS

En 1948 volví a Argentina, pero esta vez no en calidad de invitado, sino por mi cuenta. Había que ganarse el puchero y llevaba escasamente la suma de veinte mil pesos chilenos que servirían, en el mejor de los casos, para mantenerse quince heroicos y bohemios días.

Estuve un año.

En el mismo momento que se terminaban los fondos que había conseguido ahorrar encontré a un amigo inolvidable llamado Juan Bosh Bousquet, periodista chileno que, aburrido en Santiago, se había ido a buscar fortuna a Buenos Aires. Allí se transformó en un solitario escritor que publicaba novelas y cuentos con un estilo que podría competir perfectamente con los maestros de la literatura nacional. Vivía con su mujer en un pueblecito llamado Saavedra a veinte kilómetros de la capital. Allí me habilitaron una pieza y una cama. La pieza era el salón y la cama el piano. Durante tres meses viaje diariamente de Saavedra a Buenos Aires en busca de algún trabajo para poder dejar tranquilo el piano de la esposa de mi amigo y para que pudiera tocar una sonata en vez de escuchar mi llegada todas las noches después de las dos de la madrugada, en el último tren que salía de la capital.

Buenos Aires. Para quién no conoce Europa, Buenos Aires es Europa. Para quién no ha estado nunca en París, la ciudad del Obelisco es casi la capital del Sena porque estos cinco millones de habitantes y esas inmensas avenidas salpicadas de rascacielos y de grandes palacetes de comienzos de siglo, son un trozo del Viejo Mundo incrustado dentro de América.

Los argentinos viven pensando en Europa y apenas pueden hacen las maletas parten en busca de ese pequeño Buenos Aires que está al otro lado del mar y que se llama París.

No les gusta. No lo encuentran tan imponente y majestuoso como es su propia capital. Echan de menos esa pátina que van formando las chimeneas de Buenos Aires y ese silencioso hollín que va cubriendo las fachadas de los edificios.

Porque el Buenos Aires que yo había visto rápidamente invitado por Perón en una gira ultrarrápida y financiada por el Ministerio de Relaciones Exteriores, no tenía nada que ver con este otro Buenos Aires visto desde la calle, vivido, luchado y combatido para poder obtener el jornal de todos los días y los necesarios nacionales para comer como Dios manda.

Chilenos. Con Rafael Frontaura, que pensaba como chileno y cuando quería hablaba como argentino, con Raúl Manteola que dibujaba a las niñas más finas y elegantes del barrio Norte, con Fantasio que hacía tiras cómicas en 10 diarios, con Rodolfo Onetto que trabajaba de galán y con Américo Vargas que arrendaba un departamento en los altos de un teatro de la calle Corrientes, vivimos una existencia bohemia y trashumante que iba desde los cafés donde se juega a los dados hasta las dos de la mañana, al “Tropezón” que es el gran centro nocturno de Buenos Aires donde periodistas y políticos *chimentan* la actualidad literaria y artística hasta que se apagan las últimas estrellas y comienza a avanzar, vestido de impermeable, el amanecer por las calles de la ciudad.

Periodismo. Trabajé en “Clarín” durante dos semanas, fui subdirector de un diario con dos ediciones al día que se llamaba “La Tarde” y que como era peronista, fue suprimido de una plumada por el propio Perón. Finalmente aterricé en la elegante oficina de redacción de la revista “Rico Tipo” para ver modo de publicar unas novelas cortas que a mí me parecían divertidas. Había conocido a Divito en Chile y lo atajé a la entrada de la oficina para pedirle humildemente que me abriera las puertas de su revista y poder llegar a la inmortalidad a través de unas cuantas carillas de papel.

Divito era un hombre triste, como todos los humoristas que dibujaba a unas chicas llenas de curvas que sólo veía en las calles y de las cuales se enamoraba teóricamente. Me presentó al secretario de redacción que resultó ser una mezcla de Código Civil con reglamento militar, y que me dijo en el más perentorio

de los lenguajes que “a lo mejor podían salir mis cositas en la revista” ...

Inventé una audición llamada “Rico Tipo en el aire” donde las chicas del célebre dibujante no iban a pasear solamente sus caderas y curvas por las páginas de la revista, sino que se iban a asomar al micrófono.

La idea era genial, pero como era tan genial, naufragó antes de llevarse a la práctica. Si hubiera tenido éxito, no estaría escribiendo en estos momentos estas líneas, sino amarrando un elegante yate a los muelles de El Tigre con un Cadillac de diez metros a la mano y una jugosa cuenta bancaria en el bolsillo.

“Sintonía”. En Buenos Aires viven miles de chilenos. Uno de ellos, el gran Karstulovic que había sido piloto automovilístico en Chile dirigía la revista “Sintonía”.

No faltaba el que decía en voz baja que había sido amigo íntimo de Evita antes de Perón.

El hecho fue que me ofreció las páginas de la revista para que ganara unos cuantos nacionales.

Mi debut fue trágico. Fui a entrevistar a Enrique Serrano y cometí la falta de tacto de llegar a su departamento a las diez de la mañana.

A esa hora los actores que se respetan duermen a pierna suelta. Se me olvidó el pequeño detalle y lo conocí indignado y en ténida de Adán en la puerta del departamento.

A pesar de ello y después de ponerse una bata, accedió a hacerme algunas declaraciones sensacionales.

“Sintonía” me envió al festival de Cine en Mar del Plata. Para que entienda el lector como se estilaban las cosas en la época de Perón, le contaré que Evita y Don Juan Domingo aparecieron en cuarenta y ocho fotos en todas las poses imaginables.

Y que el Presidente de la República y la elegante Presidenta, tenían más importancia en una revista químicamente cinematográfica que todas las estrellas y galanes famosos de la pantalla gaucha.

Los periodistas. Había conocido de todo. Desde el solemne Roberto Noble, director y propietario de “Clarín” que luce una gravedad que yo creía privilegio exclusivo de los Ministros de

Relaciones Exteriores de la otra banda, hasta los alegres muchachos que trabajaban en la revista "Qué" con los cuales organizamos la mejor tertulia de la ciudad. Allí, con los que hoy día son los mejores novelistas argentinos y los más burgueses secretarios de redacción, nos tomábamos melancólicamente una endemoniada *grapa*, haciendo lo mismo que había hecho en Santiago: salvar el mundo hasta que asomaba la madrugada con los ojos húmedos . . .

"Adán". Me ofrecieron un cargo de redactor en la revista "Adán". El lema de la revista decía: "Sólo para hombres". En realidad era para *ciertos* hombres . . . Su propietaria resultó ser una millonaria y joven viuda venezolana dueña de un bosque de torres de petróleo.

Sus amigos eran unos muchachos imberbes que movían las caderas como las mulatas de La Habana y que tenían tanto que ver con Adán como yo con la buena abuela Eva.

Dando saltitos y pegando unos aullidos extraños, bastaba verlos en los pasillos de la revista, para darse cuenta que la estela de Wilde y de Gide no se había extinguido, sino que había resucitado a este lado del Atlántico.

Los avisos tenían la misma coquetería que la publicidad en las revistas femeninas. Los lectores daban grititos y se tomaban de la mano. Y finalmente el público lector tenía ese aspecto vago y difuso de los más activos militantes del Tercer Sexo.

Lógicamente duré poco en la revista . . .

Experiencia. Periodísticamente la Argentina tiene un valor único. En los escasos meses que viví a bordo de ella, conocí desde el hijo de Mussolini que había bombardeado a los pobres negritos de Abisinia en la guerra y que me pareció un pobre taradito que venía a olvidar en América las frases despectivas que había dicho a bordo de un avión en Africa, a un rey destronado que estaba caro para *maitre* de hotel y a toda la vasta gama de intelectuales que viven molestos en el fondo por haber nacido en Argentina en vez de haberlo hecho directamente en medio de la bruma de París . . .

Balance final. Es fácil hacer chistes baratos sobre una nación como la Argentina.

La mayoría de la gente se siente obligada a hacerlos. Hay una especie de complejo de inferioridad y de incurable envidia en el fondo de las alusiones despectivas a la tierra de Don Segundo.

A mi me pareció un gran país. Me salto a los aristócratas del barrio Norte, a los jovencitos del "Petit Café", con chaqueta azul y los puños fuera de las mangas, a las modistillas tristes que se refugian en las letras de los tangos compadrones y a los encorseletados colegas de "La Prensa" y "La Nación".

Argentina es otra cosa. Son los millones de inmigrantes que vienen de los cuatro rincones del mundo y que viven para ganarse el pan duramente día a día y que no tienen tiempo de ser amables y sonrientes.

Es la gente que galopa en la calle y que vive anhelante tratando de no perder el bus ni el tren. Son los millones de ciudadanos extranjeros que vieron sus casas arrasadas en la última guerra y que cruzaron el mar con una mano por delante y otra por detrás, en busca de un poco de trabajo y de paz. Ellos forman el esqueleto del país. Son hermanos de los habitantes de Nueva York o de Chicago y tienen la misma violenta y casi agresiva manera de ser para poder subsistir.

Pero es una nación única. Una nación de primera. Una potencia americana, en la cual, en diarios y cafés, encontré siempre una mano abierta y amiga.

Mi propio tango. Buenos Aires tiene un clima infernal. Llueve y hace sol con la misma facilidad. Los edificios transpiran, las calles arden, la gente es indiferente y fría, pero la ciudad es inolvidable.

En mangas de camisa trabajé ante las máquinas de diez diarios por falta de uno, y viví en cada uno de los cien barrios porteños de que habla el tango . . . Un italiano que hacía los mejores tallarines que se devoran actualmente en el país vecino, me contó como Carlos Gardel, además de cantar como Dios, había sido anarquista en sus años mozos y usaba un *lenguaje* rojo al cuello para trabajar en los suburbios cuando aún no le había hecho la puntería a la fama.

Viví en los cafecitos del Bajo donde los marineros que vienen de los siete mares se bajan un momento de la nave que espera en la Dársena Norte y se beben los mejores tragos pensando en

una ciudad lejana que apenas figura en el mapa y de la cual partieron hace muchos años.

Me subía a una escalera para poder ver la superficie de los inmensos bifés y tomé bus para llegar al final de los fabulosos tallarines que los *tanos* que viven en la ciudad preparan como en los mejores restaurantes de Roma.

Conocí chilenos que comían una vez a la semana y que dormían en los trenes o en los cafés. Y a *gallegos* que conservaban en la Avenida de Mayo las mismas idílicas costumbres de La Gran Vía . . . O a judíos de gorrito de terciopelo y de barbas lluviosas que parecían recién salidos de las páginas aún húmedas de tinta de la Biblia, y finalmente, cuando encontré que no había nada más que hacer, reuní los últimos nacionales, le dí una madrugada un abrazo apretado al Obelisco que había sido mi fiel amigo cada vez que fallaba el porvenir y la fe se quebraba peligrosamente, y monté en un avión que me hizo saltar de nuevo los picachos recién pintados de los Andes.

Pero en las maletas me llevé una experiencia vital y periodística única. Y el mejor tango de la nostalgia cantando en el fondo del pecho . . .

UN EXTRAÑO ESTUDIANTE SIN BARBA

Fue en Bogotá, en 1948, antes del “bogotazo”. Tuve la mala suerte de llegar y partir antes que corriera la sangre y comenzara a caminar la muerte por la calle. Ricardo Latchman y Juvenal Hernández me contaron más tarde como había vivido la revolución y la muerte de Gaitán montados en un tanque del ejército entre las balas y las bombas . . .

Pero es otra mi pequeña historia.

El personaje. En un café de Bogotá me presentaron un muchacho imberbe que fumaba inmensos habanos y hablaba con una pasión y una violencia desatada. Bastaba echarle el primer *chico* y ser tratado de tú desde la primera frase, para darnos cuenta de que hablábamos con un cubano. Tendría fácilmente unos 26 años y estaba de paso en Colombia.

Formaban la tertulia — mientras un sol obispal y sangriento brillaba sobre la ciudad— un par de chilenos, dos mejicanos, un español refugiado, tres argentinos, un boliviano y una muchacha que se dió el lujo de encender el mejor par de ojos al comienzo de la charla. Y que después de dos horas de charla agotadora, los apagó y se los llevó consigo con la pena consiguiente de todos . . .

Vaticinios. Recuerdo perfectamente lo que dijo el desconocido cubano.

—Hacer la revolución en Cuba en estos momentos siguiendo el ejemplo clásico de tomarse la Universidad, poner bombas, matar a Batista, apoderarse de un par de edificios, declarar la huelga, etc. es una tontería que huele a pasado. La revolución tiene que hacerse técnicamente, o no hacerse. Ya se ha dicho que existe una técnica de la revolución. Que frente al aparato estatal, hay que levantar otro aparato igualmente eficaz. Las carabinas viejo modelo y los antiguos pistolones, son un recurso

infantil que ya pertenece al pasado. Ellos tienen un ejército, una armada, una aviación, una policía especializada en todas las torturas y que cuenta con todos los recursos. Además, detrás de ellos está una potencia de primera línea como es Estados Unidos, que queda al alcance de la mano de la costa cubana. Contra ésto hay que levantar otro ejército, otra armada, otra aviación y otra policía. Y frente a la potencia de Estados Unidos, ponerse de acuerdo con otra gran potencia rival. ¿Por qué ganó Lenin en Rusia? Por la guerra y porque se entendió con el estado mayor alemán. ¿Por qué llegó Mussolini al poder . . ? Porque creó su propio ejército de camisas negras y palió al ejército entendiéndose con el Rey Humberto por encima de los políticos convencionales. ¿Por qué existió Hitler . . ? Porque le había asegurado a los oficiales de la Reichswehr que formaría un nuevo Reichswehr que fabricaría cañones para hacer una guerra.

Para hacer una revolución hay que pensar en frío y trabajar en grande. Lo demás es literatura e infantilismo. La gente como yo ha pensado hacer algo, pero para ello hemos estudiado atentamente algo más que la historia de Cuba. Hemos analizado la geografía de la isla, la fuerza del ejército y la policía, la estrategia y la táctica militar. No haremos un gesto romántico, sino una cosa en serio. No perderemos el tiempo, vida, sangre y balas. Haremos una revolución bien hecha . . . o no haremos nada . . .

Y se bebió de un golpe la quinta taza de café hirviendo. Luego continuó . . .

—Si para ello hay que disimular, disfrazarse, maquillarse y camuflarse, lo haremos. Si tenemos que presentar una cara en la primera etapa, y otra totalmente distinta en la segunda, lo haremos. Si necesitamos usar el catolicismo de la población y el espíritu libertario que reina en el país, lo haremos sin vacilar. Pero no planearemos en el aire. Estudiaremos hasta el último detalle y partiremos antes que nada —escuchen Uds. bien— del hecho que Cuba está en el Caribe y frente a Estados Unidos y que no podemos dar un golpe solos como Robinson Crusoe en medio del mar . . .

En ese momento no entendí la vaga concreta alusión que hacía. Ni lo que quería decir al hablar de otra potencia. No habla-

ba de comunismo ni de hoz y martillo. Le hacía propaganda únicamente a una revuelta antiimperialista bien montada y preparada hasta la última tuerca. No tenía nada de iluminado ni de apóstol que recitaba maquinalmente alguna trasnochada consigna. No era tampoco el eterno estudiante que no vá más allá de la décima taza de café o de la cuarta botella en la madrugada y que se pasa perdiendo el tiempo en los bares en vez de empuñar las armas. No. Era otra cosa. Y naturalmente, me picó la curiosidad por saber quién era. Pregunté su nombre:

—En voz baja me dijeron:

—Es un muchacho de gran porvenir . . . Se llama Fidel Castro.

* * *

Fidel y Gaytán. Lo que no me dijeron es que Fidel, ese Fidel sin barba y sin uniforme verde oliva, aún iba a ensayar en el mismo sitio en que estábamos sentados, el primer acto de su revolución. Y que Bogotá era el aperitivo de la Cuba que ya estaba comenzando a trepar por los senderos de Sierra Maestra . . . Y que la muerte misteriosa de Gaytán, a lo mejor, no fue un hecho casual y trágico, sino parte de un plan perfectamente concebido y realizado hasta el último detalle . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL PARIS DE MI JUVENTUD

En 1952 triunfó el General Ibáñez. En 1953 partí a París como Agregado de Prensa en la Embajada de Chile en Francia. Antes me habían nombrado Cónsul, pero descubrí que no había nada más aburrido que firmar pasaportes todo el día aunque fuera superior el sueldo, y preferí mil veces escribir a máquina en una solitaria oficina para contarle todos los meses al Ministerio de Relaciones Exteriores lo que ocurría en la complicada política francesa.

Llegué a París, pero me arrepentí a los cinco minutos de haber aterrizado porque la capital de Francia me recibió con su peor frío y con su lluvia más típica desatada en pleno invierno.

El invierno en París es mucho más invernal que el invierno de Santiago. El agua es gris, los edificios grises, el cielo, es gris y todo contribuye a que, a medida que pasa el tiempo, el pobre turista que viene de afuera y de un clima tan normal como el santiaguino, se sienta aislado y solitario, encerrado en una cárcel de color plomo que comienza por desarmar los nervios y entristecer el ánimo, y que termina por fascinar para toda la vida.

Lo primero que hice fue irme a un hotelito. Un bohemio hotelito de la orilla izquierda en pleno barrio latino de París.

El Saint Mitchel. Los chilenos ricos que van a París se alojan en el Mont Tabor, que queda a media cuadra del *Manege*, donde funcionó la Convención en los días de sangre de la Revolución. Naturalmente el 90 por ciento de los turistas que van de la calle Ahumada a la Rue Rivoli, no tiene idea de lo que pasó allí hace cerca de dos siglos. Los chilenos pobres van al Hotel Saint Michel que queda frente a la Sorbonne, en la Rue Cujas. La calle es de novela. Una calle que trepa hacia la colina de Santa Genoveva. Hay un local del partido de De Gaulle, tres

hoteles que frecuentan argelinos y negros, dos restaurantes baratos para estudiantes, una farmacia que atiende una española refugiada, una boite en que no se ven las manos, una librería que está abierta hasta las dos de la mañana, y en que se puede leer sin comprar los libros, varios anticuarios, etc.

Y antes que nada el Saint Michel que merece párrafo y evocación aparte. Porque el Hotel Saint Michel, que se conocen los chilenos de memoria, es un resumen del París en la bohemia *Rive Gauche*.

La dueña se llama Madame Salvage (que no quiere decir precisamente "salvaje"). Todo rezuma el clima de las novelas de Balzac y de Daudet. Madame es una señora agria y de mal genio que en sus buenos tiempos tocaba el piano con una habilidad única y a la que su abuelo, que fue amigo de Napoleón III, le dejó este hotel de ocho pisos de herencia. Tierna en el fondo, tiene una cara que ya se la quisiera el autor de La Comedia Humana para montarnos un personaje inolvidable. Anda todo el día en bata. Y todo el día rabiando. Rabia con todo el mundo. Se levanta más temprano para rabiar más. Con los argentinos porque cantan tangos en la noche, con los uruguayos porque tocan guitarra, con los chilenos porque les gusta el trago, con los negros porque son todos iguales y no se sabe a quién cobrarle la cuenta, con los chinos porque se le arrienda una pieza a uno, y llegan 2.000 chinitos idénticos, etc. La cuestión es rabiar. Y es tanto el mal genio, que se dá el lujo de rechazar a un pasajero cuando no le cae en gracia por la cara. Además, a la pintoresca Madame Salvage le carga (¡en París!) que le paguen la cuenta. Siempre contesta: "Mañana... mañana... No moleste ahora...". Y hay que pedirle por favor que nos cobre...

Al Hotel le sobra decorado y clima histórico. Desde luego, está frente a la universidad más vieja del mundo: la Sorbonne. A media cuadra se extiende el Luxemburgo, con las estatuas de todas las reinas de Francia y la estampa gris del Senado, que fue uno de los cuarteles generales de la Revolución, y donde reinaron Barras y su querida Madame Tallien, en los días del Directorio.

El decorado. A tres cuadras están las ruinas romanas que vieron pasar a Vespasiano; a cinco, el Sena, con sus *bouquinistes*; a menos de diez, la chata estampa de Notre Dame, en que se coronó a sí mismo Napoleón, etc. etc. . . Bajando el boulevard Saint Michel, se salta el río y llega a la Conciergerie, donde agonizó la pobre María Antonieta, y donde cantaron por última vez la Marsellesa los girondinos, la última noche antes de partir hacia la guillotina que los esperaba en la Plaza de la Revolución, actual Place de la Concorde. Al frente está el Palacio de Justicia, donde existe aún perfectamente conservado el despacho de Dantón cuando fue Ministro; más allá, la estatua del "Vert Galant", el genial Enrique IV; los jardines en sombra de las Tullerías, donde murieron trágicamente los últimos guardias suizos de Luis XVI el 10 de agosto de 1792.

La historia. Sobra, se desborda y chorrea la historia. La sombra de Bonaparte se pasea aún con la mano en el pecho. Josefina le coquetea a la mitad de la Revolución. Robespierre vivía en el barrio, y a diez cuadras está la sombría habitación en que Carlota Corday mató a Marat. Y como si fuera poco, amigo lector (y le doy el dato para cuando Ud. vaya a París), a cinco minutos de camino, en la Rue de la Ancienne Comedie, está el Restaurant "Procope", que data desde 1646, y que conserva aún el sillón de Voltaire, la mesa con cubierta de mármol en que se planearon las matanzas de septiembre, y el balcón del cual Dantón inflamó a las multitudes, en las jornadas de sangre del 10 de agosto del 92. Por aquí caminaron Lamartine, Alejandro Dumas padre, Balzac, Lafayette, Saint Just, Camile Desmoulins, etc. etc.

Historia. No falta nadie. Sobra gente y sobran recuerdos. Desde mi pieza en el Hotel me gustaba soñar con lo que habían visto estos viejos muros. Y evoqué a la gente que había dormido sobre estas camas y NO se había bañado en estas duchas solitarias. Me imagino las discusiones hasta que alguien encendía todas las baterías del alba, y las parejas que aquí se amaron intensamente. El aire está lleno de frases y de rumor de besos. Todo París parece haber anclado en la habitación número 19 del tercer piso del Hotel Saint Michel. Hasta los viejos ratones que trotan de vez en cuando por los pasillos tienen aire de acadé-

micos de la lengua. Y los gastos de Madame Salvage han tomado aspecto de jueces y de notarios. El mozo que atiende de día es español refugiado. El de la noche es chino y llegó hace cincuenta años a París. Tiene arrugas para todos los gustos y le falta únicamente la coleta y los palillos para comer arroz. Al frente, los estudiantes de chaqueta de cuero se devoran el *cuzcuz* marroquí, los caracoles y la incomprensible comida china. Se ama en alemán, en inglés, en ruso, en japonés, en hebreo. Lo fundamental es que se ama de día y de noche. El aire está lleno de amor y los besos saltan ágilmente de las piezas a la calle...

Y mientras tanto, Madame Salvage le contesta a un argentino (por ser argentino) que el Hotel está totalmente ocupado...

Sí. Yo tengo muchos recuerdos pegados con goma a la memoria, pero como la lejana imagen del Hotel Saint Michel, ninguno...

Algunos periodistas. Y eso que no le he contado al lector que en el segundo piso el negro Guillén (un metro cuarenta de estatura...) componía sus celebres "Sones" y partía a comer con el Chico Díaz y con Augusto Olivares, en el tercero recitaba María Elena Gertner, a su lado estudiaba teatro y bohemia por partes iguales Julita Pou, en el penúltimo dormía 20 horas por lo menos Carmen Muñoz y por la ventaja del hotel del frente se asomaba la melena bohemia de Alejandro Jodorowsky que comenzaba a hacer celebres en París sus famosos mimos.

Llegó un momento que en el hotel vivían cuarenta chilenos y los espejos y los pasillos tenían letreros que decían "Muera" y "Viva Ibáñez" y se hablaba mucho más del lejano Santiago de Chile que de la maravillosa ciudad en que vivíamos... Y el Mapocho traducido al francés corría más que el vecino Sena que hacía culebrear su espada de plata a cuatro cuadras de distancia.

Ni los "Días de Bohemia" de Murguer, ni los mejores relatos de Balzac, han sido tan auténticamente bohemios como la vida que subía y bajaba los ocho pisos del Hotel Saint Michel en esa época inolvidable.

La Embajada. Todos los días acudía a trabajar a la Embajada. Era una labor alegre y simpática. Teóricamente se trabajaba de diez a una de la tarde y tenía el resto del día libre para

conocerme uno por uno todos los Museos de una capital inolvidable. Se me formó mentalidad de Museo y de tanto caminar por los Inválidos, terminé por hacerme amigo de Napoleón. Y de tanto ver a los impresionistas, concluí por ser casi colega de Manet, Monet, Utrillo, Gauguin y Van Gogh. Por último, de concurrir tanto a menudo al Museo Carnavalet, me hice especialista en la Revolución Francesa y en los primeros días del Imperio.

No voy a describir París meticulosamente, ni voy a repetir lo que dije ya en mi libro "De Chile a China", pero sí le voy a contar a Ud. amigo lector como era la vida de una ciudad, de un barrio, de una calle y de un periodista chileno anclado en ese trozo de tierra maravillosa.

El barrio. En mi barrio habían estudiantes argelinos, indochinos, japoneses, rusos, bolivianos, venezolanos, argentinos y chilenos. En las noches, en un cafecito que queda frente al hotel, nos pasamos discutiendo hasta las seis de la mañana sobre comunismo y sobre Dios. Afuera montaba guardia el invierno. Crecían los diamantes de la nieve y, en verano un sol joven y animoso, ascendía lentamente como un volantín sobre la pesada cúpula del Panteón.

Manteola. El día que llegó Raúl Manteola a recorrer los mejores Museos de pintura que tiene París, lo acompañe a las librerías, a las galerías de arte y a los pequeños rincones donde algunos pintores melencidos y bohemios que algún día llegarán a ser célebres, exponían sus primeras y vacilantes manchas de color. En las madrugadas, con el sol ya alto, cantábamos por Rue Cujas una canción que decía: "Raúl, Raúl, Raúl . . . cuatro letras que dicen Raúl . . ." mientras la dueña del hotel nos lanzaba los peores insultos que había aprendido cuando joven en Marsella, y nos decía por undécima vez que debíamos abandonar inmediatamente el hotel.

Políticos. Los Martes iba a la Asamblea Nacional a la tribuna de Prensa, para escuchar a los últimos oradores de la IV República. Eran unos ancianos solemnes que parecían surgir del fondo del pasado y que usaban un estilo de oratoria que me recordaba a los viejos conservadores, liberales y radicales chilenos.

Pacheco Altamirano. Un día llegó Arturo Pacheco e hizo una exposición. Una amiga mía fue su jefa de relaciones públicas y el día de la inauguración en una de las principales salas de París, descubrimos con profundo estupor que había otra exposición en la sala vecina. Inmediatamente tomé un cartón e hice un pequeño cartel que decía: "No pierda el tiempo. La buena es la del lado . . ."

Los franceses están acostumbrados a ver doscientas exposiciones al año de todos los estilos imaginables. Pacheco traía sus lentos lanchones de Chiloé, sus cielos desgarrados, sus nubes espesas del sur de Chile y sus gaviotas. Los franceses miraban largamente estas muestras de color que traía el pintor chileno sin hacer el menor intento de llevarse la mano a la cartera para adquirir alguno.

Fue entonces cuando don Juan Bautista Rossetti, el brillante embajador de Ibáñez ante el gobierno francés, aplicó la táctica parlamentaria y la malicia que había aprendido en Chile y aprovechó que el Presidente de la República, Vicent Auriol, miraba con mucho entusiasmo un atardecer en el Quisco que había traído Pacheco en su paleta, para insinuarle diplomáticamente que el cuadro se vería muy bien en el Museo de Arte Moderno de París. Fue así como Pacheco, si no vendió muchos cuadros entre los prudentes y económicos franceses, tiene la gloria de estar entre los inmortales, en uno de los mejores Museos del mundo.

Política chilena. A veces llegaba el lejano rumor de la política chilena hasta la residencia de la Embajada y entonces Rossetti aplicaba toda su dialéctica italiana y chilena al mismo tiempo, para trazar un plan estratégico inventado en París para aplicarlo en Santiago que quedaba nada menos que a veinte mil kilómetros de distancia. Y más de alguna jugada magistral pensada junto al Sena, en el sombrío despacho de la Avenue La Motte Picquet, iba a reventar más tarde como bomba de tiempo junto al Mapocho. Y más de alguna crisis de Gabinete del General Ibáñez no fue solucionada en el grave Palacio de Toesca, sino en una remota Embajada que quedaba cerca de la tumba de Napoleón.

Los domingos. Los domingos París se iluminaba. Era el día libre que los buenos franceses aprovechan para partir fuera de la capital a sacarse el hollín que han adquirido durante toda la semana y pescar salmones, cultivar un jardín o a beber lentamente unas copas de vino y mirar lánguidamente algunos gobelinos que son descoloridos recuerdos de familia. Aproveché estos mismos domingos para trepar a la colina del Montmartre y subir trabajosamente por la Rue Lepic por donde habían caminado antes Utrillo y el viejo Verlaine, para llegar hasta la Place du Tertre, al pié del Sacre Coeur, en uno de los escenarios más geniales que hay en el mundo.

Abajo ardía París como una especie de brasero sagrado. El Sena cortaba con su fino cuchillo 27 puentes sin equivocarse en uno solo. Notre Dame alzaba sus rechonchas torres como dos hermanas que se hubieran dado cita para asistir a una misa medioeval. La Tour Eiffel elevaba su fina jirafa hasta el cielo sosteniendo a los turistas que tomaban fotos y mandaban tarjetas a sus familiares lejanos y que querían ponerse en contacto con la ciudad más bonita del mundo a través de algunas rápidas líneas, en medio del viento y navegando sobre las nubes...

Bohemia. La colina estaba aislada de París. La Plaza tenía su propio jardín que no estaba hecho de flores ni de árboles, sino de pintores, modistillas tristes, bohemios, buenos vecinos que salían a tomar el sol, niñitos rubios y gatos trasnochados. Allí se juntaban todos los domingos cientos de pintores que por dos mil francos le trazaban un perfil perfecto para que la mamá se convenciera de que había estado en París y colocarlo solemnemente en el lugar de honor del salón familiar.

Allí aproveché cierta facilidad para el dibujo que tenía desde niño, y me hice un sueldo extra haciendo caricaturas de algunos caballeros suizos y de algunas aburridas y solemnes dueñas de pensiones suecas que habían llegado hasta la capital del Sena.

Nunca el vino ha sido más lindo que en las copas de París. No es vino propiamente, ni sangre, ni un líquido oscuro como un obispo que se agazapa en el fondo de un cristal. Es un amigo, un hermano, un cómplice, casi un colega, que nos dice al oído las palabras más audaces y nos hace las proposiciones más extraordinarias.

Los franceses. Las muchachas cambian cuando llegan a París. Se compran otros ojos, otros cabellos, otros labios, otras piernas y bajan de un avión desenfundadas por conocer el amor en cinco minutos. Pero no el amor burgués, lleno de tíos y de abuelitas, sino ese amor novelesco que solo conocen las turistas noruegas y las niñas norteamericanas en vacaciones que alguna vez han llegado hasta las orillas del Sena. Cada pieza de hotel es el decorado justo que necesita el amor, y cada pasadizo mal oliente de un hotelito de la Rive Gauche, parece un corredor de novela y un pasaporte para llegar a una felicidad que se inicia con un beso y termina con una triste mirada de despedida . . .

Evocando a Oscar Wilde. En la Rue de Beaux Arts hay un hotel —el hotel D'Obrance— de dos pisos que tiene una placa que dice: "Aquí murió en 1900 el escritor Oscar Wilde". En la esquina existe un café en que el novelista tomaba cognac hasta las dos de la madrugada en la segunda etapa de su vida, cuando cambió de nombre y se puso otro francés. Ya era un pobre hombre. Del rey de la paradoja que había sido en Londres, no quedaban ni los restos. Gordo, con tres papadas y una barriga que lo habría hecho estallar a él mismo en ironías y chistes, era un vulgar "*Monsieur*" que paseaba su tristeza por las calles de la Orilla Izquierda. Wilde murió en el segundo piso. La vieja *concierge*, que mantiene la tradición de ser antipática con los extranjeros para justificar la fama, de su profesión, me contesta de mala gana y me conduce protestando hasta una habitación sucia y pobre.

—Aquí fue —me dice— y pone sonrisa de propina.

Ahi fué. Ahí agonizó y ahí estalló. Porque el autor de "El retrato de Dorian Gray" estalló literalmente, se abrió en canal y reventó como una granada. Tuvo el fin menos wildeano que cabía suponer. No fue casi nadie a su entierro. Caía una lluvia fina y triste el día que sacaron el ataúd. Apenas unos cuantos escritores franceses que lo habían admirado en vida, llegaron hasta el Père Lachaise. Un caballero aburrido leyó un discurso con los últimos lugares comunes que estaban de moda a comienzos del siglo . . .

Lejos de París, en Inglaterra, en un pueblo que se llama lúgubremente Reading, hay otros recuerdos de Wilde. Está el cala-

bozo que ocupó después de haber sido condenado por “inmoralidad”. Allí estuvo trenzando y destrenzando cuerdas hasta que salió libre. Allí agonizó en vida y soñó con la futura “Balada”.

El guía nos habla con entusiasmo del escritor y muestra más cultura que la *concierge*.

—Fue un gran hombre, murmura a media voz . . .

En ese calabozo rectangular, pobre y frío, el ex Dandy hizo un balance amargo de su vida. Había sido el gentleman más elegante de Londres. Ahora era el preso más pobre. Usaba un clavel verde en la solapa en los días de Lord Alfred Douglas. Ahora llevaba un uniforme gris de mezclilla. En otro tiempo paladeaba el champagne. Ahora comía maquinalmente un trozo de pan y bebía un sorbo de agua de la llave. En la época del esplendor decía paradojas. Ahora se quejaba. Había sido brillante e irónico. Ahora era el eco borroso de sí mismo. Tenía fama de gran charlador y de haber sido el más ingenioso hombre de salón. Ahora no abría los labios. Le gustaba escribir con pluma de ganso, en papel japonés. Ahora lo hacía con el viejo lápiz en el papel burocrático de la prisión para enviar cartas lamentables, pidiendo socorro y ayuda. Había derrochado las libras. Ahora apenas tenía unos escasos centavos que le tiraba despectivamente la Corona Británica por el trabajo que realizaba en la cárcel.

Pero salgamos de Reading, volvamos a París. En el Café de la Paix hay un viejo camarero, que tiene ya cerca de 90 años. En la época de Wilde, tenía poco más de 20. Es la reliquia del establecimiento y habla de los tiempos idos con más fidelidad que el mejor y más sabroso de los memorialistas. El me dijo una tarde de bruma en París, hace unos años.

—Lo recuerdo perfectamente como si lo estuviera viendo aún en la mesita del fondo. Sí, en esa que está en la esquina . . . Era un caballero gordo que escribía todo el tiempo, mientras apuraba su café . . . Y cuando no escribía, hablaba hasta las tres de la madrugada y teníamos que esperarlo para cerrar el establecimiento. Lo hacía con una voz que no olvidaré jamás. Y decía cosas notables. Usted ve señor, que yo soy un pobre viejo y no entiendo nada de libros, pero recuerdo siempre que se burlaba de mí porque un día le hablé de la verdad . . .

Me miró profundamente y me dijo: “¿Quién sabe lo que es la verdad . . . ? Yo creo que hasta Dios tiene sus dudas y se consulta con los santos en el cielo . . .”

Se detiene un momento y luego agrega:

—Esto fue dos años antes de morir. Parecía alegre y decía chistes . . . Pero, ¿quiere que le diga una cosa . . . ? Era un muerto. Yo lo había atendido antes que le pasara lo que le pasó en Inglaterra. Antes era un Lord, un caballero, el tipo más elegante del café . . . Cuando volvió de allá, parecía un mendigo. Un mendigo que se vestía modestamente, que decía cosas brillantes aún, que hacía reír a la gente, pero que había muerto por dentro. La última vez que lo ví, me dió la sensación de que faltaba hacer una sola cosa con él: enterrarlo . . .

Sobre la huella de Napoleón. En el Museo Militar de los Inválidos, viajé de nuevo a través de la historia de Francia. Ví las armaduras de la época de Luis XIII y Luis XIV. En una esquina estaba uno de los taxis de la célebre ofensiva del Marne dirigida por el General Gallieni, que era Gobernador Militar de París en el terrible septiembre de 1914. En una sala nos espera un bosque de banderas desgarradas de la época del Imperio y de la Revolución. Cien pájaros con el pecho blanco y un ala roja y otra azul. Los mismos de Austerlitz y de Wagram.

En una vitrina especial veo el “redingotte” gris verde de Napoleón. El mismo de las grandes victorias y de los últimos días en Santa Elena. El de las campañas de España y de Italia. El mismo de la campaña de Rusia y de las nieves eternas frente a Moscú. El mismo de las estampas y de los cuadros.

Junto a él está el célebre bicornio. Y la larga banca de Santa Elena para mirar nostálgicamente el mar del destierro. Y las botas y hasta el pequeño *necessary* con los espejos y la navaja de afeitar.

No falta nada. Y el público (turistas y viejos tercios de la vida parisiense que viven sólo de recuerdos) se detiene ante la pequeña cama en que agonizó y murió en Santa Elena en 1821.

Están su portadocumentos con la inmensa “N”, y la libreta de notas, los libros de historia y las cartas a doña Leticia. Y en otra vitrina se guarda el sable curvo de la campaña de Egipto. Y no faltan el mechón de pelo y la mascarilla fúnebre, desde la

cual el Emperador parece decir aún: “¡Adelante!... ¡Son nuestros...!”

Hay cañones de veinte guerras, uniforme de la campaña de Rusia, cureñas de la guerra en España, y la levita azul que llevaba en Marengo. Como si faltara poco, camino bajo una selva de banderas oro y blanco con las águilas negras de los austríacos conquistadas en los campos de batalla, y veo la regla y el compás que usaba Bonaparte para preparar sus batallas y sus victorias.

Es demasiado. Es mucho. Es la historia palpitante y viva que me sale al encuentro esta terrible tarde de julio, en que arde el calor en la calle y en que el sol le saca chispas a la cúpula de los Inválidos.

Se entra joven al Museo. Se sale con cara de veterano y de *grogard*, después de haber estado dos horas al pie de estos recuerdos inolvidables.

Y eso que no les he contado que alguien que no puedo nombrar por razones obvias, me prestó un momento el famoso capote verde, para que me lo probara un momento...

Lo que no está en París. La gente, cuando viaja, busca naturalmente lo que está. Apenas llega a París, contempla la Torre Eiffel y se desmaya de emoción en la tercera terraza cuando divisa a lo lejos Versalles. En Venecia le da de comer a las palomas y en Londres le rinde homenaje a Nelson en Trafalgar Square. En una palabra, partir de Chile para llegar al Viejo Mundo, es un poco, para este tipo de viajeros, salir a confirmar personalmente lo que ha leído en los libros o lo que ha visto en los folletos de turismo.

Señores que no tienen la más ligera idea de Velásquez consideran indispensable transpirar de emoción ante las Meninas en el Prado, y, entre modelito y modelito que se compran en París, le rinden homenaje a la Gioconda. Claro que no les importa en lo más mínimo la magia de la pintura, pero consideran impropio no comenzar una carta diciendo “Ayer fuimos al Louvre y vimos esa monada que es la Venus de Milo. Y su viaje por Europa consiste en una sola marcha incesante por los lugares comunes para justificar los dólares que han ahorrado a través de tantos años. Naturalmente, escapa de esta regla el estudiante,

el periodista, el maestro, el becado, el profesor, el investigador, el sabio y el que tiene algo detrás de las arrugas de la frente y que ha gastado una vida en formarse una pequeña biblioteca interior.

Mis compatriotas. A mi me ocurrieron una serie de cosas curiosas cuando viví por primera vez en París. Los chilenos que llegaban de vez en cuando a las orillas del Sena querían que los acompañara a ver la ciudad. Había de todo. Desde el viejito calvo que parecía propaganda de alguna marca de vino nacional, la señora que quería darle la mano personalmente a Christian Dior, hasta el solemne y gastado político que quería empaparse de la atmósfera de la Revolución Francesa. El primero estaba feliz con llegar al Lido o al Moulin Rouge, el segundo, no salía en París recorriendo las casitas en que había vivido Robespierre, el Café Propocope, donde se habían planeado las matanzas de septiembre, el patio en que quedaba lo que fue la humilde habitación de Dantón, o el pasaje Du Commerce, donde la joven Carlota Corday había matado a Marat.

La revolución. Pero lo notable era lo que la gente quería ver... Lo que había sido y no estaba ya. Me preguntaban por la vieja Bastilla. Los llevaba hasta la plaza en que se había alzado la célebre prisión en tiempos de Luis XVI, y les mostraba la triste columna que recuerda el 14 de Julio y la toma de la prisión por los primeros sans culottes... Y había que explicar al detalle que hacía más de un siglo y medio que había sido demolida.

Insistían en ver las Tullerías para contemplar el lugar exacto donde habían sido liquidados los guardias suizos que recibieron la orden de resistir hasta la muerte... en los mismos momentos que el rey buscaba asilo en la Asamblea Nacional.

Y había que explicar que el célebre Palacio había sido quemado en 1871, en los terribles días de la Comuna.

Las estatuas. Era impresionante buscar las estatuas famosas que no existían, y que no decoraban ya el rostro de París. Y dictar un breve curso de historia contemporánea en plena calle para contarles que durante la última guerra y la ocupación nazi de la capital francesa, el viejo abuelo Petain, que había pasado rápidamente de héroe de la Primera Guerra a teórico

del fascismo bajo el alero de Hitler en la Segunda Guerra dió orden de demoler todo lo que oliera a laico y a jacobino. Y que el mismo metal de las estatuas se empleaba más tarde para fabricar bombas y granadas que caían sobre los propios franceses.

Y así en el Palais Royal, frente a la ventana en que soñaba Felipe Igualdad con llegar al trono de Francia en manos de la misma plebe que azuzaba desde las sombras, ya no estaba la estatua a Camilo Desmoulins, tal como apareció la tarde del 13 de Julio de 1789, cuando montó sobre una mesa en ese mismo sitio, y llamó al pueblo a las armas y a marchar contra la Bastilla. El famoso amigo de Dantón estaba con un pie en una silla y el otro sobre la mesa arrancando una hoja de castaño que fue el primer signo de combate de la revolución y que se cambió más tarde por la escarapela tricolor.

La estatua fue fundida por orden de Petain: Igualmente se echó abajo otra de Dantón que presentaba al tribuno en los momentos que llama a las masas, el 10 de Agosto de 1792, para deponer al Rey y cortarle finamente el cuello a María Antonieta. El pobre Dantón de bronce pasó a ser una vulgar bomba que fue arrojada más tarde sobre las tropas aliadas.

Y la lucha contra los peligrosos recuerdos del pasado llegó a Emile Zolá, cuya estatua fue derribada, contra los jefes de la revolución del 30, contra los líderes de la del 48, contra el propio Victor Hugo, que había atacado incansablemente a los prusianos, contra Marat, Saint Just, Dumouriez, etc.

Lo que se fue. Este es el París que no está. Que fue aventado por el viento del odio. Viento que llevó no sólo la firma del general nazi que ocupaba la ciudad del Sena, sino el visto bueno del abuelo Petain, que quería un estado jerárquico sospechosamente parecido al Tercer Reich y que odiaba todo lo que oliera a Revolución Francesa, a Convención, a barricada, a picas en manos de la plebe, a libro encendiario o a folleto que podía caldear la sensible imaginación de la juventud francesa.

Y ese París, con perfume a historia, a bandera tricolor y a Marsellesa, ya no está. La picota municipal se lo llevó, pero quedó el clima del 89, el vendaval que silbaba en los días de la guillotina, y esos rincones, grises y sombríos, que conocen úni-

camente los historiadores, esos pasajes oscuros, esas placitas provincianas, esos hotelitos que no tienen placa alguna, esas bohardillas, de donde saliera un día entre cañones que rodaban estrechamente por las pedradas calles y en medio de sombrías sesiones de los clubes a la luz de antiguos velones, el capítulo más apasionante y novelesco de la historia de la humanidad.

Y eso, sí que está.

Personajes. Pero no nos quedemos sólo en la historia. En París conocí a mucha gente entre las cuales quiero destacar algunos nombres.

Una mañana André Maurois, con una incurable cara de académico y su sonrisa de judío suave y diplomática entre los labios, su pequeño bigotillo gris, sus ojos claros y sus canas cuidadosamente peinadas, me contó al oído que cuando estuvo en América había olvidado que en su carnet de identidad tenía anotada la cifra, setenta años y que se había casado por segunda vez, para enamorarse de una chilena. Efectivamente, en una de sus novelas, surge una muchacha que yo conocí más tarde y que murió hace muchos años y que fue capaz de estremecer el frío y prudente corazón de este escritor francés que parecía toda parsimonia, suavidad y corrección.

Cendrars. Frente a la cárcel de la Santé subí una tarde la crujiente escalera de la casita de Blaise Cendrars, el formidable novelista autor de "El Oro", "Moravagine", "El plan de la aguja", "Las aventuras de Dan Jack" y tantas otras, que me contó la guerra del 14 al 18 mientras destapaba botellas de Champagne usando una de sus fulminantes carcajadas en vez de sacacorchos y diciendo que nunca había conocido nadie más pirata que los editores sudamericanos, entre los cuales me pintó a los chilenos como una especie de corsarios del siglo XVII que habían anclado en la rada de Valparaíso.

Herriot. Entrevisté y comí con Eduard Herriot, Presidente de la Asamblea Nacional y uno de los gastrónomos más perfectos que he conocido en mi vida. De aperitivo pidió doscientas ostras que desaparecieron con la misma rapidez en su cuello de toro agregando un kilo más a los 120 que exhibía su pesada silueta.

Colette. La vieja Colette, que ya tenía ochenta años y que todos los días se dibujaba arrugas nuevas frente al espejo, me recibió en medio de una selva de gatos que subían y bajaban, maullaban, brincaban y danzaban a través de la casa y que me dijo, envuelta en una voz susurrante que venía más de ultratumba que de sus propios labios, esta frase que anoté rápidamente en una servilleta: “Escribir es solo recordar, y de los recuerdos, lo único que interesa es la palabra amor . . . Todo nace y termina en el amor y lo que no es el amor simplemente no existe. Escriba . . . Escriba . . . Escriba siempre, de cualquier cosa, pero trate de que cada palabra que caiga sobre la carilla en blanco esté atravesada por el relámpago del amor. Si no, no existe . . .”

Chevalier. En un cabaret de la orilla derecha oí cantar a Maurice Chevalier, uno de los ancianos más jóvenes que he conocido en mi vida que, con una voz ronca y aguardentosa de comienzos de siglo, entonaba las canciones más obscenas y desbarrajadas que haya oído jamás y que sólo se pueden decir en Francia y en francés.

La academia. Asistí a una sesión solemne de la Academia de la Lengua fundada por ese tomo de “Los Tres Mosqueteros” que se llamó el Cardenal Richelieu, bajo la cúpula dorada e iluminada por una especie de luz espectral que parecía venir de las páginas misma de la historia.

Un almirante retirado, unos prudentes generales, unos caballeros solemnes y aburridos y algunos escritores realmente de éxito, asistían a las sesiones que más parecían repartición de premios en algún colegio provinciano, que la concentración de los genios más importantes que tenía Francia . . .

“*Cuevitas*”. En el Lido, el Marqués de Cuevas, que ya tenía cerca de ochenta años y que ya estaba camino al nicho que le esperaba en uno de los más elegantes cementerios de París, tuvo la delicadeza de presentarme a dos ancianas que habían sido *cocottes* famosas en otra época y que ahora daban la impresión de abuelitas bonachonas que les gustaba contar cuentos verdes y repartir golosinas a sus nietos.

En el mismo Lido, esa catedral de turismo que deslumbra a los provincianos franceses y a los viajeros de todo el mundo que llegan a París; presencié los mejores *shows* revisteriles con

unas mujeres, cada una de las cuales parecía personajes de una novela escrita por Paul Morand, por Maurice Dekobra o por la Colette de la primera época.

Los comunistas. En un mitín político oí hablar a Maurice Thorez, Jefe del PC que en esos momentos era el regalón de Stalin. Y un día de Noviembre de 1954 me tocó ver el edificio del diario "L'Humanité", órgano oficial del Partido Comunista francés, completamente vestido de luto por la muerte del jefe ruso.

Esa noche no hubo alegría en el Café Cujas, y Paul, nuestro viejo mozo que nos atendía con tanta solicitud durante el resto del año se olvidó de cobrar la cuenta cuando yo me puse dramáticamente de pie y alzando una copa de vino me la bebí después de decir "Por el gran Stalin". Desde ese día el buen Paul, militante activo del PC desde hacía cuarenta años, exhéroe de la Resistencia y luchador incansable contra los nazis, tuvo la delicadeza y buen gusto de no cobrarnos jamás un consumo.

La primavera. En primavera arden las muchachas, arden los ramos de *muguets* y hay un día preciso para regalárselos a algunas novias que nos esperan en lo alto de la crujiente escale-rilla de un hotel, o en una *piecesita* bohemia iluminada por tapas de revistas o tarjetas postales y donde el amor se siente como en su casa.

Pero en primavera llegaban también los turistas. Avanzaban en manada, en grupos, en lotes, como rebaños amaestrados, erizados de cámaras fotográficas y de sombreros tiroleses que gastaban los viejos edificios de tanto enfocarlos desde todos los ángulos y que se tragaban maquinalmente las explicaciones que les daban los guías cuya sonrisa crecía de acuerdo con la última propina.

Dos estilos de chilenos. Llegaban los chilenos ricos y los chilenos pobres. Los primeros buscaban las rubias teñidas de las casas de la Place Pigalle y de la Place Clichyan y sus respectivas esposas no salían de las galerías Lafayette, y al tomar el avión a la vuelta, corrían presurosas para ver donde quedaba exactamente el Sena y contarles como era a sus amigas en Santiago en alguna entretenida reunión de canasta.

Los chilenos pobres eran distintos. Los pobres siempre son distintos. Están hechos de otra pasta, de otro espíritu, de otra inquietud y de otra sangre. Los pobres eran los estudiantes, los becados, los pintores, los novelistas, los fotógrafos, los médicos invitados, los abogados que se habían conseguido algunos dólares después de ahorrar durante diez años para conocer Europa. Los que viven en un hotelito mal oliente. Los que almuerzan en restaurantes populares y comen en su humilde pieza calentando el maravilloso vino francés en el lavatorio y preparando sandwiches de queso caliente, pero que le sacaban el jugo al viaje y que veían realmente lo que había que ver en París.

Arribismo. Los domingos, por espíritu periodístico o por simple curiosidad, me iba a misa de 12 en la Madelaine a ver como los hijos, y sobre todo las hijas de los diplomáticos sudamericanos hacen una exhibición de moda y catolicismo por partes iguales, y que mientras elevan oraciones en castellano a un Dios que los escucha en francés, miran despectivamente a sus amigas por lucir una tenida menos espectacular que ellas.

La fiesta nacional. El 13 de Julio en la noche París perdía su semblante serio y gris y se dibujaba una sonrisa veraniega y alegre para celebrar la caída de la Bastilla. En las plazas, en las calles, en las avenidas, en las esquinas, en los cafés, en los restaurantes y en todas partes se bailaba hasta las cinco de la mañana y las muchachas tiraban lejos los zapatos para danzar a pie pelado las lentas melodías de otro tiempo.

El 14 la ciudad se ponía uniforme, sacaba el casco y el quepis para desfilarse en medio de un bosque de banderas tricolores entre los castaños de los Campos Elíseos. Sonaba la Marsellesa con su augusta voz de metal y un Presidente de levita y con la indispensable roseta de la Legión de Honor, saludaba a los soldados que estaban listos después de haber peleado en la última guerra mundial, para ir a buscar a De Gaulle a un pueblecito vecino a París y llevarlo algún día al Elíseos...

Soledad. En las noches me refugiaba en la pieza de un hotel a leer novelas, cuentos, ensayos, poesías y libros de historia. Por la ventana se asomaba uno de los muros de la Sorbonne y yo ponía el modesto Omega que había traído de Santiago a tono,

y casi con la misma puntualidad, con el reloj que late en la Universidad más vieja del mundo.

Partí fuera de Francia. Conocí España y Alemania, pero nunca me faltó el tiempo para sentarme frente a una andariega máquina de escribir y enviar unas crónicas de recuerdos para una página de "La Nación", que estaba al otro lado del mar.

El decorado. París tiene una cualidad fundamental amigo lector. Sus muros grises, sus viejas Catedrales llenas de historia, sus Museos, esas manchas vacilantes de color que viven anclada como viejos barcos en las salas de exposiciones, la estructura del Louvre que parece hecho del diamante más puro, las piedras que vienen de la Edad Media, las ojivas, los altares quebrados, los santos con los sayales rotos, las chimeneas que fuman incansablemente, sus antiguas pipas, esas aguas mansas y conventuales del río Sena que está cansado de ver tanta invasión y tanta guerra, este cielo compacto casi sin nubes, gris en invierno y desesperadamente azul, como la blusa de una muchacha, en primavera, esos castaños que arden como encendedores automáticos a lo largo de las grandes avenidas, esas inmensas tiendas, esos restaurantes pequeños y humildes hechos para las parejas a las que le faltan francos y les sobra amor, esos besos que duran horas y horas en las esquinas de todos los barrios sin tomar en cuenta lo que diga el prójimo, esas viejitas apolilladas que llevan la *baquette* bajo el brazo y trotando junto a ellas su mejor y único amigo: el gato regalón que las acompaña durante sus últimos años, esas flotas de buses que cortan la ciudad y, por último, ese Metro que se desliza bajo tierra como una culebra solitaria, todo esto forma más que una ciudad. Forma una manera de ser.

Al comienzo el extranjero se siente mucho más extranjero en París que en otra parte y más solitario que si se hubiera perdido en una selva africana o hubiera naufragado en una isla del Caribe, pero no hay ciudad en el mundo que nos vaya limpiando más de prejuicios poco a poco. Que vaya ordenando mejor las ideas, colocando exactamente los conceptos en los lugares precisos de los archivos internos, haciendo más inteligente al inteligente, más pintor al pintor y más poeta al poeta.

La luz. Hay una especie de luz que sale de las piedras, que brota del agua, que cae del cielo y que afina de una manera tan especial, que la materia prima que ha llegado en bruto desde América, se va depurando cada vez más y encontrando su verdadera llama interior.

El espíritu. Se llega inteligente a París. Se sale casi genial. Se viene triste y se parte alegre. Se viene solo y al dejar la ciudad no faltan nunca unos ojos húmedos y unas manos temblorosas que nos despiden desde una esquina del aeropuerto. Si el amor puede ser poético en cualquier otra parte del mundo, en París ese mismo amor se transforma en romance y en novela al anclar en los ojos de una muchacha francesa. Y los hotelitos de París tienen una táctica especial y una habilidad diplomática única para transformarse en los mejores telones de fondo del verdadero amor.

París ofrece sus esculturas en los Museos, su selva de estatuas y sus bosques de torres, pero lo que ofrece sobre todo y a mí me lo dió durante dos años fue una seriedad, es una calma, una paz interna para buscar todos los valores y colocarlos en forma exacta en el verdadero *kardex* sin la confusa y desordenada visión que traía de América.

Me gustaría contar anécdotas y más anécdotas, reunir recuerdos y más recuerdos, pero lo que importa destacar es que como periodista solo aprendía el verdadero sentido de la profesión encontrándome a mí mismo en una esquina de una lejana ciudad que hablaba en otra lengua, bajo otro cielo, junto a otro río, pero que me entregó las verdaderas palabras eternas de la vida.

Allí quedó mi juventud. Allí quedó en el Pont Saint Michel, frente al Notre Dame, y por eso el día que tuve que montar en un barco noruego para cruzar las pesadas y tristes olas del Atlántico y volver a mi patria, me dí cuenta que dejaba encerrada, en un nicho de piedra del siglo XVII sobre el cual se dibujaba la sombra de un mosquetero lejano y de un *sans culotte*, lo mejor y lo más emocionante de mi propia existencia.

ENTRE LOS FUSILES BOLIVIANOS

Desde niño quería conocer Bolivia. Había leído en el libro "Melgarejo", de Max Daireux, una descripción del Pan de Azúcar momentos antes de comenzar la batalla que me había deslumbrado. El historiador francés dice: "Nunca el paisaje había sido más salvaje y más fascinante. Parecía que el cielo se había desgarrado, el agua del río se había detenido y la montaña ascendía hasta el cielo con la majestad de un Dios indígena o de una Vestal que venía del pasado".

Los soldados chilenos quedaron hipnotizados ante el mágico espectáculo y no entraron en acción hasta que no cesó aquel ballet de luces y de sombras que se paseaba insolentemente en medio del paisaje y que daba la impresión de una danza maldita.

Bolivia es así. Exactamente así.

Invitación. Cuando Paz Estenssoro estuvo en Buenos Aires me dijo: "Un día seré Presidente de mi país y te invitaré a conocerlo".

No me imaginaba que un día iba a ser verdad.

Y así fué.

En 1952 pocos días después de la Semana Santa de 1952 que le dió el poder, llegué solo a recorrer uno de los escenarios más fantasmales de la América Bárbara. El Palacio llamado Quemado estaba salpicado aún de balas y por sus corredores se paseaba la muerte. En el segundo piso estaba el Presidente de la República que amablemente suspendió un Consejo de Gabinete para abrazar a este aventurero periodista chileno que había sido amigo dos años en Buenos Aires.

La Paz, la plaza Murillo, el Palacio Quemado, el Prado, el aeródromo de El Alto, los barrios de Obrajes y San Jorge, la parte pobre y la parte rica, las casas coloniales, los viejos pala-

cetes de la época de Bolívar y las modernas construcciones, tienen un sello trágico y mortuorio. No importa que sobre ella caiga la lluvia o brille el sol. La Paz siempre es igual. Las casas blancas, azules y rosadas, se ponen grises al atardecer, y parece flotar en el ambiente, en el aire, y en la atmósfera, un hálito de tristeza y una presencia de muerte que había encontrado solo antes en las calles de México.

Bolivia debía tener muchos más pintores y novelistas que describieran sus paisajes. Y su historia que están pidiendo a gritos que alguien la cante, la pinte, la descubra, la analice y la refleje en páginas y líneas definitivas. Sus indios en el Mercado, bajo los pintores *chuyos*, sus indias llenas de niños a la espalda, sus cacharros de greda, las mulatas que desfilan con sus brazos impasibles, todo en este país tiene un reflejo de muerte o de algo que viene del pasado y que cruza insensiblemente los apresurados momentos actuales.

Paz Estenssoro me mostró los Comandos Revolucionarios en que participaban por igual ministros, senadores, diputados, dirigentes obreros, estudiantes y hombres de la calle.

Vigilaban la revolución. *Su* revolución. La vigilaban con el dedo en el gatillo esperando que de un momento a otro podía estallar la contrarrevolución.

Perfiles bolivianos. Conocí a una niña boliviana que tenía toda esa coqueta melancolía de las muchachas de la Colonia nuestra. Parecía que el tiempo se había detenido en 1810 a pesar de los aviones, los buses, del olor a bencina y de las noticias que llegaban desde Europa. Bolivia se había fijado en una fecha lejana y no se había movido de allí como un polvoriento coche de postas.

Acompañé al Presidente a los pueblos vecinos donde fue recibido por los indios armados de viejas carabinas y antiguos fusiles bajo una lluvia de *confettis* como los aviadores que llegan triunfantes a Nueva York. Oí el sonido lejano de la *quena* y escuché las melancólicas melodías que salían de los labios de los indios cuando llegaba la agónica hora del atardecer. Pocos países del mundo sienten en forma más persistente la idea de la muerte que Bolivia.

El cielo parece desgarrado como en los días de la Semana Santa y los indios caminan por la calle como unos ídolos de barro que alguien hubiera puesto milagrosamente en movimiento.

La vuelta. Dos días antes de venirme el Presidente me invitó a un almuerzo privado en Palacio. Estaban presentes, Hernán Siles, Vicepresidente de la República, Guevara Arce, Ministro del Interior, y Felman Velarde que servía tanto para mantener la paz interna, como para darle un tono más jacobino a la revolución.

Este almuerzo ha sido el más raro de los que he estado en mi vida. Físicamente Paz Estenssoro es un indiecito bajo de color oscuro y ojillos maliciosos, pero según sus enemigos, es el personaje más cruel de la cruel historia boliviana. Guevara Arce daba la sensación de un pequeño Lenin boliviano de ojos mongólicos y barbilla asiática. Siles era una especie de contacto, de guía de travesaño entre el país y el Presidente y producía la impresión de ser el único vagamente europeo de los comensales, y, finalmente Felman Velarde, el producto más autóctono de la reunión con sus ojillos de fondo de botella y su color aceitunado.

El avión decollaba a las dos de la tarde. Faltaba un cuarto de hora para la partida. La máquina estaba en el aeródromo El Alto aguardando a este invitado que se demoraba en llegar.

No había más solución que aprovechar la dictadura del país para aplicar un recurso desesperado, y entonces le dije a Paz Estenssoro:

—“Camarada Víctor... Tengo que irme inmediatamente y de tí depende que el avión se atrase. Aprovecha que eres Presidente de la República y dá las órdenes pertinentes para que la máquina me aguarde aún unos minutos”.

Y como Paz Estenssoro era el verdadero dueño de Bolivia se dio la orden telefónica para que el avión que debía conducirme a Santiago, se demorara media hora más y aguardara el momento oportuno que yo terminara mi café, me sirviera el último bajativo y montara un *jeep* rápidamente para llegar al aeródromo lejano.

El color del altiplano. El Palacio Quemado, por si Ud. no lo sabe amigo lector, tiene todo el encanto de las viejas cons-

trucciones españolas, pero atravesadas por ese relámpago mortuorio de luces y de sombras que le da la historia misma de Bolivia. Aquí Melgarejo mató a Belzú. Aquí fue colgado Villarroel. En estos salones, en estos pasillos sombríos, en estos corredores solitarios, en estos grandes salones iluminados por tristes lámparas de otra época, entre estos cuadros, al pie de estos gobelinos, junto a estos pesados escritorios de caoba, entre estas mesitas coquetas y femeninas, al pie de esta escalinata de mármol que sube del primero al segundo piso como quien va a emprender el vuelo hacia el mundo del Dante, se respira un ambiente de tragedia que habla de Presidentes suicidas, de mandatarios asesinados y de los Jefes de Estado que fueron destripados por la multitud.

América en Uruguay, Argentina, Chile y parte del Perú, es amable y sosegada. Pero basta que surjan Bolivia, Colombia, Venezuela y México, para que un tramoyista invisible cambie el decorado y haga trágicas las cosas más sencillas.

Si Ud. viene de lejos y quiere conocer el lado, no sólo pintoresco sino extraño de América del Sur, no pierda el tiempo en paisajes europeos pegados con goma al mapa del Nuevo Mundo, sino frene su cabalgadura y ancle su lanchón vagabundo entre estas piedras eternas y al pie de estos cielos cruzados de relámpagos que se llama el Altiplano.

Los indios. Los indios querían su revolución. La adoraban como adoraban a sus antiguos ídolos y sus viejas piedras silenciosas. Paz Estenssoro era para ellos "El Tata" y el representante de Dios en la tierra.

No me parecieron marxistas ni comunistas. Eran simplemente bolivianos que esperan periódicamente un milagro y que baje Dios de una nube para salvarlos y conducirlos de la mano hasta la felicidad.

Insensibles, indiferentes, flemáticos, con un rostro hierático y fijo, con los ojos distantes y la mirada perdida, ven desfilar los días, los meses y los años sin cambiar de postura. Ellos no tienen nada que ver con la multitud que aclamaron los nombres de Perón y Getulio Vargas en otro tiempo, y los que actualmente agitan un bosque de banderas en honor de Fidel Castro. Pertenecen a otra época, a otra costra terráquea a otra piedra y a

otro volcán que los produjo con mueca de estatua y semblante de viejo ícono para quién el paso del tiempo, del hombre y de las edades, no tienen la menor importancia.

La revolución boliviana pudo haber sido quebrada más tarde, traicionada y deformada, pero ese impulso que yo conocí, ese friso de indios, esos fusiles que desfilaban frente al Palacio Quemado mientras Paz Estenssoro y sus Ministros hacían el saludo con la "V" de la victoria, y que arrojaban cargas de dinamita al viento para demostrar su alegría, me dieron la sensación de un pueblo que había estado detenido mucho tiempo, de un río cegado en su fuente, de un torrente desenfrenado que durante muchos años había sido frenado por un dique o una represa, y que bruscamente reventó por encima de las piedras, estallando con la fuerza virgen y agresiva de la naturaleza.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

En 1954 se celebró la Conferencia de Cancilleres en Quindandinha. Era una jugada argentina contra Chile. Nosotros contábamos con el Brasil, y valía la pena hacer el viaje para saber como nos defendíamos. En el diario que trabajaba (La Nación) no me dieron permiso, pero me las arreglé para partir de todos modos. Conocía el Brasil y había estado hacía años en tiempos de Getulio. Ahora era distinto. Iba por mi cuenta y tendría que pagar la cuenta del hotel en Río y en la ciudad sede de la Conferencia. Varios amigos hicimos el viaje. Entre ellos iba la larga y delgada estampa de Lenka Franulic, el Dr. Sarah . . . etc., etc. En Río nos saltó al encuentro la estampa de un país en que, a pesar de haberse suicidado hacía poco el gaucho de las pampas, estaba presente el espíritu de Vargas. Getulio estaba en cada esquina, en cada calle, en cada *fabela* . . . La gente hablaba de él con nostalgia.

Goulart. Una tarde nos presentaron a un político joven que había captado en el aire que Getulio volvería de todos modos aunque estuviera muerto. Sonriente, simpático y dinámico nos invitó a recorrer el verdadero Río . . . Se llamaba Joao Goulart y estaba en sus comienzos. Había canalizado el getulismo y pensaba ascender montado hábilmente en él.

Nos dijo:

—Uds. son periodistas . . . Sáltense lo oficial . . . Brasil no es Río ni los hoteles elegantes de Copacabana. Ni menos los estancieros que tienen millones de reses. Brasil es el norte y el sur. La selva y la llanura. Allí está la gente que come una vez por semana, los campesinos sin tierras y los indios sin destino. Tienen que verlos . . .

No sacamos nada. Nos tenían encarcelados dentro de un programa de festejos que no permitía un sólo hueco . . . A pesar

de ello logramos salir del hotel y llegar hasta los barrios populares. Los suburbios de Santiago eran una maravilla al lado de las chozas de la aristocrática capital brasilera... La gente no vivía. Subsistía, agonizaba, existía de prestado. Las mulatas bailaban y cantaban en los Carnavales, pero se morían de hambre el resto del año. Allí estaba el caldo de cultivo de la izquierda. ¿Qué izquierda...? Los comunistas sostenían que ellos, pero eran pocos. Desoladoramente pocos. Goulart en cambio y sus "traballistas", se movían como ardillas y levantaban el fantasma de Vargas... Getulio estaba en cada comentario callejero. Se le cantaba, se le pintaba, se le recitaba. Y como estábamos en el Brasil, se le bailaba a la luz de las fogatas...

El Africa. Eran los viejos *tabú* venidos del Africa los que estaban presente en cada invocación de estos morenos cariocas que creían que el Dios que había partido hacia el infinito, volvería galopando algún día... Goulart insistía en vernos. Nos iba a buscar al hotel. No nos dejaba tranquilos. Tenía una flota de autos para trasladarnos a todos los puntos de la ciudad. Nos llevó a la salida de las fábricas, a los oscuros barrios en que vivían los negros, a los cerros en que se abría el siniestro bostezo de las cuevas en que moraban los obreros y los cesantes. Miseria por todas partes. El país más rico del mundo, era el más pobre de toda América. Junto al hotel despectivo y elegante, se ocultaba el terrible hueco en que vivía el negro esquelético y la mujer con los pechos caídos rodeada de niños que estaban en los huesos...

—Miren ésto —nos decía Goulart... No lo olviden... Cuenten como vive el Brasil actualmente más allá de la realidad oficial... Lo demás es hueco y superficial... Aquí está el caldo de cultivo de la revolución que tendrá que venir algún día...

Getulio. Y nos agregó confidencialmente:

—¿Uds. conocen la verdadera muerte de Getulio...? La prensa internacional dió una versión falsa... Dice que se mató sencillamente. Claro que se mató, pero el proceso psicológico fue mucho más profundo. Lo llevaron a la muerte. Lo empujaron al suicidio. Le colocaron la pistola en la mano. La Escuadra y el Ejército, trabajados por la derecha desde hacía tiempo, sitió

Río... Getulio tenía únicamente a los obreros y llaneros, pero sin armas. Yo le dije, cuando era su Ministro del Trabajo, que había que darle pistolas al pueblo... Getulio no creyó que fuera necesario. Tenía una incurable buena fe. Los almirantes y generales le declaraban su amor día por medio. Lo creyó... y llegó la revolución sin que tuviera como defenderse... Desesperado vagó por los salones del palacio O Catete y se encerró en su dormitorio. Le quedaba únicamente una pistola y una pluma. Se sentó y meditó unos escasos momentos... Afuera seguía el fuego de fusilería. Los barcos de guerra apuntaban ya los cañones... Comenzaría el bombardeo de un momento a otro... Tomó la pluma y escribió una carta... La misma que le encontraron más tarde y que se dió a conocer a la prensa... ¿Era falsa...? Yo creo que sí. No era el estilo del Presidente... Pero aquí viene lo grande, Vargas tomó un billete de mil reis y en la parte posterior escribió unas cuantas líneas... Este billete desapareció cuando llegaron los oficiales y marinos... Este billete era el verdadero testamento del Presidente y en él acusaba, con nombres y apellidos, a los cafeteros y estancieros que formaban la extrema derecha que había hecho la revolución. Y en él decía, con pelos y señales, cuales eran los negociados y traiciones que había hecho cada cual durante su gobierno. Para borrar eso justamente se había hecho la revuelta... Para que los brasileros no supiéramos nunca quienes lo habían estafado y vendido al extranjero...

Eso fue lo que nos dijo Goulart... Nunca apareció el famoso billete acusador. Lo destruyeron la misma mañana que atacaron el Palacio. Y la denuncia que venía de ultratumba, no llegó jamás a manos de los brasileros...

Un vaticinio. Pero Goulart nos dijo algo más mientras apuraba nerviosamente una tacita de café retinto...

—Si Perón no toma medidas radicales contra la derecha argentina, le pasará lo mismo. Ellos —los dueños de estancias y del trigo— tienen la Escuadra y el Ejército... Mandan en los cuarteles y en el Barrio Norte de Buenos Aires. Tienen la plata y la ayuda de Estados Unidos. Si el presidente no hace lo que debió haber hecho Getulio, correrá la misma suerte... Se levantará la marina y lo hará saltar del poder... Perón tiene los

obreros, pero igual que en el caso de Getulio, están sin armas y no podrán defenderlo más que con cantos y gritos. Lo que pasó en el Brasil, se repetirá fatalmente en la Argentina. Todavía es tiempo . . . Después no quedará más que lamentarse y llorar la batalla perdida.

Un año más tarde, la frase de Goulart se confirmaba matemáticamente. La única diferencia fue que Perón no era Vargas y había una diferencia abismal entre ambos mandatarios.

Getulio partió al otro mundo con una herida en la sien. Perón se embarcó en la cañonera *Paraguay* y más tarde salió en dirección a España. Pero la predicción había resultado fúnebremente exacta . . .

Carlos Dávila. Pero sigamos con la Conferencia misma. De ella recuerdo únicamente a un chileno que había divisado cuando estaba en el colegio y que se dedicó a sentirse Napoleón y a gobernar 100 históricos días a Chile . . .

Era Carlos Dávila.

Don Carlos, que tenía una estatura inferior a Napoleón, era una de las personas más simpáticas y hábiles que yo haya conocido . . . Se explicaba el prestigio legendario que tenía entre algunos de sus amigos y por qué Carlos Reyes Corona lloraba cada vez que se acordaba de él. Sabía bastante más del auténtico sentido de la Conferencia y qué papel jugaría Chile en medio de los colosos como eran Argentina y Brasil, que los delegados oficiales.

Sonriendo tristemente en el bar del Hotel de Quitandinha, me dijo:

—Chile ha perdido la vieja línea. Hemos dejado que se nos vayan los amigos de otra época y ahora estamos dramáticamente solos en América. Antes nos apoyábamos en Brasil para poder guapearle a la Argentina. Ahora nos hemos dado el lujo de darle vuelta la espalda tontamente a Río. Nos queda únicamente Paraguay, Ecuador y posiblemente Bolivia . . . O sea buenos amigos, pero chicos . . . Los argentinos saben lo que hacen. Coquetean con Chile a través de Perón y de Ibáñez, pero en el fondo la verdadera táctica la dicta los intereses de la geopolítica. América, nos guste o no guste, es igual que el resto del mundo. Los grandes se comen a los chicos. Chile es chico, Ecuador

es chico, Bolivia es chica, Paraguay es chico... Y en cambio Argentina y Brasil son grandes. Brasil, con la caída y suicidio de Getulio, está en manos de la Cancillería de Buenos Aires. Argentina juega aún en contra del Tío Sam, pero llegará el día que los yanquis operarán en Buenos Aires como lo hicieron en Río, y botarán a Perón... Y entonces, ¿quién subirá...? El Ejército y la Marina. Los gorilas y la extrema derecha. Los revanchistas y los imperialistas que sueñan con salir a ambos lados del continente y tener escuadras en el Atlántico y en el Pacífico... ¿Quién será la víctima...? Chile naturalmente...

Y esto me dijo una noche pegajosa y caliente, el "chato" Dávila que tenía una estatura mental mucho más alta que la que lucía físicamente. Se me agrandó apenas abrió los labios y trazó rápidamente el panorama internacional que ya entreveía. Me habían dicho que era únicamente un periodista de primera línea que había hecho clases en Estados Unidos y en Chile, y que accidentalmente se había dedicado a la política de su país... En realidad era un personaje fuera de serie y un buzo que se metía en las aguas más profundas, nadaba en los mares más peligrosos y veía infinitamente más que la engolada representación oficialista del miope gobierno de Chile.

Vida aventurera. Pero Brasil fue mucho más para mí. Fue la aventura novelesca y casi el folletín. Un día me falló la plata, porque se atrasó el correo y no llegaron los dólares salvadores... Esto no es problema en una ciudad como Río. La playa es el mejor lecho que se puede encontrar y la arena de Copacabana es más fina que la más rica de las sábanas del más exigente palacio. El agua es tibia y se puede nadar alegremente en tinda de Adán, a las dos de la mañana, bajo las estrellas más dulces y más cómplices. Dormí en consecuencia en la playa después de un buen baño y me levanté en la mañana a vagar por una ciudad encantadora... ¿Qué no tenía un centavo en el bolsillo...? Claro que no. Pero a determinada edad y teniendo cierta manera de ser, se puede vivir alegremente más allá de las exigencias de la billetera. Claro que comenzaba a fallar el factor comida. Pero hasta esto se solucionó.

Los brasileros. Los cariocas son los tipos más generosos que hay en América. Recuerdan a los españoles de la Puerta del Sol.

O a los chilenos mismos . . . La sopa que es para dos, puede alcanzar, y de hecho alcanzar para tres. Y nunca, a través de una inolvidable semana de bohemia forzada y de miseria total, viví mejor que en las *fabelas* y en los ranchos de los amigos que me salían al paso. Y entonces, como un Chaplín perdido al pie de los rascacielos, conocí la verdadera cara del Brasil . . . Caminé infatigablemente de la mañana a la noche, y en vez de ver cabarets, bares elegantes, hoteles lujosos y palacios de cuento, me dediqué a observar la parte más importante de una nación: su pueblo.

Lo que me saltaba a la vista no era el folleto de turismo, sino la realidad.

Como periodista aprendí mil veces más en los cerros, en la playa o en la calle, que en la redacción de los diarios, el Palacio de la Alborada o el de Catete, o en los partidos políticos. Me salté el cóctel y la recepción oficial y no salí matemáticamente fotografiado en los diarios con funcionarios con los que apenas había tiempo de cambiar dos palabras en mal portugués. No. Me limité a practicar el deporte de *flaner* (vagar) que había aprendido en los inolvidables años de París. Y cuando llegó el chequecito salvador y cambié el cómodo alojamiento de la playa (en la cual me robaron hasta los zapatos una mañana . . .) por el avión que me conducía, con siete kilos menos, pero con una montaña de conocimientos más, al lejano Santiago de Chile, iba lleno de experiencia y de recuerdos.

Y por lo que ví más tarde, Goulart tenía la razón. Y tendría que subir algún día al poder. Pero si no seguía el consejo que él mismo le daba ahora a Perón y le reclamaba a Getulio, le podía pasar lo mismo que le había ocurrido al Presidente gaucho y que un año más tarde le sucedió a Don Juan Domingo.

Andando el tiempo Goulart tuvo un ataque de amnesia y se le olvidó prevenirse a tiempo y prepararse para combatir al Ejército y a la Armada.

Y Ud. amigo lector sabe el resto . . .

El porqué de un viaje. En 1954 me presentaron a una muchacha rubia en el Hotel Carrera que me gustó. Le pregunté que hacía y me dijo que al día siguiente partiría a Cuba y de allí a Estados Unidos. Era insolentemente rubia y deportiva. Yo era aburridamente soltero y estaba cansado de teclear a máquina en Santiago de Chile desde hacía más de seis meses. Me tiraban los barcos y los aviones, y en menos de 24 horas me conseguí los escasos dólares y los cientos de papeles sellados que se necesitan para salir del país y llegué a Valparaíso listo para emprender de nuevo el viaje, pero esta vez en la América misma y asomado a las tibias aguas del Caribe . . .

La Habana era más que una imagen lejana. Era la ciudad más alegre del continente y tenía fama de poseer las palmeras más ágiles y las muchachas más bonitas. Los españoles hablaban de Cuba como de la mejor y más atractiva de sus hijas y no se cansaban de ponderar la vida nocturna de la que fue llamada con justa razón, “una garçoniere con vista al mar”. Paraíso de los yanquis que les bastaba volar 20 minutos para estar en La Habana, estaba dirigida por el mismo Sargento Batista que había conocido en Chile hacía años en unas breves vacaciones políticas que se dio . . .

Llegué atrasado al barco. Ya había partido, pero estaba aún a unos 300 metros del muelle. Lo había perdido, en una palabra. Revisé mentalmente los libros de aventura de la lejana infancia, y con la experiencia de Salgari y de Karl May, salté a una chalupa y le seguí la pista al lujoso y puntual transatlántico.

Antes le había hecho llegar por radio la noticia de que era periodista y que tuvieran la gentileza, no de parar el buque, lo

que habría sido mucho, sino de tirarme una vulgar cuerda por la que me icé ágilmente con la velocidad de un mono.

En el puente estaba naturalmente la mata de pelo rubio de la muchacha, y un par de ojos que justificaban de sobra todas las hazañas y todas las aventuras . . .

A bordo. En el barco hicimos periodismo. Como íbamos en tercera clase, yo fundé un diario mural que se llama como mi periódico en Santiago. Le puse "La Tercera de a bordo" . . . hacíamos entre todos.

No hay mejores periodistas que los que no son periodistas y que se entretienen en los momentos de ocio a bordo de un barco en medio del Pacífico, en escribir crónicas breves, titular noticiar bombas, recortar fotos, hacer dibujos, caricaturizar a los pasajeros, etc. El diario fue más leído que "El Comercio" de Lima que nos llegó cuando arribamos al Callao.

Lima. Por simples razones de fórmula visitamos los diarios peruanos y por razones de amistad "La Tribuna" (aprista) que dirigía el popular negro Solano. Con el negro nos tomamos todo el pisco que quedaba en el Girón de la Unión y nos amanecemos recitando todos los poemas peruanos y chilenos que nos sabíamos de memoria. Lima es más chica que Santiago, pero tiene más vida nocturna. Arde a las dos de la mañana y las parejas tienen una facilidad para estrujarse en la oscuridad, que no he encontrado ni en las mejores noches de la Posada del Corregidor. La capital de los Virreyes, que se pone una húmeda chalina de *camanchaca* en la mañana, enciende un sol de primera línea como a las doce del día . . . Las limeñas caminan como si estuvieran contratadas por alguna revista de modas o como si fueran a trabajar en "Play Boy" . . . Son misteriosas y policiales. Hablan en voz baja y mueven los ojos con una habilidad profesional que les viene de la época de las "tapadas" que describiera admirablemente el abuelo Ricardo Palma . . .

Carnaval. Pero además nos tocó el Carnaval. El Carnaval de Lima no tiene nada que ver con sus colegas del resto del mundo. Es una guerra a muerte que se hace con agua, pero que deja una larga estela de muertos y heridos. Se tiran "chisguetes" a la pasada de los autos y de los buses, y se lanzan tone-

ladas de agua desde lo alto de las terrazas. El que sale con vida es un héroe.

Me invitó el Cónsul a su casa e hicimos un carnaval en miniatura con toda la familia y algunos de los pasajeros de a bordo. Resultado: quedé con el flamante traje blanco que llevaba de un elegante color verde, y con un ojo en tinta. El parquet del consulado quedó imposible y el piano se sintió lanchón y navegó por toda la casa.

A la vuelta nos dispararon chorros de agua como si se tratara de apagar un incendio. Chorros como los de los *guanacos* de Santiago. A matar. Una espesa corriente líquida que hacía tambalear al más firme. Nuevas víctimas. El diario de la tarde decía: "Excepcionalmente tranquila la primera jornada del Carnaval . . . Quedaron únicamente tres muertos y 17 heridos".

Versos. Y el viaje continuó. A bordo iba el poeta Bravo, con su respectiva barba de mosquetro, que era el mejor y más fiel de los amigos para charlar en las largas noches de navegación. El mar, a pesar de todo lo que han dicho Neruda y Huidobro, termina por aburrir. Mueve lentamente su pesada cabeza azul y se entretiene en jugar con catedrales de espuma que revientan en los costados de la nave . . . Y como era incurablemente monótono había que combatirlo haciendo recuerdos.

El Pera Bravo es un archivo viviente. Pertenece a la generación estudiantil del 31 y fue amigo de Barrenechea, Chamudez, Leighton, Alvarado, Garretón, Fuentes, Juanito Picasso, Wais, etc. Y además es uno de los más delicados poetas que tiene Chile. Naturalmente se trata de un poeta inédito que le gusta recitar sus poemas frente a una copa y con los ojos del mar asomados por la ventanilla . . .

Con él nostalgiamos, practicamos la poesía y tratamos de hacer más rápido el viaje. Iba a Colombia, y lo perdí de vista antes de llegar a la Habana.

La Habana. Y un día —"un día entre los días señalados"— como diría el poeta, se metieron literalmente por las escotillas las palmeras de La Habana. Largas y ágiles, juveniles y coquetas, trataban de hacerle la competencia a las caderas de las mulatas. Y generalmente eran vencidas por éstas . . .

Nos trasladamos rápidamente a una pensión que presentaba los precios más baratos y más a tono con nuestros bohemios bolsillos y comenzamos a vivir "a la cubana"... En el viaje había conocido a un japonés campeón de jiu-jitsu. Era de goma y amanecía hecho un nudo. Me dediqué en los ratos de descanso a aprender el noble deporte de dejar K.O. a sus adversarios sin tocarles la cara. Un día desapareció. Se fue a Estados Unidos y a los 8 meses recibí una carta que decía:

"Felicítame. Estoy millonario... Le hago clases a Kennedy, un brillante senador que a lo mejor llega a Presidente de la República".

Ahora debe ser el entrenador oficial de la White House. ¿Y la rubia? me preguntará, Ud. seguramente... La rubia con la que nos enamorizamos y desenamorizamos bajo la luna de miel del Caribe, partió también a Estados Unidos. Allí la esperaba puntualmente un novio, con angelical cara de novio, y se casó como Dios manda. Actualmente debe ser la feliz madre de un par de niñitos rubios que se verían estupendos para hacerle réclame a la Coca Cola.

Periodismo. Trabajé en la Habana. Para Chile y para Cuba. Le mandaba unas crónicas a "La Tercera de la Hora" que tenía que teclear en la Casa de los Periodistas de la Habana bajo un calor de fuego. El calor de Argel no es nada al lado del de la Habana.

Calor y lluvia. Una lluvia lenta y sensual que humedece la camisa y nos deja calados en dos minutos.

Cuando tenía que escribir, empapaba la carilla y tenía que sacarla del rodillo. Mandé cuarenta crónicas a través de 8 meses, pero en realidad escribí el doble. Lo mejor se quedó en la máquina arrollado y hecho un luche.

Un chileno. Además en la llamada Casa de los Periodistas tenía que escapar de un colega chileno que hacía veinte años que vivía en Cuba. Se emocionaba a cada rato hablando de Santiago, y cada emoción le costaba una botella de ron. A la segunda botella lloraba y armaba camorra. Terminaba la noche con un ojo en tinta y su carnet de nostálgico e incurable Werther perfectamente al día. Se llamaba Carlos Sepúlveda. Había salido a dar una vuelta por el Caribe. Y se había quedado para

siempre cerca del "Tropicana" y de la cúpula del Capitolio. El me contó la vida secreta de Cuba. Se conocía todos los recovecos del país y la Habana era una especie de querida suya que le había narrado sigilosamente su historia al oído . . .

—Yo no me explico como no ha estallado la revolución hasta la fecha . . . Los ministros, los senadores, los diputados, los jefes de policía, los gobernadores y los directores de diarios y radios viven de la coima. ¿Tú conoces la "botella"? Es una regalía inventada en Cuba para pagar los servicios políticos. Es más que una costumbre. Es una tradición que se respeta como el culto a Martí. Los parlamentarios nombran jefes de servicio y éstos tienen que darle la mitad de su sueldo a fin de mes. O sea, fuera de la dieta y de los negocios privados que hacen, tienen esta entrada extra todos los primeros . . . Hay gente que junta hasta tres y cuatro botellas . . . Y no trabaja naturalmente ni un minuto. Sí . . . Tal como lo oyes . . . No van a la oficina, ni marcan tarjeta. Acuden únicamente a fin de mes a cobrar el sueldo. Y le pagan a los altos funcionarios la respectiva botella . . . Tú comprenderás que ésto no puede seguir. Desde el Presidente de la República para abajo, todo el mundo está metido en negocios sucios. Cada edificio que se levanta, cada cabaret que se abre, cada bomba de bencina que se instala, cada casa de juego y cada hotel de turismo, dan comisiones, o "coimisiones" como se debían llamar realmente. Los viejos gangsters de Chicago se sienten en la Habana como en su casa. El verdadero dueño de los mejores casinos es George Raft, el actor jubilado que hacía de pistolero en el cine y que es pistolero en la vida real . . . Contra ésto tiene que levantarse alguien. ¿Quién? . . . No sé. Los estudiantes probablemente. Pero la policía es formidable y no se anda con chicas.

Hasta aquí Sepúlveda . . .

Conspiración. Después supe más detalles. Los estudiantes conspiraban efectivamente contra Batista. Y Batista contraatacaba sobre la marcha. A un muchacho le habían cortado las plantas de los pies con navaja y gillette y se los habían cubierto de sal. A otro lo habían tirado al mar con rieles amarrados a las piernas para que se lo comieran los tiburones.

En los pueblos del interior había habido crucifixiones. Las cárceles estaban repletas. De esto naturalmente no sale nada en los diarios, pero la revuelta anda escondida en la manigua. Y reventará algún día.

Mi amigo intuía a Fidel Castro. Sepúlveda hablaba de la necesidad de un Castro sin conocer su barba ni de vista. Todo el país estaba horadado por dentro por una corriente de vicio y de negociado. Y Batista era el Jefe del *Trust* y detrás de él estaba Estados Unidos. Si estallaba algo, tenía que apuntar necesariamente los cañones hacia Miami y Nueva York.

Entonces, en 1954, Fidel ya estaba en el aire y más de alguien soñaba ya con la gesta de Sierra Maestra . . .

Ganándome la vida. Trabajé en "Bohemia". Por cada artículo pagaban como para saldar la cuenta del hotel durante un mes. Se comía mal y poco, pero se comía que es lo principal. Y aquí es necesario que hable de un personaje excepcional: el Embajador de Chile.

Don Emilio Edwards Bello es hermano de Joaquín, pero mientras uno se dedicó al periodismo, el otro se lanzó a la diplomacia. Para mí, que me ha tocado vivir cerca de 10 años en el extranjero y que me conozco de memoria a los ciudadanos que Chile nombra embajadores con 3.000 dólares al mes por lo menos, para terminar siendo expertos en cocteles y técnicos en condecoraciones, don Emilio me parece una excepción. La Embajada estaba siempre abierta. Y abierta para todos. Para nuevos ricos y para estudiantes bohemios. Para los millonarios y para los pobres. Para que los que no salían del "Tropicana" y de las salas de juego, y para los periodistas sin ni cobre. Amable, sonriente, culto y viajado, don Emilio era el diplomático ideal, y fue el ángel de la guarda para los 300 o más chilenos que vivimos en la Habana en esa época.

Trabajé igualmente en una revista humorística. Humorismo suave y de tímido color rosa. Nada de política. Prohibido tocar ni con el pétalo de una flor a Batista. Cerrar los ojos y lanzarse a nado, fabricar chistes que pudieran hacer sonreírse a los turistas yanquis y nada más.

Clima. Pero además había que hacer frente al clima. Al terrible clima del Caribe. Al sol de hierro del día, y a la falta

de brisa refrescante en la noche Pero todo ésto estaba compensado por uno de los pueblos más alegres y simpáticos que me ha tocado conocer. Los cubanos son unos chilenos, pero con sentido del humor y sin tontería grave. No existe el culto a la solemnidad, al luto ni a la tristeza. La gente se ríe a gritos en la calle y bebe como si el ron Bacardi se fuera a acabar de un momento a otro . . . Todo el mundo se trata de tú apenas se conoce. La solemnidad y el protocolo del *usted* están desterrado de la vida corriente de Cuba. Las muchachas barajan los piropos como en Sevilla y los contestan sobre la marcha. Nunca se enojan ni ponen cara de circunstancia. Se vive y se ama día y noche. Todavía no me explico como la llamada “Perla del Caribe” por los propagandistas cursis, no tiene el triple de la población que tiene.

Claro que está la lacra de la prostitución. O por lo menos estaba. Muchachitas de 12 años salían a recibir a los turistas y se entregaban por 10 dólares. Las madres las empujaban porque les faltaba hasta lo más indispensable en la casa. El padre se hacía el sueco y se tragaba su dolor. La Habana tenía, cuando estuve en ella, más prostitutas que Londres, París y Berlín juntos. En cada esquina había una adolescente, casi una colegiala, que ponía los ojos de invitación y que agitaba las caderas en la sombra.

Y naturalmente estuve rápidamente de acuerdo con Sepúlveda. “Algo” tenía que venir. Y pronto . . .

El fantasma necesario. ¿Qué era el “algo” . . . ? Indudablemente la revolución . . . ¿Quién la haría? Los comunistas habían estado en el Gobierno con Batista y no tenían mayor influencia en la masa.

Los estudiantes como siempre conspiraban, pero el Gobierno actuaba con mano de hierro.

Un día me dijo mi amigo Carlos Flores de la Facultad de Derecho.

—Ayer desaparecieron dos compañeros . . . Los tiene la policía. Hemos reclamado y nos dicen que no saben nada de ellos . . .

A los dos días se encontraban los cadáveres de los muchachos flotando en las aguas del malecón cerca de La Cabaña . . .

Los diarios seguían la alegre política del avestruz. No sabían nada de nada. Y no sabían nada, porque estaban previamente “engrasados”. Batista había comenzado en la izquierda. Mas tarde llegó más lejos aún y fue la gran esperanza de los trabajadores de la zafra y de los obreros de las fábricas. Los estudiantes creían que era el legítimo “soldado del pueblo” que había dado el golpe contra Machado y más tarde contra la debilidad enfermiza de Grau San Martín que se pasaba de discurso en discurso. El sargento llegado a Presidente tuvo la fanática adhesión de los obreros y de la inquieta gente de la Universidad . . . Mas tarde Estados Unidos intervino y cambiaron las cosas . . . Cuando se hablaba de dar un golpe contra el dictador, en los cafés, y después de haber mirado largamente hacia las mesas vecinas para ver si no había soplones, los estudiantes contestaban . . .

—¿Y cómo podemos hacer una revolución con los Estados Unidos a veinte minutos de La Habana y la flota yanqui y sus cañones apuntados contra la isla . . . ?

Fidel. Había “alguien” que opinaba distinto. Y que iba a probar con hechos que se podía hacer la revolución. Ese alguien se llamaba Fidel Castro, pero en ese tiempo nadie lo conocía en Cuba . . . Estaba, según supe más tarde, en Bogotá y le tocó actuar en la matanza que le costó la vida a Gaitán, antes de debutar oficialmente en la vida política de su país . . .

En los cabarets, en las salas de juego, en los grandes hoteles, en los diarios y en las radios, en la vida oficial y en la privada, estaba presente en todo momento el fantasma del Tío Sam. Los estudiantes y el pueblo eran antiyanqui, pero el país vivía de los odiados *gringos*. La prostitución, —índice trágico de la miseria— vivía de los resonantes dólares que traían los americanos. La vida nocturna se alimentaba de ellos. Y entraban los dólares, y con ellos, entraba la inmoralidad y la venta al capital extranjero.

Mientras tanto muy lejos, en una ciudad americana, el hijo de un rico emigrante español, un muchacho argentino y un ayudante de sastre, canuto y lector de la Biblia, preparaban la cuerda en que se iba a ahorcar políticamente Batista.

Eran Fidel, el Ché Guevara y Camilo Cienfuegos . . .

Pero esa es otra historia de la que hablaremos en breve . . .

¡Adiós! Llegó la hora de la partida. Le dimos el último vistazo a La Habana, cobramos los pesitos que habíamos ganado en "Bohemia" y otras revistas, juntamos dólar a dólar lo poco que teníamos escondido en una calceta siguiendo el ejemplo de los buenos franceses, y logramos comprar el pasaje en avión. Había que saltar de La Habana a Méjico, y de allí poner rumbo a Chile . . .

A la espalda dejábamos un girón inolvidable de vida y un pueblo de primera, quebrados económicamente, vendido hasta la última palmera, entregados al *ron* nacional y al *whisky* importado, con gangsters en vez de *croupiers*, y con pistoleros como gerentes de los inmensos casinos, con adolescentes empujadas por sus propios padres a vivir de noche para ganar los escasos billetes que servían para que la larga y famélica familia viviera de día. Cuba era el mejor recuerdo de todos mis viajes. Y cuando el avión encendió los motores y echaron a caminar las hélices, miré nostálgicamente la isla que desaparecía a la distancia. En ocho meses había ganado experiencia por varios años y le había dado la mano a uno de los pueblos americanos más simpáticos y cordiales de la América Central.

¡Incendio! Esa noche no dormí. Cambiar de país y volver a la patria después de un tiempo, es especial para pasar una noche en blanco y para hacer un rápido balance . . . La totalidad del pasaje roncaba y abriría los ojos sólo en Méjico D. F.

No fue así.

Miré por casualidad a través de la ventanilla y ví con horror que uno de los motores arrojaba llamas y que la máquina se estaba incendiando . . . No lancé un grito, sino que sigilosamente hablé con la camarera de a bordo y ésta partió como rayo a contarle la noticia al piloto. El resto de los pasajeros no se dio cuenta de nada. La inmensa nave de acero cambió de rumbo y partió al norte, en dirección a Estados Unidos.

Miami. A los escasos y nerviosos treinta minutos aterrizamos en Miami. Y así fue como conocí la patria del Tío Sam antes de tiempo y en forma totalmente casual.

Nos bajaron rápidamente y se iniciaron los trabajos urgentes para reparar la nave. A los veinte minutos estábamos de nuevo

en el aire. La máquina se movía como un pájaro herido sobre la soledad color petróleo del mar... Corría hacia el sur, pero le fallaba el corazón. Tartamudeaba y daba resoplidos. Tenía algo de elefante que marcha lenta y pesadamente hacia su propio cementerio...

Hubo que volver. Volver rápidamente y regresar a los EE. UU. Nos alojaron en el mejor hotel y nos comunicaron que la reparación de la avería demoraría por lo menos dos días.

Dos días a bordo de Miami que es la billetera turística de USA. Una ciudad que parece envuelta en papel celofán y donde está presente toda la fabulosa, pero helada comodidad y eficacia del gran país del norte. Casas increíbles, chalets de cuento, guaridas mitológicas de viejos pistoleros de Chicago retirados a sus cuarteles de invierno, yates de superlujo, avenidas en que caben varias veces las avenidas nuestras, rascacielos y antes que nada una ola de turistas yanquis, viejos y enfermos, que vienen a esta zona tropical, en busca de los últimos rayos de sol.

Los yanquis. Todo Estados Unidos busca el sol que no cabe entre los breves intersticios y las delgadas rendijas que dejan los rascacielos. Ancianos con pantalón corto y pelo blanco, y ancianas con bikini que se tuestan en la playa como lagartos. Las tiendas llenas, las calles llenas, los hoteles llenos. Todo está lleno. Hasta el cielo está repleto de palmeras tropicales y de aviones turísticos que una vez que encuentran el sol en Miami, parten en busca de *color* a Cuba. Cuba es la gran tarjeta postal que arde al fondo del recuerdo de los yanquis. Están tan aburridos en sus ciudades grises y en sus pueblos dormidos que necesitan de la verdadera luz (no la de los autos ni de los avisos luminosos), sino la luz deslumbrantemente natural, al pie de unas palmeras perfumadas y cerca de unas caderas que ondulan de la mañana a la noche.

Los dos días en Miami fueron 48 horas caminando sin parar. Los bares eran carísimos. Los hoteles sólo podían ser pagados por las compañías aéreas con aviones que se incendiaban en el aire, y un clima infernal que saltaba de monzón en monzón y de lluvia desatada en lluvia desatada. En los escasos claros que salía el sol a dar una vuelta por el cielo... brotaba del suelo, del mar y hasta de los habitantes de Miami, una humedad es-

pesa y molesta que empapaba las camisas y derrotaba el ánimo. Y entonces me tocó ver como los yanquis se entretenían. O decían que se entretenían. Se refugiaban en los bares y en los livings aprovechando el aire acondicionado y los matrimonios viejos se pasaban horas de horas sin hablar una palabra entre ellos, con un jugo helado en la mano, mirando como la lenta y espesa lluvia dibujaba sus arabescos en los cristales...

El día que regresaran al "home sweet home", dirían:

—Esa tarde en Miami le pasamos maravilloso... No hay como los monzones tropicales para sentirse en el cine...

Y creerán de buena fe que han vivido una página aventurera de su vida lejos de la cuenta del gas y de la primera letra de la nueva lavadora...

La huella de Al Capone. Nos mostraron naturalmente, las "ruinas" de Miami, y la más importante de ellas, la casa de Al Capone que se indica a los turistas desde la lancha, diciendo.

—Miren Uds. . . aquí vivía el gran Al. Esa es la puerta blindada, las mirillas para las ametralladoras... En el segundo piso está la inmensa caja de fondos que es más grande que un hotel... La vajilla es de oro macizo... Los tenedores y cucharas valen una fortuna. El piso fue traído directamente de un viejo castillo inglés... Vale...

Y entonces el pobre y mecánico guía nos brindaba una larga serie de cifras que habrían hecho las delicias de un economista de la CEPAL.

Oro, plata, dólares, avisos luminosos, turistas viejos y cansados, *bungalows* millonarios y antes que nada humedad y monzones salpicados de palmeras, es la mejor síntesis que tuvimos de una ciudad que pasaríamos varios años antes de volver a ver...

No habían llegado aún los "gusanos" y Fidel no estaba todavía en el poder. Esto le daría "color" y "humanidad" a esta playa para gerentes aburridos y ganadores profesionales de montañas de dólares...

El tercer sexo. Pero algo me llamó la atención en las breves y espesas 48 horas que estuve a bordo de él: la presencia de infinitos muchachos de pantalones ceñidos y peinados con jopo que trotaban como cortesanas parisienses por esas aveni-

das inmensas y esas calles perfectas afiches de una oficina de turismo . . . Eran el tercer sexo en acción, los sobrinos espirituales de Wilde y de Guide, los propagandistas de "Madame Arthur" y del "Eve" de París. Los pobres *detritus* de una civilización mecanizada que se buscaban unos *pennys* entre los viejos jubilados que leían la Biblia de día y que vivían su siniestra y torturada vida, de noche.

Y con Cuba en un ojo y con Miami en el otro, tomamos definitivamente el avión a Chile, sin que la máquina tuviera la mala idea de transformar de nuevo uno de sus motores en encendedor automático o en bonzo suicida . . .

El 1° de enero de 1959 entró Fidel Castro a La Habana y comenzó la Revolución. A los tres días me llegó un cable que creí que era una broma. Se trataba de una invitación del propio Fidel para visitar la maravillosa isla ahora que la tiranía había dejado de existir y que los barbudos habían pasado de la soledad de Sierra Maestra, a las páginas de la historia.

Con el cable en el bolsillo monté en el avión. Iban entre otros Juan Emilio Pacull, Luis Hernández Parker y otros bravos capitanes del periodismo chileno. En pocas horas volamos sobre toda la piel verde de América, y una semana después que los milicianos de Fidel habían entrado en La Habana, aterrizábamos en Rancho Boyeros.

La revolución. Barbudos, pistolas y puros. Esa fue la primera impresión. Algo de la revolución española con breves gotas de la mejicana, pero todo totalmente doblado al cubano. Muchachas que se veían preciosas bajo el *mono* verde oliva y que agitaban las caderas con la misma sensual belleza que había visto años atrás en las mismas calles, pero buscando el escurridizo dólar de un turista trasnochado. Obreros, campesinos, estudiantes, mujeres, hombres, niños. Todos de verde. La revolución cubana era verde como la rusa —que parecía roja— era blanca y necesitaba del telón de fondo de la nieve y de la estepa. Pero esta era una revolución amable, sonriente y bien educada. El mismo pueblo que había oído cantar, bailar, beber y divertirse poco antes, ahora estaba con el arma al brazo y vivía un nuevo *show*. Este *show* se llamaba la revolución libertaria, anti-batistiana y enemiga a muerte de la tiranía. La palabra que más escuché desde que arribamos, fue la palabra *Libertad*.

Nos alojaron en el Hotel Habana Hilton que ahora se llamaba Habana Libre y nos mostraron rápidamente los impactos que había dejado la entrada a la ciudad.

Pocos. Casi nada. Batista se dio cuenta de que estaba perdido, juntó los ahorritos de dos gobiernos por falta de uno, y partió con sus millones, naturalmente al vecino Estados Unidos. No había gritos contra los yanquis y no se hablaba de Rusia para nada.

Con Fidel. Cuando nos recibió Fidel, llevaba la medallita de la popular Virgen del Cobre en el pecho, pero era otro Fidel.

Había crecido (aunque la palabra resulte absurda) y medía cerca de dos metros . . . Con la inmensa barba y el enorme puro entre los labios, me pareció un gigante que hablaba hasta por los codos y que hacía a la perfección el papel de héroe. ¿Oyó amigo lector . . . ? Héroe. Hijo de Martí y lejano nieto de Bolívar. Un libertador americano que había salido de la selva y la manigua, que había luchado solo durante dos años, que había perdido a sus mejores amigos en medio del feroz incendio verde y bajo un calor infernal, y que había llegado al poder por sus propias manos . . . La gente que no lo conocía hacía cinco años, lo adoraba ahora fanáticamente. Lo saludaban y lo abrazaban en la calle. Lo trataban de tú, le decían cariñosamente "Fidel" y no se notaba el menor empaque en esta típica revuelta americana que había volcado a la dictadura mejor artillada y armada del Continente . . .

Y lo mismo los demás. El Ché Guevara (argentino, pero internacional, políticamente hablando), era un niño. Camilo apenas un muchacho con barba. Raúl lo mismo. Dorticós y Urrutia unos novatos . . . Y lo mismo el resto. Era la revolución más joven que haya visto jamás. Recordaba los primeros tiempos de la francesa cuando Robespierre era un adolescente con genio y Dantón disimulaba sus primeras espinillas para preparar el camino a las jornadas del 1º de agosto. Lenin, Stalin, Trozki, Mussolini, Hitler, Perón, todos los caudillos resultaban unos viejos y unos ancianos vacilantes al lado de estos "cabros" que habían barrido el suelo con Batista a través de una lucha heroica que, más que una revuelta parecía una novela, o un fresco de Orozco o de Siqueiros. No se notaba odio ni siquiera resen-

timiento. Una alegría fanática, de carnaval y de fiesta sin término.

La táctica. Y todo era igual. Fidel nos atendió en una oficina en que no había teléfono, ni escritorio. No tenía secretaria y dormía en un catre de campaña . . . cuando dormía. Según sus amigos, era capaz de estar tres días y tres noches sin dormir. O dormir de pié. Y de comer día por medio. O darse un banquete en que cabían fácilmente diez pollos devorados hasta el último hueso. O de fumar diez puros en la mañana, antes del desayuno. O de atacar él mismo, con su propia pistola y al frente de sus muchachos, una base enemiga. En una palabra, para los cubanos de la primera hora, era todo. Cuando no era nadie aún, había montado su revolución como el mejor y más genial propagandista de Coca Cola. Se habían raptado a Fangio en Roma durante una carrera de autos para llamar la atención. Habían clavado la bandera rojo y negro del movimiento "26 de Julio" en la Tour Eiffel ante los sorprendidos parisienses. Se habían conquistado a la opinión "liberal" de Estados Unidos, llevando al periodista Matews hasta la manigua misma que viera los comienzos de una revolución.

Allí lo había fascinado y más tarde los artículos escritos por el veterano de la prensa yanqui, le abrieron el camino en la opinión pública americana. Habían montado una oficina de publicidad perfecta en pleno Nueva York desde donde mantenían un fuego graneado de comunicados y boletines contando sus triunfos contra los soldados de Batista mientras los generales venales y vendidos le aseguraban al Dictador que habían liquidado la pequeña y absurda revuelta. En una palabra, Fidel había trabajado en grande y había meditado en frío tal como me aseguró en el lejano 1948 en un café de Bogotá . . .

Ahora la leyenda era realidad y Fidel estaba en el poder. Lo acompañamos en una gira por los barrios. Ovaciones y más ovaciones. Un pueblo embriagado de libertad y feliz con una revolución.

La barba. Habló esa tarde en la inmensa plaza, frente al Capitolio, ante quinientos mil de sus partidarios. Dominaban los campesinos, los mulatos y los negros. Había mujeres de cine y ancianos que parecían sacados de cuadros y de ilustraciones

en colores de viejos textos de historia . . . Banderas, canciones, carteles y, antes que nada, barbas y más barbas. No faltó el tonto que repitió la frase barata.

—Esta es la revolución con toda la barba . . .

Porque hasta en eso fue genial Fidel. Si los nazis habían tenido la camisa parda y los revolucionarios franceses se habían llamado orgullosamente “sans coulottes”, estos muchachos de la manigua y de la selva usaban una barba que los haría rápidamente populares . . . Esa barba me la explicó más tarde el propio Fidel ante un vaso de Cuba auténticamente libre . . .

—La barba indica majestad, nobleza y pasado. Es el anciano que creyó en el país y no llegó a materializar sus sueños. Es el lejano padre de la patria. Es la estampa de los textos escolares. Es un poco la historia en vida . . . Pero, además, es lo que le gusta a la mujer y a los niños. Es la prueba de virilidad que exige la hembra, la que le gusta a los muchachos que creen estar viviendo un film de aventuras. Para mí la barba no fue una necesidad impuesta por la lucha en la selva, sino un recurso más de propaganda . . .

El orador. Lo oí hablar esa misma tarde. Estaba entre los doscientos periodistas invitados de todos los puntos del mundo. Habló cuatro horas. Comenzó con el sol brillando como un diamante sobre La Habana y terminó únicamente cuando avanzaba la noche perfumaba y cálida por las calles de la ciudad.

¿Cómo hablaba? Técnica perfecta de agitador de masas. No era la oratoria occidental y afrancesada de Chile o la Argentina con la frase pulida y el razonamiento llevado lentamente desde una punta a la otra para provocar el aplauso . . . No. Era justamente lo contrario. Recordaba a Lenín y a Hitler. Frase corta y seca. Razonamiento claro agotando los argumentos simples y silogismos para que se clavara bien la idea en el sencillo cerebro de sus compatriotas. Nada de cosas líricas. Hechos, preguntas y sus respectivas respuestas. Análisis agotador de cada paso que pensaba dar la revolución para que el *guajiro* entendiera al detalle de qué se trataba y qué se pensaba hacer.

Antes hubo que vencer. Ahora, convencer.

La gente preguntaba y Castro contestaba. Lo hacía en medio de chistes y alusiones callejeras y corrientes. No podía quedar

nadie sin entender. Los niños y los viejos se reían. Los obreros escuchaban en serio. Las mujeres lloraban. Había algo de la magia del teatro y de la música en ese chorro de argumentos y consignas que salía de sus labios. Y el público quedó conquistado y fascinado por este tenor genial que cantaba y explicaba una legendaria ópera en llamas con las vulgares palabras de todos los días.

Luego estuve con el Ché, con Camilo y con Raúl. El Ché era lo contrario de Fidel. Era el perfecto revolucionario internacional que igual habría brillado en China o en España. Técnico en su profesión, era el aventurero que, superada ya la etapa legendaria y poética de los primeros tiempos, se dedicaba ahora a la gris, pero efectiva etapa de la construcción. Y de saltar de la guerrilla de la selva, a la guerra económica.

El líder. Una periodista ha dicho que Fidel parece un Dios. Yo, que soy únicamente varón, puedo declarar que me pareció un hombre con los pies firmes y tercamente puestos en la tierra, que sabe donde vá. Camilo era otra cosa. Era el santo laico y el apóstol que parecía venir saliendo de las páginas de la Biblia. Largos cabellos rubios, ojos azules, manos de madera, dedos musicales, voz lenta y lejana, ademanes señoriales y de una suavidad detrás de la cual latía la más firme resolución y el idealismo más químicamente puro. Raúl, en cambio, tenía algo de andrógino, de intermedio, de señorito o de pije de uniforme que iban a ver como nadie los francotes rotos chilenos de la Vega Central de Santiago, cuando llegó en gira a nuestro país. Tenía una desagradable finura en la sonrisa que evocaba, no sé por qué, la crueldad y la estampa de Dserjinsky, el siniestro Jefe de la Checa de los primeros tiempos de la revolución rusa.

Repito: esta fue una simple impresión física que no tiene mayor importancia que un primer impacto al llegar a La Habana. Mas tarde me demostraron con hechos como los cuatro mosqueteros de la revolución se habían jugado bravamente el pellejo y como habían liquidado la tiranía de Batista con unos malos fusiles y unas pistolas viejas, con el paisaje y el clima en contra, sin un centavo en el bolsillo y viviendo en la segunda mitad del siglo XX, la más fabulosa novela de aventuras...

¿Por qué vencieron?. Cabe hacer la pregunta: ¿Cómo 12 hombres, metidos en la Sierra Maestra, con armas de juguete, pudieron poner en fuga a uno de los ejércitos más preparados y mejor equipados de América?

Antes que nada, por la corrupción. La coca y la marihuana corrían como agua. La mayoría de los jefes del ejército y de la policía tenían participación en los cabarets y las boites. De cada peso (a la par del dólar) que pagaba un cubano, le estaba pagando por lo menos la mitad a la corruptela general. La "botella" (coima) era aceptada como algo tan natural como tomar ron Bacardi. Esta falla fue la característica de todos los gobiernos. Con sargentos que llegaban a presidentes, o con médicos idealistas que se sentían santos laicos. Las multas en la calle se arreglaban con unos cuantos pesitos, que no se pedían con la vista baja, sino que se imponían secamente. Y la escala de la coima iba desde el humilde policía que montaba guardia en una esquina, hasta los propios ministros de Estado.

Toda la plana mayor estaba corrompida. El camino del éxito económico era naturalmente la policía y el ejército. Pero el ejército no había peleado jamás en una guerra, sino que había asustado a unos estudiantes indefensos o había disparado contra campesinos sin armas. No quería pelear. No tenía coraje ni empuje. Quería ganar dólares; no perder balas. Y vino la guerra. Y la guerra duró dos años en la Sierra y la manigua. Y los barbudos tenían moral y coraje de hierro. Eran estudiantes con sus mejores amigos asesinados y los campesinos pobres que defendían su campito.

Y las armas del ejército de Fidel Castro fueron los fusiles y ametralladoras arrebatadas a un enemigo bien pertrechado, pero que no quería pelear. Resultado: que 10.000 barbudos hicieron sonar a 50.000 policías.

La otra cara. Pero ahora venía la cara amarga de la revolución. Los batistianos habían asesinado sin parar y habían dejado una sangrienta estela de muertos, heridos y torturados. Y había que hacer justicia seca. Si los franceses habían tenido la guillotina, los cubanos inauguraban el paredón.

Sobre esto se han escrito océanos de tinta de imprenta. Lo que yo ví fue únicamente la aplicación de la justicia con abogado

defensor, jueces y hasta cura para los últimos momentos de criminales que en cualquier país del mundo habrían llegado al patíbulo en tiempo record. He aquí un caso típico:

Un juicio espectacular. 1959, jueves 22 de enero. Las tres de la tarde. Palacio de los Deportes. Capacidad 18.000 personas. Totalmente lleno de toda clase de público que va desde 300 periodistas extranjeros, cámaras de TV y aparatos de radio, hasta canillitas y vendedores de café *retinto*. Motivo: se juzgará públicamente a un hombre. Y el hombre tendrá fiscal acusador, presidente de tribunal y defensor. Su ficha: Jesús Sosa Blanco, ex comandante de ejército, de 55 años de edad, que llegó de vulgar soldado a jefe de las fuerzas de acción en la provincia de Oriente. Acusación: más de 110 muertes, por lo menos, de guajiros y muchachos inocentes. Testigos: más de seiscientos, de los cuales desfilan frente a nuestros ojos 37, entre los que hay ancianas de luto, vulgares campesinos y dos niños. Desafiante y hasta cínicamente tranquilo. Únicamente cuando enfrenta a la multitud que estalla en un largo rugido, le tiembla la barbilla y vacila. Pero la vacilación dura únicamente fracción de segundo. Después se sobrepone y mira cara a cara a la gente que lo insulta. El presidente del tribunal (miliciano con lentes y larga barba) pide a la masa que se calle. Los 20.000 que repletan la sala aceptan de malas ganas la orden. Se abre el juicio. Viene la acusación con una larga serie de cargos, en los cuales desfila una trágica caravana de asesinatos y de represiones en masa. ¿Será cierto todo...? El presidente ofrece el uso de la palabra al acusado.

Este se levanta con esposas en las manos y se coloca frente al micrófono. Gritos de la multitud y la voz del presidente, que exige violentamente silencio absoluto en nombre de la Revolución... Sosa Blanco habla pausadamente y dice:

—Yo me voy a defender, porque éste es el Coliseo Romano y el juicio de Jesucristo...

Nuevos gritos. Anoto varios: “Asesino”, “Criminal”, “Que le corten la lengua”, etc., etc.

Sosa Blanco insiste. Y dice que es inocente. Y que es un militar que actuó en una guerra en la cual las balas se han hecho para matar. “Yo maté, pero ustedes también mataron a 200 de

mis hombres. Los rebeldes son guapos, pero yo también era guapo . . .

Nuevos gritos e interrupciones. El presidente se indigna. Sosa Blanco agrega burlescamente:

—Sí. Los rebeldes eran guapos. Me refiero a los que peleaban en la Sierra, no a los que están aquí y que sólo saben hablar . . .

Sigue hablando y volviéndose continuamente hacia el público mientras trabajan las cámaras de cine y de la TV. Hace un calor de fuego, pero se nota que la transpiración que baña la frente del acusado es helada como nieve. Sigue hablando lenta, casi serenamente. Se le nota que no tiene miedo. Sabe mejor que nadie que tiene 110 muertos a la espalda y va a ser acusado por una larga caravana de testigos que han viajado del lejano Oriente, de Oro de Guisa, Boycito, y mil pueblos más, perdidos entre los remotos bohíos.

Y vienen los testigos. Y las acusaciones concretas, terriblemente concretas. Una muchacha dice que le mataron a su hermano. Una vieja, a su único nieto. Un muchacho, a su papito. Un guajiro, a todos sus hermanos. Todos ellos reconocen inmediatamente al acusado, que los mira despectivamente, como si estuviera en otro plano.

Meditaciones. Y aquí viene la reflexión interna, a medida que va pasando la tarde asfixiante y cae la noche acribillada por la lluvia tibia. Claro que las pruebas son convincentes. Claro que mandó matar. Claro que se merece el pelotón de fusilamiento, lo más importante, que si no lo fusila el tribunal, la masa que repleta la sala lo hará con sus propias manos. No se puede negar que hay maneras de enfrentar la muerte. Se puede ser bandido o persona honrada. Asesino, profesional o criminal nato, pero lo básico es la manera, el estilo, la forma como se enfrentan los últimos minutos de la vida. Porque este hombre que está al borde mismo de la tumba, al que le quedan tan pocos metros que caminar en la vida, que hasta un niño recién nacido podría recorrerlos fácilmente, actúa como un hombre. Cínico y bravucón, pero con una virilidad en la cual tiene que haber mucho de inconsciencia y de fatalismo ante la inminencia sin fallas inminencia sin fallas de la muerte que tiene ya al alcance de la de la muerte que tiene ya al alcance de la mano.

Pena de muerte. Sigue la tarde, llega la noche, el público va raleando la sala. La gente bosteza y se duerme. La una, las dos, las tres . . . El fiscal presenta la acusación: pena de muerte. Y el jurado se retira a deliberar. La gente se queda dormida en las butacas del palacio de los Deportes. Dan las 4,30. Hay ojeras en todos los rostros. Finalmente, se sabe que ha sido condenado a muerte. Pero viene la apelación y el juicio se suspende hasta el día siguiente.

Salimos a la calle bajo una lluvia de baño turco. La Habana tiene los ojos afiebrados . . . Pero los periodistas nos vamos con la convicción interna de que es necesario. Trágicamente necesario. Los acusados han tenido juicio público y abogado defensor. Cuentan con el recurso de casación en el fondo. Pueden apelar. Se ha actuado con la ley en la mano. Se está juzgando a tigres más que a seres humanos. El calificativo de "criminales de guerra" que usa Fidel es terriblemente certero. La evocación de los 300.000 muertos en Nagasaki e Hiroshima en sólo unos segundos, es quemante. Claro que se mata a hombres, pero a hombres que han matado a cientos de hombres. Uno de ellos —éste tiene 110 a la espalda, pero si no lo hace el tribunal, la masa, la impresionante y aullante masa que repleta la sala, se hará justicia por su mano.

Batista mandó a 20.000 al otro mundo con un tiro en la nuca o una piedra en los pies. Hasta ese momento, en Cuba se había fusilado más o menos a doscientos. Quedaban 200 más en capilla.

Claro que es trágico y doloroso y yo no olvidaré jamás esa mueca helada que tenía el ex comandante Jesús Sosa Blanco cuando estaba al borde de la tumba ese día jueves 22 de enero de 1959.

Los suplicios. ¿Emocionante verdad . . .? Pero mas emocionante era ver las fotos de los rostros de los muchachos destripados, con la cabeza cercenada y las manos cortadas que había mandado Sosa Molina al otro mundo . . .

Y la lista era larga. Terriblemente larga. Había estudiantes quemados en una locomotora como en los peores momentos de la revolución china. O de gente a la que le habían cortado las pupilas con navaja igual que se practicaba a esa misma hora en Argelia. O muchachas violadas y luego dejadas encinta en la

selva para que se murieran a pausa. O obreros martirizados más allá de la palabra tortura misma. O campesinos a los que les quemaba la lengua para arrancarles la pista de Fidel. O . . .

Pero no sigamos. Con esto basta. Esto nos mostraron. Esto nos dijeron. Esto nos hicieron presenciar. Este era el relato oficial de una revolución que estaba en sus primeros trancos. Aun Fidel era católico. Aún se hablaba más de libertad que de organización. Y, recién, en los últimos momentos, el Partido Comunista tradicional y viejo para la época que vivía Cuba, se había colocado junto a Fidel. Todavía los viejos liberales creían que esta era una revolución como la de Grau San Martín contra Machado. Aún la palabra tiranía era pronunciada a cada momento para justificar posibles excesos.

Nos llevaron a las plantaciones de caña, ovaciones. A las fábricas, fanatismo. A la Universidad, delirio. A la calle, locura. Todo estaba en favor de Fidel, a pesar que había partido hacía solo dos años contra una maquinaria perfecta y artillada con todos los recursos que dá el más perfecto poder policial de toda América . . .

* * *

Rostro de una revolución. En el "Tropicana" ahora no había pistoleros ni millonarios aburridos, sino algunos milicianos sorprendidos que bebían Coca Cola y que recordaban a los "pelados" de Zapata, llegando a la capital mejicana con los inmensos sombreros y las carabinas pidiendo humildemente un plato de comida sobrante y que no quebraron una taza en el Palacio de Chapultepec, a pesar que eran dueños del poder . . .

Mas tarde ví a los estudiantes haciendo las primeras clases. A los hijos de los campesinos con el fusil al alcance de la mano. A las muchachas, montando servicios de Cruz Roja y aprendiendo en el terreno a curar la carne tumefacta. A los escritores que bajaban de sus inútiles torres de marfil y que descendían a la liza revolucionaria a montar los primeros diarios, no venales ni pagados por el poder . . . o por los yanquis. Claro que esta fue una visión rápida al comienzo de la revolución. 1959, en enero, no es Mayo de 1965. Aún no había surgido Rusia, Bahía Cochinos, la muerte trágica de Camilo, la salida de Urrutia, los viajes

de Fidel a Moscú, la lucha sorda entre la URSS y China, la coexistencia de Kennedy, y tantas cosas más. No había aun guerrilleros en Venezuela, ni existían los muertos en el barro de Viet Nam. Por eso he contado sólo lo que ví, oí y palpé de Fidel, indicando claramente la fecha para que no haya líos ni discusiones.

Yo no he estado ahora. No conozco la revolución hecha contra toda la lógica de los estrategas de café, en las barbas mismas del Tío Sam, y que lleva ya seis largos y combativos años.

Y le juro amigo lector, que apenas pueda montar en avión para verla después de haberme echado Flit en los ojos para borrar todos los prejuicios y las telas de araña previas, lo haré . . .

Hasta entonces . . .

ASOMA EL VERDADERO ROSTRO DE LA GUERRA

Yo no conocí la guerra del 39 al 45, pero en cambio estuve en Italia, Alemania, Francia, Inglaterra, Rusia y en China después de la contienda. Visité los campos de batalla y creo que he sido uno de los pocos periodistas que han tomado una foto a las ruinas de la Cancillería donde se suicidó Hitler en abril de 1945. Traté de buscar las huellas de la última contienda en innumerables lugares y hablé con miles de personas que habían sido testigos y protagonistas del máximo conflicto bélico de todos los tiempos.

En 1957 la *Lufthansa* tuvo la gentileza de invitarme con otras treinta personas entre las cuales había diplomáticos, senadores, hombres de empresa, industriales y comerciantes, para darle un vistazo a la Alemania de Erhard y de Heuss.

Erhart, que más tarde estuvo en Chile, me pareció un gordito simpático que sabía más economía que todos los economistas juntos de la vieja Europa; Heuss, al que le dí la mano en una exposición de pintura moderna, me dio la impresión de un buen padre de familia, católico, apostólico, romano y de comunión diaria, que se había dedicado a la política a pesar de él.

Con el fantasma de Hitler. Una noche llena de relámpagos y presagios en la vieja Munich, tomé un taxi que andaba como sonámbulo por la calle y le dije al chofer que me llevara hasta la cervecería donde Hitler había comenzado, hacía cerca de treinta años, su carrera política.

Por esa buena suerte que parecen tener todos los periodistas del mundo, resultó que el chofer había sido nazi, lo que no tenía nada de raro, pero además le había disparado al propio Hitler en el putch de 1923. Con un chop en la mano y un cigarrillo en la boca, me dijo:

—Yo estaba en la Feldrenhalle ese día y era uno de los soldados que defendía al Gobierno. Estábamos junto a la Catedral cuando avanzó un grupo de camisas pardas que dirigían el mariscal Von Ludendorff, Hitler y Goering. El mariscal parecía un monumento de los viejos tiempos al cual lo único que le faltaba era el casco puntiagudo y el monóculo. Vestía de civil y a su lado caminaban un hombre con unos bigotitos chaplinescos, y un gordo desbordante.

Eran Hitler y Goering respectivamente. Avanzaban cantando cuando recibimos la seca orden de disparar. Sonó una descarga y cayeron algunos compañeros de Hitler. Yo disparé al aire sin imaginar que en ese mismo momento tenía encañonado a un hombre que iba a cambiar —para bien o para mal— la faz de Alemania. Después se multiplicó el tiroteo, hubo muertos y heridos y las calles quedaron desoladoramente vacías.

En la noche supe que habíamos hecho abortar un movimiento contra la República y que el discutido hombre del bigotito era un loco extraño que quería cambiar a Alemania y que se llamaba Hitler.

Por unas calles perdidas en medio del más absoluto silencio y la casi total oscuridad, con un cielo cubierto por dos o tres estrellas vacilantes y una luna gótica, llegamos hasta el que fue el *Sancta Sactorun* del nazismo alemán.

Allí Hitler pronunció su primer discurso. Allí saludó con el brazo derecho extendido. Allí se lanzaron los primeros ¡Heils!. Allí se desplegaron las primeras svásticas y allí hablaron Goering, Streicher, Strasser, Hess y Goebels por primera vez.

El local está completamente cambiado y el dueño después de recibir una orden perentoria del Gobierno, ha pintado las paredes, cambiado la ubicación de las mesas y borrado hasta el último vestigio de lo que fue el primer cuartel general en que debutó el Führer. Pero los turistas entran con una mirada de curiosidad y con la infaltable cámara en la mano, buscando uno de los lugares más siniestramente históricos de la historia contemporánea.

El chofer me indicó una mesa que estaba arrinconada junto a una muralla y me dijo en voz baja:

—Aquí fue. Esa es la mesa. Allí se sentaba Hitler. Allí se tomaba hasta diez chops para entrar en calor. Sobre ella se puso de pie para lanzar las primeras consignas y allí mismo, en ese punto perdido dentro del inmenso mapa de Alemania, comenzó el río rojo de las svásticas que un día iban a invadir, Europa y llevar al mundo al caos, a la guerra y a la muerte.

Pero fue en Frankfurt, cerca de la huella que dejó una bomba, donde conocí al ex capitán Hans Veils, que peleó a las órdenes de Rommel en el Africa Korps durante la guerra del desierto .

Un Rommel desconocido. Después de dos o tres tacitas de café, me cuenta hazañas increíbles y batallas desconocidas que tuvieron como decorado y telón de fondo el continente africano desde el 42 al 44.

Mientras él habla, yo tomo mentalmente nota tratando de que no se le corte el hilo de la inspiración.

—Rommel era un verdadero genio. El único genio militar durante la guerra. Como sabía que tenía muy pocos tanques para atacar a los ingleses que dirigía Montgomery, concibió una idea originalísima. Hizo colocar en la noche, sobre las ondulantes arenas del desierto y perfectamente camuflada, una larga cinta de vidrio de aumento que medía cuatro cuerdas de largo por dos metros alto. La huincha fue colocada al amanecer, a esa hora vacilante cuando comienza a surgir tímidamente el alba y las cosas y los seres humanos son difusos y vagos. Detrás de ella fueron colocados doscientos tanques de madera, el mayor de los cuales tenía un metro de alto. Eran unos juguetes encargados especialmente a Berlín que podían pasar por tanques auténticos vistos desde lejos.

Y entonces comenzó la danza. Mientras los tanques en miniatura avanzaban trabajosamente sobre la arena, subiendo y bajando y dando la sensación de terribles animales de presa, una serie de cintas grabadoras accionadas simultáneamente y escondidas en el desierto, producían el rumor perfecto de los tanques en movimiento. Los ingleses estaban seguros de que Rommel ya había agotado su existencia de carros blindados, cuando vieron surgir, a la indecisa hora del amanecer, un bosque de corazas mecánicas y de orugas que avanzaban amenazadoramente ha-

cia ellos mientras un ruido infernal de cadenas, hacía aun más impresionante la escena, dando la impresión de que doscientos o trescientos carros de guerra auténticos se habían lanzado sobre el enemigo.

La sensación era perfecta. Cualquier inglés que estuviera al otro lado de la milagrosa huincha de cristal, tenía que estar seguro que se trataba de una verdadera ofensiva en masa.

—Pero aquí viene lo bueno. Los pobres británicos desviaron sus fuerzas hacia la derecha tratando de sobrepasar a Rommel cerca del mar, y fue entonces, en ese preciso momento, cuando Rommel lanzó sus *verdaderos* tanques. Los últimos que le quedaban, erizados de fusiles y ametralladoras y llenos de soldados que arremetieron contra ellos sembrando el terror en las filas enemigas. Los británicos retrocedieron mientras los nazis los perseguían por la soledad del desierto dejando atrás, como el simple recuerdo de una maniobra diabólica, una huincha de cristal de aumento abandonada y unos ingeniosos e infantiles tanques de madera.

Una extraña expedición. Mi amigo se toma una última tática de café y me agrega:

—Pero eso no es nada. Le voy a recordar un detalle que no he visto nunca en los libros, en los diarios, ni en las “Memorias” que se han publicado después de la guerra.

Fue en 1935, cuatro años antes de estallar la contienda, cuando llegó una Misión arqueológica a Egipto a investigar las Pirámides y las tumbas de los faraones. El Gobierno egipcio le dio toda clase de facilidades, y los estudiosos y sabios alemanes revisaron detalladamente las tumbas de los antiguos reyes y las pequeñas pirámides que se alzan solitarias como montículos triangulares en medio del desierto, los pasillos secretos que conducen a los nichos, los viejos templos alzados a las antiguas divinidades y todo ese fabuloso pasado arqueológico que exhibe Egipto.

Estuvieron seis meses entregados a su pesada labor científica y después de darle las gracias al Gobierno egipcio, regresaron a Alemania.

Pues bien, esos sabios no eran sabios. Eran técnicos militares. Eran tácticos y especialistas en estrategia. Eran oficiales de la Reichswehr y el que los dirigía era nada menos que el propio

General y futuro mariscal Erwin Rommel. ¿Y por qué habían realizado ese viaje y esa secreta investigación? Para esconder galones de petróleo, estanques de bencina, ametralladoras livianas, cañones de tiro rápido, *bazoocas*, municiones y otros elementos de combate que podían servir algún día. Y que, efectivamente, sirvieron.

Para transportarlos y esconderlos, usaron transportes y submarinos que viajaron de noche y que arribaron a la costa africana cuando la noche era mas cerrada y no vigilaban las estrellas ni los fusiles de los egipcios. Esta labor duró cerca de dos meses, pero resultó siniestramente efectiva en el momento preciso de la contienda misma.

Cuando comenzó la guerra del desierto en 1941, los alemanes, con un detallado mapa en la mano, no tuvieron más que llegar a los viejos templos y antiguas pirámides y encontrar allí perfectamente conservado, un material bélico de primera línea que iba a ser el mismo que usaron sobre la marcha contra las tropas de Montgomery.

Esta fue otra de las diabluras del mariscal y que los jefes británicos que controlaban el Gobierno egipcio, no se imaginaron jamás que pudieran usar los soldados del Tercer Reich.

El último acto de Hitler. Pero fue en Berlín Oriental y bajo la bandera roja, donde ví otra escena de la última guerra que merece de sobra un par de líneas. Una escena que fue el trágico canto del cisne que equivalió a la palabra "Fin" de la salvaje película que se había filmado durante cinco años...

En un campo en que no hay nada. ¿Oyó amigo lector...? Nada. La nada de la nada. El viento silbando sobre el polvo y la ceniza. Donde no hay una yerba, un poco de pasto, una flor, nada. Son cuatro manzanas en que reina únicamente la muerte y que está encerrado por una fuerte alambrada, y la inevitable palabra "Verboten" ¿Por qué está estrictamente prohibido caminar sobre este suelo maldito y recorrer esta tierra fantasmal. Prohibido saltar las alambradas de púas y tomar fotos. Y prohibido sobretodo llegar hasta el único testigo que corta el triste paisaje y que es un modesto muñón de cemento que tiene menos de tres metros de alto y que se destaca siniestramente en medio de la soledad? Porque allí se levantó desafiante la Canci-

llería de Hitler, las columnas de mármol, los bronce, las lucernas, los gobelinos y las banderas . . . Desde aquí se dió la orden de saltar sobre Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Inglaterra, Rusia. Sobre el mundo entero. De aquí salió la guerra en 1939 y aquí llegó la derrota y la muerte en 1945. Aquí se mató Hitler. Aquí mismo, debajo de este montículo en que trepo a pesar de la prohibición oficial, en este trozo quebrado de cemento que indico con el dedo, en esta especie de mausoleo improvisado y siniestro que estoy enfocando con mi cámara. Aquí se interpretó el último acto de la contienda armada más despiadada de los últimos tiempos.

No queda sino ésto. Y para llegar aquí hay que burlar la vigilancia de los guardias, esperar la llegada de la noche, deslizarse sobre el barro que se ha formado con la última lluvia, subir sobre unas piedras indiferentes, y arribar a esta tumba que no es tumba y a este sitio fatalmente histórico (quieran o no los de un bando o de otro) en que se jugó la última carta de la contienda. Ahora no hay tanques. No hay aviones. No hay focos luminosos cortando la oscuridad. No se escucha la terrible sinfonía de dos mil cañones disparando a un tiempo. No hay nada. Pero esa misma *nada* es más impresionante que la presencia de la más elocuente de las placas y el más simbólico de los monumentos.

Y de aquí sí que se sale vestido de cadáver hacia las lejanas y remotas luces de la ciudad que monta guardia en medio de la noche, a solo cien metros de distancia.

El verdadero testamento de Hitler.

Finalmente he aquí un documento sensacional que no se ha publicado jamás hasta la fecha. Por lo menos en América. Lo escribió secretamente Martin Bormann, y yo me conseguí en Berlín el manuscrito por unos días.

Durante tres delirantes noches copié taquigráficamente lo que decía.

Estas palabras fueron las últimas que salieron de la boca del Führer antes de suicidarse en el Bunker de Berlín, en 1945, y fueron escritas a los pocos meses de su suicidio por el más brillante de sus lugartenientes que está oculto en estos momentos en "algún punto del mundo".

Unicamente con Rauschning, que quedó espantado (según él) al escucharlo, ha hablado Hitler así. Ahora no tiene por qué disimular. Habla para después, cuando sea sólo un recuerdo y una bandera vencida. Y lo hace "en historia".

Este es el valor que tiene el breve resumen que hago a continuación.

El milagro. Hitler siempre pensó en un milagro de última hora. Y así se lo dijo a Bormann. Sabía que no podía contar ya con Italia, que Alemania estaba totalmente invadida y que Berlín no tenía escapatoria posible. El ejército de otros tiempos estaba en el barro de Francia o en la nieve de Rusia. Los que peleaban eran unos muchachos de catorce años que apenas podían sostener, malamente, el fusil. Además él estaba viejo, cansado y enfermo. Tenía una mano inmovilizada desde el último atentado. A Alemania no le quedaban generales. Aviones tenía unos cuantos para tratar ingenuamente de detener la ola de asaltos de los ingleses y americanos. No le quedaba nada y, sin embargo, confiaba en un milagro. ¿Cuál...? Una muerte. ¿De quién? De alguno de sus enemigos más tenaces. Hitler tenía fanática admiración por Federico el Grande, que había corrido una aventura parecida y se había salvado justamente por un milagro. En los momentos que estaba a punto de matarse en Berlín para no caer en manos de los rusos, murió sorpresivamente Catalina la Grande de Rusia. Hitler esperaba lo mismo. Y así se lo dijo a Goebbels y a Bormann.

—Tiene que morir alguien y nos salvaremos. Bastará la muerte de uno de los llamados Tres Grandes para que caiga pulverizada la actual coalición. No importa que sea Stalin o Churchill.

El que murió fue Roosevelt, pero de todos modos la batalla de Hitler estaba perdida, y a pesar que hizo celebrar cínicamente su muerte como si se tratara de una ayuda de Dios, a las escasas semanas se había suicidado en la Cancillería y su cadáver desaparecía bajo un sudario de gasolina.

Pero afirma en el testamento, de lo cual toma nota Bormann:

“Yo sé que contamos con un arma que estará lista en unos días más. Apenas la lancemos, Inglaterra quedará fuera de combate en 24 horas, se romperá el cerco y nos entenderemos rápidamente con los rusos o los americanos”.

v-1 y v-2. ¿Cuál era esa arma milagrosa? Ya había lanzado sobre Londres los terribles V-1 y V-2. Pero quedaba otra cosa... ¿Qué? Hitler no lo dice, pero es fácil suponer que era la bomba atómica. Le interesaba aterrorizar a los flemáticos británicos y luego tenderles despectivamente la mano. Más aún, Goebbels, de acuerdo con él, trata de entenderse, por un lado, con los rusos contra los yanquis y con los británicos contra los rusos. Pero ya no hay tiempo. Los rusos saben que tienen ganada totalmente la partida y que la mitad de Alemania y más tarde la mitad de Europa, será de ellos. La bomba atómica que estaba casi lista, no pasó del "casi". Y a pesar que había muerto milagrosamente Roosevelt, para él, la guerra estaba perdida para los nazis.

Hitler no se hace la menor ilusión sobre lo que le pasará a Alemania y a él mismo, y como le falla el milagro de Federico el Grande, se prepara para morir al pie del cañón. Nunca piensa en él mismo, sino en cómo sacarle mayor partido a una suerte ya sellada. Y entonces habla con Bormann para hacerle algunos vaticinios sobre el futuro, partiendo de la base que él solo será un puñado de cenizas que no se deben encontrar jamás.

Dos frentes. Según Adolfo Hitler, después de la guerra perdida por él, habrá únicamente dos potencias de importancia: Estados Unidos y Rusia. Lo demás no cuenta. Dice de Francia que es una nación de quinta clase, y que no se levantará jamás. Agrega que vé transformarse el bolcheviquismo ruso en paneslavismo, como fue siempre en la Historia, y acusa a la minoría dirigente de Moscú de levantar al mundo amarillo.

No confía gran cosa en el Japón, porque, a pesar que se ha portado brillantemente durante la guerra, sigue siendo amarillo en el fondo y en la forma. Asegura que se producirá el levantamiento del mundo africano (negro y árabe) y que probablemente Sudamérica juegue un gran papel en las rebeliones futuras. Dice que Estados Unidos puede salvarse en caso que liquide a la "camarilla judía" de Nueva York que actualmente maneja el país. Queda China. China es un peligro feroz en caso que el Occidente no comprenda que tiene que unirse contra la raza amarilla, que se levanta con una potencia numérica impresionante. Será entonces —agrega— cuando Alemania puede jugar

un gran papel. Alemania está en el centro de Europa y cuenta con raza homogénea y militar. “A mi muerte, —dice— seguirá un período mediocre, pero después todo cambiará y Alemania volverá a jugar un gran papel. No tiene que entregarse ni a Estados Unidos ni a Rusia, sino jugar su propia carta. Ese día vendrá fatalmente. Nada de fiel de la balanza, sino un nuevo frente distinto y opuesto a los dos anteriores.

Y en tono más dramático termina en sus confidencias, que ya llevan la fecha de la víspera de su muerte.

Churchill. —“Fuera de ésto no hay solución. Yo quería entenderme con Gran Bretaña, pero me salió al paso el ebrio consuetudinario y belicista de Churchill que no entendió el problema y no se dio cuenta que ésta era la última oportunidad que tenía Inglaterra de jugar algún gran papel en la historia. No hay que olvidar que Churchill es semi americano y ha jugado en favor de la patria de su madre . . .

El tono en que termina el testamento es impresionante. Es una mezcla de impropio dirigido a la posteridad, de amenaza a todo el mundo, de clamor de salvaje verganza y de profesía con ribetes de gigantesco drama.

Los judíos. En ningún momento abandona el que fue el “leit motiv” de su vida: el odio a los judíos. A ellos los hace responsables de todos los males, y señala especialmente al marxismo, bolchevismo y al liberalismo. Va más lejos. Los ataca hasta en el terreno de la literatura y de la pintura.

Sobre los judíos nos dice al oído el terrible plan que tenía contra ellos en caso que hubiera ganado la guerra, o si se hubiera producido lo que él llamaba “el milagro”. Pensaba —escuchen bien, amigos lectores— recluirlos en la isla de Madagascar, desterrados para siempre de la civilización y de la vida misma.

Su odio se concentra más en Roosevelt y en Churchill que en Stalin. Sobre Franco dice esta frase que ahora resulta extraña y curiosa: “Yo debía haber invadido España en 1940, cerrar el Mediterráneo con Gibraltar y saltar al Africa. Me equivoqué, y en el fondo serví sólo a los curas y a los generales.

Su propio balance. Hitler no vacila en los últimos momentos de su vida, y con los tanques ya a la entrada del Bunker que

será su tumba, en ver los errores que han cometido él y sus aliados.

Dice: “Yo debería haber declarado la guerra en 1938, cuando Polonia habría estado a mi lado y Francia e Inglaterra no se habrían atrevido a contestar mi desafío. Habría invadido Checoslovaquia, y en ese momento Estados Unidos no habría movido un dedo. En una palabra, me habría quedado con los checos sin necesidad de disparar un tiro. Habría bastado con el gesto bien explotado.

Los japoneses perdieron la gran oportunidad al no tomar Singapur en 1940, y España debía haber sido ocupada. Claro que hay una cosa, con España no se juega, ya lo vio claramente Napoleón en 1808. “Más tarde no debería haber tratado a Francia con guante blanco como lo hice”.

Francia. No se puede confiar en Francia. Yo quería levantar a los obreros franceses contra los burgueses fósiles que la dirigían y darle la chance de llegar a ser un país parecido al Tercer Reich. Pero Francia estaba demasiado podrida para eso. Mussolini no me falló jamás y se portó como un fiel aliado, pero yo me equivocé en confiar tanto en él, no por él sino por un grupito de italianos de moda, claro que no hay que confundir con Italia. Y lo más grave: creía en Ciano. Ahí estuvo la falla. Lo que yo le decía se lo repetía a su yerno y éste se lo contaba a las duquesas y condesas de la podrida aristocracia romana, que a su vez se lo repetían a los espías ingleses que infestaban Italia. Debía haberle quitado las colonias a Francia, entenderme con Inglaterra, que ganaba conmigo y perdía con los yanquis, y operar con la máxima celeridad para impedir que los Estados Unidos participara en la guerra”.

El mundo blanco. “Con Inglaterra vencida y Francia liquidada, Japón tenía la puerta abierta, y jamás Estados Unidos se hubiera atrevido a ponérseme al frente. Además, teníamos una Rusia que podíamos colonizar de común acuerdo, y los inmensos espacios del Africa y del Asia. La guerra con Grecia, en ese momento fue una tontería. Debíamos no haberle tomado en cuenta para nada”.

“Pero —agrega— me odiaban tanto que no se dieron cuenta que yo era la solución del mundo blanco.

“Cuando tomé París, Otto Abetz me dijo que no desfilara por los Campos Elíseos ni pasaran las tropas alemanas bajo el Arco del Triunfo. Abetz estaba en la falsa línea y creía en una presunta caballerosidad francesa. No hay tal. De Francia no queda sino el recuerdo de lo que fue y, gane quien gane la guerra, seguirá siendo un cero a la izquierda. Otra cosa. Yo debía haber invadido Rusia en mayo del 41. Si lo hacemos, llegamos a Moscú y no nos pilla el terrible invierno de ese año. Con los comunistas vencidos, me habría sido fácil entenderme con el resto de la pandilla. Además, el Japón habría atacado en el momento oportuno. O sea, antes que Roosevelt pudiera alzar un dedo...”

Los latinos. Es notable el desprecio de Hitler para los pueblos latinos. Habla igual de una amiga y aliada como Italia, que de una enemiga como Francia. España no le interesa gran cosa. En cuanto a América, cree que vendrán levantamientos de color que trabajaran, en el fondo, en favor de Rusia. Sostiene que está en marcha el levantamiento del mundo africano y árabe. Tiene la franqueza de reconocer que su máquina era mala. Los nazis habían subido al Gobierno en 1933 con una burguesía que no quería comprender que se trataba de una revolución total. Trató de entenderse —siempre, según él— con una pandilla de burgueses corrompidos en Francia, que no lo entendieron.

No contaba ni con generales a su estilo, ni con diplomáticos de talla. Todo hubo que improvisarlo y la guerra llegó demasiado pronto. Con quince años de paz, la contienda la habría manejado como hubiera querido y con una maquinaria, tanto militar como diplomática, totalmente nazi. Describe a Estados Unidos como “un niño atacado de gigantismo que no entiende que es blanco, ni el papel que debe jugar una gran nación que tiene grandes espacios y puede tener otros mayores aún”. Admira la sequedad y la dureza de Stalin y cree que, finalmente, el verdadero dueño de Rusia será un gran nacionalismo de corte militar. Es curiosa esta observación en los momentos mismos que avanzan los tanques soviéticos sobre las calles de Berlín y caen las bombas sobre el Bunker en dramáticas ráfagas. “No hay que olvidar que, a pesar de todo, Rusia es blanca y pertenece al Occidente. Cuando se libere de la camarilla judía que

la gobierna, podremos contar con ella. El enemigo terrible para el futuro son los chinos, que, usen la bandera que usen para unirse, seguirán siendo, antes que nada, chinos y amarillos”.

Hasta aquí en líneas generales las fúnebres declaraciones de los últimos momentos. No se contradicen en lo más mínimo con el “Diario” de Goebbels y los papeles y recuerdos de los líderes nazis publicados después de la última guerra. Coinciden terriblemente con lo que ahora se sabe. Y se ve su desprecio por las condiciones guerreras de Italia.

Los germanos. Hitler sólo tenía confianza en la raza aria, y concretamente, en los germanos. Nunca pensó que no sería él, el que usara la mortífera bomba atómica sobre Londres, sino los americanos sobre sus aliados nipones.

No vio, ni en el último momento, que Alemania estaba, más que destrozada e invadida, definitivamente moribunda.

Se pegó el tiro final con la convicción que hasta esa bala —la última de la guerra— podía ser usada en el futuro con éxito, como una arma más. En una palabra, creyó hasta el final que no él, sino lo que él llama “sus ideas”, volverían a asomar nuevamente en el mundo.

Y es curioso que hayamos encontrado este relato cuando se levanta efectivamente el Mundo árabe; cuando hay roces violentos entre la Rusia soviética y la China comunista; cuando cae Nikita, surge Goldwater y se mantiene Fidel Castro contra viento y marea; Argelia es libre; está cada vez más potente Egipto, se levanta Israel; el Africa negra comienza a desperezarse y en Sudamérica silba el viento de los nacionalismos revolucionarios antiyanquis.

Esta es la sensación final que deja el relato. El de una especie de monstruo que se siente genial y que tiene efectivamente relámpagos de genio; en que jamás domina la lógica conceptual, en que el odio a la raza judía aparece en cada sílaba. Y en que los odios personales a Churchill y a Roosevelt no se apagan ni al borde mismo de la muerte. Lo que dice de Francia lo había dicho ya en “Mein Kampf” y lo mantiene con un pié en la tumba. Lo que creía que había que hacer con Rusia, lo repite mientras siente, a través del tecleo de la máquina de escribir de Martín Bormann, el estallido de los obuses rusos. El odio

a Roosevelt no cambia ni ante la noticia de su muerte, sino que, al revés, lo llena de fanática alegría. Su desprecio a la raza latina lo proclama, a pesar que Italia es uno de sus dos aliados. Su odio a la raza amarilla lo exalta, a pesar que los nipones luchan aún como leones por la causa del Eje.

Línea inflexible. En una palabra, Hitler no cambia al morir. No quiere cambiar. No se lamenta ni levanta bandera blanca. Al contrario, quiere que este documento final de su vida, que sale del trágico recinto de muerte del Bunker que ya es su único reino, tenga el mismo áspero sello de cada uno de los discursos que decía orgullosamente en los días de las fáciles victorias.

Repito: juega hacia el futuro. Sabía que Rusia y Estados Unidos tendrían que repartirse el mundo y luchar en todos los frentes. Que la alianza que a él lo condenaba a muerte, no podría seguir y, entonces, aprovecha para lanzar, después de su propio suicidio, el último cartucho para clavar una cuña entre los que lo vencen.

Y por eso tienen estas páginas un hálito mortal, de presagio fúnebre de profesía macabra.

* * *

Estas son las imágenes que me entregó la Alemania vencida en la post guerra a través de mi último viaje. Detrás de ellas late el verdadero rostro de un país que vivió las mas dantescas de las tragedias. Aparentemente las heridas están cerradas y los huecos de las bombas borradas, pero en el fondo camina el drama de la última contienda en las muecas talladas de cada habitante que está a uno u otro lado del implacable muro de Berlín.

A LA SOMBRA DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

En 1958 el Tío Sam tuvo la ligereza de invitarme a conocer su país. Lo había conocido por casualidad hacía tres años tal como lo he contado en páginas anteriores. Esta vez iba en serio. Me regalaron trescientos dólares, un carnet para manejar, una tarjeta médica para poder usar cualquier especialista en cualquier materia y en cualquier punto de los cincuenta Estados de la Unión, un pasaje para viajar a través del país y una especie de llave ganzúa para conocer íntimamente a una nación que me sabía de memoria a través de innumerables libros, películas, folletos, propaganda de radio, tarjetas postales, etc.

Cara de USA. Estados Unidos es igual a Estados Unidos. USA es igual a USA. El Tío Sam es igual al Tío Sam. Todo lo que sabía antes me fue confirmado a través de un mes de viaje rapidísimo en que estuve en Nueva York, Washington, Chicago, San Francisco, Los Angeles, Filadelfia, el Gran Cañón, Oregón, etc.

Escritores. Yo era viejo lector de los grandes genios de la literatura norteamericana. Conocía la historia de la "Generación perdida" que vivió del 27 al 33 en París cansada y aburrida de la fabulosa magnificencia imperial de su propia nación. Era amigo personal —a través de los libros— de Sinclair Lewis, Upton Sinclair, Teodoro Treiser, Fitzgerald, Gertrude Stein, John Dos Passos y del viejo y eterno Ernst Heminway, del cuál iba a ser amigo personal un día bajo las palmeras ondulantes de La Habana.

Tedio. Miles de veces me había preguntado porqué el país que había llegado al máximo progreso material de la historia de la humanidad, era capaz de producir unos genios que se aburrían con él. Porque con los millones de Fords, con el cine

más gigantesco del mundo, con las más fabulosas cadenas de radio, de diarios y de televisión, con los especialistas científicos en camino hacia la luna, vencedores de la guerra del 14 al 18 y sudorosos ganadores de la contienda del 39 al 45, se aburrían en Estados Unidos y se marchaban a París.

En Santiago de Chile, caminando bajo los árboles macilentos de la Quinta Normal o entre esos pebeteros de oro que son los castaños del parque Forestal en otoño, me había preguntado muchas veces porqué esta gente superior, estos genios aislados, estos escritores estupendos, estos novelistas despiadados, estos periodistas audaces, esta gente solitaria, se había aburrido tanto en medio de los rascacielos y había cambiado las aguas de acero del río Hudson por las otras, aguas calmadas y serenas, del pequeño y provinciano Sena.

En la Aduana. La respuesta la tuve cuando en 1958 me recibió un sonriente funcionario del Departamento de Estado, me entregó los dólares y documentación respectiva y luego fui interrogado en la Aduana de Nueva York por cometer dos pecados: primero, llevar demasiados libros —cosa que parece un delito en Estados Unidos en el caso de un periodista— y, segundo, por llevar de recuerdo a mis amigos de Chile unos ingenuos monitos de la Semana Santa de Sevilla que había traído de España y que les parecieron altamente sospechosos y poco menos que criminales, a los inteligentes empleados del servicio aduanero norteamericano porque los confundieron con los uniformes que usa el temido y tenebroso Ku Klux Klan.

Como es en realidad. Pero ése no es Estados Unidos. Ese es un detalle entre miles de detalles. Un botón no es una guerrera, y un cuadro no es una pequeña mancha en sombra que hace de un descolorido ángulo.

Estados Unidos no eran afortunadamente los *eficientes* funcionarios de la Aduana a quienes parecía altamente sospechoso que un periodista extranjero leyera mucho y llevara algunos recuerdos a sus amigos.

Detrás de la cortina de tontería, había un gran país. Y entonces me dediqué a vivir torrencialmente y a la norteamericana, durante treinta inolvidables días, multiplicados por veinticuatro tremantes horas, en varias ciudades, con políticos,

ministros, periodistas, artistas de cine, técnicos de radio, investigadores, etc., para conocer algo más que esa máscara quieta y fija que forma el rostro aparente de una nación.

Se aburrían amigo lector. Se aburrían de trabajar como rayos de lunes a viernes para desplomarse en unos prados artificiales pescando unos ingenuos salmones en alguna playita solitaria cerca de Nueva York los sábados y domingos. Se aburrían los inmensos gerentes de Banco, los fabulosos millonarios, los capitanes de industrias, los dueños de los cines y las radios y los almirantes de esa billetera imperial de miles de millones de dólares que formaba una inmensa nación. Se aburría el marido que sabía que tenía que entregar puntualmente el sueldo a la esposa todos los viernes para que ella —y sólo ella, de acuerdo con la más elemental fórmula del matriarcado—, dirigiera la economía familiar. Se aburrían los niños en medio de una civilización tan perfecta. Se cansaban esas mujeres pintadas, maquilladas, dibujadas y esculpidas por toda una serie de pinturas y artificios que la disfrazaban de tapas de revista de moda. Se cansaban esos obreros que ganaban magníficos salarios en comparación con los pequeños y exiguos sueldos que reciben sus colegas de la América Morena, por trabajar maquinalemente igual que Chaplín en “El Gran Dictador” durante ocho horas diarias. Se aburrían de una vida sistemática a través de sesenta torturantes minutos por hora. Se cansaban los lectores del “Readers Digest” ante una mercadería que se les entregaba, ingenua y puerilmente, soluciones infantiles para sus torturantes problemas íntimos. Se aburrían y usaban una mueca de tedio los espectadores que tenían que tragarse películas iguales con unos *buenos* que eran demasiado buenos y con unos *malos* que eran demasiado malos, y con unas niñas dulces y que no eran de esta tierra y que en la última escena besaban al protagonista marchando en dirección del *Home Sweet Home* a los compases inmortales de una Marcha Nupcial de papel celofán.

Babbit. Y esta sensación de cansancio, de aburrimiento pródigo y bien organizado, de lateados habitantes en medio de una civilización construida al pie de unos tubos que salen de la tierra y se tutean con los astros y que se llaman rascacielos y que estallaban a la hora del *rusch*. A las cinco de la tarde cuando

se cierran las oficinas, se cierran las fábricas y la vida misma para dar paso al teórico descanso, vi surgir la pequeña sonrisa rosada de Jorgito Babbit, el inolvidable personaje y Premio Nobel que salió de la pluma de Sinclair Lewis y que resumía a Estados Unidos.

En Chicago, en San Francisco, en Los Angeles, en el apacible y colonial Washington lleno de ardillas y diplomáticos y en el torrencial Nueva York me encontré en todas partes con un hombre mofletudo y sonriente con algo de Cupido vestido de civil, con un traje incurra....? y definitivamente gris y unos zapatos opacos.

Eso eran los millonarios, los empleados públicos, los demócratas o republicanos, viejos o jóvenes, hombres o mujeres, que de todas maneras y en todo momento lucían su mejor mueca de hastío en una calle y que constituían el ciudadano norteamericano”.

Los otros yanquis. Pero esta era solo una cara de la medalla norteamericana, un detalle de su historia. Estaban Washington y en otra esquina lo esperaba Lincoln. En la radio, en el cine, en la prensa, en la televisión y sobre todo en los pequeños prados de Green Village, había *otra* gente distinta, descontenta, opuesta y desagradada con la invasión de la máquina. Enemiga del motor y de la vida manejada por timbres metálicos. Gente solitaria, con personalidad, aislada y profunda, que sin recitar maquinalmente la Biblia ni leer todos los días las innumerables páginas del *New York Times*, se daban el lujo de ser ellos mismos a pesar de esta civilización arrolladora y uniforme.

Ellos eran hermanos de los rusos que no comulgaban con la última consigna lanzada por el Presidente del Comité Central del Partido Comunista. Eran colegas de los chinos que no devoraban automáticamente el último versículo que se descolgaba de los flemáticos labios del Camarada Mao. Eran los hermanos de los estudiantes ingleses que no aceptaban maquinalmente y con la cerviz baja el último editorial del *Times*, sino que mantenían una soledad victoriosa e implacable.

Esos eran los verdaderos y auténticos yanquis a mi juicio. Los que pelearon con el fusil en la mano junto a Lincoln para salvar teóricamente a los negros y para que una gran nación no

desapareciera y cayera en las manos de algunos melancólicos y poéticos personajes de un folletín llamado “Lo que el Viento se llevó”.

Dos EE. UU. Había dos Estados Unidos. Uno que era producto de exportación, con cara de folleto y proclama, de corto cinematográfico y de film de propaganda tal como nos llegan envasados a América del Sur, y otros —pocos, muy pocos— los verdaderos hijos del país que lucen los primeros nombres de la literatura norteamericana, de la investigación científica, del teatro, de la prensa, de la televisión y de la radio que conservaban limpio ese pequeño bloque de mármol que es la verdadera esencia de un país.

Y ese Estados Unidos, *sí* me gustó.

¡Qué distinto me resultó Londres después de haber estado tanto tiempo entre las callecitas de Madrid. La capital inglesa es la más ordenadamente desordenada de las capitales europeas. Todo el sentido aventurero del inglés, todo el espíritu de los exploradores, de los cazadores de fieras sobre el Africa y de los viejos coroneles de la India, está en estas calles que no terminan, en estas plazas fantasmas y en estas esquinas sin lógica ni naturalidad de ninguna especie.

El rostro. Londres no es bonito ni feo. Es pintoresco, extraño, raro, lluvioso y único. Un pueblo tan personal e individualista como el inglés, con una niebla que desciende todas las tardes y borra el sol llenando de hollín y de asesinos las esquinas, se refugia dentro de la *Home Sweet Home* y de la botella de whisky. El inglés adora Londres, pero tiene que estar muchos años bajo el sol del Africa o entre las vacas sagradas de la India, para poder sentirse comodamente en su remota ciudad cuando vuelve. Los ingleses cuando jóvenes hacen las maletas para irse y cuando viejos hacen las maletas para regresar.

Este desorden está presente en cada calle de Londres, en la Cámara de los Comunes, en el Palacio de Buckingham, en la histórica Torre, en el Zoo, en los barrios populares, en Westminster, en las últimas maravillas medioevales que todavía flotan en medio de la niebla londinense. Todo luce un sello de desorden deliberado y de fantasía enfermiza que nada tiene que ver con la lógica precisa y exacta de las calles de París, con el aspecto tranquilo y burgués de Madrid, ni con la precisión geométrica y militar de Berlín.

Hay gente que dice que Londres es pesado, solemne y anglicano. Es cierto. También es cierto que no tiene verde, que fal-

tan jardines, plazas y parques y que los buenos niños ingleses se alimentan de leche malteada y de hollín en píldoras, pero basta caminar por él como yo caminé en tres ocasiones por mi cuenta o invitado por su graciosa Majestad Isabel II, para sentir que lo más propio y típico que tiene Londres, es que un extranjero no se sentirá nunca realmente londinense.

Hay una mano invisible que aleja de las casas iguales y de ladrillos rojos y escalinatas blancas. Algo que impide penetrar íntimamente en estos salones donde pequeñas ancianas de cabellos grises tejen infatigablemente algunos *sweaters* o leen en voz baja los versículos de la Biblia.

“Solo para ingleses”. Los cafés, los restaurantes y los bares son sólo para ingleses. Sólo para los buenos súbditos británicos. Se necesitarían muchos años y un trabajo de relojería para poder penetrar en la intimidad británica. No basta con ver lo extraño, sino que para conocer el rostro íntimo de una ciudad tan impasible hay que deslizarse hacia lo interno y hacia ese espíritu profundo que anima las casas y los monumentos que se destacan en medio del viento.

El Támesis corta como un tajo cualquier muestra de confianza. El Mar del Norte, el Paso de Calais, los acantilados del Dover, son una especie de inmenso rótulo que dice: “Sólo para los súbditos de su Majestad Británica”.

Manchester, Oxford, Cambridge, Reading y las villas escalonadas frente a esa mancha de color acero que se llama el Mar de Irlanda, las ciudades industriales y las sonrientes villas donde moran los buenos ingleses que prefieren su hollín y su niebla a las sonrientes olas del Mediterráneo, todo tiene un aire de país propio que no se puede y no se debe entregar al resto de los seres humanos.

Radio. En la BBC hablé por radio y tuvieron la gentileza de pagarme sesenta libras por haber lanzado algunas palabras al espacio diciendo lo que me había parecido Inglaterra. En la vieja sala de redacción del veterano “Time”, entre teléfonos y máquinas antidiluvianas, unos redactores con el aspecto de lores jubilados y sin peluca, me mostraron despachos de la época de la Revolución Francesa y de las guerras contra Napoleón.

Ballet. En el Covent Garden vi unas niñas vestidas de pájaros que flotaban en el espacio y que formaban el mejor ballet del mundo, mientras una señora gordita y burguesa, con una corona invisible en las sienas, movía aprobativamente la cabeza indicando que su Majestad Imperial Isabel II estaba de acuerdo con el ritmo del escenario.

La guerra. Busqué las huellas de la guerra en aquellos inmensos embudos de barro que salpican los barrios industriales, donde se sembró la muerte y el terror en aquel espantoso año de 1940 cuando Herr Goering pretendió vencer el inquebrantable coraje británico.

Unos soldados de plomo, de guerrera negra y pantalones rojos, luciendo enormes morriones peludos, se movían maquinalmente a la entrada del Palacio de Westminster rindiéndole homenaje a su joven y apacible soberana.

Churchill. Y en el Club Conservador oí a un anciano que ya tenía ochenta años, que alzaba dramáticamente los dedos haciendo la "V" de la victoria, que era ovacionado por una multitud de oficinistas y solteronas románticas y que resultó ser nada menos que Sir Winston Churchill que había pedido permiso a uno de los tomos de la Historia de Inglaterra para hacer una breve exhibición en público.

Cuando uno recuerda Francia vé campos verdes, ríos apacibles, pequeñas granjas, parcelas perfectamente dibujadas por una mano lógica y razonable. Cuando evoca a Alemania surge un cielo gris y un castillo almenado en medio de una selva de un verde oscuro impresionante. Rusia se viste de blanco al fondo del recuerdo. China avanza con sus pequeños ciudadanos de marfil agitando banderas de seda y terciopelo.

Inglaterra no. Inglaterra es un salón, una vieja sala apollillada y llena de telas de araña, una capilla del siglo XIV, unos nichos sobre los cuales aún, en bronce y en marfil, hacen uso de la palabra algunos Primeros Ministros de la Corona, y una columna sobre la cual, entre el vuelo de las palomas, avanza Nelson agitando al viento su manga solitaria.

Desde el 59 al 62 viví continuamente en España. Viví bien y mal. Como periodista con éxito y como turista con los bolsillos vacíos.

Un chileno que trabajaba en una agencia propagandista me puso en contacto con Ceferino Maetzu, Director de la Agencia Fiel. Ceferino —alto, delgado, huesudo e incurablemente vestido de negro— me pareció un símbolo típico de la nueva España. Me abrió las generosas puertas de su Agencia y durante meses tecleé toda clase de crónicas que se publicaban en los distintos diarios españoles, italianos y alemanes, bajo los seudónimos más divertidos y curiosos.

Pero no nos quedamos ahí. Un día Maetzu sacó sus cuentas y llegó a la conclusión de que había por lo menos cuarenta mil latinoamericanos en España y que esos representantes del Nuevo Mundo no tenían una revista exclusivamente para ellos.

La revista "América". Fundamos con él y con el chileno Hugo Goldsak, una revista que se llamó simplemente "América". Combatiendo con la indiferencia general, con los problemas de dinero, imprenta, máquinas, etc., logramos mantenerla en la calle durante cerca de un año. No era la revista de tipo social con avisos cursis de las Embajadas y aburridas fotos de los cócteles, sino un rincón realmente periodístico que analizaba los últimos fenómenos con la misma libertad que si la hubiéramos publicado en Chile.

Radio. Pero eso no bastaba. Raúl Matas me abrió un foro hacia la Radio Madrid que es la más importante de España. Allí inventé, o más bien dicho, apliqué el sistema de los espacios periodísticos que son tan conocidos en Chile. El programa se llamaba "Entrelíneas" y su subtítulo era "Un programa joven para gente joven". Los libretos los escribía yo y los locuto-

res eran dos periodistas españoles y mi propia mujer. Nueve carillas a máquina a espacio uno redactaba todos los días en una máquina prestada en la United Press cuyas oficinas quedaban milagrosamente al lado de mi hotel y dejaba una carilla en blanco para que la llenara por su cuenta los días lunes, uno de los locutores españoles, con motivos de toreo.

La censura. Allí conocí personalmente la censura. Del primer libreto de nueve carillas, me tarjaron siete y me llamaron desesperadamente por teléfono a mi hotel.

¿Qué había pasado?

Que yo trataba en forma ligera y poco respetuosa al General De Gaulle, a Winston Churchill y a la Princesa Margarita. Esto se podía hacer en Chile, pero no en España. El General De Gaulle era Jefe de un Gobierno amigo, Winston Churchill lo había sido y la Princesa Margarita formaba parte de la familia real británica.

Rápidamente fabriqué otras siete carillas y poco a poco me dí cuenta que adaptándome en un 2% a la costumbre tradicional hispánica sin perder al mismo tiempo el impulso periodístico chileno, podía hacer un programa de éxito. "Entrelíneas" estuvo diez meses en el aire. Nos pagaban a mi mujer y a mí veinte mil pesetas. Esta es una suma sideral, amigo lector, si se tiene en cuenta que las becas para estudiantes latinoamericanos que llegan a España ascendían sólo a tres mil.

Pero como nunca faltan las intrigas y las maniobras oscuras, el día menos pensado se me acercó el Sub Gerente de la Radio y después de una serie de frases melosas y algunas sonrisas de ardilla asustada, me comunicó en forma suave y discreta que el programa había terminado.

Una película. Había que buscar otros rumbos. Yo había conocido a Emilio Romero, Director de "Pueblo" y uno de los intelectuales más valiosos que tiene España y que me había prestado una novela suya que se llama "La paz empieza nunca". Romero es un hombre serio y cordial al mismo tiempo, de pocas palabras y de una precisión en los adjetivos y opiniones a través de los cuales se le nota la influencia de Unamuno y de Ortega y Gasset.

Fue más que un amigo. Fue una especie de hermano mayor que me salió en Madrid. Su diario —que tira actualmente 180 mil ejemplares— es el más moderno, el más audaz y el más “liberal”, por decirlo así, que hay en España. “Pueblo” es el órgano oficial de los sindicatos y, dentro de la baraja española, está colocado en la extrema izquierda. La novela “La paz empieza nunca” es una especie de mensaje a los españoles de ambos bandos para que superen las viejas heridas de la guerra civil y se estrechen fraternalmente las manos.

Me la leí en cuatro horas. A las dos de la mañana llamé a Romero que estaba durmiendo beatíficamente y le dije:

—Perdona que te llame a esta hora, pero tu novela es una película perfecta y hay que llevarla inmediatamente al cine.

—¿Y con qué? . . . No tengo dinero . . .

—Yo me lo consigo . . .

—De acuerdo. Si tú pones las pesetas, yo pongo el tema del film.

Le contesté:

—La única condición que te pongo es que si la película se filma, mi mujer, que fue artista de cine y teatro en Chile, tenga un papel protagónico.

—De acuerdo . . .

Y colgamos.

Al día siguiente, en ese bar inolvidable del Hotel Palace, frente a las Cortes, me entrevisté con Jorge Antonio, el amigo número uno de Perón y su financista político. Jorge Antonio (casi dos metros de altura, cara de libanés, ojos vivos y maliciosos, sonrisa pronta y sobre todo una agilidad extraordinaria para pescar con caña los millones de dólares estén donde estén) escuchó en silencio mi proposición y se llevó la novela.

Al día siguiente me llamó por teléfono y me dijo:

—¡Hecho!

Y así fue como una novela escrita por un español, interpretada por una chilena, financiada por un argentino y planeada por este periodista santiaguino, se puso en marcha y se estrenó en España un film con éxito de crítica y de público seis meses después.

Corresponsal en viaje. Pero Romero llegó más lejos. Me abrió las páginas de "Pueblo" y durante semanas y semanas recorrí las grandes ciudades de España y los pequeños villorrios con mi máquina de escribir a cuestas y una *Leika* en la mano tomando impresiones y fotos para escribir una sección a página en el diario que se llamaba "España vista por un Sudamericano". Dí conferencias en La Mancha, recorrí pueblo por pueblo toda la maravillosa y dormida Andalucía. Estuve en Sevilla, Córdoba y Granada, me alojé en Santiago de Compostela bajo la lluvia, y en un hotel ultramoderno que antes había sido un castillo medioeval junto al mar deslumbrante de Santander. Al mismo tiempo tenía otra sección en "Pueblo" que se llamaba la "Entrevista Audaz", y donde, después de un breve diálogo que duraba cinco minutos con un torero, un millonario famoso, un turista de éxito, una reina de belleza o algún Presidente derrocado que estaba de paso en Madrid, iba surgiendo una imagen rápida y fugaz de la actualidad.

Escritor. De paso publiqué al mismo tiempo un cuento sobre torero y otro de ciencia-ficción en el serio y solemne "ABC", cuartel general de los monarquistas españoles, que alza sus torres moriscas en la Castellana y cuyas oficina dan a la noble calle Serrano que es algo así como un tubo de sangre químicamente azul que exhibe el laboratorio de la capital española.

En uno de los cuentos hablaba de un torito legítimamente Miura, casado y con un hijo que no quería morir en el ruedo, pero a quien su sangre española, y sobre todo su respeto a la tradición por los antepasados muertos heroica y verticalmente en la Plaza, lo empujan a la muerte. Muere frente a los tendidos de sol y sombra con una orgullosa sonrisa en los labios.

En otro cuento hablaba de un marciano que llega a España, descendiende de una cápsula metálica y comienza a caminar por la calle como un transeunte cualquiera y, a medida que va conociendo a los seres humanos, se convence de que son exactamente iguales a los de Marte, que tienen los mismos problemas, reaccionan de la misma manera, aman, odian, sienten envidia, orgullo y celos, y llega a la conclusión de que el viaje ha sido perfectamente inútil. Una noche cualquiera toma su pequeña cápsula metálica y, triste y desilusionado, regresa a Marte con

la increíble noticia de que cualquier viaje de ese planeta a la tierra está demás porque en uno y en otro punto del cosmos los seres que lo habitan son exactamente iguales.

Boby Deglané. Pero me falta algo más para completar mi cuota periodística en España.

Ese inmenso chileno que se llama Boby Deglané y que fue el primer periodista que entró en Madrid en los últimos días de marzo del 39, saltando sobre las trincheras y los alambres de púas y deslizándose en un auto fantasma hasta la radio Madrid para anunciar que la guerra había terminado, y que ha tenido un éxito sensacional en España, me llevó hasta la Radio España donde dirigía dos programas de gran arrastre popular. Allí me tocó trabajar en persona frente al público español.

Lo que no podía ocurrir en Santiago de Chile, era perfectamente lógico en Madrid. A las doce del día, cuando los chilenos trabajaban en la oficina o en la fábrica, los buenos y simpáticos madrileños se reúnen en el auditorium de Radio España a escuchar un programa de Boby.

Allí, vestido de azul y con una cara de locutor que estudié meticulosamente para hacerlo perfecto, hablaba frente a un micrófono en un programa que se llamaba "La Vuelta al Mundo en un cigarrillo".

¿En qué consistía . . . ?

Muy sencillo. Yo describía una ciudad en la forma más vivaz y coloreada posible tratando de hacer viajar mentalmente al espectador hasta países remotos. El programa duraba exactamente lo que duraba el cigarrillo y cuando éste se transformaba sólo en un tubo de triste ceniza, decía:

—Muy buenas tardes señores auditores . . . Hasta mañana.

Durante cuatro meses mantuve mi programa y si no existe todavía es porque un día tuve que hacer melancólicamente las maletas y darle un apretón de manos a la Puerta del Sol.

Empanadas chilenas. Pero no sólo viví como periodista y escritor. Un día mi mujer me propuso el más pintoresco y extraño de los negocios. Ella era actriz de radio, teatro, cine y televisión. Había interpretado el film "La paz empieza nunca", y presentó "Celos" con gran éxito en la sala del Instituto de

Cultura Hispánica. Yo soy periodista y apenas sé freir un huevo y preparar una taza de café.

Lo que me propuso mi mujer fue hacer empanadas chilenas en España. El cálculo era muy simple. La colonia nuestra en la ciudad de Manzanares era inmensa y seguramente quería probar, bajo cielo extranjero y a dieciséis mil kilómetros de la patria, el más jugoso de los manjares que se producen junto al Mapocho.

Los españoles son los padres de las empanadas, pero de las gallegas que llevan frijoles, tomates, papas, arvejas y otra serie de elementos que nada tienen que ver con la simple y jugosa estructura de la empanada nuestra.

Mandamos buscar la fórmula a Santiago y un día domingo, ante la espectación general, llegamos a una tahona de la calle Lagasca y después de haber hablado con el panadero, comenzamos a trabajar. Era invierno. Hacía un frío terrible. Era el clima menos indicado para tener el ánimo alegre y festivo, sin embargo preparando la masa, echando el pino y colocándolas en el horno, nos entretuvimos como si tuviéramos veinte años y un juguete mágico entre los dedos. Ella hacía la masa y yo la cortaba con cuchillo, usando de molde una vulgar caja de zapatos. Kanda tenía listo el pino desde el día anterior y una mucama hacía las veces de hornera para conducir las fragantes empanadas típicamente criollas, pero "made in Spain", hasta la cocina ultramoderna del tahonero.

A las doce del día comenzaban a llegar los primeros clientes. Los encabezaba el Embajador, Sergio Fernández Larraín y acudían con él el estado mayor de la Embajada: Ministros Consejeros, Agregados Culturales, Adictos, secretarios, etc. Luego venían los estudiantes, los becados, los chilenos de paso, los escritores, los turistas latinoamericanos y la gente a la cual yo le había entregado una pequeña tarjetita en la cual les indicaba que podían comer empanadas netamente chilenas aunque estuvieran bajo el cielo madrileño.

Durante cuatro meses las empanadas nos permitieron vivir cómodamente en una casita vecina donde para indicar que en ese punto vivía un par de chilenos aventureros y trashumantes,

había una bandera con la estrella solitaria y un letrero que decía simplemente: "Aquí es".

Nostalgia. Había hecho periodismo, radio, literatura. Había triunfado con dos cuentos en un concurso literario. Había dictado conferencias en Madrid y en provincias. Habíamos recorrido con mi mujer todas las plazas de toros de la península. Nos conocíamos cada punto, cada ciudad, cada villorrio y cada ensenada. Habíamos subido a los Pirineos y al Peñón de Gibraltar, habíamos navegado por las aguas del Guadalquivir, del Ebro, del Tajo y hasta por las del provinciano y tímido Manzanares que es una especie de Mapocho pequeño que usan los españoles para entretenerse los días domingo. Eramos felices. Totalmente felices en España. Pero un día vino la noticia de la muerte de mi padre, el terrible terremoto del año 60, la nostalgia de la patria, el ardor de esa herida lejana que es la familia que está al otro lado del mar, y disimulando una lágrima que me subió amarga hasta los ojos, monté en un avión y volví a Chile.

Una guagua. Quince días más tarde, en una clínica del castizo barrio de Chamberí, llegaba al mundo en un paquete no más grande que una cajetilla de cigarros, una ciudadana con derecho a voto, que fue inscrita rápidamente en el consulado como chilena y que abrió los ojos bajo el cielo de Madrid, diciendo en su cómica media lengua:

—Me llamo Bárbara Mundt Jaque.

Era la heredera del trono . . .

BUSCANDO LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Y naturalmente busqué en España las huellas de la Guerra Civil. Contra lo que se dice en determinados círculos, la gente en Chile fue mucho más partidaria de la República que de Franco. Los diarios de izquierda, de centro y hasta de derecha, estaban con Azaña y su gobierno legal. Y únicamente la prensa de extrema derecha o francamente fascista comulgaba con la insurrección militar que se había producido en Marruecos. Más aún, el nacismo chileno, a través de su diario "Trabajo", aclaró que si no estaba con la bandera de los republicanos, tampoco estaba con la enseña franquista.

Los chilenos nos apasionamos más, entre el 36 y el 39 por la suerte de España, que si se tratara de un asunto estrictamente nacional. Los poetas cantaban a España, los pintores la pintaban, los artistas la recitaban, los políticos la defendían, los estudiantes desfilaban al grito de "Viva España Libre . . .", etc.

Cuando vino Eugenio Montes a Santiago a hacerle propaganda a Franco, tuvo que huir por los tejados.

Un millón de muertos. Y naturalmente cuando pasaron los años de la guerra, y llegué a Madrid, traté de buscar el resto y la estela que había dejado el terrible drama. Tenía las cifras a la vista: más de un millón de muertos. 600.000 refugiados, miles de lisiados, heridos, inválidos, etc. La mitad de las casas destruidas, el país en ruinas, los caminos intransitables. Las industrias pulverizadas. La cifra únicamente de los asesinados, llegaba a los 150.000.

Esta era la España a la cual iba a llegar. Y la que me salió al paso fue justamente *otra* España.

Una mano había trabajado infatigablemente a través de los años para borrar hasta el último resto de la tragedia.

El 53 recorrí el norte. Más tarde, en sucesivas giras llegué hasta el Sur. Y cuando viví en ella cerca de tres años le pedí prestado Rocinante a Don Quijote y la galopé de norte a Sur, y del Atlántico al Mediterráneo.

Olvidar. Y había pocas huellas de la guerra. Se notaba que la consigna era olvidar y borrar. Unicamente a la salida de Madrid encontré una casita realmente horadada por las balas y la metralla. Parecía un pobre fantasma del pasado que se levantaba a la vera del camino.

En el Cuartel de la Montaña, en que la lucha había sido feroz el mismo día de la rebelión y que el pueblo se tomó con las manos y las uñas, crecía tristemente la hierba y había que conocer el drama al detalle para saber que allí había corrido la sangre y el heroísmo como agua. En la calle Velásquez se alzaba la casa de tres pisos, señorial y elegante, de la cual sacaron a Calvo Sotelo en el ardiente Julio de 1939 para dispararle un tiro en la nuca y dejarlo tirado en el cementerio de la Almudena. Unicamente una placa recordaba el hecho. Fue una de las pocas placas que vi y que indicaban el paso de los infatigables cuatro jinetes a través de la península.

La huella de la metralla. En la ciudad Universitaria, que había sido el decorado más violento de la lucha final antes de la entrada de las tropas de Franco a Madrid, no restaba nada del pasado. Sobre la muerte se había alzado la vida y únicamente en forma simbólica se dibujaba en el cielo un Arco de la Victoria que trataba de ser colega del de Triunfo, en París. De los viejos barrios, de las calles devoradas por la metralla, de las trincheras y bastiones, de las casamatas y barricadas, no quedaba absolutamente nada más que la fresca y alegre expresión de la nueva Ciudad Universitaria que olía a vida, a jardines y a flores. Pero como estaba acostumbrado a París donde cada dos casas hay una que está repleta de historia y prácticamente asfixiada de hechos notables, busqué en Madrid mismo los restos del combate. En el café de Levante donde se había discutido primero entre obreros y falangistas, y donde se había disparado más tarde a matar, sólo había unos aburridos traficantes en animales que discutían de vacas y bueyes. En la Puerta del Sol, que fue bombardeada tantas veces, y donde el maravi-

lloso pueblo de la capital atacó y venció a las tropas de Napoleón en el lejano 1808, seguía la multitud como de costumbre, paseando y charlando como si nada hubiera ocurrido a través de tres espantosos años de sitio. En el café “La Ballena Alegre”, en los bajos del “Lyon d’Or”, había una pequeña plaquita porque allí le habían disparado a José Antonio, fundador de la Falange en los tiempos heroicos . . . Y que allí mismo se había creado y cantado por primera vez el “Cara al Sol”, que iba a ser el himno oficial del levantamiento de Franco . . .

El Valle de los caídos. Pero tuve que llegar hasta la sierra del Guadarrama para ver el Valle de los Caídos y meditar seriamente en lo que había sido la lucha . . .

Se dice que ésto fue levantado con los presos que dejó la guerra. Que fue hecho como las pirámides de Egipto, con forzados cargados de cadenas.

Cuando pregunté la verdad, lógicamente, me dieron dos respuestas distintas. Una franquista y otra republicana. Pero el hecho es que pocas veces en mi vida he sentido más el lejano paso de la contienda y del millón de muertos, que al ver esta cruz de cincuenta metros de alto en medio del cielo y del viento, y penetrado a esta nave única en que se siente la muerte en cada piedra, en cada nicho, en cada gobelino, en cada estatua y en cada ángel de mármol que monta silenciosamente guardia. Y antes que nada, cuando se viene del vacío, de la desolación total de la sierra misma, del cielo puro y libre, del viento desatado, de la meseta gris obsesionadamente igual y se penetra en este bostezo de la montaña, en esta mueca de la piedra, en este gesto fúnebre que parece dibujar la Sierra misma.

Ni el Escorial tiene la grandeza de ésto. Es demasiado puro. Demasiado liso, preciso y exacto. Excesivamente blanco y limpio. Tiene la misma matemática grandeza de las catedrales y de las militares instrucciones de San Ignacio de Loyola.

Esto no. Esto grita y aúlla día y noche. Esto canta a media voz y dice millones de nombres en medio de la soledad nocturna. Aquí está bajo la cúpula y al pié de una modesta cruz de madera, una sola tumba con nombre: la de José Antonio Primo de Rivera . . . A los lados, arriba y abajo, por todas partes, están los huesos revueltos y confundidos, anónimos, sin fecha

ni indicación alguna, de los cincuenta mil combatientes de ambos bandos que se enterró simbólicamente aquí.

Los mismos que se odiaron en vida, están ahora abrazados en muerte. Ya no tiemblan las viejas banderas ni se escuchan las antiguas consignas. No hay fuego de artillería, ni se oye la siembra de las bombas . . .

Ahora no hay nada. Nada más que este sombrío y funeral monumento que tiene algo de *Requiem* y de cita final. Aquí sí que está la guerra. Lo que fue el dramatismo de la contienda civil más sangrienta de todos los tiempos y ante la cual la misma Revolución Francesa, con su Terror y hasta con su guillotina, parece una ingenua ronda infantil.

El Alcázar. Pero tenía que haber más de la guerra misma. En Toledo me esperaba el Alcázar. Lo vi en 1953, roto y deshecho. Y más tarde perfectamente igual a las fotos que quedaban de los buenos tiempos de paz. Allí estaba el teléfono de Moscardó por el cual escuchó por última vez la voz de su hijo que fue fusilado ante su propia ventana. Allí, en el patio, me aguardaba la estatua de Carlos V, vestido de romano, que cayó vertical cuando recibió una bomba en el pecho. Y finalmente en los subterráneos donde están aún los lechos del asedio, la pobre moto que surtía de energía eléctrica, el recuerdo de los velones que se encendían en la fúnebre oscuridad, la bandera que clavaron los sitiados en el torreón más alto, los antiguos fusiles y los antidiluvianos pistolones con que se combatió a través de tres alucinantes meses . . .

De vuelta en Madrid, al pasar por el Campo del Moro y por la Casa de Campo que forman el verde y húmedo cinturón que rodea Madrid, vi viejas trincheras devoradas por la hierba y viejas y antiguas casamatas en que se había peleado heroicamente durante todo el sitio. ¿Qué habría debajo . . . ? Naturalmente cadáveres y más cadáveres. Y huesos y más huesos. Pero ahora crecía el pasto, estallaban las flores y una pareja se besaba desesperadamente sin pensar en la vecindad de la muerte, sino en la vida misma.

En el tradicional Teatro Comedia no hay nada que recuerde que allí comenzaron los primeros tiros cuando Primo de Rivera

fundó la Falange en 1933. Y que allí habló por primera vez con camisa azul . . .

Nada. Una viejecita de rodillas que lava el suelo y un buen caballero gordo que lee flemáticamente el "ABC" en una sillita del hall.

El Palacio de Oriente. En el Palacio de Oriente encuentro algo. O menos que algo. En el salón de los Embajadores, donde está el trono que no ocupa Franco por deseo expreso suyo, y que Ud. conoce seguramente por el célebre cuadro de la presentación de credenciales de Luciano Bonaparte a Carlos IV, hay unas leves huellas de la refriega. En el parquet, en el techo, en los jarrones, en las pesadas lámparas, en los gobelinos, en los cuadros y hasta en la vajilla, la guerra dejó su pequeña tarjeta de visita. Aquí estaban Azaña, Giral, Besteiro, Largo Caballero y Prieto, en los primeros tiempos. El enemigo estaba al alcance de la mano. Disparaba sus fusiles desde la Casa de Campo a treinta metros de distancia.

Ahora reina una paz conventual y una calma de siesta campesina, en pleno verano. Cantan los pájaros y el tiempo parece haberse detenido . . . Pero un día de julio de 1936 y durante tres años, este fue el Infierno de Dante y de Barbusse juntos.

La estela de la muerte. Nada, ni una sola palabra de la guerra. Todo tiende a borrarla. La mayoría de los muchachos que pelearon y que no murieron en la contienda, tienen cincuenta años o están exilados. Nadie quiere recordar lo que llaman simplemente, no la guerra civil, sino "La Guerra" a secas. Hay una consigna de silencio exterior, pero en cada casa, en cada calle, en cada camino, en cada aldea, en cada villorrio, hay alguien que la recuerda a cada momento, porque no hay familia sin un muerto, ni hogar donde falte alguien que cayó en Brunete, en Teruel o en el Ebro.

Porque esos mendigos que estiran la mano en la calle, esas viejas y viejos que venden números de la lotería, esos serenos y esos conserjes, SON la imagen de la guerra. Las mujeres definitivamente viudas, los lisiados que caminan vacilantes, los infinitos cojos y mancos, la gente que tiene mandíbula de metal y que lleva un lazarillo junto a ellos, sí que hablan de la guerra.

Y fue a través de ellos que seguí la pista de lo que fue el ácido y fúnebre aperitivo de la Segunda Guerra Mundial.

Y pienso con pena a medida que camino por la Gran Vía . . .

—Aquí fue el criminal ensayo general. La siniestra prueba. Aquí Hitler hizo trabajar sus tanques. Aquí bombardeó Mussolini pobres ciudades desguarnecidas. Aquí los rusos realizaron la más tristemente efectiva de sus maniobras de guerra. Todo esto fue aquí. En este país maravilloso que desangró a través de tres años para que unas lejanas potencias realizaran unos canalleros juegos de guerra a costa de un millón de bravos españoles . . .

Y me explico perfectamente que esta gente, de luto para siempre, no quiera volver la vista hacia atrás . . .

UN VISTAZO POLITICO A ESPAÑA

En "De Chile a China", he hablado de España desde el punto de vista turístico. Ahora voy a hablar desde el punto de vista político.

Franco. Se ha gastado mucha tinta en atacar a Franco y se ha gastado otra cantidad igual en defenderlo. Aquí no lo vamos a defender ni atacar, sino a verlo tal como es, con sus 74 años, su cutis color tierra, sus ojos opacos, sus movimientos lentos y el hábito de rodearse, en el interior del Palacio del Pardo, por una fuerte guardia día y noche. Antes el dictador contaba con una guardia mora, pero hace unos años el Cardenal Segura, que era el más violento y derechista de todos sus partidarios, inició una violenta campaña contra el Caudillo, acusándolo de "tener un batallón de infieles a su servicio".

Hasta hacía poco Franco era el representante de Dios en la tierra y el Jefe de la cristiandad, según el propio Cardenal. Pero supuso, de un día para otro, que los súbditos de Mahoma que leían el Corán y le rezaban a Alá, podían modificar la catolísima estructura de la noble España. El General despidió a esos soldados curiosos y pintorescos con turbantes, cimitarras y chilava, que hacían tan notables sus desfiles, y decidió contar solamente con soldados y oficiales probablemente católicos.

Yo no entrevisté nunca a Franco. No me gustan las entrevistas oficiales a base de preguntas que son lugares comunes y de respuestas que salen fatalmente frías y entre comillas de los labios del entrevistado. Preferí ver a Franco desde lejos y observar el ambiente en que se movía.

Diga lo que se diga es uno de los políticos más hábiles de la época actual. A pesar que recibió ayuda militar en gran escala de Alemania e Italia durante la guerra civil, no aceptó la pro-

posición de Hitler de pelear junto al Eje en la última guerra mundial.

Con Hitler. Durante dos horas, en la célebre entrevista de Hendaya, resistió el chaparrón de exigencias que le hacía el Führer y se mantuvo en el más discreto de los silencios. O más bien dicho, hizo toda clase de contrapropuestas que Hitler no podía aceptar.

Franco es frío, objetivo, despiadadamente preciso para ver las cosas y no se deja impresionar por nada. Venía saliendo de tres años de guerra civil. España tenía un millón de muertos y más de dos millones de exilados. El país estaba en la ruina. No funcionaban las fábricas. El campo estaba destripado. El odio se mascaba en el aire. La nación estaba dividida por un tajo implacable entre vencedores y vencidos. Llevar un país así a una tercera guerra mundial, era conducirlo al suicidio. Pero al mismo tiempo Franco sabía otra cosa mucho más importante: que Hitler estaba perdido. Toda la ola de victorias resonantes de los primeros tiempos, la invasión de Polonia, Francia, Noruega, Grecia, etc., etc. . . había terminado, y comenzaba la terrible hora de las primeras derrotas que iban a conducirlo al caos final. Si se aliaba con el Eje, iba a resultar derrotado después de una guerra victoriosa en su propio país.

Pero sabía algo más: que los aliados, con una extraordinaria maquinaria industrial, produciendo miles de aviones y tanques al día y con el 90% del mundo a su favor, tenían la contienda ganada. Y comenzó entonces a virar lentamente, y a través de Inglaterra y de los propios Estados Unidos, se fue colocando en forma casi imperceptible dentro del frente, si no, aliado por lo menos neutral.

Tenía en sus manos el Ejército, la Iglesia, la Falange, los monarquistas y contaba con un factor aparentemente adverso; pero que en el fondo le iba a servir para un sutil juego de ajedrez: el cansancio de una nación de 26 millones de habitantes que venía saliendo, de luto y con una amarga mueca entre los labios, de los escombros de la guerra civil.

La habilidad máxima de Franco consiste en que maneja sus cartas en forma despiadada y sin acordarse del juego anterior. No es un nostálgico ni un romántico. Es un político frío, casi

polar, que mueve sus alfiles sin importarle caiga quien caiga. Cuando la Falange exige algo, Franco mueve a los monarquistas; cuando los monarquistas piden que restablezca la Monarquía y le entregue la Corona a Don Juan, Franco pone en movimiento a la Falange. Cuando sube la presión de la agitación sindical, el dictador le da algunas facilidades a los obreros y campesinos . . . sin molestar demasiado a los dueños de la tierra y a los amos de las fábricas.

Los partidos. A pesar que en España existe un solo partido político, (la Falange Tradicionalista), de hecho existen varios. Los demócratas cristianos constituyen un partido ilegal que funciona perfectamente bajo la capa dictatorial, y fueron ellos, y no los comunistas, los verdaderos autores de las últimas huelgas en Asturias.

A pesar que no existe oficialmente partido socialista, este camina por las calles, habla en las esquinas, agita la Universidad, tiene influencia en los sindicatos, se mueve en el campo, lanza proclamas y pesa decididamente en el ala izquierda del sindicalismo oficial español.

Los comunistas son pocos y han tenido, por necesidades de táctica, que colocarse a la cola de los socialistas. En la misma derecha existe el esqueleto del futuro partido conservador remozado y ágil que puede tener un papel moderador el día que Franco desaparezca o abdique.

El futuro. Cuando yo estuve, en Agosto de 1964, me di cuenta de varias cosas:

- 1) Que la Universidad se iba a poner en movimiento.
- 2) Que la agitación estudiantil iba a estar dirigida tanto desde afuera como desde dentro de España.
- 3) Que hay unidad total de acción entre los distintos partidos para reemplazar a Franco por un régimen que podría ser católico progresista, o laborista a la usanza inglesa para ser más preciso.
- 4) Que el líder más visible de dicha oposición es el profesor universitario Tierno Galván que cuenta con el visto bueno de los descontentos de adentro y de los refugiados de afuera.
- 5) Que la iglesia, moderna y agilizada desde el Vaticano, mira con simpatía un movimiento de esta especie.

6) Que la Falange, a pesar de ser el único partido oficial, está trabajando con sus cuadros juveniles para apoyar el movimiento republicano progresista y antifascista que ya está en marcha.

7) Que Franco está cansado y viejo y que es muy probable que tenga perfectamente calculado, en la soledad de su retiro en El Pardo, dejar el poder sin violencia y sin necesidad de sacar las tropas a la calle.

8) Que Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y sobre todo Estados Unidos, mirarían con profunda simpatía un cambio de esta especie que sería suave y casi democrático.

9) Para terminar, que Franco no tiene sucesor.

Los que sueñan con don Juan, no conocen la auténtica realidad española en estos momentos. Y los que creen en que el General Muñoz Grande, ex Jefe de la División Azul en Rusia y aparentemente el segundo hombre después de Franco, podría ser el heredero, también están equivocados.

A Muñoz Grande se le entregó discretamente el sobre azul hace poco y ya no pesa en lo más mínimo en la política española.

El Opus Dei. Queda finalmente una fuerza oculta y misteriosa que tiene una importancia decisiva en la política española: el *Opus Dei*.

Opus Dei quiere decir "Obra de Dios" y está formada por sacerdotes y seglares dirigidos militarmente con la más férrea habilidad política, y ocupa los puestos llaves en el país. Controla la prensa, la radio, la televisión, y por supuesto las Cortes y los organismos fiscales. El *Opus Dei* es ultra-derechista y cerradamente franquista. Ha sido el eje político de España durante los llamados "25 años de Paz", (39-64), pero como es una fuerza inteligente y sutil que percibe el nuevo rumor que va subiendo en forma cada vez más elocuente desde el fondo del país, sabrá adaptarse en el momento preciso para constituir el ala derecha de una posible República moderada.

La libertad. En España no hay libertad al estilo nuestro. La prensa está controlada militarmente lo mismo que la radio y la televisión, pero los españoles son los españoles y siguen hablando a gritos en la calle y reuniéndose en los cafés, como en

los mejores días de la República, para hacer tertulia y pelar al gobierno.

Yo tengo un amigo que si lo vigilara algún policía y anotara sus expresiones contra el General Franco, ya estaría en la cárcel. Si dijera contra cualquier Presidente democrático en la vía pública, lo que dice contra el dictador, lo esperaría únicamente un calabozo. O por lo menos una fuerte multa.

Bohemia en Madrid. A pesar de todo el control oficial, los cafés más típicos (Gijón, Teyde, La Ballena Alegre, Lyon d'Or etc.) y todos los bares de la Castellana, Alcalá, la Gran Vía y la calle Serrano, están llenos de pintores jóvenes, autores de teatro, futuros novelistas, bohemios, dirigentes estudiantiles, etc., etc. que pelan a Franco desde la mañana a la tarde.

Cuando estuve en Agosto de 1964, me invitaron a más de diez reuniones misteriosas en las cuales conocí a una serie de señores que me trazaron un cuadro de la España actual y futura lo que indica que la oposición se mueve con una agilidad asombrosa.

Mientras los refugiados más viejos añoran melancólicamente los tiempos anteriores a la guerra civil y creen que España volverá de un salto al 36, los más jóvenes se burlan de ellos y ya tienen perfectamente dibujada una España moderna, industrializada y alegre, que cuenta además con un régimen perfectamente democrático.

La vieja Falange de José Antonio ya no existe sino en el papel. Dionisio Ridruejo, que fue uno de los líderes de la época heroica, y co-autor del himno "Cara al Sol", está ahora en la oposición y ha conocido varias veces la cárcel.

Me perdonará el lector que no dé otros nombres, pero sé de algunos hombres claves de la actual organización oficial española que ya están comprometidos con el cambio que todos ven venir.

La España actual. Pero hay un hecho mucho más importante. España ha virado radicalmente en los últimos 25 años. Ya no es la nación bucólica, con burritos en la calle, coches de antiguas marquesas, y caballeros solemnes llenos de apellidos vinosos que discuten en un café de la calle Serrano los idílicos problemas políticos del país. Y lo más notable es que ha sido

precisamente Franco el que la ha cambiado. Franco organizó el turismo y llegaron miles de miles de alemanes, franceses, italianos y yanquis a conocer ese país curioso y pintoresco llamado España. Con los turistas llegaron los dólares y —aquí está lo grande — llegó *otra manera* de ver la vida.

Los españoles que los recibían en los hoteles, que les mostraban las corridas de toros, que los hacían presenciar el *show* gigantesco y doloroso de Semana Santa y la alegría fanática de la Feria de Sevilla, estudiaban meticulosamente la manera de ser del extranjero e iban comprendiendo poco a poco que en *otros* países se vivía de otra manera y de otro estilo. Si España por un lado ganaba en divisas, por otro lado, detrás de los dólares, entraban la democracia y la libertad que se paseaban impunemente por las calles y los caminos de la Península.

Pero además España necesitaba ponerse al día, mejorar su economía, cambiar de viejos cánones patriarcales, traer maquinarias, abrir créditos, fundar Bancos, levantar hoteles, pavimentar caminos, organizarse, en una palabra, como una sociedad moderna y al nivel del resto de las demás naciones del continente.

Alguien dijo: “Europa termina en los Pirineos”, pero fue Europa la que hizo un boquete en los mismos Pirineos y entró a galope tendido sobre España.

Al crear una nueva industria, creó nuevas exigencias y tuvo que subir sueldos y salarios montando una economía moderna y al mismo nivel que las otras naciones. Este no es el “Milagro Alemán” o italiano. El “El Milagro Español”, y el padre del milagro —le guste o no a mucha gente— es el propio Franco. Pero este mismo milagro, esa misma nación nueva del año 1965, es la que puede cambiar a Franco por otro jefe de Estado, por otra estructura y por otra política más ágil y democrática.

Ya no está sola entre los Pirineos y Gibraltar. Ahora es una nación moderna, joven, viva y rápida que corre velozmente por los rieles del progreso.

Después de la revolución económica, tiene que venir la revolución política.

Algunos románticos sueñan todavía con tiros y bombas en las calles. Eso pasó. Ahora las revoluciones se hacen con timbres

y telefonazos y sería ingenuo pensar que detrás de la agitación estudiantil del 65, no está lista y montada ya hasta el último detalle la agitación obrera de los escritores y, simultáneamente con ellos, la de los cuatro millones de españoles que viven en todo el vasto mundo añorando dolorosamente a su patria y que volverán inmediatamente a la península apenas suene la campana de alarma en un punto cualquiera del territorio.

Un país único. Nunca habrá un país como España. Si estoy enamorado de Francia, no puedo dejar de pasar por Madrid apenas salgo de París. Todo cambia a una velocidad fabulosa. El país que se ha modificado más rápidamente en Europa, es España. La nación de la guerra civil y del millón de muertos, crece a una velocidad supersónica.

Raúl Matas creía vivir en los alrededores de Madrid porque tenía un departamento en la calle Concha Espina. Ahora está rodeado de un bosque de nuevos bloques de departamentos, y sin quererlo ha quedado en el centro de la ciudad.

El Madrid que conocí el año pasado tenía casi tantas boites, cabarets, salones de fiesta, cafés y restaurantes modernos como el propio París. En 1964 llegaron quince millones de turistas (con sus dólares en el bolsillo). Este año se cree que llegarán a dieciocho.

Leí en las páginas de la prensa de París como se organizaba una gran campaña para defender el turismo de Francia y recuperar el lugar perdido.

Así son. El español es fundamentalmente simpático, amable y cortés. Al francés en cambio, le cargan los extranjeros y le ladran a los turistas en las esquinas. Los hoteles en España son modernos, gratos y alegres. La vieja selva de hoteles, bohemios y sucios que hay en Francia, tendrán que ser barridos de arriba a abajo para poder hacer competencia a la moderna hotelería española. El País Vasco, la Costa del Sol, Mallorca, toda esa estela de catedrales imperiales y eternas que van desde Sevilla a Santiago de Compostela, no se pueden improvisar en dos días. Hasta hace treinta años, España tenía lo viejo, pero le faltaba lo nuevo. Ahora tiene las dos cosas: el Museo y el motel; la Catedral y el camino suave y liso como la palma de la mano.

Las muchachas españolas que no fumaban en los cafés ni conocían el *twist*, ahora usan bikini y se tuestan en las playas con el mismo sano entusiasmo que sus colegas de la Costa Azul o de las playas italianas.

El que quiera ver políticamente a España con los ojos cerrados y repita una apolillada consigna que pudo tener vigencia hace treinta años, está impedido de ver lo que está pasando actualmente. Dejemos a un lado las corridas de toros, los cortijos, el cante jondo, el flamenco y la coleta del Cordovez, las rejonadoras a caballo, los encapuchados y los uniformes de algunos cuerpos de ejército que parecen sacados de una opereta de Franz Lehar.

Ese es un detalle frente a lo esencial.

Hoy. Se estrena a García Lorca. Se puede leer a Rafael Alberti y a Neruda. El diario "Pueblo", manda un enviado especial para el 26 de Julio de 1964 a Cuba para que entreviste minuciosamente a Fidel Castro, se miran con simpatía desde las páginas de algunos periódicos, (que viven bajo la tolerancia oficial), los movimientos nacionalistas y antiimperialistas de América del Sur, del Africa y de Asia. España, que estaba aislada en 1939 y que no contaba con más aliado que un Hitler que se iba a suicidar y un Mussolini que iba a ser colgado, odiada por Inglaterra, Francia y Estados Unidos, cuenta ahora con amigos poderosos que se llaman De Gaulle, Lübke, la Democracia Cristiana de los alemanes, los italianos y los belgas, y sobre todo el gobierno norteamericano que ha invertido sumas siderales en la economía española.

Ud. me perdonará amigo lector que no le agregue detalles pintorescos, pero sin ningún interés como decirlo por ejemplo, que estuve con algunos antifranquistas furiosos, con unos republicanos que están seguros que en el 1965 caerá Franco, con sindicalistas que en Chile podrían ser socialistas o comunistas, con sacerdotes que piensan que Franco pudo estar relativamente bien en los días de la guerra civil, pero que sostienen ahora que los tiempos han cambiado y que hay necesidad de un nuevo estilo de Gobierno.

Por razones de mínima lealtad no daré más detalles.

Otro Madrid. La primera vez que estuve en España fue en 1953; luego en 1954, 1957 y 1959, y viví allí seguido desde el 59 al 62, para volver en Agosto de 1964. Y entonces pude percibir una serie de cambios básicos. El viejo Madrid ha cambiado. La Plaza Mayor sigue siendo ese oasis de silencio y de paz que los extranjeros miramos con el alma en vilo y el corazón cerrado en un puño, los cafés de la Gran Vía están repletos de niñas de ojos incendiarios que bailan y beben en el "Chicote" y en el "Abra" igual que hace quince años, pero el espectáculo en general ha cambiado en forma absoluta. Miles de miles de autos. Chapas de todos los países del mundo, bombas de bencina cada dos o tres cuadras. Los viejos edificios destripados de la mañana a la noche para dar paso a nuevos bloques de departamentos. Las viejas casas tradicionalistas superadas por nuevas boites, nuevos restaurantes y nuevos locales de todas clases. Las tiendas (Galerías Preciados, El Corte Inglés, el Corte Fiel, etc.), repletos de clientes y de mercaderías. Los teatros estrenan obras nuevas diez veces al año. Hay innumerables premios periodísticos y literarios. Una corriente infinita de extranjeros becados por el Instituto de Cultura Hispánica y por todos los organismos oficiales, conecta a España con América. Los viejos trenes dan paso a los nuevos y los buses circulan por todos los rincones de la península. Hoteles y más hoteles, y el pretérito, el emocionante pretérito, los antiguos edificios de las viejas condesas y príncipes pasados de moda, están arrinconados, sitiados y barridos por el progreso que avanza a galope tendido por todos los pueblos y ciudades, y hasta la manera de ser de las gentes ha cambiado.

El español sigue siendo la persona más gentil y amable de Europa, pero ahora es un español que está al día con el mundo moderno y que no vive nostálgicamente con el rostro vuelto hacia atrás recordando algo que, si no está muerto, agoniza ya, y que labora de la mañana a la noche para transformar a su país en una gran potencia.

Franco pasará como han pasado tantas cosas en la historia de España. Pero esta imagen de un país lanzado en una carrera desenfundada hacia el futuro, no la podrá detener nadie, ya. Los cambios que vengan —y que yo percibí claramente en los pocos

días que estuve en Madrid— será la consecuencia inmediata del otro cambio más profundo que se ha operado ya en las entrañas mismas de la tierra de Don Quijote.

En la huella de García Lorca. Sobre García Lorca tengo dos versiones distintas. La que me dieron hace cinco años en Madrid y la que traigo ahora, en 1965, de vuelta de mi último viaje a España. Aquí van ambas.

¿Qué pasó con García Lorca?

Esta pregunta me la hice 100 veces en Chile y se la hice a mi vez a los refugiados que llegaban llenos de nostalgia al Santiago de la Nueva Extremadura.

Ya sabemos que lo mataron. Y quien lo mandó matar. Según versión de escritores amigos del poeta y autor dramático, la verdadera culpa la tuvo ese sargento de la Guardia Civil, tonto como una escobilla de dientes, que no entendía nada y que le tenía guardada una venganza oscura como un pozo, desde los tiempos que el genial poeta granadino había escrito sus célebres versos sobre los charolados y verdosos soldados de la guardia rural española.

Hace cinco años, la primera vez que estuve de paso en España traté de comprar libros de Federico, y la respuesta maquinal en todas las librerías fue la misma:

—No está . . . figura en el Index del régimen.

Ahora, pasados justamente otros largos y melancólicos cinco años he vuelto a hacer la pregunta, y la respuesta ha sido sonriente, amable y positiva.

—¿Qué obra de García Lorca quiere . . . ?

El hecho real es que el pesado telón de hierro, de incienso o de mirra que había caído sobre la sangrienta sombra del escritor, ha desaparecido oficialmente. Se puede leer “Bodas de Sangre”, “La Casa de Bernarda Alba”, “Rosita la Soltera” y el célebre “Romancero” en que chorrean gitanos y guardias civiles bajo los cielos más morados de Andalucía. ¿Pero se puede dar su teatro . . . ?

La respuesta oficial —y que copio textualmente— es la siguiente:

—No se puede dar su teatro porque la familia se opone. El Estado le da el visto bueno para que la romántica Rosita se siga

quedando soltera y para que el deseo cabalgue en los mejores potros enlutados de Bodas de Sangre, pues los parientes no dan el visto bueno necesario.

No me consta el dato. He preguntado a veinte escritores de la llamada —igual que en París— la “Nueva Ola”, y la respuesta ha sido:

—Se dice oficialmente que la familia se opone por odio al actual régimen franquista, pero la verdad es que, en el teórico caso de tratar de estrenar una obra suya, se colocarían toda clase de *pegas* para que esto no ocurriese.

El hecho es que se puede comprar un libro de Federico en una librería cualquiera. Se puede hablar del autor del Romanero y citarlo en conferencias oficiales. Declarar públicamente que después de él, sólo con Rafael Alberti, actualmente exilado en Buenos Aires, termina la época de oro de la poesía española de estos tiempos que cierra dramáticamente Miguel Hernández con su “Viento del Pueblo”, y que los poetas jóvenes actuales están muy lejos de los tres anteriores.

Sí. Se le puede leer, pero de estreno no hablemos. No sé si por culpa de la familia que vela junto a la sangre vertida en Granada, —en su Granada—, o por una orden que viene de arriba. De demasiado arriba.

La vuelta de Federico. Ahora está de moda García Lorca en España. Se exhibe actualmente en la vieja sala del Eslava, la “Yerma” que conocimos con Margarita Xirgu en Chile, hace montones de años... Esta vez Aurora Bautista hace el duro y fuerte papel que hacía Margarita, y Alvarez Diosdado nos entrega un varón de esparto y de piedra tal como lo soñó el poeta granadino.

Sala llena, cola hasta la esquina, localidades agotadas hasta un mes más por lo menos, comentarios prudentemente breves de parte de la crítica, pero antes que nada un suceso teatral y social de primera línea...

Una semana antes había llegado a Madrid una redactora de *Paris Match* con dos fotógrafos a pesquisar al detalle, en Madrid y Granada, el breve paso de Federico sobre la tierra... La muchacha —con unos lentes de estudiosa que apenas se los podía— entrevistó largamente al poeta Luis Rosales, y a todos

los que le dieron la mano alguna vez al autor de "La Casada Infiel".

Y es que Federico está de vuelta. De vuelta en la escena, en el periódico y en la charla callejera. Está de vuelta en los Romances que ahora si que trepan por todas las vitrinas de las librerías y en las peñas de la Gran Vía, de Alcalá y la Castellana.

Como el Cid, ha ganado su última batalla después de muerto. La prohibición de dar teatro suyo, que duró largos 25 años, ha cesado ante el entusiasmo espontáneo de la gente joven que lo reclama y de la presión de todos los círculos literarios jóvenes y viejos.

Francia se interesa por él, se le publica en 20 idiomas a un tiempo y regresa en gloria y majestad y con sala repleta, ante el público de Madrid . . .

Claro que ante este teatro desbordante, ante esta platea que aplaude y hace levantarse veinte veces la cortina, ante la cola que llega hasta la placita próxima, ante la taquilla que dice puntualmente todos los días "localidades agotadas", hay, naturalmente, un interés político que no puede pasar inadvertido para el inteligente lector . . . Y no cometeremos la falta de respeto de intentar explicarle el por qué . . .

Pero Federico ha regresado definitivamente a su Madrid. Aunque no se sepa dónde están sus huesos . . .

A la sombra de Goya. Goya está vivo en España. Vivo como en los buenos tiempos cuando se paseaba con colero y de mal genio por la Puerta del Sol. Y está vivo en el Prado, en las casas particulares y en la nueva exposición que se acaba de abrir en El Casón de El Retiro.

Se trata de cien telas, entre las cuales se destaca el retrato de la Duquesa de Chinchón, el Caballero de Puñoenrostro, el Rey Carlos III, etc. La mayoría de los cuadros han salido de colecciones privadas de viejas familias nobles españolas del siglo pasado que han accedido dejar que el verdadero público español tenga acceso a esa maravilla de color y de fuerza.

Porque Goya es eso. En España en mangas de camisa y con olor a aceite y a sudor. En la España que hizo la lucha contra los franceses y que toreaba en la plaza, haciendo la suerte de Don Tancredo. La España de las manolas y de los frailes gordos

como toneles. La España de la Duquesa de Alba y de los *Caprichos*. Una España que está pintada de negro y en que la sangre palpita al fondo del paisaje. Velázquez es el lujo palaciego, los oros y los bronce. Murillo, los azules de las vírgenes y los blancos de los ángeles. El Greco, los lutos funerarios que trepan hacia el cielo con los ojos abiertos. Sólo Goya es España pura, sin pellejo, sin piel, sin cutis, con los huesos al aire.

Por eso ha habido cola en la exposición desde el primer día. Los españoles no han ido a ver cuadros, sino a verse ellos mismos. El demacrado fraile de hoy, es nieto del de los días de la Independencia. La marquesita de la calle Serrano que tiene una abuela solemne y con cara de medalla, que se toma el aperitivo en el Palace, sabe que sus parientes lejanos estuvieron fijos y rígidos ante los pinceles del genial pintor.

Por eso Goya no pasa. No puede pasar. En el Prado, o en las viejas casas solariegas de la Castellana, es siempre el mismo. Un español tan alto como la Giralda y tan huesudo y metafísicamente profundo como los molinos de don Quijote.

En el fondo no ha sido una exposición de telas de Goya, avaluadas en millones de pesetas, sino una parada militar de España que ha sacado lo más íntimo de ella, del viejo arcón de los recuerdos, y la ha exhibido en una vitrina.

¡Y cómo habría gozado el bueno de don Francisco Goya y Lucientes si hubiera ido la otra tarde a la Plaza de las Ventas a ver una corrida a la usanza de su época!

Desde luego la firma del pintor en el ruedo, dibujada en la arena: "Yo, Francisco de Goya..." Y luego los "guardias de corps" vestidos como en las lejanas tardes de 1795. Y los toreros con coleta, red y chaquetilla como en sus propios cuadros que están en el Prado. Y las mujeres con mantillas más negras que todos los lutos juntos. Y los coches con el corregidor de peluca empolvada que solicitaba permiso para iniciar la corrida. Y elregonero a caballo que rogaba al público "que no tirara perros ni gatos vivos o muertos a la plaza, ni dijera malas palabras..." Todo en una palabra estaba calculado para saltarse dos siglos a pies juntos y caer de lleno en la buena y lejana época en que el maestro se divertía pintando a todas las brujas y caprichos que andaban por Madrid...

Lo de menos fue la corrida misma con seis malos toros y unos torerillos regulares. Ni la suerte de banderilles ni los pasos por alto. Ni el rejoneo a caballo. No. Lo que importó fue el clima histórico de la plaza.

Las mujeres se veían preciosas con los peinetones y los madroños. Y yo mismo, que soy más chileno que la esquina de Ahumada con Huérfanos, me sentí, no sé por qué, como si hubiera sido amigo del maestro y le hubiera hecho una entrevista hace 180 años junto al Manzanares mientras él preparaba la tela y los pinceles para ir a ver a la Duquesa de Alba, que lo estaba esperando sin sostén, lista para posar como Maja Desnuda. Y hasta el cielo cambió esa tarde. Fue un cielo de Goya, revuelto y totalmente siglo XVIII. Un cielo con espesas nubes de óleo y unos pájaros que venían saliendo del tubo de pintura . . .

A la salida me parecía una falta de respeto montarme en el auto de Bobby Deglané en vez de ponerme peluca y jubón, y subir lenta y pausadamente, a un cochecito de la época de Fernando VII . . .

El fantasma de El Greco. En España no se puede caminar con tanto cuadro, tanta tela vieja, y concretamente con tanto Greco.

No basta con los que hay en la imperial ciudad de Toledo que se arregla coquetamente sus torres frente a las aguas del Tajo. Ni con la Iglesia de Santo Tomé, donde se muere todas las tardes el Conde de Orgaz. Ni con lo que exhibe el Prado. Ni con lo que he visto en diez colecciones particulares. Ni con lo que hay en iglesias y capillas.

No.

En Illescas, un pueblecito hecho para ser pintado por Azorín y comentado por don José Ortega y Gasset, he encontrado nuevos Grecos que merecen más de un párrafo.

Illescas está en una hora escasa en auto de Madrid, corriendo hacia el sur. Es un pueblo blanco, con casas de cal y labriegos recios como la pana y el esparto. Y con unas viejas de manto que parecen contratadas por la Dirección General de Turismo para darle mayor calor y sabor local al país.

Hay una iglesita que tiene fácilmente 400 años y que fue mandada construir en los buenos tiempos de los mosquetes y las tizonas, por el Cardenal Cisneros. Es una capilla seria y grave que tiene una reja del Siglo XVI, un coro tallado que es una maravilla y un púlpito de donde han caído, por lo menos, unos diez millones de Padre Nuestro a través de cuatro siglos.

Una monjita, que también parece de los buenos tiempos de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, nos abre las pesadas puertas y nos muestra los Grecos que forman el tesoro del Convento y que rara vez son visitados por los apresurados turistas y los viajeros de paso.

Sobre el Greco se ha dicho todo. Se ha especulado con esos santos largos y tristes como cirios que parecen subir hacia el cielo. Y con el juego de sus moradores, de sus rojos color sangre seca, con sus azules de pesadilla. El Greco fue el más español de los pintores de la vieja España, a pesar que había nacido entre las columnas derribadas y los capiteles rotos de Grecia... Sus apóstoles, sus vírgenes y sus Cristos, están camino al cielo, pero no se separan de la tierra. Sus atormentados ojos se abren ya en medio de las nubes y el rostro exagüe y transparente, rezuman muerte, pero los finos tobillos están enraizados aún en la húmeda tierra española. Y, concretamente, toledana...

Hay más misticismo —pero misticismo hispano que no es lo mismo— en estos santos mortuorios, o en estas vírgenes agónicas y en estos caballeros sombríos nacidos entre la tizona y el crucifijo, que en toda la vasta galería de clásicos del Prado. Por lo menos hay más España como yo entiendo España.

Y cómo sentí entre el olor a velón, a incienso y sotana que flotaban la otra tarde en la penumbra del Convento de las monjas de Illescas, así lo escribo.

Y a la salida hasta el sol —un sol color concho de vino— me pareció que llevaba la famosa firma. “El Greco...”

Balance final. Y así, con la sombra de Goya en una mano y la del Greco en la otra, subo al avión en el inolvidable aeródromo de Barajas. Atrás queda el recuerdo del país más caballero y más hombre del mundo... Y la nación en la cual encontré amigos y hermanos para toda la vida...

Y con la esperanza remota de volver algún día a estas tierras eternas, a estos cielos únicos, a esta luz desgarradora y a esta brava gente en la cual encontré, galopando por las venas, la misma sangre que yo había traído de lejanas regiones que quedaban al otro lado del mar . . .

UNA GIRA POLICIAL POR ITALIA

Por cien mil pesos chilenos, pagables en 10 cómodas cuotas mensuales viajé con mi mujer a través del norte de España, el Sur de Francia y toda Italia.

Fue en 1959 y la gracia se debió a la gentileza del Instituto de Cultura Hispánica y a la gentileza personal de un funcionario amigo que me dió el dato... ¿Amigo? No tanto, pero amigo a la española que es como ser tres veces amigo y al que había conocido el día anterior en el bar del Instituto. Después de la tercera copa ya habíamos sellado un pacto de amistad sólo comparable al de los Tres Mosqueteros, y a la quinta éramos camaradas para el resto de la existencia.

O sea lo que jamás me podía haber ocurrido en la turística Francia o en la caballeresca Inglaterra llena de niebla y de gentlemens, sólo puede pasar en España... y en Chile.

La partida. Pues bien, a los dos días montábamos en un bus y partíamos a pasar un mes inolvidable. Porque se trataba de un mes a bordo de un bus, alojados en hoteles relativamente cómodos y con una comida que, si no era la del Crillon de París, iba a ser bastante pasable. Los compañeros de viaje eran lo mejor. Era una verdadera antología de poetas y novelistas que iban desde Leopoldo Panero, y Luis Rosales, pasando por la irónica sonrisa de José María Souviron que era viejo amigo de Chile, se había casado en Santiago hacía años y había regresado finalmente al clima y a la brisa de su patria. Panero y Rosales eran inseparables. Eran amigos las veinticuatro horas del día, y bastaba preguntar por uno de ellos para que saltara inmediatamente el otro. José María hacía de diplomático guión entre ambos. En cuanto al guía, se trataba de un muchacho ronco y parlanchín y uno de los hombres más simpáticos que me ha tocado conocer y que tenía la única falla (si se trata de una fa-

lla) de que le rendía culto de la mañana a la noche, a su lejano antepasado Juan Tenorio. Experto en niñas argentinas que querían conocer el Escorial y en francesitas en busca de la huella de Don Quijote, no daba sentimentalmente abasto todo el año.

La muerte del Duce. En Francia nos recibió Marsella con los brazos abiertos. En Milán me dediqué por mi cuenta a averiguar lo que se sabía y se ocultaba sobre la muerte de Mussolini y caminando por la calle, conocí a un muchacho que me dijo a la cuarta copa de chianti...

Tratan de borrar al Duce. Los demócratas cristianos y los comunistas pretenden ignorarlo y lo han sacado con forceps de la historia de Italia. Los mismos que vivieron veinte años prostrados a sus plantas y que caían en estado de éxtasis cada vez que abría los labios en el balcón del Palacio de Venecia, son ahora los liberadores que no quieren saber nada de él. Yo tengo un amigo que fue uno de los que disparó contra el Duce... Sí... cerca del Lago Giarda... Con la Petacci al lado... Era un comunista que había hecho la guerra de Liberación con las armas en la mano. No era un aparecido ni un allegado en el último momento. No. Se había ganado los galones de capitán en la montaña y en los bosques... Ahora es uno de los dirigentes máximos del PC y está en Rusia... El me contó la historia... Contra lo que me dijo, el Duce cayó bravamente. Le dijo a Audisio (el coronel Valerio¹). "Dispárame al corazón..." Y se abrió el abrigo negro que llevaba. Llovía torrencialmente y había sacado a Mussolini y a la Petacci de un hotelito en que dormían. La escena fue tan rápida que no le dejaron tiempo para vestirse. Le dijo a sus captores. "Déjenme por lo menos ponerme los calzones". Le contestaron: "Para lo que vas hacer ahora, no los necesitas"... Los sacaron a empujones en medio de la expectación del dueño del pobre hotelito en que habían pasado la noche... El Duce contestó indignado: "Si quieren me matan, pero no me vejen"... Los carceleros se rieron y le mostraron secamente un coche que esperaba afuera con el motor en marcha... Durante 10 minutos caminaron a

(1) "El Coronel Valerio es actualmente diputado del Partido Comunista Italiano".

través de los senderos enfangados de la montaña. El Duce iba silencioso. Un *partisano* le había colocado el cañón de la pistola en la nuca. Bruscamente Valerio detuvo el auto y se bajó en una *trattoria*. Llamó insistentemente a la puerta. Después de unos minutos salió el dueño. El Coronel le pidió un teléfono. Como dudara el pobre hombre, le dijo algo al oído mientras lo encañonaba con una ametralladora. El hombre hizo un gesto de estupefacción y abrió la puerta... Valerio habló por el viejo teléfono del hotelito de la muerte. ¿Con quién...? Ahí está el detalle. Nada menos que con Palmiro Togliatti que era el Jefe máximo del PC en toda Italia. De esa charla secreta naturalmente no hay ni habrá jamás versión definitiva. La verdad fue que le preguntó qué hacía con el Duce. La respuesta fue rápida: "Matarlo inmediatamente... No le des tiempo de nada... Que el cadáver lo lleven después a Milán... Procede inmediatamente..." El Coronel Valerio salió y montó en el coche. En el otro que protegía la retaguardia, iba mi amigo... Llegaron a un claro. Había dejado de llover por unos segundos. El cielo estaba negro... Hicieron bajar a Mussolini... La Petacci insistió en acompañarlo. Le dijeron...

—Ud. no... Sólo el *cavagliero*...

La Petacci insistió y se colocó junto a su amante. Mussolini estaba color tiza. Los ojos dilatados y rojos por la falta de sueño y las emociones de esa, su última noche... Daba la sensación de una monstruosa caricatura. No temblaba ni tenía miedo. Mi amigo dijo que la versión que se ha hecho circular y que lo presentan como un cobarde, es totalmente falsa. Estuvo vertical y entero hasta el final... El Coronel Valerio le disparó un tiro. Falló. Cambió de pistola. También falló. Pidió un fusil ametralladora y falló por tercera vez. En ese momento saltó como loca la Petacci y se colocó entre el victimario y la víctima. Ella recibió la primera bala. Cayó a los pies del Duce. Fue entonces cuando Audisio encañonó certeramente a Mussolini a tres metros escasos de distancia y disparó. El Duce había pedido que lo hicieran al corazón, y al corazón le dispararon. No bastó... Vivía aún cuando se desplomó lentamente y cayó de rodillas. Audisio se le acercó y le dió el tiro de gracia... Eso fue todo.

—¿Y su amigo?, preguntamos...

—Fue tan feroz la impresión que le provocó la muerte del jefe del fascismo que no quiso saber más de Italia. Como había hecho carrera en el PC a través de la Liberación, lo enviaron a Moscú. Lo último que me dijo fue: “No volveré jamás . . . Me basta con lo que vi . . .”

Esta fue la breve charla que tuve con el desconocido amigo de Milán. Más tarde me llevó al sitio en que habían colocado los dos cadáveres. Era una bomba de bencina que ya no existía . . . Allí estuvieron colgados de cabeza durante un día entero y donde fueron escupidos por la multitud. La pobre Petacci estaba con el sexo a la vista y una mujer caritativamente le subió la falda . . . Luego los enterraron en un punto que sólo el Comité Central del PC italiano sabe y se echó abajo la bomba de bencina para impedir los homenajes y las flores . . .

Montecassino. Dejamos atrás Milán en el bus y llegamos hasta Montecassino. El viejo convento que fue arrasado totalmente por las bombas en los días de la guerra, se ha levantado como por milagro. El mismo estilo, los mismos detalles, los mismos torreones, las mismas murallas y hasta la misma pátina sobre la piel gris de la piedra . . . Un italiano nos cuenta como fue la batalla.

—Allí estaban los aliados. Aquí adentro los alemanes. Caían más de veinte bombas por segundo. En toda la noche, la oscuridad era derrotada por los obuses y los estallidos de la dinamita. Fue un Stalingrado casi tan salvaje como el de Rusia. Yo tenía 15 años menos y era un *bambino*, pero me acuerdo perfectamente de aquellos tres meses infernales . . . Esto sí que era el infierno del Dante. ¿Cuánta gente cayó entre ambos bandos? Nunca se sabrá . . . Miren Uds. mismos . . .

Y miramos. En los suaves campos que dan la sensación de una dulce pintura de Millet, hay un bosque de cruces blancas hechas de madera. A un lado están los alemanes. A otro los americanos . . . Son miles, cientos de miles que trepan las colinas, bajan al llano, descienden hasta un río lejano y se esconden a la sombra de los finos pinos que montan guardia en el horizonte . . .

Esto fue hace 15 años . . . En 15 años la tierra se comió los huesos, borró la terrible escena de la batalla y se llevó el rumor

de las bombas. Los monjes volvieron y se pusieron a trabajar duramente. En menos de dos años el paisaje había vuelto a ser el mismo y el Convento se levantaba místicamente hacia el cielo como si jamás hubiera pasado nada.

Florenzia. En Florenzia se desmayan los poetas ante un atardecer en la plaza de la Signoria, mientras yo busco infatigablemente nuevas huellas de la guerra. Contemplo los viejos puentes sobre el Arno que vieron pasar al Dante y a Beatriz. Un muchacho italiano con la piel color cochayuyo, me explica.

—Los boches volaron todos los puentes, menos el Veccio . . . Allí está . . .

Y allí está efectivamente la máxima maravilla del Renacimiento. Ese puente arqueado y lleno de tenderetes que se curva sobre las aguas del río y por el que pasaron los últimos soldados alemanes empujados por el torrente americano que avanzaba como una tromba.

Eso había sido hacía dos lustros. Ahora sólo nos rodeaba una emocionante tarjeta postal coronada por una Basílica que se veía más vieja, en 1959, que hacía dos siglos . . .

Una rubia misteriosa. Pero fue en Roma donde nos esperaba la máxima aventura. Nos acompañaba durante la gira una hermosa rubia que hacía de guía. La guía era italiana y como para la mayoría de sus compatriotas, América del Sur significa para ellos estancias, cafetales, selvas, y, antes que nada, diamantes y perlas. Para los italianos los habitantes del lejano continente “tienen” que ser ricos. Fabulosamente ricos y vivir entre volcanes y tribus de indígenas que le rinden cortesía. Un siglo y medio de diplomacia normal y millones de dólares gastados en Embajadores y cónsules, no les han variado en lo más mínimo la versión. La guía creía que nosotros, por ser chilenos, teníamos que vivir sentados en tronos de oro macizo. Y nos habló largamente de su novio que era un conde italiano que vivía en Roma y al que le encantaría conocer a una pareja de chilenos . . . Mi mujer y yo nos dimos cuenta de la ingenuidad de la muchacha y le dijimos naturalmente que con todo gusto iríamos a su casa.

Cuando llegamos a la capital nos recibió la Semana Santa. Semana Santa en la ciudad más santa y más católica del mundo. Cardenales con caperuza de armiño en San Pedro, y miles

de miles de turistas en la calle. En el hotel hice un breve balance del capítulo fondos y llegué a la conclusión que nos quedaban 400 dólares en *traveler cheks*. Los únicos 400 dólares que tenían que aguantar heroicamente durante todo el viaje.

El Conde. Recibimos una llamada de la guía en la tarde para que fuéramos a la casa de su fabuloso prometido a tomar una copa y a comer el célebre *colomba motta* que es el tradicional pan de Pascua de los italianos . . .

Una casa que había sido imponente. Un ex palacio que mantenía aún altivamente algo de los tiempos idos. Una mansión que olía a moho y a pasado y que trataba de figurar entre los verdaderos palacios de la orgullosa Roma, por un palacete auténtico en que vivía la antigua nobleza con el escudo de armas en la puerta . . . Un muchacho rubio resultó ser el conde, y una anciana fina y distinguida, la señora condesa. Además había una mucama que, nadie sabe por qué, no se limitó a recibir los abrigos, los paraguas y a servir una copa, sino que cada dos minutos entraba y salía de la habitación con cualquier pretexto.

Los anfitriones nos parecieron la típica familia noble venida a menos que trataba de mantener en alto el pendón y la sangre azul. Finos, pálidos, de buenos modales, hablaban un italiano exquisito que recordaba un poco el inglés que yo había oído antes en los Corredores de Cambridge . . .

Nos invitaron una, dos y hasta tres copas y conversamos largamente. El conde era dibujante y hacía seriales cómicas que le gustaría colocar en la prensa española. Naturalmente, le dije que con todo gusto y me mostró algunos monitos que "podían" pasar en el país de Mingote y de Summers. Como hacía un calor infernal y la estufa estaba encendida, pedí permiso para sacarme la chaqueta . . .

La condesa me contestó sonriente:

—Naturalmente, déjela Ud. en la silla, en esa que tiene al lado . . .

Me saqué la prenda y seguimos la charla.

Entró la mucama y se llevó la silla con la chaqueta naturalmente. La colocó en el pasillo y más tarde, cuando traté de seguirle la pista, vi que la silla y chaqueta habían emprendido la huída hacia el interior de la casa.

No me llamó mayormente la atención y cuando sonaron las nueve de la noche pedí mi chaqueta, le besé los pálidos dedos a la condesa, le estreché la mano al conde y le prometí que lo haría famoso en la prensa española . . .

A las nueve y media estábamos en el hotel, cuando . . .

Robados. Cuando decidimos ir al cine. Buscamos una sala próxima y estábamos a punto de partir cuando revisé maquinalmente la chaqueta. La chequera no estaba. Ni rastros de ella. Perder cuatrocientos dólares es molesto en cualquier parte, pero mucho mas molesto si se pierden en el extranjero en una gira de turismo y sin posibilidad alguna de pedir un préstamo. Volví a revisar bolsillo por bolsillo. Mi mujer volcó su cartera. Nada. Los dólares habían emprendido el vuelo misteriosamente. No se podían haber caído en la calle. No estaban en el hotel. No estaban debajo de la cama. En una palabra tenían que haber sido escamoteados finamente en la casa de la distinguida condesa . . .

Hicimos todos los cálculos y argumentos posibles . . . y llegamos a la misma conclusión. En la señorial casa de los nobles italianos venidos a menos se había realizado el robo. La simpática guía trabajaba de cebo y la mucama era la cómplice de la orgullosa familia que, aprovechaba la ingenuidad de los turistas, para hacerse unas ganancias extras. Estaba más claro que el agua.

Con la indignación del caso nos pusimos en acción.

Llamé por teléfono al conde. Contestó la madre y me dijo que había salido.

—¿A qué horas vuelve?

—Fue a dejar a su novia y regresará como a las doce.

Cambiando el tono amable, le dije:

—Dígale señora que lo llamó el periodista chileno invitado a su casa . . . Que se trata de algo grave . . . ¿Oyó bien . . . ? Muy grave que acaba de ocurrir . . . Que me llame apenas llegue . . . Sí, aunque sea las cuatro de la mañana. Que es de vida o muerte . . .

La señora lanzó algunas asustadas exclamaciones en italiano y colgó el fono.

Aparece el culpable. No dormimos esa noche. Como a la una de la madrugada sonó el teléfono. Era el conde.

Textualmente le dije:

—Ud. habla con Mundt, el periodista chileno que estuvo esta tarde en su casa. Allá me robaron . . . Sí . . . No se asuste . . . Me robaron cuatrocientos dólares . . . Sé que la palabra robo es un poco fuerte, pero es la única que se puede usar en estos casos . . . No . . . No lo culpo a Ud. y menos a su madre, pero el hecho es que llegué allí con los dólares y a la vuelta, sin pasar a ninguna parte, me quedé sin ellos. Si no aparecen inmediatamente, llamaré a la Embajada de Chile, al consulado y a la Jefatura de Policía . . . Acuérdesse que soy periodista y bastante conocido en mi país . . . ¿Qué?, ¿Qué pasará . . . ? Que allanarán su casa y se ubicará al ladrón. No. No lo culpo a Ud. lo repito, pero la mucama . . .

Me interrumpió indignado . . .

—Es de entera confianza y hace veinte años que está al servicio de la familia.

—Perdóneme. Su madre hace un momento me dijo que estaba sólo desde hace unos meses . . . Pero no discutamos . . . Interróguela, revise la casa, hable con su madre, busque debajo de los muebles, haga lo que quiera, pero necesito mis cuatrocientos dólares . . . Sí, cuatrocientos . . . ni uno más ni uno menos. Y hoy mismo, a primera hora . . . Buenas noches.

Y colgué.

Un préstamo. No dormimos esa noche. A las ocho apareció el camarero y me dijo que alguien me necesitaba en el hall.

Bajé. Era el conde. Un conde de impermeable y pijama debajo, con la barba crecida y una perfecta cara de cadáver.

Entrecortadamente me dijo:

—No hemos podido hallar absolutamente nada . . . Pero como se trata de personas distinguidas que han visitado nuestra honorable casa, hemos resuelto con mi madre reunir rápidamente la cantidad de liras equivalentes a los dólares perdidos . . . Aquí están . . . Se trata de un préstamo . . .

Se sonrió forzosamente.

—Un préstamo que naturalmente no tiene urgencia . . . Es casi una devolución simbólica que le hacemos por la molestia que han pasado.

Insistió:

—¿Han llamado a la Embajada de Chile?

—Todavía no, pero mi mujer está tratando de comunicarse por el otro teléfono del hotel...

Saltó:

—Por favor... Que no hable... Que no haya escándalo... Piense Ud. en el honor de una familia que tiene varios príncipes a través de su historia... ¡Qué dirían los parientes! Dígale que corte y que el dinero ha vuelto aunque no sea en dólares.

Y me estiró un sobre.

Lo tomé velozmente y se lo lancé a mi mujer que llegaba en ese momento.

—Cuéntalo Kanda...

Mi mujer lo contó. Las liras equivalían exactamente a los cuatrocientos dólares perdidos...

—Gracias, contesté secamente y le volví la espalda.

—De nada, balbuceó el misterioso conde mientras partía con su impermeable, su pijama y su barba trasnochada.

Y naturalmente, a la vuelta del viaje no apareció la rubia que nos servía de guía. Había amanecido repentinamente enferma y no podría continuar la gira con nosotros... En cuanto al conde, honra y prez de la orgullosa aristocracia italiana, jamás recibí un par de líneas suyas cobrándome su generoso "préstamo..."

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

En 1959 me dí cuenta que iba estallar un golpe de estado en Argel. Yo vivía en ese tiempo en Madrid y era amigo de Emilio Romero, Director del diario "Pueblo". Sabía, por estar perfectamente al día a través de los diarios franceses e ingleses, que existía un clima de guerra en Argel y que los elementos nacionalistas y enemigos del General De Gaulle querían levantar a Argel en armas contra la metrópoli, y que lo harían de un día a otro.

Le insistí veinte veces a Emilio Romero en la necesidad de mandar, o de mandarme, para ser más preciso, como corresponsal al territorio mismo donde iban a ocurrir los grandes acontecimientos.

Me dijo que no. Me volvió a decir que no. Me repitió por tercera vez el no, pero una madrugada me llamó por teléfono para decirme que estaba listo el pasaje para partir a Argel y que el golpe de estado había estallado efectivamente.

Ortiz y Lagaille se habían levantado en armas y se habían tomado la Universidad de Argel.

Mi mujer tuvo la amabilidad de ofrecerme una copa de champagne de despedida y a las doce del día partí de Madrid después de haberle estrechado la mano a ese estupendo camarada de oficio que se llamó Santiago del Campo, y a su mujer Blanquita Garín.

A la una estaba en París y a las cuatro en Argelia.

Guerra civil. Ardía el aire, salpicaban las balas, nos allanaban en todas las esquinas, zumbaban los tiros y en la Universidad y en la Plaza del Forum había un cordón de hierro que tenía que estremecer a un periodista novato como yo en la materia, que nunca había tenido una verdadera guerra civil por medio.

Reporté el golpe de estado. Me conseguí un casco y un uniforme de soldado y hasta una ametralladora portátil para caminar entre los soldados y llegar hasta la zona del peligro. Y entre un corresponsal del diario *Figaro* y otro del *New York Times* vimos cuando Lagaille salía con una barbilla de mosquetero y la bandera tricolor en la mano desde la Universidad rendida, recibiendo los homenajes de unos enemigos caballerosos y correctos que le rendían honores en su calidad de vencido.

Ese fue mi gran golpe de estado. Mi gran guerra civil. Mi gran revolución. Caminé entre tiros y huellas de balas. Vi los muertos destripados en las calles y la gente huyendo bajo las ráagas de ametralladora.

En una máquina, con las teclas distintas a aquellas a que estaba acostumbrado, escribiendo lenta y prudentemente para no equivocarse los nombres de los heridos y las bajas, envié unas crónicas para "Pueblo" que cruzaron el viento del desierto y las aguas del Mediterráneo para ir a alojarse, como pequeñas y laboriosas abejas, en las columnas del diario.

Nunca he tenido la guerra más cerca. Nunca la he vivido en forma más personal y nunca he sufrido tan en carne propia lo que es una contienda armada, cuando la muerte camina vestida de soldado por todas las calles y se detiene en las esquinas ante el brillo fulgurante y metálico de una bayoneta calada.

A TRAVES DE LA CORTINA

¿En qué se nota la Cortina de Hierro, la terrible Cortina que hace crujir las prensas de todo el mundo y que más de alguien se ha imaginado físicamente existente y hasta alzada como telón y biombo sobre el mundo?

Yo volé en 1960 de Zurich a Praga en la Línea Suiss-Air. Volé por el aire de Occidente a Oriente. Y de la presunta democracia, al Socialismo. Pasé sobre ríos que corrían de acuerdo con la Casa Blanca, y ríos que reflejaban el sol a la manera oriental. Ríos capitalistas y ríos comunistas. Cuando subí al avión en medio de mil reverencias de los chinitos de la Embajada de China en Suiza, estaba a un lado de la Cortina. Cuando llegué a Praga y presenté la visa checa que había costado tanto sacar . . . ya estaba en plena zona de la Cortina de Hierro.

¿Y dónde estaba la Cortina?

Estaba allí al alcance de la mano, recostada románticamente sobre el perfil de las colinas y sobre los bosques que ardían al atardecer. Allí estaba la terrible defensa de un bando y el bastión del otro. Corría invisible entre casitas blancas con techos rojos sobre los ríos y los lagos. Y mientras se hablaba pomposamente de libertad y de democracia a un lado . . . se recitaba místicamente a Engels y se le rendían honores a las barbas del anciano Marx al otro lado . . .

No noté el cambio. No lo noté hasta que vi las letras al revés, y sentí unas palabras que no había escuchado jamás. Ya no funcionaba el vacilante inglés de mis buenos tiempos de colegio. Ya el francés tenía un acento distinto, y el alemán devorado en el Deutche Schule no "andaba" en el Puerto Aéreo de Praga. Los uniformes militares tenían un color que no conocía. Asomaba la hoz y el martillo en los afiches y se dibujaban las consignas de lucha en las blancas murallas de las oficinas.

Otro decorado. Y cambió el público. Ahora asomaron los primeros rusos con calagné de terciopelo oscuro y zapatos grises excesivamente lustrados. Y negros del Congo. Y puntuales chinitos perfectamente sonrientes y con una sonrisa blanca bajo unos ojos rasgados y una piel amarilla color limón.

Había algo invisible y lejano, incomprensible a primera vista. Algo extraño que no se entendía inmediatamente y que iba agarrando a pausas. Pensé en la Praga de Benes y de los días anteriores a la guerra. Pensé en París de la otra Europa. Recordé a los sudetes y al pacto de Munich. Traté de evocar a Hitler caminando en auto abierto con el brazo extendido.

Y ahora me salía al paso una Checoslovaquia que había saltado de la democracia más avanzada y perfecta del Occidente, a los brazos de hierro de los nazis, y que luego había llegado al PC y a la bandera roja.

Aire militar. Todo estaba allí en el puerto aéreo entre los aviones rugientes que se lanzaban verticalmente hacia el cielo a mil kilómetros por hora. Y en las hoces y martillos de los afiches. Y en el clima general, el aire militar y mecánico que yo respiraba al conocer —por la primera vez en mi vida— lo que era la invisible y rígida Cortina de Hierro. No. No está . . . pero se nota apenas se le dá la mano al primer checo.

Esto fue en 1960. En 1964 volé de nuevo sobre Europa. La Cortina ya no era la misma. La habían engrasado, maquillado, democratizado, pero sigue ahí vertical en medio del viento.

Praga es la capital comunista más liberal que conozco. Prácticamente hay libertad de prensa y el contraste con la Alemania Oriental y con Rusia es neto. Esto es el comunismo casi occidental y totalmente blanco. Con catedrales abiertas y sindicatos en acción. Con la tierra socializada, pero con respeto al ser humano que opina distinto. No presenta el cuadro de la Hungría que se levanta contra los tanques soviéticos, ni con la Polonia que es un aliado obligado de la inmensa URSS.

Es un pequeño París que se mira en un Sena que se llama Moldau. Los escritores escriben lo que les da la gana y los ensayistas católicos con los que me tocó hablar, me dijeron que no sólo podían ir a misa, sino decir lo que querían sin la puntual visita de la censura o del comisario político.

Recuerda a Francia a cada momento. Se nota la presencia de una historia totalmente distinta a la de sus hermanas de la Cortina de Hierro. Hay más soltura en la vida corriente. Los cabarets están abiertos y la gente bebe lentamente magníficos vinos en los cafés y en los bares. Hay teatro sin tendencia marcada de antemano. Los diarios mismos no tienen la fatigante uniformidad militarizada de sus colegas que aparecen iguales y con los mismos textos a pocos kilómetros de distancia.

Los checos son distintos a todos los pueblos vecinos. Aquí se equivocó Hitler y se equivocará fatalmente todo aquel que pretenda hacer una vulgar y simiesca copia de lo que se ha hecho con éxito en otras partes. Los checos no son los chinos, ni los rusos. Ni menos los húngaros o los polacos. Tienen una tradición liberal que arranca de siglos y que le ha impuesto un estilo especial a su comunismo moderado y occidentalista.

Y los líderes del PC han sabido aprovechar la lección y no han querido forzar la mentalidad nacional. Se han limitado a

hacer comunismo en la parte económica, pero han tratado de dejar libre, ágil y liviano, al estilo exterior de la nación.

Se camina feliz entre tanta catedral que nos cuenta una historia de siglos al oído, por unas calles que recuerdan a cada rato a Viena y a París mismo. Dá gusto ir al cine y no tener que ver obligatoriamente la última cinta soviética con propaganda desde la primera escena, poder leer libros que NO sean necesariamente las "Obras Completas" de Marx o de Lenin. Y finalmente bailar, practicar la bohemia nocturna, acostarse tarde, discutir hasta la madrugada y sentirse relativamente libre bajo un cielo roto por las banderas rojas y las hoces y martillos.

Y hasta tácticamente el aperitivo checo es perfecto. Prepara favorablemente para caminar a través del resto de las naciones que están dentro de los metálicos bordes de la Cortina.

Se llega con prejuicios y lugares comunes previos. Se monta en el avión con un deseo sincero de ver libremente el resto y, con el vago comienzo de una sonrisa de simpatía.

Por lo menos ésto me pasó a mí en los breves días que hablé con obreros, escritores, periodistas, líderes sindicales, mujeres y hombres. Que le dí la mano a los niños y a los ancianos que tienen pegada a los ojos la imagen de dos guerras con una sinfonía infernal de bombas al fondo...

Se les vé optimistas y casi, casi felices...

Frente a Lenin. Al llegar a Rusia busqué la huella de Lenin. Antes lo había encontrado en París y en Ginebra. En un cafecito de la *Orilla Derecha* estuve sentado en la misma mesa que ocupaba el líder ruso en sus años de exilio. En una casita cerca de Montparnasse copié el texto de una placa que se ha colocado para recordar que allí vivió en los días de la Primera Guerra Mundial. Más tarde, en el "Dome" hablé con el viejo mozo que le servía todos los días su café con leche.

Cerca del Sena estuve en otro café al cual iba a menudo el viejo luchador soviético. Todavía existía la anciana patrona que recordaba vagamente haber atendido a un ruso de perilla que seguramente era "Monsieur Lenin". Finalmente en Ginebra estuve en la pobre casita de los extramuros que había usado Vladimiro Illich antes de tomar el tren blindado y partir a hacer la revolución de 1917.

Pero Moscú es Lenin. Está en cada calle, en cada avenida, en la Universidad, en los teatros y en los Museos. Y antes que nada, en la Plaza Roja donde se alza el severo túmulo que guarda sus restos.

Bajo la nieve que brinca alegremente en este terrible invierno de 1960, hago cola para llegar frente al histórico ataúd.

Antes estaba Stalin junto a él. Ahora el cadáver del líder georgiano ha sido aventado rápidamente y enterrado en un punto desconocido para el público.

Ante la pregunta: "¿Dónde está Stalin . . . ?" contesta únicamente el más discreto de los silencios . . .

Pero la llegada frente al líder de faz mongólica y de ojos tirantes, produce impresión. Una guardia de honor vela sus restos y unos focos hábilmente ocultos en las molduras de la sala, iluminan sus rasgos . . .

Antes que yo camina una anciana. Reza al enfrentar la urna. Salta por encima del comunismo y le rinde homenaje a su manera. Frente a ella un viejo obrero se detiene unos momentos y dice algo en voz baja. Un cuarto de hora antes ha desfilado un colegio entero al que el profesor les explica brevemente la novelesca historia del revolucionario que con un pequeño grupo de bolcheviques armados únicamente de coraje y de audacia, logró tomarse el poder hace más de 40 años.

Y ahora me toca el turno. Miro largamente este rostro que me contempla desde el fondo del sombrío ataúd al que las luces da un aspecto casi de aparición o de fantasma. Tiene las manos cruzadas sobre el pecho y se alcanza a divisar la bandera roja de la comuna de París, en 1870.

Se vé la inmensa frente, los bigotillos raleados, los últimos cabellos colorines y antes que nada esa expresión, mezcla de firmeza y de desprecio, que parece dibujarse aún sobre su semblante.

No tiene la calma de los personajes históricos que he visto hasta la fecha. Ni ese aire de paz de otros líderes y jefes políticos. No. Lenín habla aún a través de la ventanilla de cristal y dentro de la urna blindada. Aprovecha la muerte misma para hacerle propaganda a sus ideas. Está igual que en vida, lejos de los misterios místicos para actuar como siempre lo hizo: usando todos los recursos para defender sus ideas y hacerle propaganda a la revolución bolchevique . . .

Salimos a la calle. Sigue cayendo debilmente la nieve. Silba el viento de Moscú que es capaz de derribar a un ser humano. La cola humana se estira hasta el infinito ante la entrada de la inmensa tumba colocada frente al Kremlin. La mayoría son campesinos y obreros o niños y viejos que han viajado a través de la inmensa geografía de la fabulosa Rusia, para rendir el último homenaje a su líder.

Otros dirán que fue el Jefe, el estadista y el caudillo. A mí me da impresión de un santo laico, de un Dios mitológico y de una bandera más que de un hombre.

Y que muerto, está más vivo que nunca bajo el cielo color acero.

Los rusos. No hay nada más alegre que los rusos. Recuerdan a los españoles que están en la otra punta justa de Europa. Buenos amigos, buenos hijos y buenos padres podían ser los modelos del más burgués de los burgueses. Frente a la frialdad de otros pueblo, tienen la alegría contagiosa de los italianos y de los andaluces. . . En el cine viendo una cinta soviética, no ponen jamás ese rostro militarmente serio que ví en Suecia o en Alemania. Se les nota la facilidad para lanzar un pulla o para fabricar un chiste sobre la marcha, que parecía privilegio de los países latinos.

No se ve miseria. Esto no es propaganda en favor de determinada bandera, sino un hecho presenciado escuetamente por mí. Y no sólo en Moscú o en las grandes ciudades, sino en el campo. Desapareció la vieja *isba* de la época de Tolstoy o de Gorki. Ahora una arquitectura liviana y sencilla ha reemplazado las chozas de antaño por viviendas modernas y limpias.

Lo mismo pasa en la calle. Los rusos se ven alegres y no tienen esa cara de criminales natos que les pone cierta propaganda infantil.

No se por qué me acuerdo de Madrid, y más lejos aún de la misma Nueva York. Me explico las frases de Lenín y del mismo Khrushchev sobre lo que hay que aprender de la técnica americana y del capitalismo yanqui. Hay un aire común entre estos granjeros que veo trabajando alegremente bajo la nieve y los parceleros que vi en el Oregón hace años. . .

Alegría. En el circo la impresión crece y se hace más nítida. Los rusos constituyen un pueblo infantil y sencillo que le gusta divertirse con las cosas más elementales. Un oso que hace gracias, una jirafa inteligente, un león que baila en la cuerda o un grupo de tonies, hace las delicias de esta gente que es hermana de todos los públicos de la tierra por encima del slogang de turno y de la consigna de moda.

El Metro. El Metro es impresionante. Luce una elegancia que no se vé en Londres ni en Nueva York. Sobra y chorrea el mármol y el bronce. No parece el Metro de una capital proletaria, sino el elegante *subway* de la sede del capitalismo.

La Prensa. Leemos los diarios. ¿Leemos? Naturalmente que no. Los miramos y nos traducen algunos textos. Siempre es lo

mismo. Lo que dice uno lo repite el otro. Lo mismo que hemos visto en China y que veremos más tarde en la Alemania Oriental. No vale la pena perder el tiempo en comprar más de uno. El resto repite maquinalmente las mismas ideas y usa hasta las mismas palabras.

Coléricos. Hay jóvenes coléricos en los cafés y los bares. Y hay trago como en el occidente. Y hay clases, o por lo menos matices de clase que se visten mejor y más elegantemente que el resto. El obrero no vive igual que el ingeniero. El funcionario del partido y el escritor de fama (que recibe derechos de autor) no tienen casas iguales al proletario y el granjero. El gobierno soviético cuida de sus técnicos y los trata con guante blanco... En la calle ruedan pequeños autos, cómodos y rápidos, como Fords de hace 20 años en que marchan perfectamente vestidos a la europea, los arquitectos e ingenieros que trabajan en la gigantesca reconstrucción del país.

La contienda. Y finalmente la guerra está en todo momento asomada en la vida soviética. Está en los monumentos, en los desfiles y en las marchas, en las novelas y en el cine. En el teatro y en la Opera. Y antes que nada, en los rostros de estas abuelas que caminan de manto negro bajo la nieve igual que sus antepasados y en estos viejos de rostro de madera que deambulan por las inmensas avenidas vacías...

Nos muestran las defensas de Moscú y de Leningrado. Se conserva la línea de las trincheras rusas y alemanas. Cada casamata es un recuerdo y cada alambrada sobre la que se paran inocentemente ahora los pájaros, es una evocación de los días terribles que le costaron al país diez millones de cadáveres que se pudrieron bajo el sol y bajo el hielo...

Y esto le dá al comunismo ruso un caracter extraordinariamente nacional. Esto no tiene el tono de la Alemania Oriental, ni de Checoslovaquia.

Esto es ruso. Ruso como en la época de Catalina y de Iván el Terrible. Igual que en la época de los zares. Guerrero, nacional y sentimental. Que se emociona con una canción y que se pone a desfilar con una marcha guerrera.

Me río de la gente que habla de los "sin patria" y de los internacionalistas químicamente marxistas.

Y nunca me ha parecido una multitud más nacional y más entroncada con su pasado histórico que esta cola de hormigas con pañuelos en la cabeza o con inmensos gorros de piel, que espera horas de horas con una temperatura de 20 grados bajo cero, para poder rendir homenaje a ese gran abuelo rojo que los espera en el fondo de un ataúd y casi sobre un altar, y que se llama Nicolás Lenín.

Para ellos no es el Jefe de una revolución que hablaba de lucha de clases ni de plus-valía, sino un líder nacional que amó la tierra rusa por encima de todas las cosas en este mundo.

Lo que hay detrás... Me despide una nube de aviones. En tierra y en el aire. Grandes y chicos. Bombarderos y cazas, pero máquinas de guerra en todo caso. Lo último que veo son uniformes de soldados y generales. Brillan las charrateras y los botones dorados. Todo tiene un aire bélico que hace meditar mientras la máquina se pone lentamente en movimiento.

Rusia no es un juego. Esta nación desangrada a través de la guerra más salvaje de todos los tiempos, no habla en vano. Ni amenaza por amenazar. Está lista y con el dedo en el gatillo. Y si llega el momento, se pondrá pesada, pero eficazmente en marcha... y con todo el Oriente a sus espaldas apesar de los roces aparentes con los comunistas de ojos rasgados y piel amarilla que están más allá de la frontera.

Resumen. Pero nunca falta el amigo de buena fe que pregunta a la vuelta.

—¿Te gustó Rusia? ¿Hay libertad? ¿Se comen a los niños? ¿Viven como ratas? ¿Se alimentan mejor que nosotros? ¿Qué es mejor, Rusia o Estados Unidos?, etc. etc.

La respuesta tiene que ser objetiva y al margen de las simpatías políticas de cada cual.

Sí. Me gustó Rusia. Me encantó su pueblo heroico. No se comen, sino que adoran a los niños. Se respeta a los ancianos. No se persigue a los curas, (yo mismo asistí a misa con la misma facilidad que lo habría hecho en la católica Roma). Se construye desesperadamente para derrotar el recuerdo de la guerra. No hay libertad de prensa a la usanza occidental ni se practica la democracia al estilo nuestro. Sobra la propaganda en todos los

aspectos. Hay magníficos novelistas y estupendos pintores y el país está en marcha. Victoriosamente en marcha.

¿Con la hoz y el martillo . . ? Si señor. Con la hoz y el martillo y la Internacional al fondo, pero con un sentido de patria que ya se la quisiera cualquier nación de las que están más allá de la inflexible Cortina de Hierro. Pero dentro de la dictadura asoma lentamente el *deshielo*, se dibuja una tímida libertad y avanza cautamente un tipo de democracia que no tiene nada que ver con la primera etapa del año 17 y de los siguientes.

¿Es el ideal?, ¿Es la solución total a todos los problemas divinos y humanos?, ¿Debemos imitarlos servilmente?

¡Ah . . !, esa es otra cosa y no creo que haya un sólo líder ruso lo suficientemente ingenuo como para pedirnos que saquemos una copia a roneo de su sistema.

Y con una mezcla de respeto y de temor, dejamos esa inmensa torta de piña helada que se va borrando lentamente por la ventanilla del avión . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EN EL PAIS DE LOS OJOS RASGADOS.

En 1960 viajé a China desde Santiago de Chile. Salté de mi capital a Ginebra, de allí a Praga y pasé por Pekín después de haber estado en Moscú. Treinta horas de viaje en los aviones más rápidos en que he volado jamás. Aviones de dos pisos, con doble corrida de asientos y con camareras a bordo que iban cambiando el color de ojos desde el oscuro de mi tierra a los azules europeos, para terminar en los rasgados y perfectamente mongólicos de la China de Mao.

Flores y té verde. Apenas nos bajamos del avión nos recibieron con flores. Siempre reciben con flores, se trate de hombres o mujeres, e inmediatamente nos dieron té verde sin azúcar. Intomable, imbebible, inamisible, pero que iba a ser nuestro compañero de viaje a través de veinte inolvidables días. El chino sin té, no es chino. Es un ente dormido, melancólico y solemne que habla poco y se refugia en los gestos. China es el país de la mímica. Hay que subentender lo que nos quieren decir a través de una sonrisa amable, de un gesto vago, de un movimiento de la mano, de una reverencia o de una genuflexión.

Una pregunta. En la Delegación iban dos periodistas comunistas, pero también iba un repórter que trabajaba como corresponsal de la revista "Times" y "Life". Esto era el imperialismo en persona para los amables chinos. Una dama de anteojos, seria y grave como un Comisario soviético, me hizo la primera pregunta diplomática sobre "que es lo que iba a opinar el sonriente y amable visitante de China cuando tenía íntimas conexiones con los intereses norteamericanos".

Durante diez días recorrimos cinco grandes provincias. Estuvimos con los obreros, con los campesinos, con los escritores, con políticos, dirigentes sindicales, estudiantes, pintores, artistas de ballet, de teatro y circo.

Los niños. En una Guardería Infantil tuve ocasión de jugar con los niños chinos. Ciento cincuenta mil niños chinos. Acostúmbrase el amigo lector a multiplicar las cifras por treinta veces por lo menos para ponerse a tono con un país que tiene 700 millones de habitantes.

No hay nada más simpático que los niños chinos. Son juguetes con cuerda, graciosos, amables, chispeantes, pícaros y maliciosos, que transformarían a cualquier papá chileno en un candidato a papá chino.

Los viajes. Pero son los ancianos de la antigua China los que dan la dimensión exacta del país. Parecen banderas solemnes llegados de otra época con largas barbillas lluviosas, gorritos de terciopelo, manos de marfil y alegres coletas.

La comida. Pero llegó la hora de la comida. En el hotel en que estábamos alojados, habían dos restaurantes: uno occidental y el otro oriental. En el primero se comía lo que corrientemente consumimos en nuestro país. En el segundo se sirve la mejor colección de lagartos, arañas, ratitas, culebras, coleópteros y otros bichos extraños que navegan en la más agradable de las salsas. Hay gente que dice que la comida china es incomible. Yo declaro que a pesar que la comí muy poco, es una de las más sabrosas que he devorado jamás.

Diarios. Nos llevaron a los diarios. En un país de 700 millones de habitantes hay dos inmensos diarios de cuatro páginas cada uno que se llaman respectivamente el "Diario del Pueblo" y el "Diario de la Juventud". Pequeños caracteres como dibujos y arabescos que trepaban por las hojas de papel de arroz y que le iban mostrando a la sumisa población china lo que pasaba en el país de acuerdo con el último comunicado del Comité Central del Partido Comunista Chino.

En todas partes estaba presente la propaganda. Carteles, letreos, rótulos, fajas de seda encarnada de terciopelo o de lo que fuera, estaban tendidas a la salida de las fábricas, de las escuelas, en las plazas, en los jardines y en todas partes la misma consigna: "La política del salto adelante"; "De las dos piernas", etc. Y en todos los pueblos de la vasta geografía del país, las últimas palabras de Mao o de los altos dirigentes comunistas repetidas hasta el infinito.

Paz y guerra. Pero en este país que habla de la paz desde la mañana a la noche, donde el 1º de octubre de 1960 fueron lanzadas un millón de palomas simbolizando la lucha contra la guerra, en esta nación de 700 millones de habitantes, de pequeños juguetes de marfil dirigidos militarmente por el gobierno de Mao, se escuchaba la palabra guerra minuto a minuto. No hay muchacho ni muchacha mayor de doce años que no sepa el manejo de una ametralladora, de un fusil o de una pistola.

Desfiles. El desfile militar más impresionante que he visto en mi vida, no lo presencié en Berlín, ni en los tiempos de Hitler, ni en la Francia de De Gaulle, ni en los Estados Unidos de Kennedy. Lo vi en Pekín, en el aniversario de la revolución, cuando un solo bosque de bayonetas, de tanques y de cohetes atómicos, avanzó sobre la plaza Sun-Yan-Sen proclamando que toda la nación estaba lista para invadir, primero Formosa, después Asia y por último el mundo entero . . .

Mao. En todos los sitios se levanta la efigie de Mao. Mao en fotos, en afiches, en carteles, en dibujo, en óleo, en miniatura, en marfil, en bronce, en mármol, en lo que sea. Antes los chinos tuvieron a Confucio y a Buda. Ahora tienen al sonriente anciano que fue capaz de hacer la fabulosa "Marcha del Norte" a través de ocho mil kilómetros y conquistar el país para la bandera roja.

Bomba atómica. Cuando estuvimos en China no se hablaba de la bomba atómica, pero en pequeños corrillos, en las calles, en los escasos momentos en que los chinos dejan de sonreír para decir algunas palabras serias e importantes, la expresión *bomba atómica* les asomaba a los ojos y para nosotros no fue ninguna novedad saber que, sin tener industrias poderosas, sin técnicos alemanes, luchando a muerte con el occidente, separada de Rusia y aislada del mundo entero, China había hecho estallar dos bombas por falta de una.

Radio. Con la radio ocurría lo mismo que con la prensa. Visité la inmensa Casa de la Radio, un soberbio edificio de diez pisos, donde trabajaba más de trescientos técnicos, transmitiendo en 70 lenguas diferentes y llevando la voz de la revolución al mundo entero. En todos los idiomas, en todos los dialectos y en todas las formas de comunicación que tiene habitualmente

el ser humano, los chinos le comunicaban al globo terráqueo lo que eran los principios inmutables de su revolución.

La China del pasado. Pero la China que yo conocí, no son sólo fusiles, ametralladoras y bombas atómicas. No es solo la propaganda organizada y multiplicable por 700 millones de seres, sino los pequeños oasis, los leves recuerdos, los ligeros destellos que quedan de la época imperial, y entonces surge la Ciudad Prohibida, la laguna de la Emperatriz, las termas que fueron de los Señores de la Guerra y todo ese pasado legendario que hizo escribir tantas páginas admirables a Pierre Loti y a Claude Ferrere.

Pero entienda el lector que el chino de 1960, que yo conocí, el chino comunista, el camarada de Mao, no usa kimono ni lleva coleta a la espalda. Una gorra militar, una chaqueta azul, unos pantalones negros de mezclilla y un par de alpargatas componen el uniforme de hombres y mujeres.

Esto es comunismo total. Mucho más comunismo que el ruso, el alemán o el checo. Comunismo integral y absoluto. A cero grado. El mismo salario que gana el Presidente de la República chino, el ingeniero, el escritor, el técnico, el artista o el maravilloso cantante de la ópera, es el sueldo que recibe el campesino y el obrero chino.

Castidad. En este país en que se consumía el opio por toneladas, en que las niñas de doce años —igual que en la Cuba de Batista— eran vendidas como prostitutas por sus propios padres, es una de las naciones más castas, limpias y morales del mundo y podría llevar la firma del más exigente de los obispos de la Iglesia católica. No hay casas de diversión, ni cabarets, ni boites. No hay vida nocturna. A las nueve de la noche 700 millones de habitantes, desde Mao hasta el último campesino de la más remota provincia, cierran los ojos y se acuestan mansa y apostólicamente sin caer por ningún momento en los brazos del vicio.

Shangay. Estuve en Shangay. El mismo Shangay que fue la catedral del vicio y del pecado antes de la guerra, es hoy día una ciudad en que se paga una suma sideral al que encuentre un gramo de cocaína o la huella de un poco de opio.

Robos. Sin embargo vi dos robos espectaculares. A un colega mío —periodista chileno y enfermo de diabetes— le robaron con esa agilidad siniestra de que solo son capaces los chinos, las inyecciones de insulina que necesitaba para vencer su terrible dolencia.

¿Por qué lo hicieron?

La respuesta es obvia. Porque un país aislado del resto del mundo, combatido por la casi totalidad de la humanidad, solo como un lanchón en medio del océano, con el dedo en el gatillo y la vista pronta, sobreviviente de una guerra que duró largos ocho años, necesitaba cuidar hasta los mínimos detalles para no ser sabotado desde adentro.

¿Y quién les decía a los amables chinos que nos atendían tan gentilmente que el periodista de un país llamado “Chile” no podía usar los tubos de insulina como un medio de sabotaje pagado por el terrible enemigo norteamericano, para incendiar sus sembrados?

Yo fui la otra víctima. Desde Santiago llevaba un talonario de “traveller checks” por 500 dólares. Era todo lo que poseía.

En la guardería infantil llamada “Bandera Roja” con ciento cincuenta mil pobladores, fui víctima de la siniestra y policial agilidad de los maravillosos dedos con resortes de los chinos. Tenía la chequera en el bolsillo derecho de mi chaqueta de sport, pero como si fuera poco y sabiendo que era lo único que tenía, había metido la mano durante el tiempo que duró la visita *tocando* literalmente los bordes de la cartera. Y sin embargo me la robaron.

¿Cómo?

No tengo idea. El hecho fue que ese documento escrito en inglés, despachado por una firma de turismo chilena, pero traducido en dólares, moneda de un país enemigo llamado Estados Unidos, fue extraído con una agilidad que ya se la hubiera querido un personaje de Conan Doyle, de los inocentes bolsillos de un ingenuo periodista chileno.

Tuve que apelar a mis minúsculos conocimientos de chino y a las escasas palabras que sabía en inglés, para que me fuera devuelto en dos horas sin que se me diera la menor explicación.

¿Qué hay detrás de esto?

Están vigilados los teléfonos, las piezas del hotel, los ingenuos paseos por la ciudad que hacen los viajeros invitados, las cartas y tarjetas postales enviadas a los amigos, los despachos periodísticos y todos los documentos que salen de una persona oficialmente homenajada y festejada por el gobierno comunista de Mao.

En guerra. Y esto plantea un capítulo decisivo. Este país —y no lo olvidéis jamás— está en guerra permanente. Guerra en el Oriente y en la política mundial con Occidente, y concretamente, con Estados Unidos. Este país fue víctima de la guerra bacteriológica. Formosa, detrás de la cual está Estados Unidos, es un buque de guerra anclado a los pies mismos del inmenso continente oriental. Todo extranjero, y apurando un poco la nota, todo nacional es susceptible de ser espionado porque es potencialmente peligroso por el hecho mismo de existir. Este orden político, económico y social que se llama comunismo chino, necesita defenderse con todas las armas y apelar naturalmente a todas las formas de contraespionaje y vigilancia que necesita para poder defenderse.

Cara y sello. Después de veinte días de estar en el país de ojos rasgados, entre amables y sonrientes guías, entre estos muchachos militarmente uniformados que bailaban una danza infinitamente más casta que los tangos argentinos o las sambas cariocas, que trabajaban ocho horas diarias a golpe de pitos y que recibían dos horas más de adoctrinamiento extra, he llegado a la conclusión de que ellos saben, o mejor dicho instuyen vagamente que la paz es un bello manjar, una estupenda y vaga alegoría, un cuadro maravilloso y una acuarela deslumbrante que ellos no van a disfrutar como le ocurrió al Japón de 1941 que se vio obligado ir a la guerra. La China de Mao, con sus 700 millones de personas que no alcanzan un standard mínimo que se puede comparar al estado en que nosotros vivimos en occidente, necesita como expediente heroico la inyección salvadora de una guerra.

¿Cinismo?, me dirá Ud.

Sí amigo lector. Cinismo, porque solo con un ácido, frío y brutal cinismo, se puede juzgar este mundo incomprensible, lejano e insensible que se llama la China que se vá borrando lentamente detrás del avión y que desaparece en medio de nuevas sonrisas, nuevas genuflexiones y nuevas reverencias . . .

CERCA DEL INFIERNO DEL CHACO

Paraguay queda pegado a Bolivia y es amigo íntimo de Chile. Una especie de hermano que tenemos en medio del Chaco con el cual, en los momentos álgidos, nos encontramos mano a mano.

En los días de la guerra entre Paraguay y Bolivia, voluntarios chilenos pelearon por ambos bandos, pero los mejores soldados paraguayos fueron chilenos. En el infierno verde, en medio de la manigua con un calor de 40°, bajo la lluvia tibia, y entre los mosquitos, los chilenos demostraron que la pasta del 79 no se había extinguido el año 35.

Invitación. En 1963 viajé a Paraguay invitado especialmente por el Gobierno del Presidente Stroessner. Los culpables de la invitación fueron Carlos Martínez Sotomayor, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, y Jaime Egaña Barahona, Embajador nuestro en Asunción.

Así son. Durante ocho días conversé, viví, almorcé, comí, vagué y soñé en medio de los paraguayos y paraguayas. Unos hombres delgados, finos como navaja Gillete, sonrientes, caballerosos y correctos me abrieron todas las puertas de sus viejas casonas coloniales, de sus antiguos palacios, era una nación que se alzaba sobre sí misma en nombre del coraje.

La guerra. El Paraguay luchó durante años contra una fabulosa Confederación formada por Argentina, Uruguay y Brasil.

Peleó hasta el último hombre, la última mujer, el último niño, la última guagua y cuando ya no quedó nadie, de ese mismo nadie, de ese fabuloso y fantasmal nadie, comenzó a caminar débilmente, con pasos tímidos, una pequeña nación que quería ser un gran país.

Y lo fue.

Esto está en el aire, en la universidad, en la escuela, en el partido político, en el diario, en el club, en la casa, en la población obrera, en el campo, en todas partes.

Clima. Con un sol de hierro que pesa sobre el paisaje, con un verde que devora el organismo, con un aire que penetra a los pulmones quemando todas las defensas, con un cielo de plomo sobre calles de barro y casas con portales, entre torres de antiguas iglesias de hace 300 años, entre gente pobre y distinguida con la finura de un viejo *gentleman* inglés, entre caballeros y señoras paraguayas, conocí el alma de una pequeña nación que era capaz de salir del sepulcro y caminar hacia la vida.

No voy a contar detalle a detalle los diez días inolvidables que viví en Paraguay. Sus políticos, sus Ministros, su propio Presidente de la República, sus periodistas, pero sobretodo, su gente de la calle, me dieron la impresión de ser una de las naciones más distinguidas —y uso la palabra distinguida en el más químico sentido de la expresión— que he conocido. Raza de caballeros que venían de la guerra, eran capaces de mantenerse verticalmente en medio de la paz, risueños, simpáticos, y de hacer chistes de sus propios defectos y elevar la temperatura de la amistad hacia las más lejanas alturas.

Lo que dijo el país. Transpiraba en las calles, me cansaba en las subidas, me desplomaba en las viejas sillas, conversaba horas de horas con el Presidente de la República sobre los motivos más humanos y corrientes, salía en las noches buscando ese perfume de la América Bárbara que sólo late en algunas, en muy pocas, ciudades del continente. Pero en mi brevísimo paso por esta nación inolvidable, conocí una temperatura humana, un sentido del valor y del coraje disfrazado bajo una capa de amabilidad diplomática sin sonrisas falsas, que no podré olvidar jamás.

Me explico perfectamente porqué algunos tíos nuestros y algunos lejanos primos fueron un día a entregar sus huesos y su sangre por una bandera extraña sabiendo que en el fondo, allí en las trincheras del Chaco, había una cosa tan profunda y tricolor como la que existía en los días del 79.

SOBRE LA PISTA DE DE GAULLE

Un día de Junio de 1964 caminando por la calle vi un diario que decía “De Gaulle pasará por Chile”.

Hacía mucho tiempo que tenía ganas de salir del terruño. Estaba cansado de la calle Ahumada y de la calle Estado. Me faltaba Europa y saltar sobre el mar. Me había hecho amigo incluso de un avión para que me llevara un día de nuevo a París. Ahí estaba la solución. Si De Gaulle venía a Chile, había que contar a los chilenos cómo era De Gaulle. Recorrí incansablemente las librerías. Compré innumerables volúmenes en francés y no encontré nada de interés en las pobres y descoloridas biografías sin mayores detalles humanos y que no lograban llegar a esa mentalidad que tienen indiscutiblemente los personajes de la talla de un General que había liberado Francia en 1944.

En la Librería Francesa encontré sus “Memorias” y más tarde en Salvat el famoso libro “El Porvenir del Ejército”, que, por extraña casualidad, le había servido a los alemanes para barrer con Francia. Además en la Biblioteca Nacional vi diarios viejos, recortes, cartas, ensayos, memorias, etc., etc. que me hicieron conocer a fondo a De Gaulle a los pocos días. Me tracé el proyecto de escribir una biografía de De Gaulle para el público sudamericano antes que el General llegara a Chile. Tenía poco tiempo y tuve que luchar contra la indiferencia de una Embajada y los mil reglamentos de una Compañía Aérea para dar un pasaje relativamente barato y accesible a los bolsillos de un periodista chileno.

Me resultó todo. Se portaron bien la Editorial, la Embajada y la Cía. Aérea, y el 1º de Julio de 1964 estaba sobre un avión camino de nuevo a Francia.

El General, al que había conocido años atrás en su Cuartel General de la Rue Solferino, me había hecho un gesto amistoso desde París y me invitaba a pasar diez días, que luego fueron veinte, a la capital de Francia.

En Orly me recibió una muchacha delgada, rubia, descolorida y protocolar. Una perfecta secretaria de Quai D'Orsay.

—¿Es Ud. el señor Mundt...? Le doy la bienvenida en nombre del Gobierno francés... Afuera hay un auto que le está esperando...

París en verano. Y comenzó París. El París moderno y audaz de los alrededores. El París dorado por el verano. El París con un calor infernal, pero con el encanto de siempre. Malraux se había encargado de limpiar los viejos edificios y las Catedrales, el Luxemburgo, la Opera, los Inválidos, el Hotel Crillon, el Ministerio de Marina y la Plaza de la Concordia, estaban tan puros y blancos como en su mejor época. Al Louvre lo único que le faltaba eran los mosqueteros y la barbita en punta del Cardenal Richelieu.

Los Campos Elíseos, una calle lateral, y al fondo el Hotel. El nombre en español, pero la dueña en francés: "Hotel Avenida".

En el octavo piso había una pieza con una máquina de escribir, una tina de baño y la perspectiva de una temporada en París. La secretaria no era bonita ni fea. Era prudente, simpática y bien educada. Estaba hecha para recibir a los extranjeros y después de mí le daría la mano a un chino, a un japonés o a un ruso con la misma frase... "Le doy la bienvenida en nombre del Gobierno francés... Afuera hay un autito esperándole..."

En el Quai D'Orsay. A las dos horas estaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores y tenía que hablar con catorce secretarios antes de llegar a estrecharle la mano al Ministro de Cultura, novelista genial y viejo compañero del General que me daría los primeros datos. En el Quai D'Orsay hay unos conserjes viejos que parecen paraguas abandonados en sus respectivos paragüeros que obligan a mostrar el carnet, la carta de invitación y llenar unos formularios. Después de diez minutos de espera me recibió una funcionaria que hablaba hasta por los codos. Contestaba simultáneamente tres teléfonos, un citófono y conversaba con dos empleados más que esperaban nerviosos

a su lado. Por fin me atendió y me dió a entender que estaba invitado por el General por una temporada máxima de diez días y que seguramente me llegaría un chequecito para saldar los gastos pequeños. Además, como de costumbre, me invitaron a la Opera, a andar en yate por el Sena, a visitar la Malmaison, a resbalarme por el parquet del Salón de los Espejos de Versalles y a recorrer uno por uno todos los museos donde agonizan los mejores rojos y duermen la siesta los más estupendos azules.

Gess. En el segundo piso del Ministerio había un personaje curioso que se llamaba Louis Bertrand Gess que había estado como jefe de la Agencia Havas durante diez años en Chile. Era adicto al Quai D'Orsay y tenía esa soltura que lucen todos los diplomáticos de carrera. Una soltura casi humana para moverse ágilmente entre tanto coctail y tanta condesa apolillada. Calvo, con lentes, simpático, sonriente y culto, Gess me fue indispensable en París.

En la Embajada estaba la oficina con su respectiva máquina de escribir y, como si fuera poco, una ventana desde la cual podía ver todas las tardes como se ponía el sol sobre los Inválidos, y sobre la tumba de Napoleón.

Con eso bastaba.

El diputado Castex. En la misma tarde sonó el teléfono. En concierge del hotel me dijo que había alguien esperándome. Bajé patinando las escaleras porque han de saber ustedes amigos lectores que en París los ascensores suben tartamudeando, pero no bajan con un turista adentro. En el hall había un señor elegantemente vestido que con una voz suave y amable y me dio a entender que:

- 1.— Se llamaba Castex;
- 2.— Era diputado;
- 3.— Que no actuaba ya como diputado;
- 4.— Había estado en Chile;
- 5.— Conocía personalmente al Presidente Alessandri; y
- 6.— Tenía un proyecto sensacional que cambiaría la faz de la humanidad y de la historia del mundo y que necesitaba de mi humilde colaboración para llevarlo a efecto.

Inmediatamente desplegó un inmenso plano y me indicó con el dedo cómo se podía unir Valparaíso, la Isla de Pascua y el Japón en una sola ruta aérea.

En un francés académico me dijo:

—¿Vé Ud.? Sería facilísimo. Los aviones zarparían de Valparaíso, emprenderían el vuelo hacia la Isla de Pascua, saltarían sobre los *mohais* y sobre los habitantes que seguramente irían a recibirlos, y luego emprenderían la ruta hacia Japón con lo cual el trayecto entre América del Sur y el Asia se haría increíblemente más rápido que por las actuales rutas... Yo le expliqué esto mismo al detalle al Presidente Alessandri y se mostró encantado con la idea.

—Me agregó:

—¿Qué le parece a Ud?

Yo estaba recién llegado desde París y además, durante los dos años que estuve en la Embajada, había tenido ocasión de leerme las primeras páginas de "El Manual del Perfecto Diplomático". Con mi mejor sonrisa le declaré que el proyecto me parecía sensacional y que apenas llegara a Chile escribiría inmediatamente que era absolutamente indispensable dejar de lado el pago de la deuda externa y los problemas con Argentina y con Bolivia y dedicarse a construir un aeródromo especial en Valparaíso para que los aviones pudieran partir cómodamente a ver los crepúsculos sobre el Fusijama.

Luego me agregó:

—¿Conoce Ud. Versalles?

Antes que le dijera que sí, ya me había invitado a tomar té a la casa de una amiga suya que era un personaje importantísimo que me daría detalles secretos sobre la verdadera personalidad del General De Gaulle.

Versalles. En otro libro he contado amigo lector como es Versalles llevándolo de la mano por el inmenso patio empedrado en el cual el buen Luis XIV se aburría en su respectiva estatua de bronce mirando como llegan millares de turistas a tomarle fotos desde todos los ángulos.

Pero con Castex cambió la visita. Castex era un especialista en la historia y se conocía de memoria todos los vericuetos de lo que había sido la apasionante biografía de Francia.

Nos asomamos a la ventana en la cual María Antonieta, de la mano del General Lafayette, resistió los gritos y los insultos de la multitud que le pedía pan y al mismo tiempo apuntaba los fusiles para destrozar su fino corazón de aristócrata austriaca que en el fondo no se sentía reina de Francia, sino hija de María Teresa.

Me llevó hacia un ángulo solitario y en sombra donde había una mesa sin pluma, sin tintero, sin secante, sin papeles y sin nada, y en la cual en 1919 un caballero con bigotes, de mal genio, pero de verdadero genio político, llamado George Clemenceau le había tirado despectivamente el Tratado de Versalles a los delegados alemanes que, por muy con monóculo que estuvieran, se vieron obligados a firmarlo sobre la marcha, con lo cual Alsacia y Lorena volvieron al seno de la madre patria y se puso punto final a la guerra del 14 al 18.

Castex, se sienta, se para, salta, se desploma en el sillón de Clemenceau y me va describiendo la escena con una vivacidad y un ingenio que se lo hubiera querido André Maurois para una de sus célebres Biografías.

Los franceses son las personas más inteligentes del mundo para describir los hechos del pasado. Adoran las piedras viejas, los papeles amarillentos, las cartas de amor, los antiguos uniformes, las viejas banderas y sobre todo esas mil intrigas apasionantes que forman el cordón umbilical de la historia de su país.

Castex era un genio en la materia. Tenía la vivacidad de una ardilla y a ratos parecía Mickey Mouse corriendo por el Parque de Versalles y mostrándome las cosas más sensacionales.

Me indicó el lugar exacto donde se había alzado de casco el viejo Bismark con sus enormes mostachos y su metro noventa y seis, proclamando el Primer Imperio Alemán en 1870 en medio de el Emperador Guillermo I y del flemático General Von Moltke.

Un pasadizo misterioso. Pero me llevó más lejos aún. Me mostró detalles ignorados. Se apoyó en un libro pintado que había en la biblioteca y de improviso la muralla se movió con el sigilo de un decorado de teatro y se abrió una puerta misteriosa que daba a un pasillo siniestro.

—Por aquí se escapó María Antonieta cuando fue asaltado el Palacio por las turbas.

Y bajando la voz con aire malicioso, me agregó:

—Y por aquí entraba Fersen a ver a la reina mientras Luis XVI dormía la siesta a pierna suelta . . .

Bajamos por la escalerilla, cruzamos un pasillo con olor a moho, casi aplastamos a una pobre rata que corría desesperada y que seguramente databa del siglo XVIII, y, finalmente desembocamos en otra puerta igualmente policial que formaba parte de un gobelino que quedaba dentro del dormitorio de la reina.

Castex estaba satisfecho. Hablaba como un loro.

—¿Se imagina Ud. la de reinas, princesas, duquesas, marquesas, condesas y damas de la Corte que cruzaron este pasillo y que tuvieron sus fiestas de amor con sus respectivos amantes durante los tiempos de Luis XIII, XIV, XV y XVI?

Castex me contó todas las cosas *non sanctas* que habían hecho Catalina de Médicis, Madame Pompadour, la Dubarry, la Castiglione y todas esas amiguitas personales que se dedicaron al noble deporte de distraer a los reyes y darles algunos hijos bastardos.

Después salimos al jardín y Castex se transformó en un guía más moderno y me indicó los lugares donde Mirabeau se había entrevistado con María Antonieta.

—Si la reina hubiera sido más inteligente, habría conservado la corona sobre su cabeza y aquí mismo habría terminado la Revolución Francesa. Le habría bastado con guiñarle un ojo a Mirabeau y éste habría gobernado detrás del trono impidiendo que se llegara al Terror y a la Guillotina . . .

Pero como en mi calidad de periodista me interesaba más el presente y que el pasado y mucho más monsieur De Gaulle que Mirabeau, le sugerí suavemente al amable Castex que eran cerca de las cinco y que los chilenos, en nuestra calidad de los “ingleses de Sudamérica”, acostumbrábamos tomar puntualmente el té a esa hora.

Salimos del Palacio y en la parte posterior de Versalles donde quedaban las caballerizas de los reyes y detrás de el Trianón en que María Antonieta se disfrazaba de campesina para poder

engañar con mayor soltura y elegancia a su monárquico esposo, se alzaba una casita maravillosa.

Un descuido de Paola. Como entrábamos de plano en la historia, en la mansión del lado estaba alojada nada menos que la Reina Paola de Bélgica que pasaba una temporada en París.

La camarera de la reina que al parecer era bastante distraída, había colgado unas prendas íntimas de la soberana en un vulgar cordel como se hace habitualmente en Chile.

Nos salieron a recibir, un perro, dos patos y después una serie de gatos silenciosos y filosóficos que nos introdujeron en la mansión a la cual estábamos invitados. Monsieur Castex me presentó con gran pompa a la dueña de casa que resultó ser una artista retirada que había sido amiga íntima del Ministro George Mandel durante la última guerra y que era un verdadero archivo ambulante. Allí estaba la inmensa señora (ciento veinte kilos) con sus tres papadas y su enorme busto, sus manos enjoradas y toda clase de camafeos sobre el pecho. Parecía una Prima Donna italiana, pero resultó que era una verdadera biblioteca de conocimientos íntimos y secretos sobre la historia de Francia.

Otra estampa de De Gaulle. Era antidegaullista y no tuvo ningún empaque en decírmelo apenas le besé la mano y después que me presentó a una serie de jovencitos suaves e imberbes que formaban su corte de honor y que parecían alumnos del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. Sobre un fondo de gobelinos y cuadros impresionistas auténticos y con dedicatoria, y en medio de las maravillas más fabulosas que yo había visto, en esa atmósfera suave y discreta de que saben rodearse los franceses para dar la impresión de cultura y gracia simultáneamente, la señora me habló pestes del General.

—Ud. no lo conoce. Ud. no sabe cómo es. Es terrible. No le importa nada ni nadie. Es histérico, obstinado, voluntarioso y antipático. Se cree rey y no es rey. Se cree táctico y no es táctico. Se cree político y no es político . . . Le voy a contar . . .

Y durante dos horas yo tuve que asimilar mentalmente, ya que no podía sacar un papel para tomar nota, todo un trozo de la historia de Francia en la que figuraban las intrigas más oscuras de la III República, las zancadillas y maniobras de los Ministros y los planes secretos de la Resistencia.

La señora era una heroína. Había peleado contra los alemanes en Agosto de 1944. Sabía manejar el fusil y la ametralladora. Había combatido en las calles de París. Estaba condecorada. Había atendido a los heridos en las barricadas. Había muerto a dieciocho alemanes por su propia mano y finalmente ella —ella sola y nada más que ella— había dirigido personalmente la resistencia de Francia por encima de los maquis, de los comunistas y del propio General De Gaulle.

Mientras hablaba advertí un detalle sumamente francés. La dama, que había sido la fiel amiga de Mandel, estaba tomada románticamente del dedo chico de mi amigo Castex.

Una ceremonia fúnebre. Al día siguiente apareció Castex a las ocho de la mañana en vez de las nueve. Me hizo afeitarme en cinco minutos y me invitó a una ceremonia fúnebre al cementerio de Passy. Hacía veinticinco años que los alemanes habían fusilado en un camino vecino a París al mismo Mandel del cual hablamos en el capítulo anterior. Castex quería que ahora viera el aspecto trágico del problema. Me puse traje oscuro, corbata negra, me dibujé una mueca de gravedad entre los labios y partimos en un Citroen en dirección a Passy.

Allí estaban una serie de viejitos ceremoniosos y protocolares, todos vestidos de levita oscura, y que rodeaban un pequeño monolito que decía escuetamente: “Aquí fue asesinado George Mandel por los alemanes en Julio de 1944”.

Reynaud. Entre los viejitos había uno que permanecía al margen, con aire de padre de la patria y que llevaba victoriosamente sus ochenta años como solo saben hacerlo los ancianos franceses que después de haber usado trajes absurdos, corbata bohemia y melena larga cuando jóvenes, se transforman en diputados, senadores, ministros y académicos de la lengua con una facilidad asombrosa al llegar a los setenta años.

Era Paul Reynaud. Reynaud es una de las escasas figuras que quedan de la época heroica de Clemenceau y Poincaré. Con aire lejano, los ojos perdidos en la distancia y el número de arrugas precisas que debe tener todo anciano que ha desempeñado un papel histórico en la vida de Francia, me tendió distraídamente la mano y me obligó a escuchar un pequeño discurso que llevaba escondido en el bolsillo de la levita y que re-

citó con una voz suave y temblorosa mientras el terrible sol de París iluminaba a estos últimos naufragos de una época desaparecida que recordaban a un hombre de ayer.

Cuando terminó la ceremonia, Castex insistió en que hablara con Reynaud. Yo era un poco experto en la materia. Antes había conversado muchas veces con esos viejitos de otra época llenos de recuerdos y anécdotas que son el mejor venero para un periodista que quiere saber cosas sensacionales. Son unos ancianos sordos y como fuera de época que, entre largos silencios, dejan caer algunas frases inolvidables y unos antecedentes espectaculares.

Reynaud pertenecía a la misma serie. Había sido amigo de los grandes de la III República y se conocía de memoria los entretelones más secretos de la política de su país. Por supuesto, no quería a De Gaulle.

Confidencias nostálgicas. —No me gusta el General, me dijo. Yo soy republicano en todo el ancho y profundo sentido de la palabra. Estoy acostumbrado al régimen parlamentario y al sistema que obliga a los Ministros a dar cuenta de su gestión frente a la Cámara. Nací en otra época y me siento extraño y distante en ésta . . . Soy un naufrago, un pobre naufrago amigo periodista, que le podría contar muchas cosas, pero los altos intereses de la República y de la patria sellan mis labios y me impiden decirle a Ud. las cosas tal como fueron.

A pesar de este solemne exordio que mereció un discreto aplauso de mi parte, entre las once de la mañana y la una de la tarde, me contó que el verdadero artífice de la guerra del catorce al dieciocho había sido él. Que Poincaré le consultaba y Clemenceau le llamaba por teléfono. Que los mejores discursos de la época de oro de la Asamblea Nacional, habían sido los suyos, y que . . .

Pero dejémosle hablar a él mismo.

—Yo llamé a De Gaulle en los últimos momentos. Corría Junio de 1940 y los alemanes estaban a las puertas de París. El Ejército estaba intacto. La Marina, lo mismo. Inglaterra nos apoyaba, Rusia podía darse vuelta, Italia no tenía importancia. La población mantenía el mismo patriotismo del 70 y del 14. Podíamos vencer aún como habíamos vencido en el Marne en

1914. Alguien me habló de De Gaulle y le hice llamar inmediatamente. Yo no conocía al General. Me habían hablado maravillas de él y decían que era un táctico extraordinario. Lo nombré Subsecretario de guerra sobre la marcha, pero ya era tarde. Los nazis avanzaban como una tromba. Habíamos confiado demasiado en la buena estrella de Francia y los alemanes ya estaban engrasando sus tanques para cruzar las silenciosas calles de París como en los terribles días del 70. No había nada que hacer. Mantener la resistencia sin tener prácticamente fuerzas en qué apoyarse, me parecía una locura. Había millares de franceses de por medio que había que salvar y era imprescindible asumir el papel, doloroso y trágico, de recibir un gigante herido que lo único que pedía era firmar un armisticio.

Se llenaron de lágrimas los ojos del anciano. Con voz temblorosa continuó.

—Pensando en Thiers el 70 y en los sombríos días de septiembre de 1914, cerré los ojos y tuve que aceptar el triste destino que me había tocado vivir. Ud. conoce el resto. De Gaulle se fue a Londres, hizo la Resistencia, le dió resultado y volvió como salvador. ¿Salvador? No creo tanto. Todas las circunstancias fueron favorables. Si no hubiera sido él, habría sido otro. Francia es una mujer coqueta que le gusta dejarse halagar por los dictadores y los hombres fuertes. Acuérdesse Ud. de Napoleón, de la aventura del II Imperio, del General Boulanger, del papel que desempeñó Clemenceau, y de tantos más. Ahora cree en De Gaulle. Pero De Gaulle está viejo. Casi tan viejo como yo. Se puede morir y entonces, ¿qué pasará el día en que se muera? El General es un hombre. Tiene 74 años. Tendrá que irse, pero quedará Francia y seguramente volverá los ojos, no a mí que ya estaré bajo tierra, sino a otros hombres que piensan como yo.

Eso fue lo que me dijo melancólicamente el viejo político mientras los demás ancianos colocaban una serie de coronas frescas en el monolito de Mandel.

* * *

Frente a Malraux. Ya tenía dos imágenes del General, pero las dos negativas y tenía que buscar ahora alguna positiva. Dos días después conocía otro personaje.

Alto, macizo, atlético, con un rostro cortado en ángulos como una pintura cubista, ojillos pequeños y vivarachos, escrupulosamente vestido de azul y con la indispensable roseta de la Legión de Honor en la solapa, me recibió en un coctail que ofrecía a los periodistas sudamericanos en el Quai D'Orsay.

Era Malraux, André Malraux, ex Jefe de propaganda del partido comunista chino, ex investigador —cuando muchacho— de la tumba de la Reina de Sabá, ex jefe de la aviación republicana de la guerra civil española y ex jefe de la división blindada “Alsacia y Lorena” en los días de la última guerra.

Un héroe. Un héroe como Lawrence. Como Stanley. Como Hemingway. Un escritor fabuloso y un hombre de acción que había escrito esas maravillas que se llaman “La Condición Humana”, “La Esperanza” y “El Tiempo del Desprecio”. Un hombre lleno de *tics* que guiñaba los ojos continuamente, se mordía las uñas, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, se paraba, se sentaba, se paseaba, caminaba hasta un ángulo del salón y se volvía rápidamente hablando a una velocidad que a ratos me recordaba mi propia rapidez para decir cincuenta palabras por minuto.

Malraux es todo lo contrario de Reynaud. Increíblemente joven a pesar de sus cincuenta y siete años, tiene una agilidad y una rapidez para exponer sus ideas que exige de inmediato una taquígrafa o una cinta grabadora para recoger todo lo que dice ante un grupo de periodistas asombrados.

El me mostró la otra cara de De Gaulle y me lo pintó como el hombre solitario, inflexible e implacable para llevar a cabo su destino. A través de las palabras del joven Ministro de Cultura, surgió la estampa del General solemne que había creído cuando nadie creía, que había vencido cuando nadie vencía y que cuando el país estaba al borde del caos y de la locura, había entrado por los Campos Elíseos y se había sentado en el sillón presidencial con la misma confianza y tranquilidad con que lo habría hecho Richelieu o Luis XIV.

Hablan de tanques. A la salida de los Inválidos, cerca de la estatua de Eugenio Beauharnais, hay dos tanques. Dos tanques amarillos que lucen la Cruz de Lorena. Fueron los primeros que entraron en París el 24 de Julio de 1944 y que formaban la

vanguardia de la Segunda División Blindada del General Leclerc que liberó a la capital francesa.

Y esos tanques me contaron otra historia con sus labios de acero, su garganta hecha de engranajes y su húmeda lengua de metal, una mañana de julio de 1964, tres días después de haber llegado a París.

—Nosotros fuimos los primeros en entrar a la capital. Entramos por la Puerta de Orleans en medio de miles de banderas que se agitaban al viento y de francesitas con trajes tricolores que cantaban la Marsellesa.

En un café había una muchacha con falda roja, rubia y bonita, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Aguardaba desde hacía cuatro años que llegara ese día. Era la novia de un joven combatiente que había partido a Londres en 1940 y que formaba parte de la Francia Libre de De Gaulle. Durante esos cuatro años sombríos se carteo con su novio que estaba en Londres. El le había escrito: “Cuando llegue la hora de la liberación y entremos a París, espérame en la puerta del café que tú sabes con una falda roja para verme pasar. Me bajaré de un salto, te daré un beso y nos casaremos al día siguiente . . .”

Miles de cartas en clave lanzadas en pequeños paraícadadas y desde aviones nocturnos, llevaron durante esos sombríos cuatro años un mensaje de amor que volaba de la niebla de Londres al sol de París. Ahora había llegado el día. Los Franceses Libres estaban en la capital y en uno de los tanques marchaba su novio. Pero . . .

Y aquí vacila la voz del tanque y una de las ventanillas se empañó con una furtiva lágrima.

—Una cuadra antes de llegar al sitio de la cita, una bomba alemana lanzada por los últimos nazis que quedaban en la capital francesa, voló el tanque y mató al muchacho que iba en busca de su novia. Sus compañeros sacaron el cadáver y lo colocaron en otra máquina rodante. Unos de sus amigos más íntimos sabía lo de la cita y también sabía perfectamente que cien metros más abajo aguardaba una muchacha enamorada. Cuando llegó el tanque a la puerta del café, el amigo de la víctima no tuvo el valor de bajarse de la máquina y contarle el drama que había ocurrido solo cinco minutos antes. Se asomó a la ven-

tanilla y vió como la muchacha estaba allí con una bandera tricolor en la mano, unos grandes ojos de enamorada y una falda roja que se agitaba al viento, y el tanque siguió su marcha . . .

Un telefonazo de novela. Ahora es el otro carro de acero el que habla con voz entrecortada, pero abandona el tono triste y se pone sorpresivamente alegre.

—Yo he vivido otra cosa genial, agrega. En la puerta de un bar apareció un hombre gordo y transpirado que gritaba alborozado: “Muchachos . . . Aquí les tengo una botella de champagne del año 40 que he guardado desde ese día para celebrar la liberación de París . . . Vengan a bebérsela . . .”

Los soldados se bajaron, se sentaron alegremente en la mesa del bar y alzaron las copas cantando la Marsellesa. Uno de ellos se colocó en un extremo de la vara, junto a un viejo teléfono. Sonó la campanilla y una voz del otro lado preguntó:

—¿Con el Café D’Orleans . . . ? ¿Están desfilando las tropas del General Leclerc . . . ? ¿Pasaría el Regimiento 22 . . . ? ¿Está por ahí el soldado Charles Dupont . . . ? Habla su madre que quiere decirle dos palabras . . . El improvisado telefonista se volvió tranquilamente hacia su amigo que tenía al lado y le dijo: “Charles, te llama tu madre . . .”

Entre miles de teléfonos, en una ciudad de cinco millones de habitantes, en medio de una masa rugiente y alborozada, en un cafecito en el centro de la capital de Francia, una madre había llamado al teléfono exacto, a la hora precisa, a la persona indicada y había encontrado milagrosamente a su hijo.

Amor y guerra. El primer tanque toma de nuevo la palabra y agrega . . .

—Y eso no fue nada. Esa noche hubo miles de romances en todas las calles de París. En la Plaza de la Concordia, los soldados de Leclerc se bañaban desnudos en la fuente de la plaza. Las muchachas bailaban como locas, cantaban, gritaban, se abrazaban a los soldados, los besaban, los invitaban a hacer el amor ahí mismo mientras los últimos nazis disparaban en los suburbios de la ciudad liberada. Nunca Francia a través de toda su historia había tenido una fecha tan memorable y una alegría tan fanática.

Yo andaba con suerte. Estaba como periodista; no como ser humano.

Gaby Morlay. Tres días después se moría Gaby Morlay y me tocó asistir a un entierro en que alternaban artistas de teatro, de cine y de ballet con algunos caballeros proyectos que habían sido sus amores de otro tiempo.

Thorez. El 11 de julio moría Maurice Thorez en un barco que lo conducía a Rumania. El Partido Comunista había entregado el mando al nuevo Secretario General. Thorez viajaba a Rusia, pero la muerte le salió al encuentro en un buque de guerra en medio del Mar Negro. Trajeron su cadáver a París y fue velado solemnemente en la Alcaldía de Ivry, en los suburbios de la capital. Con dos amigos chilenos y bajo un cielo de plomo típicamente de verano en la capital de Francia, atravesamos en Metro la ciudad dormida ese domingo triste y solemne. Los comunistas son los dueños de los alrededores de París. Dueños de todas las Alcaldías y Municipios de la capital francesa. Forman lo que se llama el "Cinturón Rojo" de París. Las calles se llaman Lenin, Stalin, Gorky, Barbuse, Blanqui, Marx, Engels, etc. Thorez era diputado y alcalde de Ivry al mismo tiempo. Por eso lo velaron en su *Mairie*. El local estaba repleto de banderas rojas y de rosas púrpura. Todo era rojo, color sangre, y una mano invisible tocaba el órgano haciendo resonar la Marcha Fúnebre de Chopin. Veinte muchachas con pañuelos rojos y el puño en alto rodeaban el ataúd sobre el cual habían extendido la bandera francesa y la del Partido. Las muchachas fueron reemplazadas rápidamente por el ballet ruso que estaba de paso en París en esos momentos. Después desfilaron diputados, ex Ministros, líderes juveniles, caudillos obreros, escritores, pintores, etc., etc. . . Era un sólo río de gente pálida y silenciosa que rodeaba el ataúd, aparecían y se alejaban en silencio.

En Francia no se deja la ventanilla del ataúd abierta, de modo que no pude conocer a Thorez después de muerto. Por equivocación entré a una pieza vecina donde se había reunido la directiva del partido a conversar y allí pude escuchar, sin querer, una serie de confidencias secretas. Thorez ya no era el Jefe. Otra gente más joven, más flexible, más política, dirigía el par-

tido más importante de Francia a pesar de los éxitos del General De Gaulle.

El entierro. Al día siguiente, después de cruzar nuevamente París, llegué hasta el Pere Lachaise, el cementerio tradicionalmente de izquierda de la capital francesa, y allí vi un desfile impresionante. Pasaban los republicanos españoles, los miembros del Comité Central del Partido Comunista ruso y los delegados de Polonia, Rumania, Hungría, Alemania Oriental, China y, finalmente, caminando a grandes zancadas, una vieja cara conocida: el diputado Orlando Millas de Chile que había viajado veinte mil kilómetros en avión, de Santiago a París, para llevar el pésame del comunismo chileno. Desfilaban los españoles que habían perdido la guerra civil, los italianos que habían sido *partisanos* contra Mussolini, los polacos que se sentían liberados, los rusos que habían conocido a Lenin, los representantes de Ben Bella y hasta los negros del Congo partidarios de Lumumba que chorreaban oscuras gotas de transpiración bajo el pesado sol de estío de aquella tarde inolvidable. Habló el Secretario del partido comunista soviético, en ruso, el nuevo Secretario del Partido Comunista Francés y sucesor de Thorez, y el líder de la CGT.

Los entierros políticos de Francia son distintos a los de Chile. Se levanta una tribuna especial bajo un dosel rojo y el cortejo desfila frente a la tribuna con el puño en alto y se disuelve diez cuabras más abajo. Unos pocos conducen el ataúd hasta el nicho final.

* * *

Frente a De Gaulle. El 14 de julio me llegó una tarjeta para indicarme que estaba invitado a la Tribuna de Honor a ver el desfile de las tropas y saludar, a cincuenta metros de distancia, al General De Gaulle.

Un sol de Santiago de Chile o de Viña del Mar, iluminaba la inmensa avenida. Al frente el arco de Triunfo brillaba como una joya y el cielo estaba tricolor. Desfilaron los cadetes de Saint Cyr, los *spahis*, los alpinos, la Legión, la Infantería, la Artillería y los tanques durante dos horas frente a un solemne anciano construido de la mejor piedra y al que no le hacía la

menor mella el brillo del sol ni el calor reinante. Una estatua de uniforme gris con quepis y la mano en la visera que veía pasar indiferente y flemático un río de soldados sin arrugar la cara ni hacer el menor gesto.

Era De Gaulle.

Tenía setenta y cuatro años y se mantenía tan enhiesto como un muchacho de veinte. El pelo estaba blanco, las mejillas colgantes, las arrugas le rodeaban los ojos como una fina taquigrafía formando miles de arabescos, pero se veía tan entero y resuelto como un día en que montó en un avión y partió a Londres solo a organizar la Resistencia.

Allí estaba mi héroe. El objeto de mi viaje.

Solo nueve días después me tocó conocerlo personalmente.

En otra parte cuento como lo había divisado en los años oscuros y sombríos cuando su nombre se agitaba como una bandera sobre el porvenir de Francia y había tomado una modesta maleta para trasladarse al Elíseo. Ahora era uno de los Cuatro Grandes y había sacado a Francia de la confusión y de la duda para llevarla a la gloria y transformarla en un potencia de primera clase.

Conferencia de prensa. El 23 de julio, con un calor de 37°, una humedad de 97°, llegué puntualmente al Elíseo a la entrevista colectiva de prensa. Setecientos periodistas de todos los países del mundo iban a escuchar la voz oficial del Jefe del Estado.

De Gaulle se deja entrevistar dos veces al año y las dos lo hace con una solemnidad extraordinaria. Habla él solo y admite dos o tres preguntas que se le hacen de pie cuyo sentido, naturalmente desconoce. Trabajaban las pantallas de la televisión, las luces estaban encendidas, las ventanas abiertas, pero hacía un calor infernal. Rodaban los noticiarios y se encendían los *flash*. El General apareció de lentes oscuros, se sentó, sacó un papel, lo dejó a un lado, leyó unas palabras de saludo y habló de corrido durante una hora y media.

Así es. Y ahí me di cuenta quién era De Gaulle, el discutido General, el atacado Presidente de la República, el creador de la Quinta República, el hombre de la Resistencia, el mismo del cual se burlan las revistas humorísticas y que es caricaturi-

zado sangrientamente por los dibujantes. El autor de las "Memorias" y el hombre que había partido de la nada para llegar al todo en menos de veinte años. Era un perfecto catedrático y casi un profesor universitario que dictaba una lección ante unos alumnos respetuosos y sonrientes. Sin la menor vacilación, con un dominio perfecto de la materia, se paseó por la política exterior e interior de Francia, deslizándose como un campeón de natación en una piscina sin equivocarse una sola vez, sin repetir una sola palabra o volverse atrás en ningún momento. En un chorro lento y calmado, fue dibujando las relaciones entre Francia y el resto de los países del mundo, atacó discretamente a Estados Unidos, coqueteó con Rusia, le tendió la mano a China, anunció su próximo viaje a Sudamérica y terminó con un balance práctico de todo lo que había hecho en el último año por el poderío de su país.

Pocas veces he visto una precisión más perfecta para ir acumulando las materias más diversas en forma más clara y en menos tiempo.

Surgieron las preguntas. Los periodistas se ponían de pié para hacerlas. El General, al cual algunos suponían sordo, inclinaba un poco la cabeza, recibía el chaparrón y la contestaba inmediatamente. No eran preguntas sensacionales ni indiscretas en apariencia, pero cada una de ellas estaba cargada de una dinamita que sólo los periodistas estamos acostumbrados a hacer estallar más tarde en las ocho columnas de la primera página de los diarios.

El General, educado en el cuartel, tenía la misma habilidad de un parlamentario largamente fogueado en la Asamblea Nacional, para contestarlas de inmediato.

Cuando terminó su exposición hubo un aplauso cerrado. Malraux se mordió por última vez las uñas y cambió de cara unas ocho veces por lo menos. El General se levantó, hizo otra venia y desapareció por el fondo de la sala.

Una carilla inolvidable. Se me acercó un señor y me dijo:

—¿Es Ud. periodista chileno . . ? ¿Tendría la amabilidad de escribir treinta líneas exactas sobre la impresión que le produjo el General . . ? Son para el "*Sud Ouest*" de Bordeaux. Hemos

elegido dos periodistas. Un alemán y un sudamericano. Ud. es el sudamericano . . .

Quedé sorprendido. Por primera vez me tocaba tener que escribir en francés, en un diario francés para un público igualmente francés. Partí a la Embajada y después de teclear veinte minutos salía a la Rue de la Motte Picquet con una carilla en la mano. Afuera me esperaba el mismo señor asomado a la ventanilla de un auto que me dijo lacónicamente:

—*Merci Monsieur* . . . Mañana tendrá noticias nuestras.

Al día siguiente me llegó un telegrama y un recorte de diario. El telegrama decía que en la oficina de Correo más próximo podría cobrar un cheque, y el recorte ostentaba —y aquí dejo mi modestia a un lado— el nombre de este periodista chileno que había llegado a París en busca de la huella de De Gaulle.

Cobré el cheque y el resultado fue que por escribir treinta líneas en una vieja máquina en el tercer piso de la Embajada de Chile en París, recibí casi la misma cantidad que cobraba por trabajar durante un mes en mi lejano Chilito . . .

Los españoles y la Resistencia. Desde 1939 medio millón de españoles viven en Francia por haber perdido la guerra civil, del 36 al 39. Son estudiantes, obreros, campesinos, escritores, novelistas en ciernes, pintores, dibujantes, farmacéuticos, ingenieros, amas de casa, etc. Son los mismos que atravesaron los Pirineos en Abril de 1939, tiraron sus armas al otro lado de la frontera y comenzaron su triste vida de refugiados. Miles de ellos partieron más tarde de Francia y se fueron a México, Argentina o a Chile a comenzar una vida nueva. Un grupo de ellos llegaron en el *Winipeg* y se establecieron en Santiago, Valparaíso y el Sur. Otros volvieron melancólicamente a su país porque no aguantaron más la terrible nostalgia que les invadía. En Francia viven cerca de la frontera pensando en el día en que podrán derrocar a Franco. Otros trabajan silenciosamente acostumbrados ya a hablar en francés y transitar por las callejuelas oscuras y silenciosas de la capital francesa.

Cerca de mi hotel vivía una pareja que trabajaban como conserjes. Los conocí por casualidad y me nivitaron a tomar café con leche. Cuando un español le quiere rendir homenaje a un extranjero, lo primero que hace es ofrecerle una taza de café. Y

en el subsuelo de un edificio de departamentos, a media cuadra de mi Hotel, intimé con los Guzmán. Don Pepe y doña Pilar Guzmán, que durante dos horas, o sea, durante seis tazas de café me hicieron nuevas confianzas.

—Nosotros, y no los franceses, hicimos la Resistencia. Nosotros peleamos contra los nazis. Nosotros luchamos en las calles de París contra los alemanes. Nosotros asaltamos el Hotel Maurice. Nosotros volamos los tanques con bombas Molotov hechas de botellas de agua mineral cargadas con ácido sulfúrico. Pero más aún, los primeros tanques que entraron en París fueron españoles y se llamaban “Brunete”, “Madrid”, “Ebro”, “Guadalajara”, etc. El primer Alcalde de Pau en los días de la Liberación se llamaba González y colocó un letrero que decía: “Se prohíbe hablar en francés”. Un grupo de nuestros muchachos nacidos en Cataluña, puso manos arriba al Gobernador Militar de París y lo condujo a la Estación de Montparnasse para que firmara la rendición. Nosotros hicimos lo principal. Estábamos acostumbrados durante tres años a pelear en España contra los fascistas y no nos costó nada poner K. O. a los alemanes... Pero se olvidaron de nosotros... Nos regalaron una medallita que tuvimos que vender al día siguiente para poder vivir, y nos quedamos para siempre aquí...

Pero algún día volveremos, cruzaremos de nuevo los Pirineos y haremos la guerra al revés. Así como los franceses soñaban en Londres con el día de la liberación de París, nosotros también soñamos con la Puerta del Sol y la Gran Vía...

Y los ojos se les llenan de lágrimas.

Los que liberaron París. En otro suburbio, en un edificio viejo y sucio que parecía pintado por Utrillo, llegué una tarde con una carta misteriosa en la mano. Me la habían entregado en Santiago y me habían dado una dirección secreta. Era para uno de los Jefes de la Resistencia que había peleado desde el 40 al 44 y que había dirigido la toma de París. La carta en clave iba dirigida a un ingeniero que comandaba a los primeros Franceses Libres que trabajaron durante cuatro años bajo la niebla de la capital inglesa esperando el día de entrar de nuevo a París. Una viejita me condujo al 4º piso, tocó el timbre y en la puerta apareció un señor de unos cincuenta años de pelo

entrecano que después de leer rápidamente la carta se sonrió, me tendió la mano y me hizo pasar. Allí sobre un fondo de libros viejos y cuadros modernos, me contó otros detalles exclusivos de lo que había sido la lucha contra los nazis.

Como fue la lucha. Es cierto lo que se dice de la toma de París. Lo que afirman los libros y ciertos periodistas franceses y americanos. Hitler había dado orden de volar los 27 puentes sobre el Sena, La Tour Eiffel y las centrales de agua, luz y gas estaban dinamitadas... Se había colocado cargas poderosísimas en el Metro... Y se llegó más lejos aún... La orden fue cumplida en principio, pero falló milagrosamente el botón eléctrico. Mas tarde el Gobernador Militar que tenía que cumplirla y que había recibido un ultimatum de Hitler, se resistió a hacerlo porque se dio cuenta que la guerra estaba perdida y era una tontería y un crimen liquidar una ciudad como París. Pero la orden nazi era transformarlo en una nueva Varsovia. No debía quedar una sola piedra que pudiera ser usada por los aliados que estaba ya en los suburbios... Nosotros dimos la orden de salir a la calle al grito de "*A cada cual su boche*". Durante 4 días combatimos en los suburbios y más tarde en el centro. Usamos cocteles Molotov y nos colocamos los mismos cascos de los alemanes... Levantamos barricadas en los cruces de calle y controlamos los puentes para dividir las fuerzas de ocupación. Se trataba de ganar tiempo. Era cuestión de horas la entrada de los aliados con Leclerc a la cabeza, por la Puerta de Orleans. Los nazis iban a ser cogidos entre dos fuegos. Y batiéndonos casi sin mas armas que las pocas que tenía el Comité de Resistencia y las que le quitábamos a los propios nazis, iniciamos la lucha al viejo estilo parisiense: con piedras sacadas de la calle que formaban pequeñas barricadas que bastaban para obligar a retroceder a los tanques...

Además estamos especializados en el arte de quemarlos por dentro. Perdimos más de 5.000 muchachos heroicos que saltaban sobre el carro alemán y le lanzaban la botella incendiaria por la mirilla. Así pusimos K. O. a mas de cien. Y además "fabricamos" tanques propios con viejos camiones y hasta con pesadas máquinas agrícolas. Usamos todo. Lanzamos buses contra los carros enemigos. Y hasta taxis cargados de dinamita que

arrojábamos a cien kilómetros por hora en las calles y avenidas donde había pendientes y bajada . . .

Y termina:

—Y en todo esto mi querido amigo, las mujeres y los niños estuvieron en primera fila. A los 5 días de lucha, París era nuestro en los mismos momentos que por la Porte D'Orleans hacía su entrada triunfal la columna de Leclerc y al día siguiente el propio De Gaulle . . .

¿*Quién mandó matar a Laval?*? Nuevamente asoma el fantasma del viejo Laval. El Laval de la corbata blanca que traicionó a Francia y la entregó a los nazis. El mismo del que se dijo que la única parte blanca que tenía era, precisamente, su corbata de pajarita.

Laval fue fusilado por los franceses de De Gaulle hace años.

Y aquí viene la noticia. Tengo en mis manos un libro de dos periodistas catalanes, que se llaman "Los vimos al pasar". Fue publicado hace pocos años, pero tiene un interés permanente para escribir la agitada historia de ese tiempo que nos ha tocado vivir en todos los ángulos del mundo.

Y el hecho palpitante del libro es precisamente el apresurado viaje de Laval a España para escapar de los fusiles de la Resistencia. Laval no tiene remedio. Está perdido. Está cercado. Lo sitian los aliados que avanzan hacia Berlín y los franceses que reconquistan, palmo a palmo, su país después de los terribles años de la ocupación.

Y a Laval le queda únicamente un refugio: España. En España está Franco, que acaba de ganar la Guerra Civil, precisamente gracias al apoyo de Italia y Alemania. Laval confía en Franco. Sabe, o cree saber, que tiene que ayudarlo. Y se equivoca. Franco ya no es el hombre de la Guerra Civil misma. Franco es el vencedor de la contienda y actúa como político. Sabe que Hitler tiene la batalla final perdida. A pesar que ha ganado las batallas intermedias. Y con infalible olfato de gallego viejo, juega al vencedor.

Y no se equivoca.

Y le cierra la puerta a Laval. Este desembarca en el aeródromo de Barcelona, viejo y gastado, pero con una vaga esperanza de salvar. De salvar el pellejo.

Y esta vez se equivoca. Se equivoca el ex socialista, el ex izquierdista, el ex Diputado, el ex Ministro, el ex hombre de Pétain. Se equivoca con Franco y tiene que salir de Barcelona por orden superior para partir hacia alguna parte .

¿A dónde . . ?

No hay dónde. Los aliados han ganado TODA la guerra y EN TODOS los frentes. No hay donde asilarse. Lo único que le quedaba pero que ya no le queda, era la España franquista. Y España le dice que NO. Rotundamente que no. Y tiene que irse con la bencina justa para hacer un viaje que lo lleve a ninguna parte. Lo único que le queda a mano es Suiza o el mar. Suiza está diplomática en el cuadro aliado y le niega la entrada. El mar . . . es el mar, y el avión en que viaja tiene naturalmente que caer a pique por falta de combustible. Y llega a Suiza y lo toman los guardias, lo llevan a Francia, lo procesan rápidamente y lo fusilan.

Esa gasolina que faltó en el avión para huir más lejos, lo condena irremediabilmente a muerte.

Y esa gasolina que faltó fue justamente el argumento que iba a tener Franco algún día para poder jugar una carta victoriosa frente a los aliados, que habían ganado la batalla final de la segunda guerra mundial.

Franco fue frío, pero despiadadamente político. No creyó en la victoria del Eje. No creyó en Hitler. No entró a la guerra al lado del Fueher y del Duce. Supo esperar. Esperó, y un día muy lejano, el Presidente de los Estados Unidos de América, el ex comandante de los ejércitos aliados durante la guerra, el popular Ike, iba a llegar a Torrejón y le iba a dar la mano al caudillo español.

Solo quedaba detrás el cadáver baleado de Pierre Laval, el hombre que había entregado Francia a la Alemania nazi.

Información de primera mano. Los mejores datos, las noticias más sensacionales, los secretos mejor guardados sobre política europea, no me las dieron los Ministros ni los diputados, los senadores, ni los periodistas franceses. Me las dio un chileno. Un periodista que se llama Sergio Pineda que es Jefe de la Agencia "Prensa Latina" en Francia y que abandonó Chile hace algunos años porque sufrió una desgracia familiar. Se le

murió trágicamente una niña que adoraba y quiso borrar con largos años de viaje y olvido el drama que vivió en su país.

Sergio Pineda, que tiene unos inmensos mostachos de cosaco ruso y unos grandes anteojos de estudioso, me invitó a su casa en la Place d'Italie para contarme algunas cosas sobre lo que ocurría en el mundo en ese momento y de las que estaba informado al segundo.

Pineda que viajó por Suecia y que estuvo en Cuba, milita en la extrema izquierda y mira con otros ojos la política del continente. Está en contacto con los mejores periodistas franceses y con los corresponsales de los diarios europeos.

Mientras alza una copa de tibio Beaugolais, desplegó una serie de revistas y papeles sobre la mesa y me dijo unas cosas espectaculares. Vive con su madre y con su mujer y es notable ver a la simpática señora como chapurrea el francés y se pasea por las calles de París como si estuviera en Ahumada y tuviera que hacer sus compras en la Vega Central. A pesar del cielo sueco, de las palmeras cubanas y de los viejos edificios de ocho pisos en la capital francesa, sigue siendo tan criolla como el día en que tomó los pasajes para partir al extranjero. La esposa de Pineda es joven, simpática, discreta y silenciosa. Se pasea como un fantasma a su lado mientras su marido saca un termómetro y le toma la temperatura a la Europa 1964.

Alemania 1964. —Esto no se ha publicado nunca, me dijo. Se dice que Alemania está desarmada de acuerdo con el último tratado de paz. Eso es falso. Totalmente falso. Alemania está haciendo ahora lo mismo que hizo después de la guerra del 14. El Tratado de Versalles solo le permitía tener cien mil soldados. Tuvo cien mil oficiales y en ellos se basó Hitler para formar el Ejército del Tercer Reich cuando llegó la hora de la guerra. Pero como ahora estamos en 1964 y no en 39, los cien mil soldados alemanes son cien mil técnicos atómicos...

La bomba atómica. Carraspeó un poco, encendió un cigarrillo *Gitane* y continuó:

—Alemania no tiene aún la bomba atómica. Por supuesto que no la tiene. O, por lo menos, *parece* que no la tiene, o dicen que no la tienen, pero esos cien mil técnicos atómicos que están absolutamente al día en los últimos experimentos norteamerica-

nos y que se saben al detalle el manejo de la bomba, pueden recibir mañana un envío que les permita organizar en 24 horas un centro atómico formidable y sembrar el terror, no con ingenuos gases como en el 14, ni con paracaidistas como en el 39, sino con cohetes que saldrán del suelo alemán e irán a caer sobre Rusia, Francia, Inglaterra, o donde sea. Los alemanes no dicen nada. Los alemanes son pacifistas por fuera, pero les arde la revancha por dentro. En la guerra pasada fueron enemigos de los yanquis, pero ahora están armados por los norteamericanos y si mañana viene la tercera guerra, Alemania puede ser una base atómica formidable con un Ejército, una Marina, una Aviación y sobre todo una artillería atómica de primera línea.

* * *

Dos peruanos y un chileno. Cerca del Café de Flore que hace lloriquear a las niñas románticas chilenas y a los poetas barbones que se reúnen en "El Bosco" de Santiago y donde Jean Paul Sartre escribió sus primeras obras existencialistas, vive uno de los mejores novelistas de la época actual. Se llama Mario Vargas Llosa, tiene 28 años y publicó una novela que ha sido traducida a doce idiomas y que se llama "La Ciudad y los Perros". Es peruano, casado con una boliviana de la cual se separó más tarde (con lo cual hizo una tontería porque la muchacha era estupenda), y me la presentó Jorge Edwards, Secretario de la Embajada de Chile en París.

Mario Vargas es un muchacho estupendo que tiene la pasta de los novelistas que un día serán célebres en el mundo entero. Escribe de noche y duerme de día. No sigue la costumbre de sus colegas de afeitarse una vez al mes y de andar con chaquetón Montgomery por las calles de París. Es elegante y atildado, y a primera vista parece un diplomático en vacaciones. Me mostró los originales de una segunda novela que está escribiendo y que demuestra que el muchacho vacilante que llegó a París hace cuatro años, es ahora un escritor hecho y derecho. El mismo me presentó a otro peruano que también hará noticia con el tiempo. Era Espinoza, un indiecito bajo y sombrío de inmensa frente y enormes ojos oscuros que hablaba poco, pero que me

llevó a su casa cerca de los Inválidos y me mostró unos cuadros inolvidables.

Allí estaba el genio, pero el genio en formación. O más bien dicho, el aperitivo del genio. Sus indiecitos, sus campesinos, sus obreros desarropados, sus dioses, sus temporales, sus pueblecitos cocidos por el sol, y las calles, los lagos y los ríos que salen de sus morenas manos, van hacer hablar la crítica mundial dentro de muy poco. Ahora está pobre y trabaja de la mañana a la noche. Hace de comer en una pequeña cocinita que está junto al tablero donde dibuja, saca una litografía en una máquina que se ha comprado, no en cómodas, sino en heroicas cuotas mensuales, y vive oscura y valientemente en un mundo tan distinto al de su tierra, haciendo un esfuerzo sobrehumano. Por ahora no se le conoce, pero un día lo va a tomar la fama de la mano y lo vá a llevar a la primera línea del escenario. Actualmente está en Cuba, dirigiendo la pintura revolucionaria de la isla.

Esa trilogía; Jorge Edwards, escritor auténtico que está en comisión de servicio, por decirlo así, en la diplomacia, pero que sigue escribiendo pacientemente por su cuenta para llegar un día a ser un escritor célebre¹; Mario Vargas Llosa que sabe le que son las traducciones a doce idiomas y que cuando París duerme toma innumerables tazas de café como Balzac y teclea infatigablemente a máquina hasta que asoma la madrugada pálida y ojerosa por la ventana, y este indiecito de pocas palabras que conoce los rojos y los azules más estupendos de la paleta peruana, son tres noticias humanas que conocí una tarde cualquiera en un café de París.

Los cubanos. Fui amigo de varios cubanos en los días que estuve en París. En un café que está en la esquina de Saint Germain con Saint Michel y que jugó un papel heroico en los días de la Liberación, me tocó tomar una tacita de café con el Agregado Cultural de Fidel en París. Si Reynaud es solemne y protocolar y si Malraux parece una pila eléctrica, este cubano de rostro moreno y de inmensas espaldas con aspecto de campeón de box, con el que conversé durante media hora, es una especie de dínamo que lanza miles de ideas y frases por segun-

¹. Acaba de publicar en España "El peso de la noche".

do. A través de él supe como trabajaba la Revolución cubana en todos los frentes, como operaba Fidel entre China y Rusia, y como —si mañana viene la tercera guerra mundial— la Isla del Caribe será una base atómica de primera línea situada a sólo veinte minutos de Miami que disparará su primer cohete sobre Nueva York y sobre Washington a la primera señal de peligro. El cubano que es solo Ministro Consejero, me dió la impresión de que Fidel usa la misma técnica que sus colegas soviéticos. El Embajador tiene la parte diplomática oficial frente a las autoridades francesas, pero ese Ministro (y en otras partes el chofer o el mayordomo de la Embajada) es el verdadero político de la representación. El es el que dirige un intenso tráfico de muchachos cubanos que viajan a París para estudiar y transformarse en los mejores técnicos de la revolución. El es el que organiza los viajes a Moscú y a Pekín, el que está en contacto con Bella Bella o Nasser, el que se entrevista con los líderes comunistas franceses, alemanes e italianos en una palabra, el verdadero comisario político que hace la parte gruesa de la acción diplomática. Alegre y simpático, sin esa cara de severidad militar de los comunistas rusos y ese aire impasible e inescrutable que usan los chinos durante todos los días del año, este cubano pleno de vitalidad, alegre y dicharachero y que hace temblar los vidrios del café con una sola carcajada, me dio la impresión de ser el más sutil de los hombres claves que usa Fidel en el exterior.

La noche. Pero no hablemos únicamente de política. Vamos a divertirnos un poco. La Rue Richelieu en que quedaba mi Hotel, era la calle más burguesa y tranquila de día. De noche era un infierno. Asomaban las patinadoras y las alegres compañeras de la noche. Una de ellas me llama.

Le pregunto:

—¿Cuánto?

—100.000 francos.

—Tengo cincuenta.

—Poco . . . Búscate otra . . .

Y se aleja, moviendo las caderas como las mulatas de Gauvain. La otra resulta mucho más bonita. Cara de tigresa, ojos color madrugada, labios pintados, movimientos lentos y felinos. Una reina. La reina es más barata que su colega anterior.

—Sólo por 50.000 . . . y una noche maravillosa . . .

La observo. Tiene las piernas excesivamente musculosas, las manos de boxeador, la voz ronca. Es estupenda, pero tiene algo raro.

Ella misma me saca de la duda. Con una voz de general de división me dice ásperamente:

—No te asustes . . . Parezco mujer, pero soy tan hombre como tú . . . Claro que infinitamente más experta que estas novatas . . . Le digo adiós y me pierdo en la calle en busca de nuevas sensaciones. La calle es una vitrina del Caballero Audaz.

En cada esquina una *trottoire* y en cada pozo de sombra una nueva cortesana. Me cargan las estadísticas, pero se habla de cien mil por lo menos. Las hay en auto que toman a los clientes en los Campos Elíseos y los llevan al Bois para ahorrarse el hotel . . . Avanzan por la avenida en verdaderas flotas de placer sobre ruedas. Cargan sobre el público. Lo arrinconan contra la pared. En la calle misma cuento por lo menos veinte hoteles parejeros. Y eso que estamos en el barrio más burgués de París y cerca del Elíseo y de la casta imagen del General De Gaulle. En Montmartre hay dos cada tres habitantes del barrio. Todo hotel es para lo mismo. Los pobres turistas que se equivocan, tienen que hacerse los lesos.

Invertidos. Pero hay más. En Saint Germain de Prés existe un “paseo” del Tercer Sexo. Del mismo de Guide y de Wilde. Se trata de muchachitos escalonados cerca del *Café de Flore* que tientan al público con miradas engañosas. Usan un verdadero uniforme. Chaqueta de sport y pañuelo de seda al cuello. Los pantalones son ceñidos y los zapatos de gamuza . . . Generalmente le *ligan* a los viejos. Unos caballeros muy serios que durante el día deben ser Gerentes de Banco, y se transforman apenas se enciende la primera estrella, y salen en busca del amor que osa decir su nombre. La tarifa es la misma que en el caso de sus colegas femeninas. Y de las ocho de la noche a la una de la madrugada trabajan intensamente parados displicentes y coquetos en los quicios de las puertas como las muchachas noctámbulas de Valparaíso . . .

Pero hay más aún. Cabarets para invertidos existen por lo menos cuatro en París. Anoto los nombres: “Madame Arthur”, “Eve”, “El Tercer Sexo”, “Le Fiacre”, etc. . . Y hay muchos

más discretamente agazapados en las esquinas de Montparnasse y en la Rive Gauche . . . De lesbianas también hay. Son inglesas y suecas que llegan a Francia, tiene su mundo propio. En los masculinos las camareras son lógicamente hombres y en los femeninos son muchachas de ojos cargados de rimmel que exhiben una dejadez y una distracción para moverse que hace las delicias de las gringas aventureras.

Nadie se asusta por el fenómeno. La gente se ríe y le hace broma. Las *trottoires* son amigas de sus competidores masculinos y conversan sobre el negocio y se distribuyen los clientes.

Y esta es la imagen de París que se lleva el ingenuo turista que ahorró unos dólares en América o que vino a “vivir su vida” durante un par de semanas inolvidables . . .

* * *

Con D'Artagnan. Gess me invita a su casa. Vive en la Rue Vaugirard que es la más larga de París y que cruza totalmente la ciudad. Nace en el Sena. Sale chorreando del agua y se pierde en los suburbios. La casa de Gess no tiene nada de especial por fuera. Parece un viejo caserón donde vagara aún la sombra de Marcel Proust. Es estilo Luis XIII y dá la sensación de una vieja aristócrata venida a menos. Y conservada a punta de maquillaje de milagrosas cremas para combatir la vejez.

Pero adentro la imagen cambia. Gess me muestra un patio empedrado y me pregunta malicioso.

—¿A quién crees que perteneció esta casa . . . ?

—No tengo idea.

A un viejo amigo tuyo . . .

—No sospecho . . .

Me aclara el punto.

—A D'Artagnan . . . Sí, el mismo personaje de Alejandro Dumas que existió en la realidad y que fue un noble arruinado que llegó a guardia de los mosqueteros y más tarde a Mariscal de Francia. Aquí quedaban sus caballerizas. Y aquí montaba a caballo acompañado de Athos, Porthos y Aramis que también existieron en la época de Luis XIII y de Richelieu . . .

Así es Francia. La casa más destartada y el palacio más apollado, con el buen gusto que únicamente los franceses sa-

ben desplegar para mantener la tradición, son un pozo de historia . . .

En la Cámara. Al día siguiente el mismo Gess me invita a almorzar a la Asamblea Nacional (Cámara de Diputados). Circulo entre las butacas de los parlamentarios que están en vacaciones y naturalmente me siento en el sillón que fue de Gambetta y en el escaño de Clemenceau. Esto huele a historia. Se nota la estampa de las jornadas del 30 y del 48. Se ve a Luis Felipe disfrazado de izquierdista para ceñirse la corona de Francia. Y más tarde a su mujer, la pobre Reina Adelaida, llorando a gritos y pidiendo la corona para su hijo. Se respira el aire de los terribles días de la Comuna y se perciben a lo lejos los tiros de los golpes de estado y de las barricadas. Todo pasó por aquí. Desde aquí salió la declaración de guerra el año 14 y más tarde cuando Hitler tiró el Tratado de Versalles al cesto de los papeles, la orden de partir hacia la frontera.

Cada escaño es una leyenda y cada butaca una novela. La mesa del Presidente no es como en Chile. Sigue la costumbre y el estilo de la Revolución Francesa. Los oradores tienen que montar hasta la tribuna y hablar allí debajo del presidente. Igual que en las estampas de la Convención y del Terror . . .

Los salones son prodigiosos. Cada techo fue pintado por Delacroix y caminamos como sonámbulos entre tanto rojo y tanto azul desbordante que chorrea de las paredes. Esto recuerda el lujo de Versalles, pero con un tenue y leve matiz republicano para que no se enoje la izquierda.

Chaban-Delmás. En el comedor, Ges me presenta a un muchacho, con cara de niño que es nada menos que Presidente de la Cámara. Se trata de Chaban-Delmás, mano derecha de De Gaulle en los días de la Resistencia y de la Liberación de París.

El mismo Chaban que es campeón de tenis y que tiene estampa de actor de cine, me cuenta algunos datos.

—¿Ud. conoce el libro “¿Arde París” . . . ? ¿Sí . . . ? Allí está toda la verdad. Si De Gaulle no entraba a París en julio de 1944, los comunistas dominaban la capital y Francia pasaba a ser una potencia soviética en plena guerra. Era cuestión de segundos. Los FT habían dado la orden de tomarse la capital. Tenía armas de sobra. Los aliados los habían armado durante los últimos

meses. Eran miles de miles y contaban con la entusiasta adhesión de la población civil. Yo dirigía el Comité degaullista que tenía mucho más importancia política, pero que había recibido la orden perentoria de no lanzarse aún a la lucha . . . De Gaulle habló con Eisenhower y allí se decidió que nos adelantáramos a los comunistas y tomáramos por nuestra cuenta la capital. O sea, que iba a haber tres frentes: los alemanes que habían amenazado con volar la ciudad, los FT y nosotros . . . Si nos presentábamos divididos, podían ganar los nazis . . . Como si fuera poco, el General Von Goschlitz, Gobernador militar de París, había recibido la orden perentoria de volar la capital y hacer de ella un nuevo Stalingrado, o una Varsovia en llamas. La orden era concluyente. Dinamitar los cuarenta y dos puentes sobre el Sena, los Inválidos, el Luxemburgo, la Opera, la Tour Eiffel, las centrales de gas, agua y electricidad, las alcantarillas, el Metro. Todo en una palabra.

Se detiene Chaban y continúa:

—Pero teníamos algo en favor. O más bien dicho dos cosas. El General alemán se había enamorado de París y además estaba convencido que Hitler tenía perdida la guerra. Y contábamos con la formidable popularidad de De Gaulle. Si la división blindada del General Leclerc, segundo hombre de De Gaulle, entraba en París *antes* que los comunistas hubieran tomado el poder, estábamos salvados. El golpe de gracia lo daría el mismo De Gaulle, entrando a la capital y llevándose todos los honores y las ovaciones . . . Fue una carrera contra el tiempo . . . Peleamos aparentemente juntos y codo a codo con los FT, pero los degaullistas nos tomamos los puntos claves . . . Mientras conquistábamos barrio tras barrio, avanzaban los tanques de Leclerc y De Gaulle estaba listo para caminar por los Campos Elíseos . . .

Los comunistas fueron desbordados . . . Obligados a firmar el acta de rendición a Von Goschlitz, en la Gare de Montparnasse y le hicimos una nueva jugada a los milicianos del PC. Ocupamos el Elíseos y les dejamos a ellos el Hotel de Le Ville que tenía un valor simbólico, pero no político, para manejar las palancas del poder . . . Al día siguiente entraba De Gaulle y se sentaba en el sillón de los Presidentes de Francia . . . Cuando

arribó Thorez, que se había refugiado en Moscú desde 1940, la cosa estaba hecha . . . Y le quedó únicamente ocupar la vice presidencia. Claro que la guerra seguía, pero teníamos las retaguardia limpia y segura . . . Desarmamos a los FT y los encuadramos en las filas del Ejército que seguía la lucha. Ese fue el golpe fatal y final . . .

Y levanta una melancólica copa por los años idos y los recuerdos y fantasmas que rodean la mesa . . .

Una observación final. En todos los países del mundo los Presidentes de una rama del Congreso son gente madura y probada. Han hecho una vida en el parlamento para llegar a sentarse en el ansiado sillón presidencial. Chaban-Delmás era general a los 29 años y en la misma época que otros se dedicaban a firmar tarjetas de recomendación y a hacer discursos vagos y huecos en la Tribuna, él andaba con la pistola en la mano cazando *boches* en la calle. Y no habrá nada más distinto a los clásicos políticos de la aburrida Tercera República, llenos de rosetes de la Legión de Honor y de canas, que este muchacho campeón de tenis de Francia, que no vacila en invitarme al día siguiente a hacer un poco de *footing* por las enarenadas avenidas del Bois . . .

Los chilenos que se tomaron París. Y ahora saltemos de París a Santiago, y de junio a julio de 1964. En la Embajada de Francia se reunió una serie de gente a recordar algunas viejas cosas al calor de una copa de champagne. Se trata de los ex combatientes chilenos de la última guerra que pelearon junto a De Gaulle. Con el brillante Embajador de Francia en Santiago, desempolvamos algunos viejos recuerdos y echaron a caminar algunas anécdotas que ya tienen sabor histórico.

Porque lo que recordaron es que, hace 24 años, la tarde del 18 de junio de 1940, por los micrófonos de la BBC de Londres, a través de la niebla y cruzando los cielos, se oyó una voz que decía esta frase:

—“Francia ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra . . .”

El que hablaba era el entonces desconocido General Charles De Gaulle, que había sido nombrado, a última hora, Subsecretario de Guerra de Paul Reynaud y que era el discutido autor

de un modesto librito publicado cinco años antes que se llamaba "El Porvenir del Ejército", que fue atacado duramente por el Estado Mayor francés. El mismo pequeño y decisivo libro que planteaba —¡en 1934!— la ofensiva con grandes oleadas de tanques, y que sostenía la guerra *relámpago* contra la guerra *sentada* que era la tesis oficial del Estado Mayor que vivía aún con los ojos puestos en los resultados y en el estilo francés de la contienda del 14 al 18.

La obra de De Gaulle tuvo un extraño destino. Fue leído por el Agregado Militar de la Embajada de Berlín en París, y enviado a Hitler. Este lo hizo traducir por Goering e hizo imprimir quinientos ejemplares que fueron repartidos entre los oficiales más brillantes del Estado Mayor germano. Uno de esos oficiales fue el más tarde General Guderian, que iba a ponerlos en práctica en la guerra relámpago de 1940, que terminó con la caída de París y la derrota de Francia.

De Gaulle había tenido razón.

Vencido su país, parte a Londres en avión en los últimos momentos y desde allí lanza el llamado. Sus palabras cruzan los cielos y los mares y llegan a América. Y naturalmente aterrizan en Chile. Aquí las escuchan estudiantes, intelectuales, profesionales y aventureros. Gente joven y madura, hombres y mujeres. Y parten al llamado de De Gaulle, hacia Inglaterra para formar los primeros e incipientes batallones de la Francia Libre.

Trescientos chilenos se reúnen rápidamente bajo la Cruz de Lorena.

La franja "Chili". La Francia exilada es minúscula y nadie la toma en cuenta. Son apenas 11.000 hombres que luego crecen bajo el *fogg* de la capital inglesa . . . El humilde cuartel del General De Gaulle aumenta su potencia. Los franceses libres desfilan por las calles de Londres . . . Los chilenos llevan un pequeño galón que dice escuetamente "*Chili*". Cuando llega la hora de la lucha, en Francia misma, los chilenos están en la vanguardia. Anotemos algunos nombres: Alfredo Villarroel, Vinicio Benavides, Jean Brouillas, Emilio Miriel, Fernando Bellet, Margot Duhalde, Juan Walker y tantos más . . . Son ellos los que entran antes que nadie, en París el 23 de agosto en la noche,

y los primeros tanques que avanzan a través de los boulevares, son manejados por legítimos chilenos.

Los tanques. Y puede seguir la historia pero lo básico es que los carros blindados que están actualmente en los Jardines de Los Inválidos, a un costado de la Embajada de Chile, frente a la Place "Santiago du Chili" y que llevan la Cruz de Lorena, iniciaron la entrada a París, el 23 de agosto de 1944, en la noche y estaban tripulados por muchachos nuestros.

Con razón los ex combatientes evocativos y reminiscentes se levantaron una copa de champagne en los jardines de la Embajada de Francia para recordar aquella lejana e inolvidable fecha. Y sintieron que llevaban aún un parche invisible en la guerrera que lucía orgullosamente el nombre de su país.

La Maison de la Radio. Pero lo que me llamó la atención en este último viaje fue la fabulosa Maison de la Radio.

La Maison queda en el Quai Kennedy, cerca de la Tour Eiffel a unos 5.00 pesos chilenos en taxi del Arco de Triunfo. Yo llamé por teléfono pidiendo una cinta grabada de De Gaulle y un par de películas. Me contestaron lacónicamente:

—Venga.

Fui. Nunca lo debería haber hecho sin averiguar mayores datos. La Casa de la Radio, inaugurada hace tres años, es uno de los edificios más fabulosos y más complicados del mundo. Es un tubo de ocho pisos de altura que ocupa un bloque de cuatro manzanas y con más de 120 puertas que llevan números y letras. Para entrar y llegar a una oficina determinada, hay que saber de antemano cuál es la entrada exacta, el ascensor que hay que tomar, el pasadizo por el cual hay que deslizarse, el botón que hay que oprimir, la puerta justa que hay que cruzar. Si no, está perdido. Lo digo por dolorosa experiencia propia. A pesar del plano que llevaba en la mano, me costó más de media hora aterrizar en el despacho del señor con el cual tenía que hablar. Pero fue una buena experiencia. Los franceses tiene el genio de la claridad y de la precisión. Si hubiera estado en otra ciudad más burocrática y cantinflasca, me habrían entregado la cinta y el film unos 20 días después, amén de dos docenas de nerviosos llamados telefónicos. En la Maison de la Radio bastaron 34 horas y un golpe de teléfono. Pero aprove-

ché el viajecito para ver cómo funcionaba la máxima maravilla técnica de la Francia actual. Me tocó presenciar la transmisión por TV de la muerte de Thorez, jefe del Partido Comunista francés. El PC está en oposición violenta contra De Gaulle. La TV y la radio son del Estado. Pues bien, la transmisión fue de una objetividad, de una serenidad y de un sentido periodístico admirables. Escuché programas en polaco, griego, ruso, árabe, serbio, croata, berebere, húngaro, rumano, portugués, búlgaro, checoslovaco, inglés, español e israelita. Las transmisiones para América que se llaman "Ici París", son un modelo. Anoto varios programas: "La Revolución Francesa", "Francia el año 2000", "De Gaulle en la intimidad", "La liberación de París", etc. No hay avisos. No hay latas. Nadie bosteza. Todo tiene un ritmo veloz y claro al mismo tiempo. Vi parte de la correspondencia que llega por sacos de todos los países del mundo. Encontré más de 20 cartas de Chile. Una de ellas viajó desde Calama y lleva la firma de Sergio Melgar. Otra voló en avión desde Limache. Una tercera lleva timbre de Chuquicamata. Recorrí los estudios, los auditorios y las instalaciones. Ni la BBC de Londres tiene algo parecido. La Radio y TV llevan un lema: nada de política. Imparcialidad total para poder ser escuchada por todos los franceses y por la totalidad del mundo, usen la camiseta política que usen.

Toda esa maravilla está anclada en el tubo blanco del Quai Kennedy.

El último rostro de París. Me saltaré ágilmente los obligados paseos por el Sena, la indispensable visita al Museo Carvalet, la noche que dormí tranquilamente en una butaca de la Opera a la cual había sido invitado especialmente, y la comedia presentada por una Compañía argentina, que resultó más pedante que lo que yo suponía, los cócteles, comidas, banquetes, entrevistas y sobre todo los paseos melancólicos y nostálgicos por las calles de París.

Terminaré estas líneas contándoles que a través de treinta infatigables días, bajé cuatro kilos, torturé varias máquinas de escribir, gasté varias libretas de notas apuntando los miles de detalles secretos y misteriosos que iba encontrando en el camino y que me permitieron configurar la silueta de De Gaulle. En un

banquete en un Castillo que había pertenecido a Madame Pompadour, probé con mis ingenuos labios sudamericanos un faisán que no volveré a comer en mi vida.

En los cabarets de la Rue Danton vi como los últimos existencialistas tomaban ajeno y fumaban marihuana creyendo ser protagonistas de alguna película de humor negro, etc.

Eso fue lo que hice como periodista. Como ser humano sentí de nuevo como el sol de hace diez años iluminaba de nuevo el Luxemburgo y la Plaza de Vosgues. El París, que había conocido oscura y gris como en los mejores cuadros impresionistas, ahora estaba limpio por orden de Malraux y lucía sus piedras inolvidables con la misma pureza dorada de hace tres siglos. París no cambia. No puede cambiar. Está hecho de un solo estilo. El estilo de todos los tiempos. Sus calles, su río Sena, sus largas avenidas, sus parques silenciosos, sus plazas abandonadas, sus cafés, sus pequeños bares, sus Museos, sus colinas, sus Catedrales, sus emocionantes capillas, sus *flics* dirigiendo sonrientes el tráfico en las esquinas, sus mujeres bonitas, sus modistillas, sus poetas con la barba crecida y la pipa entre los labios, sus viejas tristes, sus antiguas *concierges*, su Metro y, sobre todo, su cielo con pequeñas nubes dibujadas a pluma para que vaguen y aterricen sobre las chimeneas de la ciudad, sigue siendo ahora lo que fue en tiempos de Robespierre, de Francois de Villón, de Napoleón, de Balzac, de la Comuna, de la guerra del 70, de la del 14 y la del 39.

Con el corazón escondido en el último rincón del alma y el ánimo quebrado por dentro, tomé una mañana de agosto un avión, un simple y poético pájaro de acero, que me iba a llevar, de mi patria sentimental, a mi patria afectiva que latía al otro lado del mar.

En las valijas llevaba los originales hechos a máquina de una biografía del General De Gaulle. Pero dentro de mi mismo llevaba la imagen de ese aeródromo de Orly que es una especie de azul Catedral de Chartres, levantada por la ingeniería moderna en el cual unos amigos desde la terreta me despedían con unos pañuelos inolvidables...

Detrás de la ventanilla del avión, quedaban algunos castaños, la sombra silenciosa de un río y la imagen de unas piedras eternas que forman el rostro de una ciudad que no podré olvidar jamás.

Un Bonapartista en 1964. Como un alcance a mi anterior capítulo EL PARÍS DE MI JUVENTUD, creo oportuno agregar este corto comentario, muy oportuno por cierto, a la vida del París contemporáneo.

Aquí no se trata de un personaje importante que se haya destacado en la política, en el amor o en la literatura. Ni que esté en los libros de historia ni en las antologías. No. No hay una calle con su nombre y prácticamente nadie lo conoce. Más aún no sé ni siquiera su nombre y seguramente la mayoría de los que lo divisaron en las calles de París hace 10 años no sospechan aún cómo se llamaba. Nadie lo entrevistó nunca y no apareció jamás su pintoresca estampa en los periódicos. Pasó por la vida suave y distraidamente. Vivió a su manera y se fue también de una manera estrictamente personal. Y sin embargo fue uno de los personajes más novelescos, extraños y pintorescos que yo haya conocido en toda mi trashumante vida de periodista. Y sin charlar con él, mirándolo sólo de lejos, siguiéndolo en las calles que parten cerca de la Place de la Bastille o de la Place de Vosges en París, lo llegué a conocer como nadie.

Porque este francés, este habitante de la "rive gauche" este hombre de nuestro tiempo, no vivía en la época actual y jamás se tomó la molestia de averiguar que estaba en pleno siglo XX.

¿Y por qué...?

Porque él creía que estaba aún en la época del Directorio y que el calendario indicaba aún el año de 1796. Plena revolución francesa. Napoleón ya no es un desconocido teniente de artillería. Se ha lucido en Tolón y ha conocido a Josefina. Robespierre se pegó el tiro en el mentón y fue llevado a la guillotina. Marat no existe ya. Danton está en la tumba con la cabeza cortada. Barras reina en los salones. Madama Tallien es amiga íntima de los victoriosos de la hora. Ha pasado el terror y todo el mundo quiere divertirse fanáticamente. En la calle los jóvenes aristócratas que escaparon del tajo que brillaba trágicamente en la Plaza de la Revolución, persiguen a los últimos jacobinos en la calle.

La estrella de Bonaparte asciende y asciende y ya lo espera una corona en la penumbra de Notre Dame. De esta época exactamente es nuestro personaje. Se viste como los elegantes de ese tiempo. Usa sombrero hongo, chaqueta de enormes vueltas, pantalón ceñido y botas con hebilla. En la mano lleva el bastón que es una especie de símbolo de los agitados tiempos que se viven y habla un francés que desapareció oficialmente hace cerca de dos siglos. Y así vivía en París. Así caminaba por la calle. Y así se paseaba lentamente por los que habían sido los decorados históricos de la Gran Revolución. No usaba el bús y ni el auto. No hablaba por teléfono ni levantaba la vista hacia el cielo para ver el paso de los aviones. Le molestaba el olor a la bencina y escribía en las noches a la luz de un romántico velón.

Y en una ciudad como, París en que se ven bonzos, lamas, siux, negros del Congo, hotentotes y enanos con sus trajes típicos (o sin ellos), nadie reparaba en este hombre para quien el tiempo no había pasado en lo más mínimo.

Nadie . . . sino yo.

MIS PEQUEÑOS "ROBOS"

¿Cómo terminar estas aventureras líneas sin hablar de los robos que el periodista *tiene* que hacer cuando sale del terruño?.

¿Sé que más de alguien arrugará el entrecejo, pero no importa. Mis robos parten de dos puntos de vista:

1) De mi amor fanático a la Historia.

2) Del hecho, mucho más importante de que en el fondo de todo periodista se oculta un sentimental incurable que se enamora para siempre de los lugares por los cuales caminó alguna vez.

Y haciendo un balance rápido, tengo a la vista en mi departamento algunos testigos del pasado y algunos *amigos* que me traje para conversar con ellos las tristes tardes de lluvia, con el brasero encendido, y la pipa entre los labios.

La placa de la Rue Cujas que saltó de la Universidad de la Sorbona a Santiago de Chile.

Los ceniceros de más de cuarenta hoteles de los cuatro continentes visitados . . .

Algunos cacharros baratos y sin mayor valor, que antes figuraron en algunas vitrinas de museo y que ahora me cuentan la historia de Napoleón y los días de sangre de la revolución francesa con más habilidad que Ludwig y que el viejo Thiers.

Un gorro chino, un turbante argelino, una cimitarra que antes anduvo cerca de las vacas sagradas de la India, una cachimba detectivesca, dos puñales, una napoleónica cajita de rapé, etc.

Un trozo de bordado de un lecho fabuloso que creo que perteneció a la propia María Antonieta (la verdad solo la saben los especialistas en la materia . . .) y una copia de la bandera del Movimiento "26 de Julio" que acaudilló Fidel Castro . . .

La Marcha de la Liberación de París en 1944 y el Himno de los Voluntarios Chinos que siguieron a Mao a través de 8.000 kilómetros que fue cantado bajo las balas y en medio de los arrozales y el coraje.

Una página inédita de Colette y otra de Lamartine.

Y tantas cosas más que, por rubor o por modestia, no me atrevo a citar más al detalle...

A través de treinta naciones conocidas al pasar y de innumerales días y noches en países extraños, siempre he buscado a los chilenos que habían anclado bajo cielo extranjero. Y he encontrado cientos de compatriotas que se aburrían del Mapocho, del Santa Lucía, de la Alameda, de la política, de las conversaciones sobre enfermedades y los eternos reajustes, y partieron fuera del país.

En el Sahara conocí a un guía de caravanas que parecía el mejor discípulo de Mahoma. Usaba turbante y tenía la piel tan oscura como el mejor habitante de la región. Hacía veinte años que trabajaba con un camello que se llamaba Alí. Resultó que había nacido en Ovalle y se llamaba Ildefonso Salazar. Cuando le hablé de volver a Chile, lanzó una carcajada, que casi echa abajo una pirámide.

—¿Para qué, cuando me siento como en mi casa en medio del desierto? Aquí soy el rey . . . Allá sería un pinganilla.

En Nueva York, en un rascacielo de la calle 46, conocí a un ascensorista que mascaba chicle y hablaba mejor norteamericano que los mismos yanquis. Apenas cruzamos dos palabras, aterrizamos en el castellano y me contó su historia. Había leído un librito que se llamaba “Cómo triunfar en la vida”, y lo estaba practicando.

—Ahora trabajo en este ascensor del diablo. Dentro de diez años seré gerente de un Banco . . . Ya lo verá usted.

Y a lo mejor acierta y estoy seguro que en los cuatro años que han transcurrido desde que lo vi subiendo y bajando quinientas veces al día, ya estará por lo menos en la antesala de la gerencia.

¿Y por qué se fue . . . ? Porque se aburría en Chile y le cargaba estar limitado mentalmente por la calle Ahumada y por la calle Estado.

En París, en el café más existencialista de la capital del Sena, hablé con un pintor. Pelo revuelto, ojos febriles, sweater oscuro y transpirado, pantalones de pana, zapatos rotos . . . Trabajaba de la noche a la mañana con el pincel, en una buhardilla de mala muerte.

Me dijo:

—Esto es el comienzo fatal . . . Lo que veo, lo veo yo y nada más que yo. Y lo pinto como lo siento. No quiero pertenecer a círculos ni asociaciones artísticas. Me gusta pintar solo y a mi manera . . . Soy un poco el Robinson Crusoe de la pintura. Y me quedaré solo y trabajando en la penumbra de mi piececita mal ventilada, pero estoy en París.

Y al decir la palabra “París”, se le iluminaba la cara y se le notaba que prefería ser un ratón en la capital de Francia, que un maestro junto al Mapocho.

Y seguramente seguirá algo menos transpirado y menos solo con los pinceles en la mano, pero vagando en medio de la bruma que se extiende sobre el Sena.

En Nueva York estuve con docenas de chilenas estupendas que habían llegado a jefes de sección en las mejores tiendas. O maniqués, modelos, extras de cine, cantantes de boites, etc. Eran algunas de los seis mil chilenos que viven en la ciudad de los rascacielos.

Finalmente, en Inglaterra conocí periodistas que cambiaron las radios nuestras por la BBC de Londres. Y no por el pago, sino sencillamente porque querían ver más lejos, estirar la vista y clavar los ojos en Australia, Canadá, la India y Zanzíbar y no quedarse enjaulados en una vida sin aventuras ni sobresaltos.

¿Falta de patriotismo . . . ? Nada de eso. Al contrario. Justamente por ser tan chilenos, por tener una psicología tan de esta tierra, por encantarles el vacío y el azar, porque han nacido en un país de marinos, de pescadores, de viajeros y de vagabundos, hicieron las maletas (o *la* maleta en la mayoría de los casos) y les dijeron chao al terruño. Para probar afuera como se

crece cuando no hay ayuda, no hay familia, ni amigos, y se tiene como único apoyo la audacia y la diablura criollas.

Podría recordar a Carlos Ramírez, extra de Hollywood que allá se llama Bill King. O a Fidel Bravo Soto que en Roma era un perfecto *tano* que trabajaba de intérprete en un museo y que en su pueblo, —Achao—, no se habría imaginado que un día iba a ser *il signore Cesar Armandini*. Y a Klaus Keiser, cantante de jaz en una boite de Berlín, que ni se llamaba Klaus ni tenía el menor parentesco sanguíneo con los alemanes y que había zarpado de Valdivia a la capital tudesca sin un miserable peso en el bolsillo. Y a tantos más . . .

Todos ellos están probando que el mentado *pateperrismo* nacional está tan vivo como en los días de la fiebre del oro en California, cuando detrás de cada mexicano auténtico salía un chileno, y cuando la mayoría de los terribles compañeros de Joaquín Murieta habían nacido a las orillas del Bío Bío o del Maipo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



Amigo lector: hemos llegado a las últimas páginas. Este pequeño islote que se llama el hombre forma un archipiélago. Este archipiélago puede un día formar un continente. Esta gente libre y sola, orgullosa, tranquila y serena, constituye los únicos amigos de un mundo que un día me tocó recorrer y en cuyos ojos encontré una llama parecida a la que arde bajo las cejas de algunos compañeros míos.

A pesar de los rascacielos, al pié de los rascacielos, más allá de los rascacielos, en medio mismo de las estrellas, cortando los astros, impidiendo el paso de los satélites, cerrando los caminos a la cápsula metálica que va en busca de la luna, hay algunas chispas aisladas que forman el espíritu del hombre y que yo creo haber encontrado ocasionalmente en mi errabundo camino a través de treinta naciones.

Y por eso son hermanos los gorros de piel que vi bajo la nieve de Moscú, los cascos militares de China, los blandos sombreros de la Quinta Avenida, los tongos de Londres y la melena bohemia y los cabellos al viento de los estudiantes de Saint Germain . . . o de Chile.

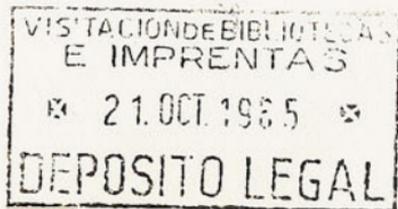
Esta es mi experiencia personal. He conocido a los hombres en treinta climas, sobre treinta suelos y bajo treinta banderas.

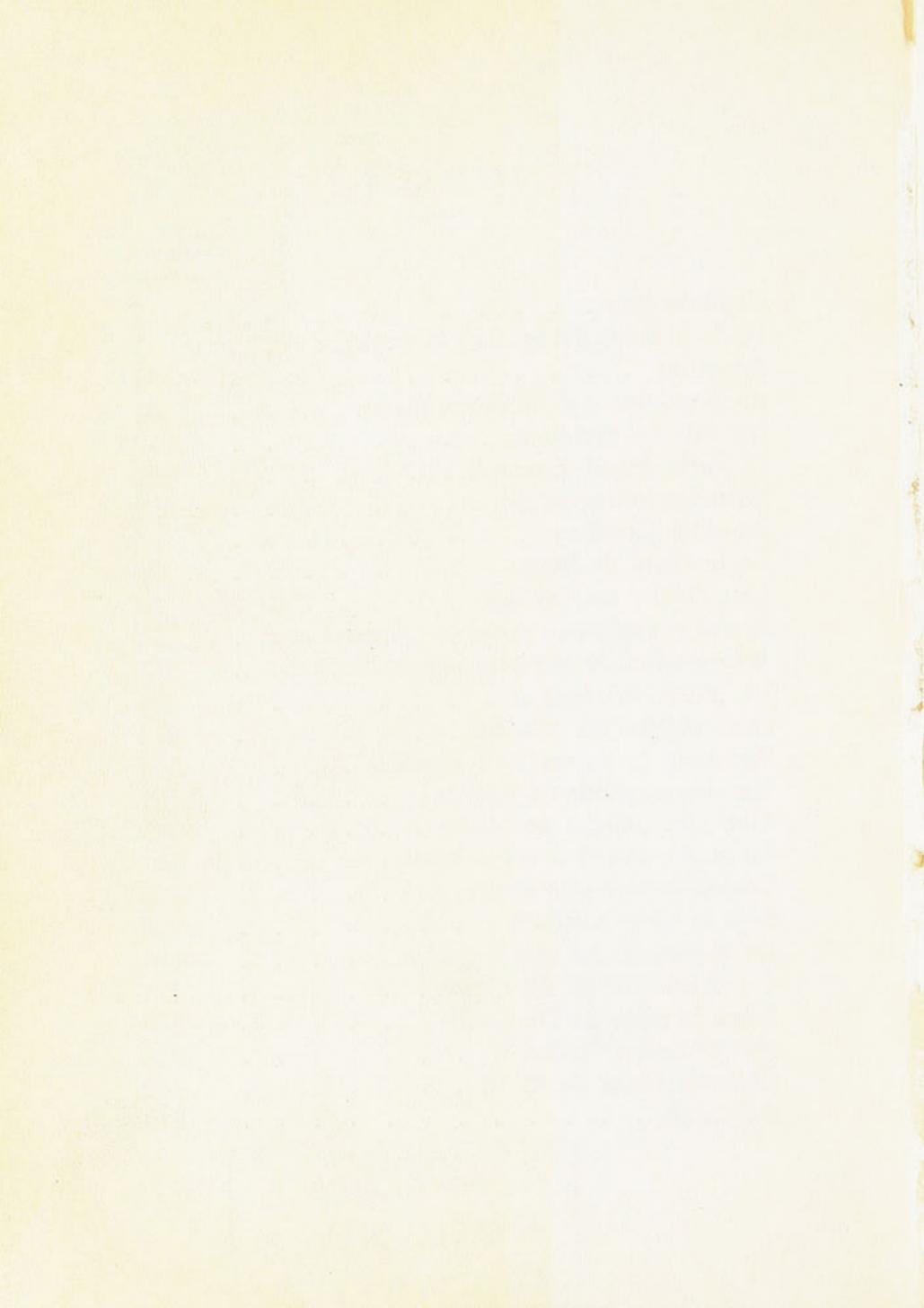
En el fondo eran los mismos. Vestían distinto, hablaban distinto, pensaban distinto, pero la sangre que subía y bajaba como un ascensor corriente a través de sus venas y arterias, era un líquido profundo cuya luz y cuyo fulgor extraño era tan parecido, que después de haber viajado por todo el mundo, llegué a la conclusión de que a duras penas había salido de mi propia tierra . . .

Santiago de Chile, Junio de 1965.

INDICE

	<i>Página</i>
Capítulo cero	7
Hacia la tierra del águila y la serpiente . . .	9
Argentina	22
En Argentina con los descamisados	31
Un extraño estudiante	37
El París de mi juventud	40
Entre los fusiles bolivianos	59
Brasil sin Getulio	64
En la Cuba de Batista	70
Con Fidel y sus barbudos	82
Asoma el verdadero rostro de la guerra . . .	93
A la sombra de la estatua de la libertad . .	106
La patria del <i>fogg</i>	111
Otro chileno en Madrid	114
Buscando la guerra civil española	121
Un vistazo político a España	127
Una gira policial por Italia	143
En Argel, con el arma al brazo	152
Comunismo de ojos azules	156
Bajo la nieve soviética	158
En el país de los ojos rasgados	164
Cerca del infierno del Chaco	171
Sobre la pista de De Gaulle	173
Mis pequeños "robos"	210
Chilenos fuera de Chile	212
Despedida	215





EDITORIAL "ORBE"

Francisco Coloane
CABO DE HORNOS
(7ª Ed.)

EL ULTIMO GRUMETE DE
LA BAQUEDANO
(11ª Ed.)

Diego Barros Ortiz
LA CORTINA DE BAMBU
(3ª Ed.)

Reinaldo Lomboy
PUERTO DEL HAMBRE
(2ª Ed.)

Oscar Jara Azócar
MIS MEJORES VERSOS PARA NIÑOS
Manuel G. Balbontín y Javier

Rodríguez Lefebre
EL CUENTO FEMENINO CHILENO
Tito Mundt

LAS BANDERAS OLVIDADAS
(2ª Ed.)

Mariano Latorre
M A P U
(3ª Ed.)

Luis Durand
LA CASA DE LA INFANCIA
(2ª Ed.)

Manuel G. Balbontín
EPOPEYA DE LOS HUSARES
(3ª Ed.)

Luis Weinstein
EL NIÑO, LA MIRADA Y EL OTRO

Armando Venegas Harbin
LA CAJA DE SANDALO

Jorge Guzmán Dinator
NUEVA SOCIEDAD, VIEJA
CONSTITUCION

René León Echaíz
FRANCISCO VILLOTA

René León Echaíz
EL BANDIDO NEIRA
Manuel G. Balbontín y Gustavo

Opazo Maturana
5 MUJERES EN LA VIDA DE
O'HIGGINS
(2ª Ed.)

Hernán Troncoso Rojas
GOBIERNO POPULAR Y
PARTICIPACION POPULAR

Manuel G. Balbontín
MANUEL RODRIGUEZ EN
YERBAS BUENAS Y OTROS
DOCUMENTOS DESCONOCIDOS
(2ª Ed.)

Alberto Spikin-Howard
ESTA BOCA ES MIA

EDITORIAL



ORBE

Galería Imperio 256 - Casilla 13171
Santiago de Chile

